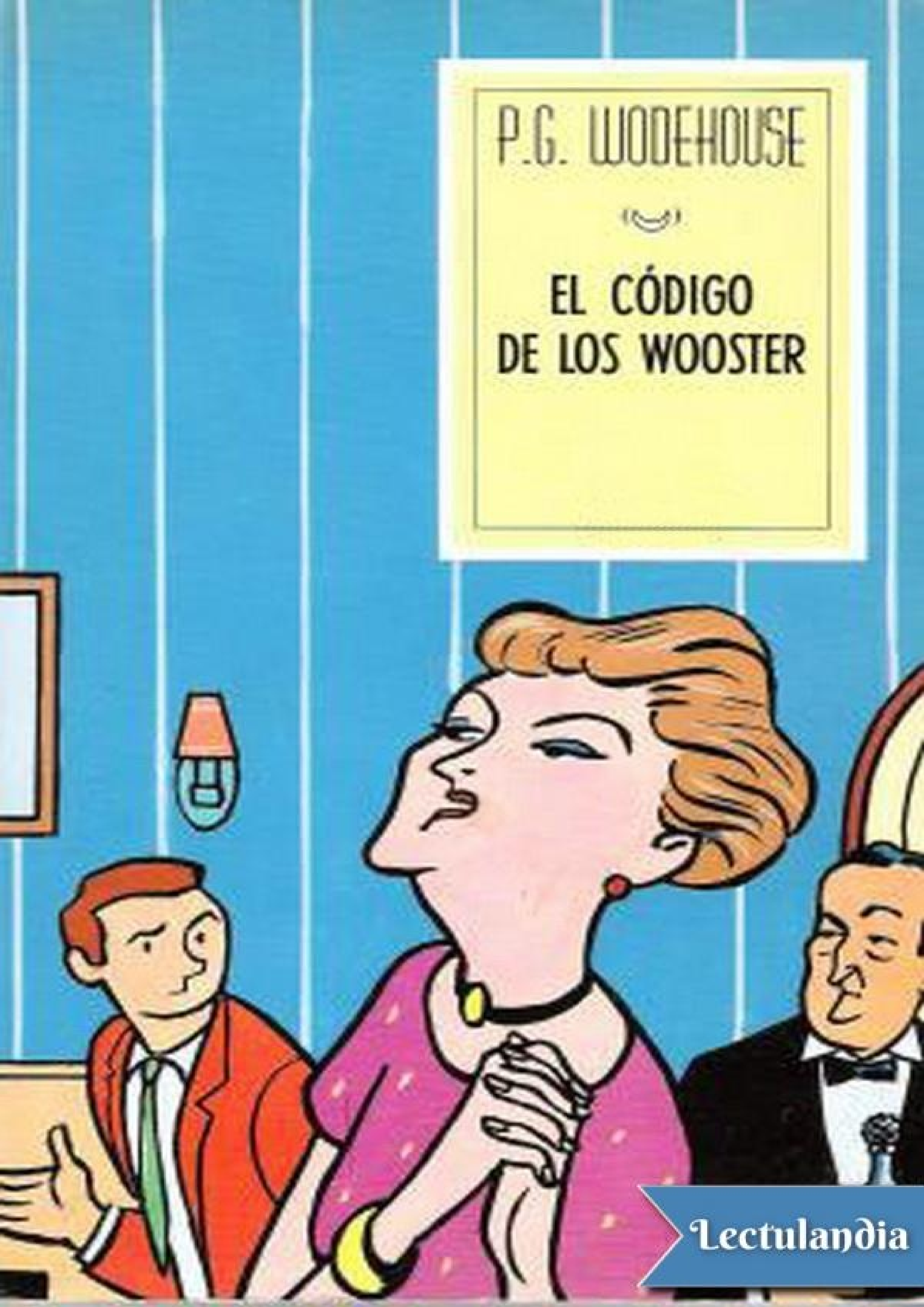

P.G. WODEHOUSE
EL CÓDIGO
DE LOS WOOSTER
Lectulandia

El Código de los Wooster, (*The code of the Woosters*, su título en inglés), es una novela de Pelham G. Wodehouse publicada en 1938 y protagonizada por dos de sus personajes favoritos: Bertie Wooster y su inseparable Jeeves.

La historia comienza con Bertie recuperándose de una agitada despedida de soltero que la noche anterior tuvo como protagonista a su amigo Gussie Fink-Nottle. Aún convaleciente, recibe la llamada de su amada tía Dalia que le ordena ir a una tienda de antigüedades para «burlarse de una lechera de plata con forma de vaca».

El insólito pedido tiene por objeto minar la confianza del propietario de la tienda y por lo tanto reducir el precio de la pieza antes de que sea adquirida por el marido de tía Dalia, un coleccionista llamado Tom Travers, para quien la posesión de este objeto es de vital importancia. En la tienda, Bertie tiene su primer encuentro con Sir Watkyn, otro coleccionista de monedas de plata, y Spode, con cuya tía Sir Watkyn está planeando casarse. Más tarde se entera de que, gracias a solapadas artimañas, Sir Watkyn ha obtenido la posesión de la lechera por delante del tío Tom y a partir de allí se dispara el «código de honor de los Wooster», que *obliga* a Bertie a robar la lechera, con la desgracia de que él no es el único interesado en el objeto…

Por supuesto, surgirán toda clase de complicaciones y enredos disparatados, donde no faltarán tías, amenazas de compromisos de boda, el robo del casco de un policía, mucho brandy… Y, como siempre, será Jeeves quien acabe componiendo las cosas…

P.G. Wodehouse

El código de los Wooster

ePUB v1.0
Jeeves 23.01.13

Título original: *The code of the Woosters*
P.G. Wodehouse, 1938.
Traducción: Carme Camps.
Diseño/retoque portada: Prats, Rey.

Editor original: Jeeves (v0.1 a v1.0)
Corrección de erratas: Jeeves.
ePub base v2.1

Prefacio

El problema de discutir por cuánto tiempo puede permitirse a un autor relatar las aventuras de un personaje o personajes determinados, es cosa que ha ocupado frecuentemente la atención de los pensadores. La publicación de este libro sitúa de nuevo esa cuestión en el primer plano de los asuntos nacionales.

Hace ahora cosa de catorce años, siendo yo un vehemente muchacho de algo más de treinta, empecé a escribir las aventuras de Jeeves, y mucha gente opina que debería dejar ya de seguir tomándome semejante molestia. Carpers dice que con lo hecho basta. Cavillers juzga lo mismo. Ambos miran la perspectiva de los años venideros, y el prever que en ellos se multiplicarán estas crónicas como conejos, les abruma. Pero contra eso puede alegarse el hecho de que el componer relatos sobre Jeeves me causa intenso placer; y, además, mientras los escribo no ando por las tabernas.

¿A qué conclusión vamos, pues, a llegar? El asunto es indudablemente muy discutible.

De entre la turbamulta de los detalles y recriminaciones, emerge un hecho: el de que ya tenemos aquí un volumen más de la serie. Y yo profeso la arraigada creencia de que, si una cosa vale la pena de hacerla, debe hacerse a conciencia y del todo. Es perfectamente posible, sin duda, leer *¡Muy bien, Jeeves!*, efectuando un supremo esfuerzo, y no menos posible, desde luego, no leerlo; pero prefiero pensar que nuestro país contiene seres de enérgico espíritu absolutamente capaces de revolver el fondo del viejo arcón de roble hasta encontrar la suma necesaria para adquirir los volúmenes anteriores de la serie de «Jeeves». Sólo así podrían obtenerse los máximos resultados. Sólo así las alusiones incluidas en este libro a propósito de incidentes sucedidos en los anteriores se harán inteligibles, en lugar de ser enigmáticas y brumosas.

Podemos ofrecer a usted esos previos libros al irrisorio precio de 25 pesetas cada uno, y el método de obtenerlos es, puedo decirlo, la sencillez misma.

No tiene usted que hacer otra cosa sino dirigirse a la librería más cercana, donde se desarrollará el diálogo siguiente:

USTED: Buenos días, señor LIBRERO.

LIBRERO: Buenos días, señor Fulano.

USTED: Deseo comprar los volúmenes publicados de la serie de «Jeeves».

LIBRERO: Muy bien, señor Fulano. Efectúe usted el módico pago de 25 pesetas por volumen, y los tomos le serán entregados a su comodidad.

USTED: Buenos días, señor LIBRERO.

LIBRERO: Buenos días, señor Fulano.

Supongamos el caso de un viajero francés, de tránsito en nuestra capital, y, para

mejor comprensión, llamemos a ese viajero Jules St. Xavier POPINOT. En ese caso, la escena transcurrirá como sigue:

AU COIN DE LIVRES

POPINOT: Bonjour, Monsieur le MARCHAND de livres.

MARCHAND: Bonjour, Monsieur. Quel beau temps aujourd’hui, n'est-ce-pas?

POPINOT: Absolument. Eskervous la collection de «Jeeves» du maitre Vodeouse?

MARCHAND: Mais certainement, Monsieur.

POPINOT: Donnez-moi touts les volumes, s'il vous plait.

MARCHAND: Oui, par exemple, morbleu. Et aussi la plume, l'encre, et la tante du jardinière?

POPINOT: Je m'en fiche de cela. Je désire seulement le Vodeouse.

MARCHAND: Pas de chemises, de cravats, ou le tonic par les cheveux?

POPINOT: Seulemente le Vodeouse, je vous assure.

MARCHAND: Parfaitement, Monsieur, 25 pesetas pour chaqué bibelot, Monsieur.

POPINOT: Bonjour, Monsieur.

MARCHAND: Bonjour Monsieur.

¿Ven qué sencillo es?

¡Ah! Exijan el nombre «Wodehouse» en todas las cubiertas.

P. G. W.

Capítulo I

Saqué una mano de entre las sábanas y toqué el timbre llamando a Jeeves.

—Buenas tardes, Jeeves.

—Buenos días, señor.

Esto me sorprendió.

—¿Es aún de mañana?

—Sí, señor.

—¿Está usted cierto? Me parece todo muy oscuro.

—Hay niebla, señor. Si el señor quiere recordar, estamos en otoño, la estación de las nieblas y la dulce fecundidad.

—¿Estación de qué?

—De las nieblas y la dulce fecundidad, señor.

—¡Ah…! Sí, sí, ya comprendo. En fin, sea como sea, ¿quiere traerme uno de esos cordiales que usted prepara?

—Tengo uno a punto en la nevera, señor.

Salió silenciosamente y me senté en la cama con aquella desagradable sensación que se siente algunas veces de que se está a cinco minutos de la muerte. La noche anterior, había dado una pequeña cena, en el «Club de los Zánganos», en honor de Gussie Fink-Nottle, como despedida de soltero antes de su próximo enlace con Madeline, hija única de Sir Watkyn Bassett, CBE[1] y esas cosas tienen su resonancia. Por esta razón, antes de que Jeeves entrase en mi habitación, estaba soñando que un verdugo me clavaba dardos en la cabeza, pero no dardos corrientes como los que usó Jael, la esposa de Heber, sino dardos al rojo blanco.

Jeeves regresó con el brebaje restaurador. Me lo eché al coleto y, después de soportar el pasajero malestar, inevitable cuando se bebe el brebaje matinal, patente de Jeeves, de lanzar contra el techo el occipucio y jugar al tenis con los ojos contra la pared de enfrente, me sentí aliviado. Hubiera sido exagerado decir que Bertram estaba de nuevo en la plena forma de su media edad, pero había por lo menos entrado en la categoría de los convalecientes y se sentía capaz de soportar un poco de conversación.

—¡Ah! —dije, recuperando mis ojos y poniéndolos en su lugar correspondiente —. Bueno, Jeeves. ¿Qué pasa por ese mundo? ¿Qué trae usted en la mano? ¿Es el periódico?

—No, señor. Es un prospecto de la Agencia de Viajes. He pensado que al señor podría quizá interesarle echarle una ojeada.

—¿De veras? ¿Conque ha pensado usted…? —dije.

Y en la habitación se hizo un breve y… angustioso, si es que puedo expresarme así, silencio.

Es de suponer que cuando dos hombres de voluntad de hierro viven en estrecha asociación, tienen forzosamente que chocar algunas veces, y uno de estos choques había tenido lugar recientemente en casa de Wooster. Jeeves se empeñaba en llevarme a hacer un Crucero Alrededor del Mundo, y yo me había empeñado en no hacerlo. Pero, a pesar de mis categóricas afirmaciones en este sentido, raras veces pasaba día sin que Jeeves me trajese un montón de aquellos prospectos prometedores que los Amantes De Los Amplios Espacios distribuyen a fin de reclutar adeptos a son de bombo y platillos. Su actitud recordaba irresistiblemente la del sabueso que persiste con obstinación en traer una rata muerta sobre la alfombra del salón, a pesar de habérsele dicho que la demanda de aquella mercancía era nula o inexistente.

—Jeeves —le dije—. Creo que es hora de que cese esta molestia.

—Viajar es muy instructivo, señor.

—Me es imposible tener más instrucción, Jeeves. Ya hace años que la completé. No, Jeeves, ya sé lo que le ocurre. Es la sangre ancestral de los vikingos que bulle en sus venas. Suspira usted por respirar brisas salobres. Se ve usted deambulando por cubierta con una gorra de marino en la cabeza. Es posible que alguien le haya hablado de las bailarinas de Bali. Lo comprendo y merece mis simpatías. Pero rehúso formalmente embarcar en barco alguno y dar la vuelta al mundo.

—Muy bien, señor.

Dijo estas palabras con cierto tono de ¿qué pasará aquí?, y me di cuenta de que si no estaba profundamente disgustado tampoco había quedado complacido, por lo cual cambié de conversación.

—Bueno, Jeeves, anoche nos corrimos una juerga bastante divertida.

—¿De veras, señor?

—Mucho. Nos divertimos todos enormemente. Gussie me dio recuerdos para usted.

—Aprecio muchísimo la atención, señor. Espero que Mr. Fink-Nottle estaría de buen humor.

—Muy bueno; teniendo en cuenta que todo va adelante y en breve tendrá a Sir Watkyn Bassett por suegro. ¡Antes él que yo, Jeeves, antes él que yo!

Dije estas palabras con profundo sentimiento y se comprenderá por qué. Hacía pocos meses, durante la celebración de unas regatas nocturnas, había caído en las garras de la ley por haber tratado de privar a un agente de policía de su casco, y, después de haber dormido profundamente sobre un lecho de madera, fui llevado a Bosher Street, a la mañana siguiente, y condenado a desprenderme de cinco de mis mejores libras. El magistrado que me había infligido esta monstruosa sentencia —con el aditamento de algunas ofensivas observaciones por parte del tribunal— no era otro que el propio Pop Bassett, padre de la futura esposa de Gussie.

El azar quiso que yo fuese uno de sus últimos clientes, porque, un par de semanas

después, heredó una importante suma de un lejano pariente y se retiró a vivir en el campo. Ésta por lo menos fue la historia referida. Mi opinión particular es que había recaudado el capital agarrándose a las multas como si estuviesen untadas de pez. Cinco libritas por aquí, cinco libritas por allá, ya ven ustedes a cuánto puede ascender la cosa al cabo de unos años.

—No puede haber olvidado usted a aquel hombre rencoroso, Jeeves. Fue un caso terrible, ¿no?

—Acaso sea menos temible en la vida privada, señor.

—Lo dudo, lo dudo… Córtelo a trozos o en rodajas, un sabueso es siempre un sabueso. ¡En fin! Basta por hoy, Jeeves. ¿Hay cartas?

—No, señor.

—¿Llamada telefónica?

—Una, señor. De Mrs. Travers.

—¿Tía Dalia? ¿Ha regresado, pues?

—Sí, señor. Ha expresado su deseo de que el señor la llame, a su conveniencia, lo antes posible.

—Haré algo mejor, Jeeves —dije cordialmente—. Iré a verla personalmente.

Y media hora después subía la escalera de su residencia y era recibido por el viejo Seppings, el mayordomo. Poco podía yo suponer, mientras franqueaba aquella entrada, que en menos que cantase un gallo me iba a ver envuelto en un *imbroglio* que iba a poner a prueba el tesón de los Wooster como pocas veces había sido puesto. Me refiero al siniestro asunto de Gussie Fink-Nottle, Madeline Bassett, el viejo Pop Bassett, Stiffy Byng, el Rev. H. P., Pinker (el «Pestilente»), una jarrita para la leche, del siglo XVIII y una pequeña piel.

No obstante, ninguna premonición extendió una nube sobre mi serenidad mientras franqueaba aquel umbral. Pensaba, por el contrario, anticipadamente en mi próximo encuentro con tía Dalia, que, como he dicho antes, era mi atenta y afectuosa tía, y que no debe ser confundida con tía Ágata, la cual come vidrio picado y usa combinaciones de alambre de espino sobre la piel. Aparte del placer meramente intelectual de charlar un rato con ella, había la fulgurante perspectiva de pescar una invitación a almorzar. Y, debido al notable virtuosismo de Anatole, su cocinero francés, sólo pensar en ella era algo digno de engolosinar a un *gourmet*.

Cuando entré en el vestíbulo, vi una habitación abierta y pude echar una mirada sobre tío Tom, que se entretenía con su colección de objetos de plata antigua. Durante un momento pasó por mi mente la idea de detenerme y enterarme de cómo iba su digestión, enfermedad a la que era muy propenso, pero la cordura prevaleció. Este tío mío es un pájaro que, a la vista de un sobrino, es capaz de agarrarlo de la solapa y extenderse en prolijas informaciones sobre candelabros y azogados, sin contar los adornos, trenzas, guirnaldas, bordes o relieves, y creí que el silencio era lo más

oportuno. Pasé, pues, con los labios sellados y me dirigí a la biblioteca, donde, según mis informaciones, se había guarecido mi tía.

Encontré a mi anciana parienta ocupada en la corrección de las pruebas de un artículo sobre la ondulación Marcel. Como todo el mundo sabe, mi tía es la cortés y popular propietaria del semanario dedicado a la gente refinada titulado *Milady's Boudoir*, en el que colaboré una vez con un artículo sobre «Lo que debe usar el hombre bien vestido».

Mi entrada la hizo volver a la realidad y me recibió con uno de aquellos gritos de bienvenida que, en sus tiempos de cacerías, le había dado tanta notabilidad en el *Quorn* y el *Pytchley* y las demás organizaciones destinadas a causar estropicios entre las zorras.

—Hola, feo —me dijo—. ¿Qué te trae por aquí?

—He creído comprender, mi anciana parienta, que deseabas conferenciar conmigo.

—No quería que vinieses aquí a estorbarme e impedir mi trabajo. Dos palabras por teléfono hubieran bastado. Pero supongo que tu instinto te diría que hoy era precisamente mi día ocupado.

—Si querías preguntarme si podía venir a almorzar, tranquilízate. Estaré encantado, como siempre. ¿Qué nos va a dar Anatole?

—A ti no te dará nada, mi joven y alegre lombriz. Tengo a almorzar a Pomona Grindle, la novelista.

—Estaré encantado de conocerla.

—Pues lo siento, pero no la conocerás. Es un almuerzo estrictamente *téte-a-téte*. Estoy tratando de obtener una serie de artículos para Boudoir. No, lo único que quería era pedirte que fueses a una tienda de antigüedades que hay en Brompton Road, al lado mismo del Oratorio, no puedes equivocarte, y menosprecies una vaca lechera.

No entendí lo que quería decir. Tuve la impresión de que mi tía me hablaba con voz gutural.

—¿Que haga qué?

—Tienen una vaca lechera del siglo dieciocho que Tom va a comprar esta tarde.

La venda cayó de mis ojos.

—¡Ah! ¿Es un objeto de plata, no?

—Sí. Es una jarrita para crema de leche. Ve allí, pide que te la enseñen y, cuando la veas, muéstrate despreciativo.

—¿Qué intención tenéis?

—Hacerles perder confianza, naturalmente. Sembrar dudas y sospechas y hacer que rebajen el precio. Cuanto más barato compre la cosa, más contento estará. Y quiero que esté de buen humor, porque, si logro obtener esos artículos de la Grindley, tendré que darle un sablazo entre las costillas. Es increíble lo que estas novelistas de

fama piden por sus artículos. De manera que manos a la obra inmediatamente y lánzate de cabeza al asunto.

Deseo siempre vivamente complacer esta correcta clase de tías; pero me vi obligado a oponer a la proposición lo que Jeeves hubiera llamado el *nolle prosequi*. La cura que me había propinado por la mañana me había sentado perfectamente, pero, aun después de someterme a ella, mi cabeza no era bastante sólida.

—No puedo lanzarme de cabeza. Hoy me es imposible.

Me miró con una mirada de censura frunciendo la ceja derecha.

—¿Conque esas tenemos? Bien, si tus repugnantes excesos te impiden usar la cabeza, por lo menos te quedan los labios.

—¡Oh, eso sí!

—Entonces, adelante. ¡Y aliento! ¡Y elocuencia! ¡Ah! Y diles que crees que es holandés moderno.

—¿Por qué?

—No lo sé. Parece que es algo que un jarro para la leche no tiene que ser.

Se detuvo y lanzó una mirada escrutadora sobre mi cadavérico rostro.

—¿Conque anoche, en las viñas del Señor, eh, hijo mío? Es extraordinario, pero, cada vez que te veo, parece que estás convaleciente de alguna orgía. ¿Todavía no has dejado de beber? ¿Cómo lo haces cuando duermes?

Me rebelé contra la acusación.

—No tienes razón, parienta. Excepto los días extraordinarios, soy extremadamente moderado en mis libaciones. Un par de combinados, un vaso de vino en la comida y quizás una copita de licor con el café; éste es Bertram Wooster. Pero anoche di un pequeño banquete de solteros en honor de Gussie Fink-Nottle.

—¿De veras? —Se rió con una risa más fuerte de lo que hubiera deseado, dado mi estado de salud, porque es una mujer que, cuando se ríe, hace caer trozos de yeso del techo—. Conque «Botellín», ¿eh? ¡Dios le bendiga! ¿Y cómo estaba el coleccionista de lagartijas?

—Muy contento.

—¿Ha hecho algún discurso en la orgía?

—Sí. Me dejó atónito. Yo estaba convencido de que rehusaría terminantemente. Pero no. Bebimos a su salud y se puso en pie tan fresco como una lechuga, como diría Anatole, y nos espetó un discurso.

—Estaría borracho como una cuba, supongo.

—Al contrario. Ofensivamente sobrio.

—¡Pues sí que ha cambiado!

Nos sumimos en un silencio pensativo. Recordábamos aquella tarde de verano, en casa de mi tía, en Worcestershire, cuando Gussie, habiendo querido las circunstancias que estuviese lleno hasta los bordes del adecuado producto, había dirigido un

discurso a los escolares de Market Snodsbury Grammar School, en ocasión del anual reparto de premios.

Una cosa que no sé nunca, cuando empiezo a contar una historia de alguien de quien he hablado antes, es hasta qué punto tengo que explicar cómo es el personaje. Es un problema que tengo que examinar bajo todos sus aspectos. Quiero decir que, si considero que mi público conoce ya perfectamente a Gussie Fink-Nottle, y sigo adelante, aquellos de mis lectores que no hayan leído precedentes historias encontrarán confusa mi narración. Por otra parte, si antes de seguir adelante escribo ocho volúmenes sobre su vida e historia, otros bostezarán aburridos y dirán: «Vieja historia. ¡A paseo!»

Creo que lo mejor es relatar los hechos salientes tan brevemente como sea posible, en beneficio de los primeros, tendiendo a los segundos una mano imploradora, a fin de indicarles que pueden dejar divagar su imaginación durante un minuto o dos y que en seguida me ocuparé de ellos.

Este Gussie era, pues, un amigo mío, de facciones de pez, que se había enterrado en vida en una posesión rural y había consagrado su existencia al estudio de las lagartijas, observando con ojo diligente las costumbres de los animalitos que conservaba en un gran tanque de cristal. Si hubieseis conocido la expresión, quizá lo hubierais llamado «recluso voluntario», y hubierais tenido razón. Después de todo lo relatado en el precedente libro, verle murmurar dulces palabras a unas orejitas de nácar, con la subsiguiente adquisición de la sortija de platino y el permiso de matrimonio, parecía imposible.

Pero el amor encuentra su camino. Un día conoció a Madeline Bassett y cayó a sus pies como una tonelada de ladrillos; salió de su ostracismo para empezar a cortejarla y, después de numerosas vicisitudes, estaba cercano a la fecha en que tendría que ponerse los pantalones a rayas y la gardenia en el ojal para penetrar en la nave de la iglesia con la espectral muchacha.

La llamo espectral muchacha porque era una muchacha espectral. Los Wooster somos caballeros, pero decimos lo que pensamos. Era una criatura desfalleciente, lánguida, de ojos tiernos y voz arrulladora, y tenía los más extraordinarios puntos de vista en cuanto hacía referencia a las estrellas y los conejos. La recuerdo una vez diciéndome que los conejos eran gnomos esperando a la reina de las hadas, y que las estrellas eran el collar de margaritas de Dios. Perfectamente falso, desde luego. No eran nada de todo esto.

Tía Dalia soltó un ligero sonido gutural, porque aquel discurso de Gussie en Market Snodsbury era uno de sus más felices recuerdos.

—¡El buen «Botellín»! ¿Dónde está, ahora?

—Está en casa del viejo Bassett. Totleigh Towers, Totleigh-in-the-Wold, Glos. Ha regresado allí esta mañana. Se casan en la iglesia del lugar.

—¿Vas a la boda?

—De ninguna manera.

—Claro. Sería demasiado doloroso para ti. Al fin y al cabo, has estado enamorado de la muchacha.

Miré a mi tía.

—¿Enamorado? ¿De una mujer que cree que cada vez que una hada se suena nace un chiquillo?

—No obstante, has estado prometido a ella.

—Durante cinco minutos, es verdad. Pero no fue culpa mía. Mi querida anciana parienta —dije irritado— conoce perfectamente todos los detalles concernientes al espantoso asunto.

Me estremecí. Aquél era un incidente de mi vida sobre el que no quería insistir. En dos palabras, había ocurrido lo siguiente. Agotados los nervios de Gussie por su larga convivencia con las lagartijas, había temblado ante la perspectiva de defender su causa ante Madeline, y me había pedido que lo hiciese en su nombre. Y, cuando lo hice, la estúpida criatura creyó que lo hacía en nombre propio. De manera que cuando, después ce aquella exhibición del reparto de premios, ella le dio el sí provisional se había encariñado conmigo y no tuve más remedio que cargar con el paquete. Quiero decir que, cuando a una muchacha se le mete en la cabeza que alguien está enamorado de ella, y va y le dice que va a devolver a su *fiancé* al corral y a firmar con él, ¿qué puede un hombre hacer?

Afortunadamente las cosas se arreglaron a las once en punto mediante una reconciliación entre los dos tortolitos, pero la idea del peligro que corrí me hace estremecer todavía. No me sentiría completamente tranquilo hasta que el sacerdote dijese: «¿Queréis, vos, Augustus…?» y Gussie hubiese murmurado un suave «Sí».

—Por si te interesa, te diré —dijo tía Dalia— que tampoco pienso asistir yo a ese casamiento. No estoy de acuerdo con Sir Watkyn Bassett y creo que no hay que darle ánimos. Si quieres un pájaro de cuenta ahí tienes uno.

—Entonces, ¿le conoces bien? —dije más bien sorprendido, si bien una vez más era patente lo que tantas veces he dicho, que el mundo es muy pequeño.

—Le conozco bien. Es amigo de Tom. Los dos habían coleccionado plata antigua y se peleaban como locos. Estuvo con nosotros en Brinkley el mes pasado mientras fue nuestro huésped. ¡Reptando a mis espaldas y tratando de robarme a Anatole!

—¡No!

—¡Eso es lo que hizo! Afortunadamente, Anatole demostró guardarme absoluta fidelidad en cuanto le hube doblado su salario.

—¡Dóblaselo otra vez! —dije sinceramente—. ¡Pásate la vida doblándoselo! ¡Vierte sobre él pródigamente dinero antes que perder este soberbio artífice de los asados y los picadillos!

Yo estaba visiblemente emocionado. La idea de Anatole, el cocinero sin par, dejando de operar en Brinkley Court, donde siempre podía gozar de su arte invitándome yo mismo, y marchándose a servir al viejo Basset, la última persona en el mundo capaz de poner un tenedor y un cuchillo a mi disposición, me había profundamente impresionado.

—¡Sí! —dijo tía Dalia con la mirada vaga al pensar en aquel terrible asunto—. Éste es el monstruo de Sir Watkyn Bassett. Hubieras hecho bien de prevenir a «Botellín» que vigile el día de la boda. El menor descuido, y el muy granuja es capaz de salir de la iglesia con su alfiler de corbata. Y ahora —dijo, saliendo de un estado que parecía ser de solícito cuidado por una criatura enferma o con salud— ¡al asunto! ¡Tengo seis toneladas de pruebas que corregir! ¡Ah! Y cuando veas a Jeeves, dale esto. Es el artículo del «Rincón del Marido». Habla mucho del galón lateral de los pantalones de vestir y me gustaría que lo leyese. Bueno, ¿puedo confiar en que no estropearás este asunto? Dime exactamente lo que crees que debes hacer.

—Ir a casa del anticuario…

—… de Brompton Road…

—… de Brompton Road, como dices. Pedir que me muestren la jarrita para la leche…

—… y decir que no vale nada. En marcha. La puerta está detrás de ti.

Con el corazón alegre salí a la calle y tomé un atrotinado carruaje que pasaba. No dudo de que muchos hombres hubieran lamentado ver estropeada su mañana de aquella forma; pero en mi conciencia sólo había la sensación de que me era posible realizar aquel acto de gentileza. Rascad a Bertram Wooster y encontraréis un boy-scout.

La tienda de antigüedades de Brompton Road demostró a primera vista ser una tienda de antigüedades de Brompton Road, y como todas las tiendas de antigüedades, menos las lujosas de la vecina Bond Street, tenía un interior sucio, oscuro y maloliente. No sé por qué será, pero los propietarios de esos establecimientos dan siempre la impresión de estar cocinando un estofado en la rebotica.

—¡Oiga! —dije, entrando. Pero de repente me detuve al ver que el dependiente estaba atendiendo a otros dos parroquianos.

—¡Oh, perdone! —estaba a punto de añadir, para hacer comprender que había hablado inadvertidamente, cuando las palabras se helaron en mis labios.

Aun cuándo conmigo había entrado en el empórium una nube de espesa niebla, oscureciendo el ambiente, a la escasa luz pude observar que el más pequeño y más viejo de los dos clientes no era desconocido para mí.

Era Pop Bassett en persona. En carne y hueso.

Muchas veces se ha comentado el furioso impulso de buldog de los Wooster. Y en

aquella ocasión me invadió a mí. Un hombre débil se hubiera escabullido suavemente, pero yo aguanté a pie firme. Después de todo, el pasado es el pasado. Al desembolsar mis cinco preciosas libras, había saldado mi deuda con la sociedad y no tenía nada que temer de aquel hijo de un don nadie con cara de langostino. Permanecí, pues, donde estaba, lanzándole una mirada furtiva.

Mi entrada había hecho que lanzase una ojeada sobre mí, y a intervalos seguía mirándome de refilón. Sabía yo que era cuestión de tiempo que vibrase la oculta cuerda de sus recuerdos y se diese cuenta de que aquel distinguido personaje apoyado en su paraguas era una vieja amistad. Y ahora se veía claramente que me había reconocido. El dependiente había entrado en la trastienda y él se acercó a donde yo estaba.

—¡Hola, hola! —dijo—. Me parece que le conozco a usted, mi joven amigo. Jamás olvido una cara. Usted ha comparecido una vez delante de mí.

Hice una ligera inclinación de cabeza.

—¡Pero no dos! ¡Muy bien! ¡Muy bien! Sirvió la lección, ¿eh? ¿Qué? ¿Somos buenos ahora? ¡Importante! ¡Déjeme recordar…! ¿Qué era? ¡Espere, espere, no me lo diga! ¡Ah, ya me acuerdo! Hurto de un bolso.

—No, no, fue…

—Hurto de un bolso —repitió con firmeza—. Me acuerdo perfectamente. No obstante, ahora ya pasó, ¿no? ¡Espléndido! Roderick, venga usted aquí. Es de lo más interesante…

Su compañero, que estaba examinando una bandeja, la dejó y se juntó con nosotros.

Tuve ocasión de darme cuenta de que era un tipo de los más raros. Tenía unos siete pies de altura e iba envuelto en una especie de ulster escocés que le hacía parecer tener seis de anchura, y el conjunto cautivaba la mirada y la retenía prisionera. Daba la sensación de que la Naturaleza había querido hacer un gorila y luego había cambiado súbitamente de opinión.

Pero no era solamente el extraño aspecto del pájaro lo que impresionaba. Visto de cerca, lo que más se notaba era su rostro, que era cuadrado y fuerte y ligeramente abigotado en el centro. Su mirada era aguda y penetrante. No sé si han visto ustedes en los periódicos esas fotografías de dictadores de barbilla saliente y ojos fulgurantes, inflamando a las multitudes con exaltadas palabras en ocasión de alguna inauguración de un nuevo juego de bolos; pero esto fue lo que a mí me recordó.

—Roderick —dijo el viejo Bassett—. Quiero presentarle a usted este amigo. He aquí un caso que demuestra claramente lo que tantas veces he dicho, a saber: que la vida de cárcel no degrada, no pervierte a la gente ni impide que un hombre pueda trepar hasta las más elevadas alturas.

Reconocí una frase de Jeeves, y me pregunté dónde podía haberla oído.

—Mire usted a este hombre. Hace poco que le largué tres meses por hurtar bolsos en las estaciones de ferrocarril, y no hay duda de que su estancia en la cárcel ha tenido sobre él beneficiosos efectos. ¡Lo ha reformado!

—¿Ah, sí?

Aseguro que el «¿Ah, sí?» no fue pronunciado con voz nasal desagradable, pero no me gustó la manera como hablaba. Me miraba con una especie de arrogante expresión. Recuerdo que tuve la sensación de que hubiera sido el hombre ideal para menospreciar jarritas para leche.

—¿Qué le hace a usted creer que se ha reformado?

—¡Claro que se ha reformado! ¡Mírelo usted! Bien arreglado, bien vestido, el miembro perfecto de la sociedad. Ignoro cuál es su vida en la actualidad, pero es perfectamente obvio que ya no hurta bolsos en las estaciones. ¿Qué hace usted ahora, buen hombre?

—Hurta paraguas, al parecer —dijo el dictador—. Veo que tiene el de usted en la mano.

Yo estaba a punto de negar la acusación, había incluso abierto la boca para hacerlo, cuando de repente la evidencia de que era verdad fue para mí un golpe como el de un calcetín lleno de arena mojada en el maxilar superior.

Quiero decir que entonces recordé haber salido de casa sin paraguas y, no obstante, allí estaba, sin duda posible, cargado de paraguas hasta las cejas. Me es imposible decir qué fue lo que me indujo a apoderarme de uno que estaba apoyado contra una silla del siglo XV a menos que fuese el instinto primitivo que hace que un hombre sin paraguas se arroje inmediatamente sobre el primero que ve, de la misma manera que la flor busca la luz del sol.

Parecía indicado excusarme inmediatamente. Así lo hice mientras el inocente instrumento cambiaba de manos.

—¡Oh, perdón! Lo siento infinito…

El viejo Bassett dijo que también él lo sentía y que había tenido un gran desengaño. Añadió que estas cosas eran precisamente las que hacían sangrar el corazón de un hombre.

El dictador quiso también meter su remo. Preguntó si había que ir en busca de un policía, y, durante un momento, los ojos del viejo Bassett, centellearon. Ser magistrado hace tener afición a llamar a la policía. Es como un tigre que ha probado la sangre. Pero movió negativamente la cabeza.

—No, Roderick. No puedo. Hoy, el día más feliz de mi vida, no.

El dictador apretó los labios como pensando que, cuanto más feliz era el día, mejor podría ser la ocasión.

—Pero, oiga —intenté hablar—, ha sido una confusión.

—¡Ah…! —dijo el dictador.

—Creí que el paraguas era mío.

—Esto —dijo el viejo Bassett— es un defecto fundamental, amigo mío. Es usted totalmente incapaz de distinguir entre el *meum* y el *tuum*. En fin, esta vez no quiero mandarle detener; pero ándese usted con mucho cuidado. Vámonos, Roderick.

Salieron, deteniéndose el dictador en la puerta para lanzarme otro «¡Ah!».

Como se puede comprender, para un hombre sensible, lo ocurrido era terriblemente enervante, y mi inmediata reacción fue disponerme a acabar con el encargo de mi tía Dalia, y regresar a mi casa a tomar otro de aquellos eficaces cordiales preparados por Jeeves. Ya sabéis cómo ansían los cervatos las frescas corrientes de agua cuando los persigue la jauría. Ésta era más o menos la sensación que yo tenía. Ahora comprendía la insensatez de haber salido a la calle habiendo ingerido uno solo, y estaba a punto de largarme y dirigirme a su fuente, cuando el propietario del establecimiento salió de la trastienda, acompañado de un fuerte olor de estofado y un gato escuálido, y se informó de lo que deseaba. Y, puesto ya el tema sobre el tapete, le dije que había oído decir que tenía una jarrita para la leche del siglo XVIII para vender.

Movió la cabeza. Era un tipo enmohecido, de aspecto lúgubre, casi enteramente oculto detrás de una cascada de blancas patillas.

—Ha llegado usted tarde. Está comprometida por un cliente.

—¿Llamado Travers?

—Exacto.

—Entonces, perfectamente. ¡Aprenda, oh mercader de impasibles facciones y buena voluntad! —le dije, porque a veces a uno le gusta ser cortés— que el mencionado Travers es mi tío y me ha mandado aquí a que le dé un vistazo al objeto. De manera que póngalo en evidencia. Supongo que será una porquería.

—Es una jarrita maravillosa.

—¡Oh! —dije, robándole un poco de su ampulosidad al dictador—. Eso cree. ¡Ya lo veremos!

No tengo inconveniente en confesar que no he sentido nunca inclinación por la plata antigua y, a pesar de que no he querido nunca apenar a mi tío Tom diciéndoselo, creo que su pasión por este género evidencia una imbecilidad que convendría atajar antes de que se extienda. De manera que no esperaba en absoluto que mi corazón latiese con mayor fuerza a la vista del objeto, pero cuando el propietario volvió de la trastienda y trajo la cosa, difícilmente supe si echarme a reír o a llorar. La idea de que mi tío iba a pagar al contado una importante suma por aquello era algo que escapaba totalmente a la más extrema comprensión.

Era una vaca de plata. Pero cuando digo «vaca» no acaricie el lector la idea de que se trataba de una vaca decente, como esas que se pueden observar hinchándose de hierba en los prados. Ésta era una vaca siniestra, repugnante, infernal criatura,

digna del mayor desprecio. Tenía unas cuatro pulgadas de altura y seis de largo. La espalda se abría por medio de una bisagra. Su cola, arqueada, tocaba la espalda formando asa para que la cogiera el aficionado a la leche. Su sola vista parecía transportarme a un mundo terrible y diferente.

Me era, por consiguiente, fácil cumplir al pie de la letra el programa establecido por tía Dalia. Fruncí los labios y chasqueé la lengua, todo a la vez. Lancé incluso un profundo suspiro. Mi aspecto general era el de un hombre que no experimenta la menor simpatía por una jarra de leche, y vi al enmohecido propietario mirarme, como si hubiese sido herido en la parte más sensible.

—¡Oh, tut, tut, tut! —dije—. ¡Oh, no, no, no! ¡Vamos, vamos, vamos, vamos! No tengo gran opinión de este objeto —dije guiñando el ojo—. Es falso.

—¿Falso?

—¡Falso! Es holandés moderno.

—¿Holandés moderno? —No sé si echó espumarajos por la boca, pero el sufrimiento intenso de su alma era evidente—. ¿Qué quiere usted decir con esto de holandés moderno? ¡Es un puro inglés del siglo XVIII! ¡Mire usted el contraste!

—No puedo verlo.

—¿Está usted ciego? ¡Aquí! ¡Sáquelo usted a la calle! ¡Allí hay más luz!

—Bien —dije, dirigiéndome al principio lánguidamente a la puerta, con el paso y el aspecto de un técnico en la materia a quien se está haciendo perder el tiempo.

Digo «al principio», porque, aún no había dado dos pasos, cuando tropecé con el gato, y es imposible armonizar tropezar con gatos con dirigirse lánguidamente a una puerta. Pegando un salto, salí por la puerta como alguien que, perseguido por la policía, huye de contundente y devastadora redada. La jarrita para leche escapó de mis manos y tuve la suerte de caer sobre un ciudadano, pues de lo contrario hubiera dado con mis narices en el suelo.

Es decir, fue una suerte relativa, porque dio la casualidad de que el ciudadano era Sir Watkyn Bassett. Se detuvo mirándome con indignación a través de sus lentes y todavía le veo como si contase algo con los dedos. Primero, hurtando bolsos; segundo, robándole el paraguas; tercero, aquello. Su aspecto general era el del hombre que se afrenta con el último agravio.

—Llame usted a un policía, Roderick —dijo, irguiéndose majestuosamente.

El dictador puso manos a la obra.

—¡Policía! —gritó.

—¡Policía! —repitió el viejo Bassett con voz de tenor.

—¡Policía! —repitió el dictador con voz de bajo.

Y un momento después, un voluminoso cuerpo salió de la niebla y dijo:

—¿Qué ocurre?

Aquí tengo que reconocer que nada me hubiera sido más fácil que explicar la

confusión si me hubiese tomado la molestia de quererlo hacer, pero no quise. Dije: pies, ¿para qué os quiero?, y salí corriendo a la velocidad del viento. Una voz gritó: «¡Deténgase!»; pero, naturalmente, no me detuve. Corrí desaforadamente por calles y callejuelas y, por fin, me encontré en las cercanías de Sloane Square. Allí me metí en un coche y de nuevo penetré en el mundo civilizado.

Mi primera intención era dirigirme al club de «Los Zánganos», a tomar un bocado, pero había andado pocos metros cuando comprendí que no estaba con ánimo de hacerlo. No se trata de apreciar el club, su animada conversación, su camaradería, su atmósfera fragante saturada de cuanto hay de brillante en la metrópoli, pero sabía que en la mesa se tirarían trocitos de pan y no me hallaba en estado de ánimo para competir en el lanzamiento de panecillos. Cambiando, pues, mi estrategia en un destello, dije al cochero que me llevase al baño turco más próximo.

Tengo la costumbre de prolongar largamente mis baños turcos y, por consiguiente, era ya tarde cuando regresé a casa. Había pasado dos o tres horas soñolientas en mi cubículo, y esto, unido al benéfico efecto del baño caliente y de la inmersión en el tanque helado, había traído de nuevo las rosas a mis mejillas. Fue natural, por consiguiente, que, entonando un alegre tra-la-lá, abriese la puerta de mi casa y me dirigiese hacia el salón.

En el mismo momento todo mi buen humor se desvanecía ante el espectáculo de un montón de telegramas.

Capítulo II

No sé si el lector pertenece al grupo que siguió mi primera narración referente a mis aventuras con Gussie Fink-Nottle; es posible que no pertenezca a ella, pero si fuese así recordaría que todo el lío empezó en aquella ocasión con una invasión de telegramas, y, por lo tanto, no se sorprenderá de que les lanzase una mirada al sesgo llena de desconfianza. Desde aquel día, los telegramas en cantidad me han parecido siempre un presagio de complicaciones.

A primera vista, me había parecido que había veinte o treinta de aquellos papeles malditos, pero sólo había tres. Los tres habían sido expedidos desde Totleigh-in-the-Wold y llevaban la misma firma.

Los textos eran los siguientes:

Wooster,
Berkeley Mansions, Berkeley Square,
Londres.
Ven inmediatamente. Seria riña entre Madeline y yo. Contesta. Gussie.

El segundo:

Sorprendido no recibido contestación mi telegrama diciéndote vinieses inmediatamente causa seria riña Madeline y yo. Contesta. Gussie.

Y el tercero:

Oye, Bertie, ¿por qué no contestas telegramas? Expedido hoy dos diciéndote vinieses inmediatamente causa seria riña Madeline y yo. A menos vengas cuanto antes hacer esfuerzos obtener reconciliación, matrimonio deshecho. Contesta. Gussie.

He dicho ya que mi larga permanencia en el baño turco había contribuido mucho a restaurar mi *mens sana in corpore que no lo está*. La lectura de estos terribles mensajes me produjo una recaída instantánea. Mis temores habían sido fundados. Algo me había dicho, al ver aquel montón de papeles, que de nuevo íbamos a bailar, y estábamos en el baile.

El ruido de mis pasos familiares había traído a Jeeves de las habitaciones posteriores. Una sola mirada le bastó para comprender que las cosas iban mal para su dueño.

—¿Se encuentra mal el señor? —indagó solícito.

Me dejé caer sobre una silla y pasé una mano temblorosa por mis cabellos.

—No me encuentre mal, Jeeves, pero estoy preocupado. Lea usted esos telegramas.

Su mirada recorrió el montón de papeles, después fijó sus ojos en mí y pude leer en ellos la respetuosa ansiedad que expresaban por el bienestar de su joven dueño.

—Es lamentable, señor.

Su voz era grave. Comprendí que no se le había escapado el busilis. La siniestra importancia de aquellos súbitos telegramas aparecía tan clara para él como para mí.

Desde luego no había discutido el asunto con Jeeves, porque hacerlo hubiera representado hablar con ligereza de una mujer, pero estaba en plena posesión de todos los hechos referentes al enredo Bassett-Wooster y comprendía la importancia de los peligros que de este lado me amenazaban. No había necesidad de explicarle por qué encendí entonces febrilmente un cigarrillo y por qué mi mandíbula inferior temblaba ligeramente.

—¿Qué cree usted que ha ocurrido, Jeeves?

—Es difícil aventurar una conjetura, señor.

—Dice que la boda se puede ir a paseo. ¿Por qué? Esto es lo que me pregunto.

—Exacto, señor.

—Y no me cabe la menor duda de que es también lo que se pregunta usted.

—Exacto, señor.

—Mar de fondo, Jeeves.

—Muy de fondo, señor.

—La única cosa que hasta cierto punto podemos decir con certidumbre (más tarde sabremos en qué forma) es que Gussie se ha portado otra vez como un asno.

Durante un momento recordé que Augustus Fink-Nottle había pertenecido siempre al pelotón de los torpes. Durante años enteros los jueces más clementes lo habían reconocido así. En el colegio, donde nos conocimos, se llamaba «Cabezota», y tenía que alternar con hombres como Bingo Little, Freddie Widgeon y yo.

—¿Qué haremos, Jeeves?

—Creo que lo mejor sería irnos en seguida a Totleigh Towers, señor.

—¿Pero cómo quiere usted que vaya? El viejo Bassett me echará de la casa en cuanto llegue.

—Acaso si el señor telegrafiase a Mr. Fink-Nottle explicándole la dificultad, él podría proponerle una solución.

Me pareció lógico. Me dirigí a la primera estafeta y expedí el siguiente telegrama:

Fink-Nottle,
Totleigh Towers,

Totleigh-in-the-Wold.

Sí, todo esto está muy bien. Me dices que vaya inmediatamente, pero ¿cómo diablos quieres que vaya? ¿No comprendes relaciones entre Pop Bassett y yo no son precisamente para recibirme cordialmente? Agarraría inmediatamente oreja y lanzaría perros contra. Inútil proponer usar falsas patillas o pretender ser inspector. Riesgos, porque reconocería facciones y descubriría impostura. ¿Qué puede hacerse? Ignoro ocurrido. ¿Será una riña? ¿Qué clase de riña? Ignoro significado boda deshecha. ¿Por qué diablos? ¿Qué has hecho, muchacho? Contesta. Bertie.

La respuesta llegó durante la comida.

Wooster,

Berkeley Mansions, Berkeley Square,

Londres.

Veo dificultad, pero creo puede arreglarse. A pesar tirantes relaciones, todavía hablamos Madeline. He dicho haber recibido carta urgente tuya solicitando venir. Recibirás invitación en breve. Gussie.

Y, después de un dúo con la almohada, por la mañana recibí un montón de tres más. El primero decía:

Ocupado de ti. Mandado invitación. Cuando vengas tráeme libro llamado Mis amigas las lagartijas*, de Loretia Peabody, publicado Papgood and Grooly, encontrarás cualquier librería. Gussie.*

El segundo:

Bertie, viejo, enterado vienes. Encantada porque podrás hacer por mí algo importante. Stiffy.

Y el tercero:

Ven si quieres, pero acaso no es prudente, Bertie. Temo sufras agudos dolores viéndome. Igual que remover puñal en herida. Madeline.

Mientras leía estas misivas, entró Jeeves con el té matutino y, sin decirle nada, se las tendí. Las leyó en silencio. Pude beber una buena cantidad del caliente y

reconfortante líquido antes de que hablase.

—Creo que debemos salir en seguida, señor.

—Así lo creo…

—Haré los equipajes inmediatamente. ¿Me permite el señor que llame a Mrs. Travers por teléfono?

—¿Por qué?

—Ha llamado varias veces esta mañana, señor.

—¡Ah! Entonces creo que hará usted bien en llamar.

—No creo que sea necesario, señor. Imagino que debe ser ella quien llega.

En la puerta principal había sonado un timbrazo, como si una tía carnal hubiese puesto su pulgar sobre el botón y lo hubiese dejado allí. Jeeves salió de la habitación y, un momento después, quedó demostrado que su intuición no le había engañado. Una voz atronadora resonó en todo el piso, la voz que en otros tiempos, cuando anunciaba la presencia de una zorra por las cercanías, hacía que todos los afiliados al *Quorn* y al *Pytchley*, se asegurasen el sombrero y montasen a caballo.

—¿Pero todavía no se ha levantado este botarate, Jeeves? ¡Ah! ¡Helo aquí…!

La tía Dalia franqueó el umbral.

En todos los casos y ocasiones, debido a los años pasados ocupada en la caza, fuese el tiempo riguroso o no, mi parienta tenía un rostro purpúreo, pero en aquella ocasión se podía observar un color morado más oscuro que de costumbre. La respiración le salía a borbotones y sus ojos lanzaban una luz siniestra. Cualquiera, aun con menos penetración que Bertram Wooster, hubiera podido darse cuenta de que se hallaba en presencia de una tía carnal que se encontraba en un atolladero.

Era evidente que en su interior hervía el deseo de destaparse y soltar lo que la traía, pero, de momento, pospuso hacerlo para reprocharme estar en cama todavía a aquella hora. Sumido, por usar su descriptiva frase, en profundo sueño.

—No estaba sumido en profundo sueño —corregí—. Hace ya rato que estoy despierto. En realidad me disponía a disfrutar de mi desayuno. ¿Quieres compartirlo conmigo? Puedes, naturalmente, contar con un par de huevos con jamón, pero di una sola palabra y le añado un par de arenques.

Soltó un ronquido de tal violencia, que veinticuatro horas antes me hubiera aniquilado. Incluso en mi actual condición de tolerable robustez me pareció una explosión de gas.

—¡Huevos! ¡Arenques! Lo que necesito es un vaso de coñac con soda. Di a Jeeves que me prepare uno. Y si se olvida de la soda, no tiene importancia. ¡Bertie, es horrible lo que pasa!

—Vente al comedor, mi tembloroso álamo —le dije—. Allí no nos interrumpirá nadie. Jeeves tiene que venir aquí a hacer el equipaje.

—¿Vas a algún sitio?

—A Totleigh Towers. He recibido la más perturbadora…

—¿Totleigh Towers? ¡Qué casualidad! ¡Precisamente venía a pedirte que fueses inmediatamente!

—¿Eh?

—Es asunto de vida o muerte.

—¿Qué quieres decir?

—En cuanto te lo explique lo entenderás.

—Entonces, vamos al comedor y explícate. Y ahora, mi querida y misteriosa inspiradora —añadí cuando Jeeves hubo traído lo necesario y se hubo retirado—, dame detalles.

Por un instante reinó el silencio, perturbado únicamente por una tía camal que bebía coñac con soda, y por mí, consumiendo una taza de café. Después, puso su vaso sobre la mesa y lanzó un profundo suspiro.

—Bertie —dijo—, quisiera empezar por dedicar unas cuantas frases a Sir Watkyn Bassett CBE Así la mosca verde ataque sus rosales. Ojalá su cocinero se emborrache la noche del banquete. Que sus gallinas agarren la pepita…

—¿Cría gallinas? —dije yo marcando un punto.

—Ojalá su cisterna se vacíe y las hormigas blancas, si es que las hay en Inglaterra, socaven los cimientos de Totleigh Towers. Y cuando entre en la iglesia con su hija Madeline, para dársela al asno de «Botellín», ¡ojalá estornude y se dé cuenta de que ha salido de casa sin pañuelo!

Se detuvo, y a mí me pareció que, por muy inspirado que estuviese todo aquello, no me explicaba absolutamente nada.

—Completamente de acuerdo —dije yo—. Abundo en tu opinión *in toto*. Pero ¿qué ha hecho?

—Ya te lo diré. ¿Te acuerdas de la jarrita de leche?

Me sumergí en un huevo frito, temblando un poco.

—¿Si me acuerdo? Jamás la olvidaré. Quizá no me creerás, tía Dalia, pero, cuando llegué a la tienda, ¿quién crees que podía estar allí, por la más sorprendente coincidencia, sino el propio Bassett…?

—No era una coincidencia. Había ido allí a echar una mirada al objeto, para ver si realmente era tanto como Tom le había dicho ser. Porque, ¿puedes imaginar locura mayor, Bertie? El imbécil de tu tío le había hablado de la jarrita. Podía haber supuesto que aquel demonio imaginaría algún plan para arrebatársela. Y, claro, se la arrebató. Tom almorzó ayer con Sir Watkyn Bassett en su club. En la minuta figuraba langosta, y aquel Maquiavelo le hizo comer, y le sentó mal.

Miré a mi tía con incredulidad.

—¿No vas a decirme —dije atónito, sabiendo lo delicado que estaba de todo su aparato digestivoabdominal— que tío Tom comió langosta? ¡Después de lo que le

pasó el día de Navidad…!

—Bajo la instigación de aquel malvado, parece que comió, no solamente kilos de langosta, sino montañas de pepinos. Según su narración (que no ha podido hacerme hasta esta mañana, pues ayer, cuando vino, sólo podía gemir), al principio resistió. Se sentía fuerte y resuelto. Pero las circunstancias estaban contra él. Al parecer, el club de Bassett es uno de esos clubs en que los fiambres están en una gran mesa en el centro del comedor, de tal manera situada que, donde quiera que se esté sentado, es imposible no verla.

Asentí.

—En «Los Zánganos», también. Catsmeat Potter Pirbright, una vez, desde la mesa más alejada, dio en el pastel de liebre seis veces seguidas con seis panecillos consecutivos.

—Ésta fue la causa de la caída del pobre Tom. Si Basset hubiese hablado de langosta, hubiera sido suficientemente fuerte para resistir; pero verla, era demasiado. Suspiró, se arrojó sobre ella como un esquimal desfallecido, y a las seis me llamó el portero, diciéndome si quería mandar el coche a buscar sus restos, que habían sido descubiertos por un botones, retorciéndose en la biblioteca. Media hora después llegó a casa pidiendo débilmente bicarbonato de sosa. ¡Bicarbonato de sosa, Dios mío! —dijo tía Dalia con una amarga sonrisa—. Lo que fue necesario fueron dos médicos y una bomba para vaciarle completamente el estómago.

—Y, entretanto,… —dije yo, viendo hacia dónde se encaminaba la narración.

—Entretanto, Sir Watkyn Bassett se había largado y había comprado la jarrita. El anticuario había prometido a Tom guardársela hasta las tres; pero, naturalmente, cuando pasaron las tres y Tom no fue, y vio que otro cliente quería comprarla, la soltó. Así estamos. Bassett tiene la jarrita y se la llevó a Totleigh anoche.

Era una historia muy triste, desde luego, y no hacía sino corroborar la opinión que había manifestado muchas veces sobre Pop Bassett, a saber: que un magistrado que es capaz de poner una multa de cinco libras a un hombre, cuando una mera reprimenda hubiera surtido el mismo efecto, era capaz de cualquier cosa; pero lo que no veía era qué creía mi tía que podía hacerse. La situación general me parecía una de esas en que lo único que se puede hacer es juntar las manos, elevar los ojos al cielo con resignación y empezar una nueva vida, tratando de olvidar.

Así se lo dije mientras untaba de mermelada una de mis tostadas.

Me miró fijamente en silencio durante unos instantes.

—De manera que ¿eso crees?

—Yo, sí.

—Supongo que admitirás que, bajo el punto de vista moral, esa jarrita pertenece a Tom…

—Sin duda alguna.

—¿Y permitirás el ultraje sin hacer nada? ¿Consentirás que ese granuja conserve su botín? Delante del espectáculo del más canallesco delito que se ha perpetrado en un país civilizado, ¿te limitarás a cruzarte de brazos y decir: «¡En fin! ¡Qué le vamos a hacer!»? ¿Y no harás nada?

Examiné la cosa.

—Es posible que no me limite a decir: «¡En fin! ¡Qué le vamos a hacer!», porque reconozco que la situación es digna quizá de más amplio comentario, pero desde luego no haré nada.

—Pues yo tengo intención de hacer algo. Le voy a robar la jarrita.

La miré, atónito. No pronuncié reproche alguno, pero en mi interior se oía un «¡Tut, tut!» reprobador. Aun reconociendo que la provocación era manifiesta, yo no podía aprobar estos métodos violentos. Y estaba a punto de despertar su aletargada conciencia preguntándole qué hubieran opinado de estos métodos los socios del *Quorn*, o, si se quiere, del *Pytchley*, cuando prosiguió:

—O, mejor dicho, tú.

Acababa de encender un cigarrillo mientras ella pronunciaba aquellas palabras y, de acuerdo con las promesas del prospecto hubiera debido sentirme tranquilo y sosegado, pero sin duda había elegido una marca equivocada de cigarrillos porque pegué un salto como si se hubiese soltado un resorte en mi silla.

—¿Quién, *yo*?

—Tú. Fíjate cómo se arreglará todo. Vas a pasar unos días en Totleigh, donde tendrás mil oportunidades para echar el guante a la cosa…

—¡Pero, caray…!

—… Es absolutamente indispensable que yo la tenga, porque, de lo contrario, jamás lograré arrancar a Tom un cheque para la serie de artículos de Pomona Grindle. Estaría demasiado de mal humor. Y precisamente firmé con ella ayer a un precio fabuloso y tengo que darle la mitad por adelantado, de hoy en ocho. De manera que no perdamos tiempo, muchacho. ¡No sé por qué te preocupas tanto! No me parece que sea nada del otro mundo hacer esto por una tiíta querida.

—Pues a mí me parece demasiado para ser hecho por una tiíta querida, y ni siquiera en sueños haré…

—Sí, lo harás, porque sabes lo que ocurrirá si no lo haces. —Hizo una pausa significativa—. ¿Me sigue usted, Watson?

Yo callaba. No tenía necesidad de explicarme lo que quería decir. No era la primera vez que ponía su mano de terciopelo bajo la espada de acero, o, mejor dicho, al revés. Porque mi cruel parienta tenía un arma que esgrimía constantemente sobre mi cabeza como la espada de no sé quien… Jeeves debe saberlo, y mediante la cual me sometía constantemente a su voluntad, a saber: que si no cumplía exactamente sus instrucciones me borraría de la lista de sus eventuales invitados y apartaría las

maravillas de Anatole de mis labios. No olvidaré fácilmente las épocas en que me imponía sanciones que alcanzaban a veces un mes, y precisamente en plena época de los faisanes, en los que este superhombre es incomparablemente excelso.

Hice una última tentativa para traerla a razones.

—Pero ¿por qué diablos quiere tío Tom esa horrible jarrita? Es un objeto asqueroso. Se encontrará mucho mejor sin ella.

—No es ésa su opinión. En fin, la situación es ésta: o cumples inmediatamente el sencillo y fácil encargo que te doy, o pronto mis invitados dirán: «¿A qué se debe que no veamos nunca a Bertie Wooster aquí?» «¡Qué almuerzo nos dio ayer Anatole, Bertie! No hay más que una palabra para describirlo: "soberbio"». No me extraña que te entusiasme su cocina. Como dices algunas veces, pensando en ella se hace la boca agua.

La miré duramente.

—¡Tía Dalia, esto es un chantaje!

—¿Verdad que sí? —Y salió taconeando. Me senté nuevamente y comí en silencio un trozo de tocino frío.

Entró Jeeves.

—El equipaje está listo, señor.

—Muy bien, Jeeves —dije—. Entonces vámonos.

—De hombre y de muchacho, Jeeves —dije, rompiendo un embarazoso silencio que había durado quizá ochenta y siete millas—, me he encontrado en situaciones difíciles, pero ésta gana el pato.

Rodábamos en mi dos plazas en dirección a Totleigh Towers, yo al volante, Jeeves a mi lado y nuestros efectos personales en el asiento trasero. Habíamos salido de Londres a las once y treinta de la mañana y la tarde estaba ahora en todo su esplendor. Hacía uno de estos días radiantes, soleados y frescos, con un algo de fragancia en el aire, y, si las circunstancias hubiesen sido otras, no hay duda que me hubiera sentido en plena forma y hubiera seguido mi camino, charlando animadamente, saludando a los rústicos transeúntes, acaso incluso cantando alguna alegre tonadilla.

Desgraciadamente las circunstancias eran las que eran, y en mis labios no había el menor esbozo de canción. Cuanto más pensaba en lo que me esperaba en aquellas temibles Towers[2], mi corazón más se acongojaba.

—… el pato —repetí.

—Señor…

Fruncí el ceño. Jeeves quería mostrarse discreto y no era momento de discreciones.

—No me pretenda usted hacerme creer que no está enterado del asunto, Jeeves —dije fríamente—. Durante mi entrevista con tía Dalia estaba usted en la habitación

contigua, y sus observaciones han debido de ser oídas en Piccadilly.

Se quitó la careta.

—Bien, señor. Tengo que confesar que me enteré del fondo de la conversación.

—¿Así que se trata de un callejón sin salida…?

—Es indudable que una aguda crisis en los asuntos particulares del señor, parece haber precipitado los acontecimientos.

Me callé nuevamente, reflexionando.

—Si tuviese que volver a vivir mi vida, Jeeves, quisiera ser huérfano y no tener tías. ¿No es en Turquía donde meten a las tías en un saco y las arrojan al Bósforo?

—Odaliscas, señor, según tengo entendido. No tías.

—¿Y por qué no tías? ¡Fíjese usted en las complicaciones que traen! Le digo a usted, Jeeves, y cuando se lo digo puede usted creerme, que debajo de cada pobre, inocente y desvalido pedigüeño que se rebaja a mendigar un plato de sopa, si se buscase atentamente, hallaríamos a la tía que lo ha empujado a tal situación.

—Hay mucha verdad en lo que dice, señor.

—Y es inútil que me diga usted que hay tías buenas y tías malas. En el fondo, son todas iguales; tarde o temprano enseñan la oreja. Analicemos a mi tía Dalia. Tengo por ella el mismo afecto que el *fox-terrier* por la rata. Y me da encarguitos como el de hoy. Conocemos al Wooster que les quita los cascos a la policía. Somos íntimos de Wooster, el supuesto ratero de bolsos. Pero era necesaria esta tía para presentar al mundo un Wooster que se mete en las casas de magistrados retirados, y, mientras come su pan y su sal, les roba jarritas para leche. ¡Repámpanos! —terminé, porque estaba realmente indignado.

—Muy molesto, señor.

—Me pregunto cómo me va a recibir el viejo Bassett.

—Será interesante observar sus reacciones, señor.

—Me parece que es difícil que me eche de casa, puesto que me ha invitado Miss Bassett.

—Así lo creo, señor.

—Pero, por otra parte, puede, y me parece que lo hará, mirarme por encima de sus anteojos y hacer ruidos de mofa. La perspectiva dista mucho de ser agradable.

—Mucho, señor.

—Y aunque no hubiese intervenido la jarrita esa, las circunstancias no hubieran sido mejores.

—Exacto, señor. ¿Puedo aventurarme a preguntar al señor si entra en sus intenciones llevar a cabo el encargo de Mrs. Travers?

Cuando se conduce un coche a cincuenta millas por hora, no se pueden levantar las manos en un gesto de súplica apasionada; de lo contrario, es lo que hubiera hecho.

—Éste es el problema que me tortura, Jeeves. No sé qué decidir. ¿Se acuerda

usted del tipo aquel, de quien me ha hablado dos o tres veces, que no sabía qué partido tomar? ¿Sabe usted quién quiero decir? El del proverbio del gato.

—Macbeth, señor, el protagonista de una comedia del difunto William Shakespeare. Se le describe como si, haciendo el «No me atrevo», esperase el «Lo haré», como el pobre gato del proverbio.

—Pues ésta es exactamente mi situación. Dudo, vacilo, si es que es ésta la expresión justa.

—Perfectamente correcta, señor.

—Pienso en verme borrado de la lista de las minutas de Anatole y creo desvanecerme. Después reflexiono que mi nombre en Totleigh Towers está ya mancillado, y que el viejo Bassett está convencido de que estoy en combinación con Raffles y soy un ratero que escamotea todo lo que me cae bajo la mano…

—Señor…

—¿No se lo he contado? Tuve ayer otro encuentro con él, el peor de todos. Ahora me considera la escoria del mundo criminal; si no el Enemigo Público Número Uno, por lo menos el número dos o tres.

Le referí brevemente lo ocurrido, y júzguese mi emoción cuando vi que parecía encontrar en mi relato algo netamente humorístico.

Jeeves sonreía raramente, pero ahora un esbozo de sonrisa se dibujaba en sus labios.

—Una confusión muy cómica, señor.

—¿Cómica, Jeeves?

Comprendió que su regocijo había sido inoportuno. Recuperó su fisonomía, arrojando de ella la sonrisa por completo.

—Perdone el señor, hubiera debido decir «molesta».

—Mucho.

—Debió ser excesivamente molesto encontrarse con Sir Watkyn en tales circunstancias.

—Sí; pero lo será todavía más si me pesca soplándole la jarrita. No quiero ni pensar en el cuadro.

—Lo comprendo muy bien, señor. Y así el instintivo impulso de resolución es sofocado por el pálido tinte del pensamiento, y empresas de gran alcance pierden su empuje y fracasan lastimosamente, perdiendo su calidad de acción.

—Exacto, Jeeves. Me ha quitado usted las palabras de la boca.

Me volví a callar, reflexionando profundamente.

—Pero aquí aparece otro punto, Jeeves. Aun cuando me decida a robar jarritas para leche, ¿cómo encontrar el momento? No es cosa que se pueda hacer así como así. Hay que planear el asunto y tomar decisiones. Y, además, necesitaré toda mi fuerza de concentración para el asunto ese de Gussie.

—Exacto, señor. Me doy cuenta de la dificultad.

—Y, por si esto no bastase para preocuparme, hay el telegrama de Stiffy. ¿Recuerda usted el tercer telegrama que vino esta mañana? Era de Miss Stephanie Byng, la prima de Miss Bassett, que reside en Totleigh Towers. Ya la conoce usted. Hace un par de semanas almorzó en casa. Es una muchacha pequeñucha, del tonelaje de Jessie Mathews.

—¡Oh, sí!, señor. Recuerdo muy bien a Miss Byng. Es una señorita encantadora.

—Exacto. Pero ¿qué querrá pedirme? He aquí el problema. Probablemente algo absolutamente fuera de alcance de la naturaleza humana. De manera que también esto me preocupa. ¡Qué vida!

—Exacto, señor.

Durante este cambio de impresiones habíamos seguido avanzando rápidamente y no dejé de observar que el poste indicador que habíamos pasado hacía un momento llevaba inscritas las palabras: «Totleigh-in-the-Wold, 8 millas.» Y delante de nosotros aparecían ahora los árboles de una mansión señorial.

Frené el coche.

—¿Hemos llegado, Jeeves?

—Esto estaría inclinado a creer, señor.

Y así quedó demostrado. Habiendo franqueado la verja y llegado a la puerta principal fuimos informados por el mayordomo de que aquéllos eran efectivamente los lares de Sir Watkyn Bassett.

—«Childe Roland vino a la torre sombría, señor» —dijo Jeeves mientras nos apeábamos, si bien jamás he sabido lo que había querido decir. Contestando con un breve: «¡Oh, ah!», puse toda mi atención en el mayordomo, que estaba tratando de comunicarme algo.

Por fin logré comprender que me decía que si mi deseo era ponerme inmediatamente en contacto con los moradores del castillo, había escogido mal momento para conseguirlo. Sir Watkyn, explicó, había salido a dar un paseo.

—Creo que debe estar por los alrededores con Mr. Roderick Spode, señor.

Tuve un sobresalto. Desde el asunto de la tienda de antigüedades, el nombre de Roderick estaba, como es fácil imaginar, profundamente grabado en mi corazón.

—¿Roderick Spode? ¿Un tío gordo con una especie de bigotito y unos ojos que pueden abrir una ostra a sesenta pasos?

—El mismo, señor. Llegó ayer de Londres con Sir Watkyn. Han salido poco después del almuerzo. Creo que Miss Madeline está en casa, pero va a ser necesario algún tiempo para localizarla.

—¿Y Mr. Fink-Nottle?

—Creo que ha ido a dar un paseo, señor.

—¡Ah, entonces, muy bien! Rondaré un poquito por aquí.

Estaba contento de estar un rato solo, porque tenía que reflexionar. Mientras lo hacía, estuve paseando arriba y abajo de la terraza.

La noticia de que Roderick Spode estaba entre aquellos muros me había profundamente conmovido.

Le había creído una mera relación del club, que consagraba sus actividades exclusivamente a la metrópoli, y su presencia en Totleigh Towers hacia la perspectiva de llevar a cabo la comisión de tía Dalia, ya de por sí capaz de poner nervioso al más templado, doblemente arriesgada que cuando había supuesto tenerla que ejecutar bajo la vigilante presencia de Sir Watkyn solo.

En fin, supongo que ustedes me comprenden. Imagínense que un infortunado maestro criminal fuese a un sitio a cometer un crimen y se encontrase con que, no solamente estaba allí Sherlock Holmes pasando el fin de semana, sino también Hércules Poirot.

Cuanto más examinaba el proyecto de apoderarme de la jarrita, menos me gustaba. Me parecía que debía de haber mucho camino que andar y que lo que tenía que hacer era explorar las avenidas con la esperanza de encontrar alguna fórmula. A este fin, abandoné la terraza con la cabeza baja, reflexionando.

Realmente, el viejo Bassett había colocado bien su dinero. Entiendo algo en propiedades rurales y encontré que aquélla era verdaderamente un modelo. Bella fachada, vastos campos, deliciosas praderas de bien cortado césped, y, en general, una sensación de lo que se llama la primitiva paz del mundo. Las vacas pastaban en la lejanía, los corderos y los pájaros balaban y piaban respectivamente, y de algún lugar no lejano llegaba la detonación de un fusil que demostraba que alguien estaba armando contienda con los conejos del lugar. Totleigh Towers podía ser el lugar donde moraba el Hombre Vil, pero sin duda alguna todas las perspectivas eran agradables.

Seguía rondando arriba y abajo, calculando cuánto tiempo habría necesitado el viejo presuntuoso aquel, imponiendo digamos veinte multas diarias de a cinco libras cada una, para llegar a reunir suficiente dinero para comprar todo aquello, cuando mí atención fue atraída por el interior de una de las habitaciones de la planta baja, visible a través de uno de los grandes ventanales abiertos.

Era una especie de saloncito y daba la impresión de estar excesivamente amueblado. Esto se debía al hecho de que estaba atestado hasta reventar de vitrinas atiborradas a su vez de objetos de plata. No había duda de que me hallaba en presencia de la colección de Sir Watkyn Bassett.

Me detuve. Algo parecía atraerme a través del ventanal. Y un instante después me encontraba *vis-á-vis*, como suele decirse, con mi vieja amiga, la vaca de plata. Estaba dentro de una vitrina cercana a la puerta, y la miré fijamente, empañando el cristal con mi aliento.

Con profunda emoción me di cuenta de que la vitrina no estaba cerrada.

La abrí.

Metí la mano y saqué la vaca.

Me es imposible decir si mi intención era meramente examinarla de nuevo o si me proponía precipitar los acontecimientos. No lo sé. Cuanto puedo recordar es que no había establecido plan alguno. Mi estado de ánimo era aproximadamente el del gato del proverbio.

No obstante, no me fue concedida la satisfacción de analizar mis emociones hasta lo que Jeeves llamaría el «análisis definitivo», porque en aquel momento oí una voz que decía: «¡Manos arriba!», y al volverme vi a Roderick Spode en la ventana. Llevaba un revólver en la mano y éste apuntaba negligentemente el tercer botón de mi chaleco.De su actitud deduje que era uno de aquellos tiradores a quienes gusta disparar sin apuntar.

Capítulo III

Al describir a Roderick Spode al mayordomo, le hablé de unos ojos capaces de abrir una ostra a sesenta pasos, y eran precisamente estos ojos los que fijaba en aquel momento sobre mí. Parecía un dictador en el momento de ordenar una depuración, y comprendí que me había equivocado al suponerlo.

Medía cosa de siete pies de altura. Lo menos ocho. Y los músculos de su mandíbula parecían trabajar.

Tenía la esperanza de que no diría: «¡Ah!»; pero lo dijo. Y, en vista de que yo no había dominado suficientemente todavía mis cuerdas vocales para poder contestar, de momento el diálogo quedó reducido a esta frase. Después gritó:

—¡Sir Watkyn!

Se oyó lejano un rumor de «¡Ah, sí! Aquí estoy. ¿Qué pasa?»

—Venga usted, por favor. Tengo algo que enseñarle.

El viejo Bassett apareció en la ventana.

Hasta aquel momento, sólo había visto a Sir Watkyn, vestido decentemente, como corresponde a la metrópoli, pero confieso que, incluso en la difícil situación en que me hallaba, fui capaz de estremecerme ante el espectáculo que ofrecía en el campo. Hay un axioma, como oí decir una vez a Jeeves, que afirma que, cuanto más pequeño es un hombre, más estrepitosa es su indumentaria, y la vestimenta de Sir Bassett delataba su carencia de pulgadas. Es imposible encontrar un adjetivo para describirla; pero, cosa curiosa, el espectáculo produjo el efecto de calmar mis nervios. Experimenté la sensación de que nada tenía importancia.

—¡Mire! —dijo Spode—. ¿Hubiese creído usted esto posible?

El viejo Bassett me miraba con la sorpresa pintada en su rostro.

—¡Dios mío! ¡El ratero de bolsos!

—¡El mismo! ¿No es increíble?

—¡Increíble! Pero ¡pardiez!, ¡esto es una persecución! ¡Este hombre me sigue por todas partes, como un cordero! ¡No me deja un momento libre! ¿Dónde lo ha pescado usted?

—Daba la casualidad que venía hacia la casa, cuando he visto una figura que se deslizaba furtivamente por el ventanal. He apretado el paso y le he dado el alto con mi revólver. He llegado a tiempo. Había empezado ya a saquear la habitación.

—Se lo agradezco mucho, Roderick, pero lo que no logro comprender es la obstinación de este hombre. Hubiéramos podido creer que, después de su fracaso en Brompton Road, hubiera podido abandonar su profesión por improductiva, pero no. Al día siguiente vuelve a empezar. En fin, se arrepentirá de haberlo hecho.

—Supongo que el caso es demasiado serio para que lo considere usted propio de un simple juicio de faltas, ¿verdad?

—Puedo dictar auto de detención. Tráigalo usted a la biblioteca y lo haremos. La causa tendrá que seguir el procedimiento criminal.

—¿Cuánto cree usted que le costará?

—Es difícil decirlo. Pero, desde luego, por lo menos…

—¡Alto! ¡Alto! —dije yo.

Mi intención había sido hablar tranquilamente y con voz moderada, después de haber requerido su atención, y explicarles que estaba allí en calidad de invitado; pero, por una razón inexplicable, mi voz salió con la fuerza que hubiera usado tía Dalia para hablar con un socio del *Pytchley* situado a media milla de ella, en el extremo opuesto de un campo labrado, y el viejo Bassett retrocedió como si le hubiese lanzado a los ojos un dardo candente.

Spode comentó mi manera de hablar.

—¡No grite usted así!

—Me ha destrozado el tímpano —gruñó el viejo Bassett.

—¡Pero, óiganme ustedes! —seguí gritando—. ¡Me tienen ustedes que oír!

Siguieron una serie de confusos argumentos tendentes a demostrar mi inocencia y oponiendo la defensa a la acusación, y en medio de todo esto, en el momento que me encontraba en la plenitud de mis facultades vocales, se abrió la puerta y una voz: «¡Válgame Dios!»

Miré a mi alrededor. Aquellos labios… Aquellos ojos tiernos… Aquella flaca figura. Ligeramente desfalleciente…

Madeline Bassett estaba en medio de nosotros.

—¡Válgame Dios! —repitió.

Hubiese contado mis terrores ante la perspectiva de casarme con aquella muchacha, hubiera levantado las cejas y apenas habría podido comprender. «Bertie —probablemente me hubiera dicho—, no sabes lo que te conviene», añadiendo tal vez que quisiese estar en mi atractivo exterior; era delgada, *svelte*, si ésta es la palabra, y estaba generosamente dotada de una dorada cabellera y de todos los accesorios.

Pero donde el testigo casual hubiera metido la pata hubiera sido al no tener en cuenta la supina estupidez de la muchacha y aquel aire que daba la impresión de que tenía que hablar como un chiquillo de cinco años. Esto era lo que helaba la sangre. Definitivamente, la muchacha que tapa con las manos los ojos de su marido mientras éste se dirige a desayunar, con el humor del que se levanta, y le dice: «¿Quién soy…?»

Una vez estuve pasando unos días en casa de un amigo mío recién casado y vi que su mujer había grabado sobre la chimenea, de manera que fuese imposible no verlas, estas palabras: «Dos Amantes Han Edificado Este Nido», y recuerdo todavía la expresión de angustia que se reflejaba en los ojos de mi amigo cada vez que las

leía. No puedo afirmar que Madeline fuese capaz de llegar a este extremo al entrar en el gremio de las casadas, pero, en todo caso, me parecía muy probable.

Nos estaba mirando con una expresión de sorpresa.

—¿Qué ruido es éste? —dijo—. ¡Pero, Bertie! ¿Cuándo has venido?

—¡Hola! Acabo de llegar.

—¿Cómo ha ido el viaje?

—Excelente, gracias. He venido en el dos plazas.

—Debes de estar cansadísimo.

—¡Oh, no! En absoluto.

—En seguida tomaremos el té. Por lo visto, conoces ya a papá.

—Sí, he conocido a tu padre.

—Y a Mr. Spode.

—Y a Mr. Spode.

—No sé dónde está Augustus, pero vendrá seguramente para el té.

—Cuento los segundos.

El viejo Bassett había permanecido escuchando estas cortesías con una expresión de asombro en su rostro, haciendo de cuando en cuando unos ruiditos como un pez que ha sido sacado del estanque por un alfiler doblado y se encuentra en el fondo de una barca preguntándose cuáles serán los acontecimientos. Era fácil seguir su proceso mental. Para él, Bertram era un ser que robaba bolsos y paraguas y, lo que era todavía peor, los robaba mal. No hay padre en el mundo a quien guste ver a su ovejita adorada en términos cariñosos con un hombre de esta especie.

—No me vas a decir que conoces a este hombre… —preguntó.

Madeline Bassett soltó una de sus risas estridentes, que era una de las cosas que más me desagradaban en ella.

—Pero, papá, no digas tonterías. ¡Claro que lo conozco! Bertie Wooster es un buen amigo mío muy querido. Ya te dije que llegaba hoy.

El viejo Bassett no parecía convencido. Tampoco lo parecía Spode.

—Pero éste no es tu amigo Wooster…

—¡Claro que sí!

—¡Pero si roba bolsos!

—Y paraguas —intervino Spode, como si fuese el Rey del Recuerdo o algo por el estilo.

—Y paraguas —asintió el viejo Bassett—. Y hace incursiones a la luz del día en las tiendas de antigüedades.

Madeline tampoco estaba al corriente de lo que sucedía, y con ella eran tres.

—¡Papá!

El viejo Bassett insistió duramente.

—Te digo que sí. Lo he cogido con las manos en la masa.

—Lo he cogido con las manos en la masa yo —dijo Spode.

—Lo hemos cogido con las manos en la masa los dos —dijo el viejo Bassett—. Por todo Londres. Dondequiera que vayas en Londres, te encuentras a este hombre robando bolsos y paraguas. Y ahora, incluso en el corazón del Gloucestershire.

—¡Es absurdo! —dijo Madeline.

Creí que era hora ya de poner fin a todo aquel enredo. Estaba cansado del asunto de los bolsos. Naturalmente, no hay que pedir que un magistrado se sepa al dedillo todos los hechos de su clientela —es ya mucho que los recuerde—, pero tampoco era cosa de dejar pasar un desagradable asunto como aquel en silencio.

—¡Claro que es absurdo! —dije con voz de trueno—. Todo viene de una confusión risible.

Debo confesar que esperaba que mi explicación daría mejor resultado del que dio. Yo confiaba en que, después de algunas palabras aclaratorias despejando la situación, no habría más que exclamaciones de alegría, seguidas de palabras de excusa y cariñosos golpes en las espaldas. Pero el viejo Bassett, como la mayoría de los magistrados y habituales de los Tribunales de Justicia, era un hombre difícil de convencer. La naturaleza de los magistrados desconfía fácilmente. Empezó a interrumpirme y a hacerme preguntas fijando su vista en mí mientras las hacía. ¿Comprenden lo que quiero decir? Preguntas que empiezan por: «Un momento, un momento…», o «Dice usted que…», o «¿Pretende usted hacernos creer…?» ¡Terriblemente ofensivo!

Finalmente, después de no poco trabajo y enojosas explicaciones, llegó a convenir en que en el asunto del paraguas me había juzgado injustamente.

—Pero ¿qué hay del bolso?

—No hay tal bolso.

—Tengo la seguridad de haberle condenado por algo en Bosher Street. Lo recuerdo perfectamente.

—Le quité el casco a un policía.

—Esto está tan mal como robar bolsos.

Inesperadamente, intervino Roderick Spode. Durante toda esta especie de proceso de Mary Dugan, había permanecido de pie, chupando pensativamente el cañón de su revólver y escuchando mi declaración como si la considerase muy frágil; pero, de repente, en su cara de granito, se dibujó un destello de expresión humana.

—No —dijo—. No creo que tenga usted razón. Cuando yo estaba en Oxford, le quité también el casco a un policía.

Quedé atónito. Jamás hubiera creído que aquel hombre hubiese gozado también alguna vez de la Arcadia. Esto demostraba, como he dicho muchas veces, que en el peor de nosotros hay un fondo de bondad.

El viejo Bassett estaba visiblemente sorprendido. Después se irguió.

—Bueno; pero ¿qué hay del asunto ese de la tienda de antigüedades, eh? ¿No lo pescamos en el momento en que se escapaba con mi jarrita de leche? ¿Qué tiene que decir a esto?

Spode pareció ver toda la fuerza del argumento. Sacó el cañón, que había vuelto a colocar entre sus labios después de hablar, y asintió.

—El tipo de la tienda me lo había dado para que lo examinase —dije brevemente—. Me aconsejó que saliese a la calle donde había mejor luz.

—Usted se escapaba con ella.

—No es cierto. Tropecé con el gato.

—¿Qué gato?

—Parece que hay uno de estos animales afecto al personal de aquel empórium.

—¡Hem…! Yo no he visto gato alguno. ¿Vio usted algún gato, Roderick?

—Yo, no.

—¡En fin! ¡Pasemos por encima del gato…!

—¡Yo no pasé por encima! —dije en un destello de profunda agudeza.

—Pasemos por encima del gato —repitió el viejo Bassett, sin hacer caso del chiste—, y vamos a otro punto. ¿Qué hacía usted con la jarrita en la mano? Dice usted que la estaba mirando. Nos quiere hacer creer que la estaba usted sometiendo únicamente a un profundo análisis. ¿Por qué? ¿Por qué motivo? ¿Qué interés puede tener para un hombre como usted?

—¡Exacto! —dijo Spode—. Es exactamente lo que iba a preguntarle yo.

Esta ligera ayuda por parte de un amigo fue de un efecto sobre Bassett desastroso para mí. Le dio tantos ánimos, que tuvo la completa sensación de hallarse nuevamente presidiendo el tribunal.

—Dice usted que el propietario de la tienda se la había dado. Yo le acuso de haberse apoderado de ella y tratar de huir llevándosela. Y ahora Mr. Spode le pesca a usted aquí con el objeto en las manos. ¿Cómo puede usted explicar todo esto? ¿Qué tiene usted que contestar, eh?

—¡Pero, papá! —dijo Madeline.

Afirmaría que les ha sorprendido a ustedes su silencio de torta, durante toda aquella controversia. La cosa es fácil de explicar. Ocurrió que, a poco de haber dicho: «¡Absurdo!», durante la primera parte del proceso, se había tragado una especie de insecto y había estado atragantándose silenciosamente en un rincón. Y como la situación era demasiado tensa para que ninguno de nosotros prestásemos atención a una muchacha que se atragantaba, la habíamos dejado que solventase sola su asunto mientras los hombres seguíamos el camino legal.

Entonces avanzó, con los ojos húmedos todavía de lágrimas.

—Pero, papá —dijo—. Es natural que Bertie se interesase ante todo por tus objetos de plata. Bertie es sobrino de Mr. Travers.

—¿Qué?

—¿No lo sabías? Tu tío tiene una colección magnífica, ¿no es así, Bertie? Estoy segura de que te habrá hablado muchas veces de papá, ¿no?

Hubo una pausa. El viejo Bassett respiraba afanosamente. No me gustaba verlo. Miraba de la jarrita a mí; después, de mí a la jarrita; luego, otra vez de la jarrita a mí, y hubiera sido necesario ser un observador menos astuto que Bertram Wooster para no leer claramente lo que pasaba por su mente. Si jamás he visto un tipo preocupado en convencerse de que dos y dos son cuatro, este tipo era bien Sir Watkyn Bassett.

—¡Oh! —dijo.

—Perdone —dije—. ¿Podría mandar un telegrama?

—Puedes darlo por teléfono desde la biblioteca —dijo Madeline—. Te acompaño.

Me llevó hasta el aparato y me dejó allí, diciéndome que esperaría en el vestíbulo a que hubiese terminado. Asentí contento y me puse en comunicación con la estafeta, y, después de una breve conversación con alguien que me pareció ser el tonto del pueblo, transmití lo siguiente:

Mrs. Travers,
41 Charles Street,
Berkeley Square,
Londres.

Reflexioné un momento y proseguí:

Lamento profundamente imposibilidad total obtención de que sabes. Atmósfera de profunda sospecha y acción instantánea fatal. Tendrías haber visto mirada viejo Bassett hace poco enterándose consanguinidad mía con tío Tom. Parecía embajador hallando mujer velada y rondando caja caudales conteniendo tratado secreto. Lamento y todo lo demás pero nada hacer. Cariños. Bertie.

Y salí al vestíbulo a reunirme con Madeline Bassett.

Estaba de pie frente al barómetro, el cual, si hubiese tenido dos dedos de juicio, hubiese señalado «Tormenta» en lugar de «Bueno Fijo», y, al avanzar yo hacia ella, dio la vuelta y me lanzó una mirada de ternura que me produjo una sacudida de terror que recorrió todo mi espinazo. La idea de que tenía delante de mí alguien que estaba en malos términos con Gussie y podía de un momento a otro devolverle el anillo y los regalos, me infundía indecible horror.

Decidí que, si unas cuantas palabras serenas de un hombre de mundo podían tapar la brecha, valía la pena de decirlas.

—¡Oh, Bertie! —dijo en voz baja que recordaba el ruido de la cerveza al llenar el vaso—. ¡No hubieras debido venir!

Mi reciente entrevista con el viejo Bassett y Roderick Spode me había hecho ya pensar exactamente lo mismo, pero no tuve tiempo de explicarle que mi visita no era meramente de cumplido, y que, si Gussie no me hubiese mandado un S. O. S., jamás hubiera soñado en aproximarme a cien leguas a la redonda de aquel temible lugar. Siguió hablando, mirándome como si fuese un conejo que estuviese a punto de convertirse en gnomo.

—¿Por qué has venido? ¡Oh, ya sé lo que dirás! Sentías que, costase lo que costase, tenías que verme otra vez. No has podido resistir la tentación de procurarte una última impresión que puedas acariciar durante tus años de soledad. ¡Oh, Bertie! ¡Me recuerdas a Rudel!

El nombre me era desconocido.

—¿Rudel?

—El caballero Geoffrey Rudel, príncipe de Blaye-en-Saintonge. Moví la cabeza.

—Me parece que no le conozco. ¿Es amigo tuyo?

—Vivió durante la Edad Media. Era un gran poeta. Y se enamoró de la esposa del señor de Trípoli.

Me removí inquieto. Tenía la esperanza de que me aclararía todo aquello.

—Durante años y años la amó y, finalmente, no pudo resistir más tiempo. Embarcó para Trípoli, y sus servidores lo llevaron a tierra.

—¿No se encontraba bien? —pregunté sin entenderlo—. ¿Es qué había tenido mala travesía?

—Se moría de amor.

—¡Oh! ¡Ah!

—Lo llevaron en una litera a presencia de Lady Melisenda, y tuvo fuerzas suficientes todavía para tocar su mano. Después, murió.

Se detuvo y lanzó un suspiro que parecía proceder de los portadores de la litera. Hubo un silencio.

—¡Terrible! —dije, creyendo que había que decir algo, si bien personalmente creía que la historia no podía compararse con la del viajante de comercio y la hija del granjero. Desde luego, si hubiésemos conocido al Rudel ese, hubiese sido diferente. Suspiró nuevamente.

—Ahora comprenderás por qué te he dicho que me recordabas a Rudel. Como él, has venido también tú a ver por última vez la mujer que amas. Está muy bien de tu parte, Bertie, y jamás lo olvidaré. Guardaré eternamente en mi alma este recuerdo fragante, como una flor marchita entre las hojas de un libro. Pero ¿es prudente? ¿No hubieras podido ser más fuerte? ¿No hubiera sido mejor haber terminado para siempre el día en que nos dijimos adiós en Brinkley Court y no haber vuelto a abrir la

herida? Nos encontramos, me amaste y yo tuve que decirte que mi corazón era de otro. Éste hubiera debido ser nuestro supremo adiós.

—Completamente de acuerdo —dije. Quería decir que todo iba hasta ahora perfectamente bien. Si su corazón era de otro, ¡perfecto! Nadie más encantado que yo. Pero el intríngulis de la cosa fue que tuve que decirle—: Bien, pero he tenido noticias por Gussie de que tú y él estabais *p'fft*.

Me miró con la mirada del crucigramista que acaba de encontrar la palabra EMU correspondiente a «ave originaria de Australia».

—Entonces, ¿por esto has venido? ¿Has creído que había esperanzas todavía? ¡Oh, Bertie! Lo siento tanto… tanto… tanto! —sus ojos habían alcanzado el tamaño de un plato sopero—. ¡No, Bertie! ¡No hay esperanza ninguna! ¡No tienes que levantar castillos en el aire! ¡Sólo puedo hacerte daño! Amo a Augustus. Es el hombre de mi vida.

—¿Y os habéis tirado los trastos a la cabeza?

—¡De ninguna manera!

—Entonces ¿por qué me telegrafía diciéndome «Seria riña entre Madeline y yo»?

—¡Ah! ¿Es por eso? —dijo, lanzando otra de sus risas estridentes y cristalinas—. No ha sido nada. Una tontería mía y una ridiculez. Una incomprensión insignificante y nimia. Creí haberlo sorprendido coqueteando con mi prima Stephanie, y me puse tontamente celosa. Pero esta mañana me lo ha explicado todo. Le estaba sacando un mosquito del ojo derecho.

Sería lógico suponer que tuve la sensación de que me habían tomado el pelo haciéndome ir allí para nada, pero no fue así. Estaba asombrosamente tranquilo. Como he dicho, el telegrama de Gussie me había conmovido hasta los cimientos, haciéndome temer cualquier desgracia. Y ahora veía que estaba todo claro, y había oído de su misma boca que había perfecta compenetración entre aquella sanguijuela y él.

—¿De manera que todo marcha bien?

—¡Todo! ¡Nunca he querido tanto a Augustus como ahora!

—¿De veras?

—Cada instante que paso con él, su maravillosa naturaleza parece abrirse ante mí como una bella flor.

—¡Repámpanos!

—Cada día descubro en él nuevas facetas de su maravilloso carácter. Por ejemplo, hace poco que lo has visto, ¿verdad?

—Muy poco. Di una cena en su honor en el «Club de los Zánganos», anteanoche.

—¿No notaste diferencia alguna en él?

Traté de fijar mi mente en el sujeto en cuestión, pero sólo pude recordar el mismo Gussie de cara de pez que había conocido siempre.

—¿Diferencia? No, no creo. Desde luego, durante la cena no tuve ocasión de estudiarlo detenidamente, es decir, someter su carácter a un análisis final, si es que puedo expresarme así. Estaba a mi lado y hablamos de distintas cosas; pero ya sabes lo que pasa cuando eres el anfitrión: tu atención tiene que estar pendiente de mil cosas… vigilando los camareros, tratando de que la conversación sea general, evitando que Catsmeat Potter-Pirbright hiciese una imitación de Beatrice Lillie… mil deberes sociales. Pero me pareció el mismo. ¿Qué clase de diferencia?

—Una enorme mejoría, si es que podía mejorar. ¿No habías notado nunca, Bertie, que, si Augustus tenía algún defecto, era su tendencia a la timidez?

Comprendí lo que quería decir.

—¡Ah, oh, sí, sí, claro! ¡Exacto! —recordé que algunas veces Jeeves lo había dicho de Gussie—: Una planta sensitiva.

—¡Exactamente! ¡Conoces bien a Shelley, Bertie!

—¿De veras?

—Esto es lo que siempre le creí; una planta sensitiva difícilmente apta para luchar contra las tormentas de la vida. Pero, recientemente, en realidad durante esta última semana, ha demostrado al propio tiempo que aquella dulzura que le es peculiar, una fuerza de carácter que jamás sospeché poseyera. Parece haber perdido por completo aquella falta de confianza en sí mismo.

—¡Pues es verdad! —dije recordando—. Es exacto. ¿No sabes que anteanoche hizo un discurso durante la cena? Y un discurso admirable. Y es más…

Me detuve. Había estado a punto de decir que lo había hecho desde el principio hasta el fin a base de jugo de naranja, lo cual no había sido el caso cuando el reparto de premios de Market Snodsbury donde llevaba tres cuartos de litro de alcohol en el cuerpo, pero comprendí que la declaración hubiera podido ser inoportuna. La exhibición hecha por el objeto adorado durante el reparto de Market Snodsbury era una cosa que seguramente ella trataba de olvidar.

—¡Cómo! ¡Esta mañana misma —añadió— ha hablado con Roderick Spode muy altivamente!

—¿De veras?

—Sí. Estaban discutiendo de no sé qué y Augustus lo ha mandado a freír espárragos.

—¡Bien… bien…!

Desde luego, no creí una palabra de todo esto. ¡Cómo! ¿Un hombre como Roderick, que hasta durmiendo debía de imponer miedo? ¡Era imposible!

Vi en seguida lo que había ocurrido. Trataba de pintar a su prometido mejor de lo que era, y, como todas las muchachas, exageraba. He observado otro tanto en jóvenes esposas que trataban de convencernos de que su Herbert, o su George, o cualquiera que fuese su nombre, poseía unas profundas cualidades ocultas que pasaban

inadvertidas al observador superficial. En estas ocasiones las mujeres no saben nunca hasta dónde deben llegar.

Recuerdo que Mrs. Bingo Little me dijo una vez, poco después de su casamiento, que Bingo decía frases poéticas respecto a las puestas de sol; y, no obstante, sus mejores amigos estaban completamente de acuerdo en que ni por ensueños se había dado cuenta de ellas ni una sola vez y que si por un raro azar hubiese dicho algo de ellas, sólo se le hubiera ocurrido compararlas a una loncha de *rostbeef* asado a punto.

No obstante, es imposible decirle a una muchacha que miente, y por lo tanto me limité a murmurar:

—¡Vaya…, vaya!

—Era lo único que le faltaba para ser perfecto. Bertie, algunas veces me pregunto si soy digna de un alma como la suya.

—¡Oh! ¡No debes preguntarte tonterías como esa! —dije con vehemencia—. ¡Claro que lo eres!

—Eres muy amable.

—¡En absoluto! ¡Os completáis uno a otro, como el lomo y las judías! Todo el mundo puede ver que sois… eso, ¿cómo es?: la pareja ideal. Conozco a Gussie desde que éramos chiquillos y me gustaría tener un real por cada vez que me ha dicho que la mujer que necesitaba era precisamente una muchacha como tú.

—¿De veras?

—¡Absolutamente! Y cuando te conocí, me dije: «¡Ésta es la paloma!» ¿Cuándo es la boda?

—El veintitrés.

—Yo la adelantaría.

—¿Crees?

—Sin vacilar. Hacedlo cuanto antes y no tendréis que pensar más en ello. Casarse con un tipo como Gussie, cuanto antes mejor. Es un gran muchacho. ¡Espléndido! Jamás he admirado tanto a nadie. No abundan los tipos como Gussie. ¡Es magnífico!

Me cogió la mano y la estrechó fuertemente entre las suyas. Era desagradable, desde luego, pero hay también que apechugar alguna vez con lo malo.

—¡Ah, Bertie! ¡Qué alma más generosa!

—¡Vamos, vamos! ¡No digo más que lo que pienso!

—¡Soy tan feliz al ver que todo esto… todo lo que ha ocurrido… no ha disminuido tu cariño por Augustus!

—En absoluto.

—¡Habría tantos hombres en tu caso que estarían amargados…!

—Porque son unos asnos.

—Pero tú eres demasiado bueno para enojarte. Eres incluso capaz de decir de él estas cosas maravillosas…

—Pues ¡claro!

—¡Querido Bertie!

Y con este tono cariñoso nos separamos, ella para ir a ocuparse de algún quehacer doméstico, yo para procurarme una taza de té. Al parecer, ella no tomaba té porque estaba a dieta.

Y llegaba a la puerta del salón, que estaba entreabierta, y me disponía a abrirla del todo, cuando llegó una voz a mis oídos que decía:

«¡De manera, que haga el favor de no decir sandeces, Spode!»

No había error posible en cuanto a quién pertenecía aquella voz. Desde su temprana edad, la voz de Gussie había tenido un timbre especial que recordaba un término medio entre un escape de gas y el balido de una oveja llamando a sus corderitos.

No había tampoco confusión posible respecto a lo que estaba diciendo. Las palabras fueron exactamente las que he transcrito, y decir que quedé sorprendido resulta pálido. Rápidamente comprendí que podía haber un fondo de verdad en lo que me había asegurado Madeline Bassett. Quiero decir que el Augustus Fink-Nottle que le había dicho a Roderick Spode que no dijese sandeces, era muy capaz de decirle que se fuese a freír espárragos.

Maravillado, penetré en la habitación.

Excepto una esfumada persona perteneciente al sexo femenino detrás de la tetera, que parecía ser una prima por matrimonio o algo por el estilo, sólo estaban en la habitación Sir Watkyn Bassett, Roderick Spode y Gussie. Gussie estaba sentado a horcajadas delante del fuego, con las piernas abiertas, calentándose a la llama, ocupando el sitio que parecía reservado al dueño de la casa, y en el acto comprendí lo que había querido decir Madeline cuando había hablado de que había perdido la timidez. Desde el extremo más alejado de la sala podía verse claramente que, en cuanto a confianza en sí mismo, incluso Mussolini hubiera podido tomar lecciones por correspondencia.

Cuando me vio, me lanzó una mirada y me tendió una mano protectora. Era exactamente el rico terrateniente recibiendo a sus vasallos.

—¡Hola, Bertie! Conque aquí te tenemos…

—Ya ves.

—Ven y toma un bollito.

—Gracias.

—¿Me has traído el libro que te pedí?

—Lo siento infinito, pero lo he olvidado.

—De todos los asnos testarudos que conozco, eres ciertamente el peor. No tengo nada más que decirte. —Y, despidiéndome con un gesto de laxitud, pidió otro bocadillo.

Jamás he podido recordar aquella primera taza de té en Totleigh Towers como una cosa agradable. La taza de té, a la llegada a una casa de campo, es generalmente una cosa que me place extraordinariamente. Me gustan el chasquido de los leños, las luces atenuadas por las pantallas, el olor de las tostadas con mantequilla, el ambiente general de reposo y bienestar. En la sonrisa de la dueña de la casa y en el cuchicheo del huésped, parece haber un algo que habla a las profundidades de mi alma cuando me da en el codo y dice: «Vamos a tomar un whisky con soda a la santabárbara». Como se ha dicho muchas veces, éstas son las ocasiones en que Bertram Wooster se siente plenamente feliz.

Pero en aquella ocasión, el *bien-être* estaba destruido por las maneras peculiares de Gussie, por aquella sensación que daba, de haber comprado la propiedad. Sentí un profundo alivio cuando todo el mundo se marchó, dejándonos finalmente solos. Había ciertos misterios que a toda costa quería desentrañar.

Creí, no obstante, oportuno formarme una segunda impresión respecto a la situación de los asuntos entre él y Madeline. Ella me había dicho que todo iba de perlas, pero éste era uno de los puntos en los que no se puede confiar mucho.

—Acabo de ver a Madeline y me ha dicho que estáis todavía prometidos. ¿Es verdad?

—Completamente verdad. Hubo un pequeño incidente que originó una cierta frialdad, a causa de haberle quitado a Stephanie un mosquito de un ojo, y me asusté y te telegrafié que vinieses. Pensé que acaso podrías pleitear por mí, pero ya no hay necesidad. Me he decidido por las maneras fuertes y todo va bien. Pero, ¡en fin!, ya que estás aquí, quédate un par de días.

—Gracias.

—Seguramente estarás contento de ver a tu tía. Creo que llega esta noche.

No podía ser. Sabía que mi tía Ágata estaba en una clínica con ictericia, porque incluso le había llevado flores hacía un par de días. Y, naturalmente, no podía tratarse de tía Dalia, porque no me había mencionado que tuviese el plan de infestar a Totleigh Towers con su presencia.

—Me parece que te equivocas.

—No me equivoco. Madeline me ha enseñado su telegrama preguntando si podía darle albergue un par de días. El telegrama venía de Londres, de manera que supongo que habrá salido ya de Brinkley.

Miré sorprendido.

—Pero ¿hablas de mi tía Dalia?

—¡Claro que hablo de tu tía Dalia!

—Pero ¿dices que tía Dalia llega esta noche?

—Exacto.

Eran malas noticias, y me mordí el labio inferior con manifiesto descontento. Esta

súbita decisión no podía tener más que una explicación, y era que tía Dalia, pensándolo mejor, había desconfiado de mi buena voluntad y había creído mejor venir para vigilar de cerca que no me zafase de llevar a cabo la empresa encomendada. Y como estaba dispuesto a zafarme, preveía cosas desagradables. Temía que su actitud acerca de su recalcitrante sobrino fuese la que tantas veces había adoptado, en los años brillantes de su actividad cinegética, con un sabueso que se negase a seguir el rastro de una liebre.

—Óyeme —continuó Gussie—. ¿Cómo está de voz estos días? Lo pregunto porque si me tiene que dar aquellos gritos de cacería durante su estancia aquí, me veré obligado a despacharla rápidamente. Ya tuve bastante cuando estuve en Brinkley.

Hubiera querido seguir reflexionando algún rato sobre la desagradable situación que había surgido, pero me pareció que me daba la oportunidad de que pudiera saber qué significaba aquel cambio.

—¿Qué te ha ocurrido, Gussie? —le pregunté.

—¿Desde cuándo eres así?

—No te entiendo.

—Pues, por ejemplo, dices que vas a echar a tía Dalia. En Brinkley te inclinabas delante de ella como un calcetín mojado. Y, para tomar otro ejemplo, le dices a Spode que no diga sandeces. A propósito, ¿qué sandez decía?

—No me acuerdo. Dice tantas…

—Yo no tendría valor para decir a Spode que no dijese sandeces —dije francamente.

Vino la candorosa respuesta.

—Para hablarte francamente, Bertie —dijo Gussie con sinceridad—, hace una semana tampoco lo hubiera tenido yo.

—¿Qué te ha ocurrido desde hace una semana?

—He vuelto a nacer espiritualmente. Gracias a Jeeves. ¡Qué hombre, Bertie!

—¡Ah!

—Nosotros somos los chiquillos que tienen miedo de la oscuridad, y Jeeves la prudente niñera que nos coge de la mano y…

—¿Y enciende la luz?

—Precisamente. ¿Te importa que te lo cuente?

Le aseguré que suspiraba por oírlo. Me arrellané en mi sillón y me dispuse a escuchar la historia.

Gussie permaneció un momento silencioso. Me pareció que ordenaba los hechos. Se quitó las gafas y las limpió.

—Hace una semana, Bertie —empezó—, mis asuntos estaban en crisis. Me encontraba ante un suplicio cuya mera perspectiva oscurecía mi horizonte. Me di

cuenta de que, el día de mi boda, tendría que hacer un discurso.

—¡Naturalmente!

—Lo sé; pero, por una razón u otra, no había previsto el caso y la idea cayó sobre mí como una flecha. Y, ¿sabes por qué me aterrorizaba hasta aquel punto la idea de tener que pronunciar un discurso durante el banquete de bodas? Porque Roderick Spode y Sir Watkyn Bassett estarían entre los comensales. ¿Conoces a Sir Watkyn íntimamente?

—No mucho. Una vez me puso una multa de cinco libras.

—Pues ten la seguridad de que es muy duro de pelar y pone serias objeciones a que llegue a ser yerno. Por una parte, hubiera querido que Madeline se casase con Roderick Spode que, hay que decirlo, está enamorado de ella desde que era pequeña.

—¿Ah, sí? —pregunté cortésmente, ocultando mi extrañeza de que alguien que no fuese un perfecto imbécil como él, pudiera amar a aquella criatura.

—Sí. Pero, aparte del hecho de que ella quiere casarse conmigo, él no quería casarse con ella. Él se considera como El Hombre Predestinado, ¿comprendes?, y cree que el matrimonio entorpecería su misión. Se cree un Napoleón.

Creí que antes de seguir adelante tenía que aclarar esto referente a Spode. No entendía qué clase de Hombre Predestinado era aquél.

—¿Qué quieres decir con «su misión»? ¿Tiene alguna misión especial?

—¿No lees los periódicos? Roderick Spode es el fundador y jefe de los Salvadores de Inglaterra, una organización fascista conocida vulgarmente con el nombre de *Shorts* Negros. Su idea, si no le rompen un día la cabeza de un botellazo en uno de los frecuentes alborotos que él y sus adeptos arman, es llegar a ser un dictador.

—¡Me dejas atónito!

Estaba sorprendido de mi finura de percepción. Si recuerdan ustedes, en el primer momento en que puse los ojos sobre Spode me dije «¡Un dictador!», y quedaba demostrado que era un dictador. No hubiera podido mostrar más perspicacia si hubiese sido uno de aquellos policías que ven un prójimo andando por la calle y deducen que es un fabricante de válvulas de seguridad retirado, llamado Robinson, que padece reuma en un brazo y vive en Clapham.

—¡Es sorprendente! Ya vi que era algo así… Aquella barbilla… aquellos ojos… Y, además, ¡aquel bigote! Pero, escucha; cuando dices shorts, claro, quieres decir shirts[3].

—No. Cuando Spode formó su asociación no estaban permitidas las camisas negras. Él y sus adeptos usan shorts negros.

—¿Cómo los futbolistas?

—Exacto.

—¡Qué imbéciles!

—Exacto.

—¿Con las rodillas al aire?

—Con las rodillas al aire.

—¡Qué idiotas!

Me indignó tanto aquella idea, que a poco pierdo el resuello.

—¿Usa también shorts negros el viejo Bassett?

—No. No forma parte de la asociación de los Salvadores de Inglaterra.

—Entonces, ¿qué relación tiene con Spode? Los encontré en Londres, juntos como dos marineros con licencia.

—Sir Watkyn tiene que casarse con su tía, una Mrs. Wintergreen, viuda del difunto coronel H. H. Wintergreen, de Pont Street.

Reflexioné un momento evocando en mi mente la escena de la tienda del anticuario.

Cuando uno está en el banquillo ante un juez que lo mira a uno por encima de los lentes, y se dirige a uno como «acusado Wooster», se tiene amplia ocasión de analizarlo, y lo que más me había impresionado de Sir Watkyn, el día de Bosher Street, fue su marcada impertinencia. Por otra parte, en la tienda, me había dado la impresión de un hombre que ha descubierto un mirlo blanco. Había saltado sobre la mercancía como un gato desprevenido sobre unos ladrillos calientes y la había exhibido a Spode, con aire de decirle: «¿Cree usted que esto le gustará a su tía?» o «¿Qué le parece a usted eso?» y así sucesivamente. Ahora tenía la explicación de aquella amabilidad.

—¿Sabes, Gussie —dije—, que me parece que debe de haber logrado sus deseos ayer?

—Es muy posible. Sin embargo, no me da ningún cuidado. No es éste el asunto.

—No lo sé. Pero es interesante.

—No, no lo es.

—Quizá tengas razón.

—En fin, no divaguemos —dijo Gussie poniendo las cosas en orden—. ¿Dónde estábamos?

—No lo sé.

—Yo sí. Te decía que a Sir Watkyn no le gustaba la idea de tenerme a mí por yerno y Spode se oponía también al matrimonio. Ni siquiera hacía nada por ocultarlo. Solía acercarse a mí y murmurarme amenazas.

—Debía de ser muy molesto.

—Mucho.

—¿Y por qué te amenazaba?

—Porque, a pesar de que no quería casarse con Madeline, aun cuando ella hubiese aceptado casarse con él, se consideraba a sí mismo una especie de caballero

andante que debía velar por ella. Se pasaba el día diciéndome que la felicidad de aquella muchacha le era muy querida, y que si me portaba mal con ella me retorcería el pescuezo. Ésta era la clase de amenazas que murmuraba, y ésta una de las razones por las cuales me inquieté cuando Madeline se mostró fría conmigo al pescarme con Stephanie Byng.

—Dime, Gussie, ¿qué estabais haciendo Stiffy y tú?

—Le quitaba un mosquito del ojo.

Asentí. Puesto que quería contar aquella historia, mejor era atenerse a ella.

—Basta de Spode. Hablemos ahora de Sir Watkyn Bassett. Desde nuestra primera entrevista, comprendí que no era yo el hombre que él soñaba.

—Yo también.

—Como sabes, me prometí con Madeline en Brinkley Court. La noticia de nuestro noviazgo le fue, pues, comunicada por carta, e imagino que la pobre muchacha debió hacer de mí una descripción que le daba lugar a creer que iba a tener un yerno que era una mezcla de Robert Taylor y Einstein. En todo caso, cuando le fui presentado como el hombre con quien debía casarse su hija, se limitó a mirarme un momento y decir: «¿Qué?», de una manera incrédula, como si pensase que le estábamos gastando una broma y que el auténtico novio saldría de detrás de una cortina diciendo: «¡Cu, cu!». Cuando, finalmente, se convenció de que la cosa iba en serio se fue a un rincón y se sentó allá un rato con la cabeza entre las manos. Después le sorprendí varias veces mirándome a hurtadillas por encima de los lentes. Esto me intranquilizó profundamente.

No me sorprendía. He hecho alusión ya a cuanto me desagradaba aquella manera de mirarme por encima de los lentes que tenía el viejo Bassett, y comprendo perfectamente que, si esta mirada iba dirigida a Gussie, lo intranquilizase.

—También resopla algunas veces. Y, cuando supo que tenía lagartijas en mi habitación, dijo algo bastante ofensivo en voz baja, pero lo oí.

—Entonces ¿has traído tu ejército?

—¡Naturalmente! Estoy en pleno experimento sumamente delicado. Un profesor americano ha descubierto que la luna llena influye en la vida amorosa de algunos seres acuáticos, incluyendo una especie de peces, dos grupos de estrellas de mar, ocho clases de gusanos, y un alga en forma de cinta llamada Dictyote. Será luna llena dentro de dos o tres días y quiero comprobar si afecta también la vida amorosa de las lagartijas.

—Pero ¿qué vida amorosa es la de las lagartijas? ¿No me dijiste una vez que cuando llega la época del celo se limitan a moverse la cola unas a otras?

—Exacto.

Me encogí de hombros.

—¡En fin! ¡Si eso les divierte! Pero no era esta mi idea del amor apasionado. ¿Así

que el viejo Bassett no aprueba las monadas esas?

—No, no aprueba nada que a mí se refiera. Todo lo complica y lo hace desagradable. Añade a esto la presencia de Spode y comprenderás que empezase a ver las cosas mal. Y, a todo esto, saliéndose de lo razonable, ¡me vienen con que tengo que hacer un discurso durante el banquete de boda, en presencia de un auditorio del que forman parte Roderick Spode y Sir Watkyn Bassett!

Se calló, tragando convulsivamente la saliva, como un pekinés que se tomara una píldora.

—Soy un hombre tímido, Bertie. La timidez es el precio que pago por tener una naturaleza hipersensitiva. Y ya sabes lo que me desagrada tener que hacer discursos, sean cuales fueren las condiciones. La sola idea me aterroriza. Cuando me metiste en el asunto aquel del reparto de premios de Market Snodsbury, la mera perspectiva de tener que subir a una plataforma para dirigir la palabra a aquella multitud de cretinos me llenaba de un terror pánico. Era mi pesadilla. Figúrate, pues, lo que siento al pensar en el banquete de bodas. Hubiera salido quizá del paso si se hubiese tratado de lanzar una arenga delante de un rebaño de tías y primos. No digo que me hubiese sido fácil, pero creo que hubiera salido del paso; pero pensar en levantarme teniendo a un lado a Sir Watkyn y al otro a Roderick Spode… No veía la manera de afrontarlo. Y en medio de la oscuridad que me envolvía, negra como una mina de carbón, brilló un ligero destello de esperanza. Pensé en Jeeves.

Su mano se levantó, y tuve la impresión de que su idea era descubrirse reverentemente ante este nombre. Pero el proyecto no pudo ser llevado a cabo por el hecho de que no llevaba sombrero.

—Pensé en Jeeves —repitió— y tomé el tren para Londres, donde le expuse mi problema. Tuve la suerte de encontrarlo todavía.

—¿Qué quieres decir con «encontrarlo todavía»?

—Creo que se va de Inglaterra.

—¡Que se va a ir de Inglaterra!

—Me dijo que os ibais los dos de un momento a otro a hacer un crucero alrededor del mundo.

—¡No! No me gusta el programa.

—¿Acaso ha dicho Jeeves que abandonaréis el proyecto?

—No, pero lo digo yo.

—¡Oh…!

Me miró de una manera extraña y creí que iba a decir algo más, pero se limitó a soltar una especie de risa ahogada, y siguió su narración.

—Pues, como te digo, fui al encuentro de Jeeves y le expuse mi caso. Le rogué que tratase de encontrar un camino para sacarme de la terrible situación en que me hallaba, asegurándole que, si fracasaba, no le guardaría rencor, porque, después de

varios días de examinar los hechos, creía encontrarme fuera del alcance de toda humana ayuda. Y, casi no me creerás, Bertie; pero no había bebido todavía medio vaso del jugo de naranja con que me había obsequiado, cuando él había ya resuelto el problema. No lo hubiese creído posible. Me gustaría saber cuánto pesa su cerebro.

—Mucho, imagino. Come mucho pescado. ¿De manera que la idea era original?

—¡Formidable! Atacó el problema desde el ángulo psicológico. El análisis final, dijo, demuestra que la aversión a hablar en público es debido al temor a ese público.

—Eso hubiera podido decírtelo yo.

—Sí, pero él me indicó la forma de curarme. «No debemos —dijo— temer a los que despreciamos.» Por consiguiente, lo que había de hacer era mantener una actitud altiva con aquellos que debían escucharnos.

—¿Cómo?

—Muy sencillo. Te llenas el ánimo de un profundo desdén por ellos. Empiezas a decirte: «¡Piensa en aquella verruga que Smith tiene por nariz…!», «¡hay que ver las orejas tiene asno de Jones…!», «¡recuerda cuando Robinson fue denunciado por viajar en primera clase con billete de tercera…!», «¡no olvides que una vez viste de chico a Brown indispuesto en un festival infantil…!» Y así sucesivamente. Y de este modo, cuando tenemos que dirigir la palabra a Smith, Jones, Robinson o Brown, han perdido su prestigio. Los dominamos.

—Ya veo… —tras una breve reflexión—. Sí, parece un buen sistema. Pero ¿y en la práctica, Gussie?

—Mi querido Bertie, es una maravilla. Lo he probado. ¿Te acuerdas de mi discurso durante tu cena?

Tuve un sobresalto.

—¿No vas a decir que nos despreciabas?

—Claro que sí. ¡Profundamente!

—¿Cómo? ¿A mí?

—A ti, a Freddie Widgeon, a Bongo Little, a Catemeat Potter-Pirbright, a Barny Fotheringay-Phipps y a todos los que estaban presentes. «¡Gusanos! —me dije—. ¡Qué banda! ¡Hay que ver a Bertie! ¡Lo que sé sobre él!». De manera que toqué vuestras cuerdas sensibles como si hubieseis sido una serie de instrumentos de cuerda y terminé con un rotundo triunfo.

Debo confesar que me sentí dolorido. Creo que es un poco fuerte saberse despreciado por un pelmazo como Gussie, y precisamente en el mismo momento en que estaba comiendo mi carne y bebiendo mi jugo de naranja.

Pero pronto prevalecieron más generosos sentimientos. «Después de todo —me dije—, lo importante, lo fundamental ante lo que se desvanece toda otra consideración, es que este Fink-Nottle llegue sano y salvo a la luna de miel. Y, a no ser por este sabio consejo de Jeeves, las amenazas murmuradas por Roderick Spode,

combinadas con las miradas de Sir Watkyn por encima de los lentes, hubieran podido bastar para destruir la moral de Gussie y llevarle a romper su compromiso e irse a cazar al África Central.»

—Ya veo, ya veo… —dije—. Comprendo lo que quieres decir. Pero ¿pardiez! Gussie, admitiendo que pudieses despreciar a Barny Fotheringay-Phipps y a Catsmeat Potter-Pirbright…, exagerando las posibilidades, incluso a mí, no puedes despreciar a Spode.

—¿No? —Se rió con una risa desatada—. Lo hice mentalmente. Lo mismo que a Sir Watkyn Bassett. Te digo, Bertie, que veo llegar este banquete de boda sin ningún estremecimiento. Estoy alegre, confiado, de buen humor. No habrá nada de aquellos rubores, y vacilaciones, y tartamudeos, y retorcer de dedos, y agarrarse a los manteles que se ven en la mayoría de los recién casados en estas ocasiones. Miraré a esos hombres cara a cara y los haré palidecer. Y las tías y primos temblarán. Desde el momento en que Jeeves dijo aquellas palabras empecé a pensar en todas las cosas por las que Roderick Spode y Sir Watkyn Bassett puedan ser despreciados por sus amistades. Podría decirte de Sir Watkyn cincuenta cosas que te harían preguntarte cómo una escoria física y moral como él ha podido ser tolerado en Inglaterra durante tantos años. Las he apuntado en una agenda.

—¿Las has escrito en una agenda?

—Una pequeña agenda con cubierta de piel. La he comprado en el pueblo.

Confieso que estaba un poco inquieto. Aunque es de suponer que la conservaba bajo llave, la mera existencia de tal agenda era suficiente para intranquilizarme. No quiero ni pensar en lo que ocurriría si aquella agenda caía en manos indebidas. Un tomo como aquél era peor que la dinamita.

—¿Dónde la guardas?

—En el bolsillo. Aquí está. ¡Ah, pues no está! Es curioso —dijo— se me habrá caído en alguna parte.

Capítulo IV

No sé si les ocurre a ustedes como a mí, pero tengo la impresión de que en la vida, de cuando en cuando, se encuentra uno en momentos que a simple vista se ve que son trascendentales. Hay un algo que nos dice que aquel momento quedará grabado en ella, y que durante años enteros volverá a nuestra mente a intervalos, en el momento de conciliar el sueño, alejando esta dulce sensación, y produciéndonos un sobresalto, como el salmón que acaba de morder el anzuelo.

En cuanto a mí respecta, uno de esos momentos es el día en que en el colegio me deslicé hacia el estudio de mi maestro, a la caída de la noche, por haber sido informado por mis espías de que el armario de los libros encerraba una caja de galletas; y descubrí, al encontrarme dentro y comprender qué toda retirada honrosa era imposible, que mi anciano profesor estaba sentado a su mesa, ocupado, por una rara coincidencia, en la redacción del resumen de mi comportamiento de fin de curso, con el subsiguiente e inevitable desastre.

En aquella situación, hubiera sido verdaderamente tener poco respeto a la verdad decir que Bertram Wooster conservó su acostumbrado *sang-froid*. Pero que Dios me castigue si recuerdo haber contemplado en aquel momento al reverendo Aubrey Upjohn con la mitad del pálido terror que se dibujó en mi rostro al oír aquellas palabras de Gussie.

—¿Que se te ha caído?

—Sí, pero no importa.

—¿Que no importa?

—No, lo sé de memoria.

—Ya comprendo. ¡Perfecto!

—Exacto.

—¿Habías escrito mucho?

—Una barbaridad.

—¿Importante?

—Muy importante.

—Bien, bien… ¡Espléndido!

Le miré con creciente sorpresa. Podría creerse que en aquellas circunstancias, incluso aquel eminente anormal hubiera debido darse cuenta del espantoso peligro que corría. Pero no. Sus lentes de carey brillaban con un resplandor jovial. Estaba lleno de *élan* y *espièglerie*, sin la menor preocupación. De pies a cabeza era el puro Augustus Fink-Nottle.

—¡Oh, sí! Me lo he aprendido de memoria cuidadosamente, y me alegro mucho de haberlo hecho. Durante la última semana, he sometido las características de Sir Watkyn y de Roderick Spode a un análisis implacable. He penetrado hasta lo más

profundo de la personalidad de estos dos botarates. Es asombroso la cantidad de material que se puede acumular una vez se ha empezado a analizar a la gente. ¿Has visto alguna vez a Sir Watkyn Bassett ocupado con un plato de sopa? Parece el rápido de Escocia pasando un túnel. ¿Has visto alguna vez comer espárragos a Roderick Spode?

—No.

—Repugnante. Niega en absoluto el concepto del Hombre como obra suprema de la Naturaleza.

—¿Son éstas dos de las cosas que escribiste en la agenda?

—Ocupan media página. Estas son observaciones triviales, defectos superficiales. El fondo de mis investigaciones es mucho más profundo.

—¡Ya comprendo! Te extiendes sobre el tema.

—Ampliamente.

—¿Y todo en este tono? ¿Así? ¿Brillante?

—Palabra por palabra.

—¡Magnífico! No es probable que el viejo Bassett se aburra cuando lo lea.

—¿El viejo Bassett?

—Las mismas probabilidades tiene de encontrar él la agenda que cualquier otro.

Recuerdo que Jeeves me dijo un día a propósito de cómo no se puede nunca saber el tiempo que va a hacer, que muchas maravillosas mañanas había visto él besar las cimas de las montañas con sus rayos de sol, para oscurecerse y convertirse luego en una tarde sombría. Esto fue lo que le ocurrió a Gussie. Había irradiado resplandor como un reflector eléctrico hasta que le mencioné este aspecto del asunto, y de repente el resplandor se había desvanecido como si hubiesen dado vuelta al interruptor.

Se quedó mirándome de manera muy parecida a como miré yo al reverendo. A. Upjohn en la ocasión que he referido antes. Su expresión era exactamente la misma que había visto una vez en un pez, cuyo nombre no recuerdo ahora, en el Acuarium de Mónaco.

—¡No se me había ocurrido!

—¡Pues empieza!

—¡Ah, Dios mío!

—Eso mismo.

—¡Ah, repámpanos!

—Exactamente.

—¡Ah, mi santa tía!

—Muy justo.

Se acercó a la mesa de té como un sonámbulo y empezó a comer un buñuelo frío. Me miró con ojos desmesuradamente abiertos.

—¿Qué crees que puede ocurrir si el viejo Bassett encuentra la agenda?

No era difícil la respuesta.

—Que se opondrá inmediatamente a la boda.

—¿Crees?

—Desde luego.

Mordió el buñuelo.

—¡Claro que se opondrá! —continué—. Tú mismo me has dicho que no ha estado nunca entusiasmado contigo como yerno. Si lee la agenda no creo que cambie de opinión en favor tuyo. Que eche una mirada a la agenda y dará orden de que anulen el encargo del pastel y le dirá a Madeline que para casarse contigo habrá de pasar por encima de su cadáver. Y ella no es muchacha para desafiar la voluntad de su padre.

—¡Ah, Dios mío!

—No obstante, no tienes por qué preocuparte, muchacho —dije haciendo resaltar el punto importante—, porque, mucho antes de que esto ocurra, Spode te habrá retorcido el pescuezo.

Se lanzó, desfallecido, sobre otro buñuelo.

—¡Es horrible, Bertie!

—No es muy agradable, en efecto.

—¡En menudo lío me he metido!

—¡Ánimo!

—¿Qué podemos hacer?

—No sé.

—¿No se te ocurre nada?

—Nada. Debemos poner nuestra confianza en más altos poderes.

—¿Consultar a Jeeves?

Moví la cabeza.

—Ni Jeeves puede ayudarnos en este caso. No hay más salida que dar con esa agenda antes de que caiga en manos de Bassett. ¿Por qué diablos no la guardabas bajo llave?

—No podía. Tenía que escribir continuamente cosas en ella. No sabía nunca cuándo me vendría la inspiración y necesitaba tenerla a mano.

—¿Estás seguro de que la tenías en el bolsillo?

—Completamente seguro.

—¿No estará en tu cuarto, por casualidad?

—No. La llevaba siempre encima, a fin que estuviese en seguro.

—¡En seguro! ¡Ya se ve!

—Y, también, como te he dicho, porque la necesitaba continuamente. Estoy tratando de recordar dónde la vi la última vez. ¡Ah, sí, ya me acuerdo! Cerca de la

bomba.

—¿Qué bomba?

—La que hay en el patio de las cuadras donde llenan los cubos para los caballos. Allí es donde vi la agenda por última vez, ayer, antes del almuerzo. La saqué para anotar la manera cómo engullía el porridge Sir Watkyn durante el desayuno, y acababa de inscribir mi crítica cuando vi a Stephanie Byng y me rogó que le sacase el mosquito del ojo. ¡Bertie! —gritó dando un puñetazo sobre la mesa, ignorando el muy asno que vertería la leche. Un extraño resplandor salía de sus lentes—. ¡Bertie! —repitió—, me acabo de acordar de una cosa. Parece que se haya descorrido una cortina y aparece la escena ante mis ojos. Saqué la agenda, inscribí en ella lo del porridge y me la metí en el bolsillo donde guardo el pañuelo.

—¿Entonces?

—¡En el bolsillo donde guardo el pañuelo! —repitió—. ¿No comprendes? Sírvete de tu inteligencia, hombre. ¿Qué es lo primero que hace un hombre que se encuentra con una muchacha que tiene un mosquito en un ojo?

Solté una exclamación.

—¡Sacar el pañuelo!

—¡Exactamente! Y arrollarlo, y sacar el mosquito con una punta. Y si envuelta en el pañuelo hay una pequeña agenda con cubierta de piel…

—Salta del bolsillo…

—Y cae al suelo…

—… y no sabes dónde.

—Pero yo sí sé dónde. Aquí está la cosa. Puedo llevarte al sitio preciso.

Durante un instante tuve confianza. Después me invadió nuevamente la desazón.

—¡Dices ayer antes del almuerzo! Entonces, a estas horas ya la ha encontrado alguien.

—A esto iba. Ahora me acuerdo de una cosa. Inmediatamente después que me hube ocupado del mosquito, recuerdo que Stephanie dijo: «¿Qué es aquello?» y la vi detenerse y coger algo del suelo. De momento no presté atención al detalle, porque en aquel momento vi a Madeline. Estaba de pie en la puerta del patio de las cuadras con una mirada fría en su rostro. Debo mencionar que, a fin de poder extraer el mosquito de su ojo, tuve que poner una mano bajo la barbilla de Stephanie, a fin de mantenerle la cabeza inmóvil.

—Natural.

—En estas ocasiones es esencial.

—Indispensable.

—Si la cabeza no está rígida, es imposible operar. Traté de hacérselo comprender a Madeline, pero no quiso escuchar nada. Se alejó precipitadamente de allí y yo tras ella. Hasta esta mañana no he podido exponerle detalladamente los hechos y

hacérselos comprender. Entretanto, había olvidado completamente el incidente del hallazgo de objetos perdidos por parte de Stephanie. Es obvio que actualmente la agenda está en posesión de Miss Byng.

—Necesariamente.

—Entonces todo va bien. La buscamos, le pedimos que nos la devuelva y listos. Supongo que se habrá reído mucho con ella.

—¿Dónde está?

—Creo recordar haberle oído decir que pensaba ir al pueblo. Creo que va a cortejar con el pastor. Si no tienes nada que hacer, puedes ir en su busca.

—Voy.

—Ándate con cuidado con el perrito. Probablemente se lo habrá llevado.

—¡Ah, sí! Recuerdo que me había hablado del animalito durante la cena. En el momento en que se servía el *sole meunière* me mostró una herida en su pierna que me hizo saltarme este plato.

—Muerde como una serpiente.

—Está bien. Tendré cuidado. Lo mejor será que me vaya en seguida.

Tardé poco en llegar al extremo de la avenida. En la verja me detuve. Me pareció que el mejor plan era esperar allí hasta que regresase Stiffy. Encendí un cigarrillo y me entregué a la meditación.

Aunque algo aligerada mi inquietud, estaba todavía preocupado. Mientras la agenda no estuviese de nuevo en un lugar seguro, no habría calma para el alma de un Wooster. Dependía demasiado de su recuperación. Como le había dicho a Gussie, si el viejo Bassett le daba por hacer el padre severo y prohibir las amonestaciones, era muy probable que Madeline bajase la cabeza y contestase con un moderno «¿Ah, sí?» Una mirada basta para clasificarla dentro de la especie de muchachas que creen que un padre tiene derecho a tener opinión; y estaba dispuesto a dar cien a ocho a que, si las circunstancias mencionadas concurrían, hubiera vertido una lágrima solitaria, sí; pero, cuando su vapor se hubiese desvanecido, Gussie se encontraría en libertad.

Meditaba todavía sobriamente y lleno de aprensión sobre todo esto, cuando vi que ante mí se estaba desarrollando en la carretera un drama humano.

Las sombras del anochecer empezaron a caer rápidamente, pero la visibilidad era todavía suficiente para permitirme observar que por la carretera avanzaba acercándose hacia donde yo estaba un robusto policía con cara de luna, montado en una bicicleta. Su aspecto delataba que la paz había invadido su alma. Su trabajo cotidiano podía o no haber terminado, pero en aquel momento, no estaba, evidentemente, de servicio, y su aspecto general era el del policía que no lleva en la cabeza más que el casco.

Y cuando haya dicho que ni siquiera llevaba sus manos en el manillar, se comprenderá hasta qué punto la beatitud y el bienestar invadían el alma de aquel

policía.

El drama fue debido a que, evidentemente, no le había llamado la atención el hecho de que era seguido, de manera pertinaz y obstinada, peculiar en esta clase de animales, por un *terrier* «Aberdeen». Avanzaba él tranquilamente y respirando la fragante brisa del atardecer y a su lado marchaba el *terrier*, todo cejas y patillas, dando caza a sus talones. Como dijo más tarde Jeeves, cuando le describí la escena, la situación recordaba algunos momentos culminantes de la tragedia griega cuando alguien avanza bella y majestuosamente, inconsciente de que Némesis está detrás de él, y creo que la comparación es justa.

Avanzaba, pues, el policía sin tocar el manillar y, de no ser por esta circunstancia, cuando ocurrió el desastre no hubiera revestido tan amplias proporciones. Como también yo en mi juventud fui ciclista —creo haber mencionado que una vez gané un premio en una fiesta de pueblo— puedo testimoniar que para ir en bicicleta sin agarrarse al manillar, es indispensable la absoluta seguridad de no ser interrumpido. Sólo la idea de un inesperado *terrier* conectado con el tobillo en este momento, basta para que la bicicleta haga un zig-zag. Y naturalmente, como todos saben, un zig-zag sin estar las manos firmemente asidas al manillar representa el trompazo.

Y fue lo que ocurrió. Un porrazo, y de los mejores que me ha sido dado presenciar; el representante de la ley rodó por los suelos. Hacía un momento que estaba ante nosotros alegre y confiado; un instante después yacía en la cuneta convertido en una especie de *macédoine* de brazos, piernas y ruedas, con el *terrier* acechándole desde el borde, mirándole con aquella expresión ofensiva y atildada que he observado a menudo en los rostros de los «Aberdeen» durante sus contiendas con la Humanidad.

Y mientras el policía se agitaba en la cuneta tratando de desenredarse, de la esquina salió una muchacha muy linda ataviada con un elegante traje de tweed, en quien reconocí en seguida las familiares facciones de Stiffy Byng.

Después de lo que Gussie había dicho, era lógico que esperase ver llegar a Stiffy. Viendo un *terrier* «Aberdeen», pude suponer que le pertenecía. Era lógico pensar: «Si empiezan a llegar los scotties es que Stiffy no está lejos».

Stiffy estaba evidentemente enfadada con el policía. Agarró el collar del *terrier* con el puño de su bastón y lo echó atrás; entonces se dirigió al policía, que había empezado a emerger de la cuneta como Venus de la espuma.

—¿Por qué diablos —preguntó— ha hecho usted eso?

Desde luego, no era asunto mío, pero no pude menos que pensar que hubiera podido mostrar un poco más de tacto al iniciar aquella conferencia, que amenazaba ser difícil y delicada. Y comprendí que el policía pensase lo mismo que yo. Su cara estaba cubierta de una considerable cantidad de barro, pero no la suficiente para ocultar su ofendida expresión.

—Le habrá hecho usted perder la calma asustándolo con esos gritos. ¡Pobre *Bartholomew*! ¡A poco lo aplasta el hombre feo!

De nuevo eché de menos un poco de tacto. Al describir al funcionario público como hombre feo, técnicamente, tenía sin duda toda la razón. En un concurso de belleza sólo hubiera podido aspirar a un premio en el caso de competir con Sir Watkyn Bassett, Oofy Prosser, del «Club de los Zánganos», y alguno otro de su especie. Pero, no hay necesidad de mencionarlo. En estas ocasiones, lo que se requiere es suavidad. Es un arma infalible.

El policía había ya salido, él y su bicicleta, del abismo y estaba sometiendo esta última a una serie de pruebas, a fin de medir toda la extensión del desastre. Satisfecho con la comprobación de que el daño era leve, se volvió y dirigió una mirada a Stiffy, con la misma expresión que el viejo Bassett había empleado el día que comparecí delante de él en Bosher Street.

—Seguía la carretera —empezó, con su clásico acento irlandés, usando un tono lento y ponderado, como si prestase declaración ante un jurado— y el perro se arrojó sobre mí de una manera violenta. Fui arrojado de la bicicleta…

Stiffy saltó sobre la frase como un leguleyo inveterado.

—Pues no debía usted pasear en bicicleta. *Bartholomew* no puede soportar las bicicletas.

—Iba en bicicleta, señorita, porque ignoraba que tuviese la obligación de hacer el camino a pie.

—Pues le iría muy bien. Se quitaría usted algo de grasa.

—Ésta —dijo el policía, no menos batallador, sacando una libreta de las profundidades de sus bolsillos— no es la trama del tejido. La trama del tejido es que ésta es la segunda vez que este animal comete un grave ataque contra mi persona y que tendré que denunciarla a usted, señorita, por poseer un perro salvaje, cuyo dominio no está en sus manos.

La estocada era certera, pero Stiffy Byng no desfalleció.

—No sea usted idiota, Oates. No va usted a querer que un perro vea pasar un policía sin decir nada. No es un ser humano. Y apuesto que lo ha molestado usted de alguna manera. Lo debe usted haber asustado o hecho algo; pero le prevengo que pienso llevar el caso hasta la Cámara de los Lores. Citaré a este caballero como testigo. —Se volvió hacia mí y, por primera vez, se dio cuenta de que no se trataba de un caballero, sino de un viejo amigo—. ¡Oh! ¡Hola, Bertie! —exclamó.

—¡Hola, Stiffy!

—¿Cuándo has llegado?

—Hace poco.

—¿Has visto lo que ha ocurrido?

—Perfectamente. Primera fila de ring.

—Pues disponte a ser testigo.

—Perfectamente.

El policía parecía estar haciendo un inventario y anotarlo en su libretita. Estaba ya en disposición de hacer un resumen.

—Una desolladura en la rodilla derecha. Contusión en la ceja izquierda. Rasguño en la nariz. Uniforme lleno de barro necesitando limpieza general. Profunda conmoción. Recibirá usted la citación a su debido tiempo, señorita.

Montó en su bicicleta y se alejó, haciendo que *Bartholomew* diese un bote que a poco lo libera del bastón que lo retenía. Stiffy permaneció inmóvil un momento, viéndole alejarse, con el aspecto de una muchacha que desearía tener un ladrillo en la mano. Después se volvió hacia mí, y yo me arrojé de cabeza al fondo del asunto.

—Stiffy —le dije, pasando por encima todo aquello de «cómo estás» y de «estoy encantado de verte», etcétera—, ¿tienes una agenda pequeñita, de color marrón, con cubierta de piel, que Gussie Fink-Nottle dejó caer en el patio de las cuadras ayer a mediodía?

De momento no contestó, pareciendo reflexionar profundamente, sin duda alguna sobre el reciente caso de Oates. Repetí la pregunta y volvió a la realidad.

—¿Una agenda?

—Pequeña, marrón, con cubierta de piel.

—¿Llena de una cantidad de observaciones personales?

—La misma.

—Sí, la tengo.

Elevé las manos al cielo en acción de gracias y di un grito de alegría. *Bartholomew* me lanzó una mirara de reproche y dijo en voz baja algo en gaélico, pero lo desprecié. Todas las jaurías de *fox-terriers* «Aberdeen» del mundo hubieran podido lanzarme miradas furibundas, y mostrarme sus amenazadores colmillos sin turbar la paz de aquel momento extático.

—¡Oh, Dios mío, qué alivio!

—¿Pertenece a Gussie Fink-Nottle?

—Sí.

—¿Entonces es Gussie quien escribió esas excelentes observaciones sobre el carácter de Sir Watkyn Bassett y Roderick Spode? ¡Jamás le hubiera creído capaz de hacerlo!

—Nadie lo hubiera creído. Es una historia sumamente interesante. Parece que…

—Lo que no comprendo es que nadie pierda el tiempo escribiendo sobre Roderick Spode y tío Watkyn, cuando Oates está pidiendo a gritos que se metan con él. No creo que haya nadie, Bertie, más obstinado que este Eustace Oates. Me tiene harta. Se pasa la vida fanfarroneando por aquí con su maldita bicicleta, como pidiendo el porrazo, y cuando se lo pega se queja. ¿Y por qué tiene que chillar de esta

manera contra el pobre *Bartholomew*? No hay en el pueblo ningún perro con sangre en las venas que no se haya lanzado contra él, y lo sabe perfectamente.

—¿Dónde está el librito, Stiffy? —dije volviendo al asunto.

—¡Déjate de libritos! Volvamos a Oates. ¿Crees que me denunciará?

Le dije que, leyendo entre líneas, esta era realmente la impresión que había sacado y ella hizo lo que creo que en francés se llama *une moue*. ¿No es así? Es decir, adelantando los labios y después retirándolos otra vez.

—También lo temo —dijo Stiffy—. No hay más que una palabra para designar a Oates y esta palabra es: «malvado.» Se pasa la vida buscando a quien devorar. En fin, más trabajo para tío Watkyn.

—¿Qué quieres decir?

—Que compareceré ante él.

—Así, aun retirado, ¿sigue actuando? —pregunté no sin ansiedad, recordando la conversación entre el ex verdugo y Roderick Spode en la salita de las colecciones.

—Se ha retirado únicamente de Bosher Street. Pero cuando un hombre lleva la magistratura en la sangre no puede prescindir de ella. Ahora es juez de paz. Tiene una especie de tribunal supremo en la biblioteca. Allí es donde comparezco siempre. A lo mejor estoy haciendo cualquier cosa, cortando flores, o sentada en mi habitación leyendo un buen libro, y viene el mayordomo y me dice que me esperan en la biblioteca. Y allí veo a tío Watkyn sentado a su mesa, mirándome con cara de juez y a Oates a su lado para prestar declaración.

Imaginé la escena, desde luego muy desagradable. Un espectáculo que da una triste impresión de la vida de familia de una muchacha.

—Y la cosa termina siempre igual. Se pone el birrete y me arma un escándalo. No escucha nunca una palabra de lo que digo. Me parece que no sabe ni el A B C de la Justicia.

—Así me trató a mí cuando comparecí ante él.

—Y lo peor de todo es que como sabe exactamente cuál es mi pensión, me pone la multa por el valor de lo que contiene mi bolsa. Dos veces ya este año me ha dejado en los huesos, a instigación de este maldito Oates, una vez por exceso de velocidad y otra porque el pobre *Bartholomew* le dio un mordisquito insignificante en el tobillo.

Hice unos ruiditos simpáticamente, pero deseaba con fervor poder encauzar la conversación hacia la agenda. Es curioso pensar cuan frecuente es en las muchachas la inclinación a apartarse del tema esencial.

—Por la manera de declarar Oates, hubieras podido creer que se le había llevado una libra de carne. Y supongo que ahora ocurrirá lo mismo. Estoy asqueada de esta persecución policíaca. Uno se creería en Rusia. ¿No odias a la policía, Bertie?

Confieso que no estaba preparado para llegar tan lejos en mi actitud contra este excelente gremio.

—Pues… en *masse* no, si comprendes mi expresión. Individualmente supongo que varían, como todas las secciones de la Humanidad; unos tienen un apacible encanto, otros no. He conocido agentes de policía muy decentes. Con uno que está de servicio cerca del «Club de los Zánganos» estoy en muy buenas relaciones. En cuanto a este Oates tuyo, te diré francamente que no le conozco lo suficiente para poder formar opinión.

—Puedes creerme si te digo que es uno de los peores. Pero no sabe lo que le espera. ¿Te acuerdas del día en que me invitaste a almorzar en tu casa? Me contaste que habías tratado de quitarle el casco a un policía en Leicester Square.

—Fue entonces cuando conocí a tu tío. Esto fue lo que nos reunió por primera vez.

—Pues de momento no me fijé en la cosa, pero el otro día me acordé de repente y me dije: «¡Ya te tengo! ¡Le quitaremos el chupete al niño!» Durante meses enteros había estado pensando cómo cargarme a ese Oates, y tú me habías enseñado el camino.

Le miré atónito. Sus palabras no podían tener más que una interpretación.

—¡No le vas a quitar el casco!

—¡Claro que no!

—Creo que es prudente.

—Eso es cosa de hombres. De manera que le he dicho a Harold que se lo quite. Me ha dicho muchas veces que está dispuesto a hacer por mí lo que le pida, ¡bendito sea!

El rostro de Stiffy, en general, tiende a ser grave y soñador, dando la impresión de que está siempre sumido en deliciosos y profundos pensamientos. Como Jeeves, raras veces sonreía, pero en aquel momento sus labios se habían abierto en un gesto de éxtasis y sus ojos centelleaban.

—¡Qué hombre! —exclamó—. Estamos prometidos, ¿lo sabías?

—¿Ah, sí?

—Sí, pero no se lo digas a nadie. Es un secreto terrible. Tío Watkyn no debe saberlo hasta que esté bien dulcificado.

—Y ¿quién es este Harold?

—El pastor del pueblo. —Se volvió hacia *Bartholomew*—. ¿Verdad que el curita mono del pueblecito le va a quitar el casco al policía feo para mamita, para que sea muy, muy feliz? —dijo.

O palabras por el estilo, porque desde luego conozco poco ese dialecto.

Me quedé mirando aquella muchacha, sorprendido de su código moral, si es que así podemos llamarlo. Cuanto más conozco a las mujeres, más creo que habría que dictar una ley. Hay que hacer algo con ese sexo, o toda la estructura social sufrirá un colapso, y todos nosotros pareceremos una recua de asnos.

—¿El pastor? —dije—. ¡Pero, Stiffy! ¡No le vas a pedir a un pastor que vaya a quitarles los cascos a los policías!

—¿Por qué no?

—Porque no es normal. ¡Le van a quitar los hábitos al pobre!

—¿Quitarle los hábitos?

—Esto es lo que suelen hacer con los párrocos cuando los pillan en una claudicación. Y éste es el resultado inevitable de la espantosa misión que has encargado al santo Harold.

—No veo que sea una espantosa misión.

—¡No me vas a decir que sea una misión muy adecuada para los clérigos!

—¡Pues sí, lo digo! Es una cosa que le va muy bien a Harold. Cuando estaba en el Magdalen College, antes de que viese la luz, era el diantre. ¡Siempre haciendo diabluras!

Me interesó oírle mencionar el Magdalen. Había sido mi propio colegio.

—¿Estuvo en el Magdalen? ¿Qué año? ¿Quizá lo conozco?

—¡Claro que lo conoces! Habla muy a menudo de ti, y estuvo encantado cuando supo que ibas a venir. Se llama Harold Pinker.

Quedé atónito.

—¿Harold Pinker? ¿Mi viejo amigo, el «Apestoso»[4] Pinker? ¡Gran Dios! ¡Uno de mis compañeros favoritos! ¡Cuántas veces me había preguntado qué habría sido de él! Y, finalmente, resulta que ha acabado haciéndose cura. Esto demuestra cuan cierto es que una mitad de la Humanidad ignora lo que hace la otra. ¡«Stinker» Pinker, pardiez! Pero ¿de verdad dices que mi viejo Pinker es ahora pastor de almas?

—Exactamente. Y tiene muy buena reputación. Puede llegar a vicario en cualquier momento. Y entonces subirá como el humo. Todo el mundo cree que llegará a obispo.

La alegría de haber tenido noticias de un viejo camarada pasó y volví a mi sentido práctico. Me puse grave.

Y diré por qué me puse grave. Era muy fácil para Stiffy decir que lo que le había encargado cuadraba perfectamente con el carácter de Pinker, pero es que ella no lo conocía tanto como yo. Conocía a Harold Pinker desde los tempranos años de su formación, y tenía de él el concepto que merecía: el de un muchachote del tipo clásico de Terranova, gordete y embarazoso, lleno de celo, es cierto; haciendo cuanto podía, también es verdad; pero incapaz de llevar a cabo nada bien; un hombre, en resumen, que, si había una probabilidad de estropear una empresa y fracasar en algo, lo conseguiría. Ante la idea de aquel hombre consagrándose a realizar la delicada tarea de apoderarse del casco del agente de policía Oates, se me helaba la sangre. No tenía ninguna probabilidad de largarse con él.

Pensé en Pinker, el joven. Corpulento casi como Roderick Spode, había formado

parte del equipo de rugby, no sólo de su Universidad, sino también defendiendo los colores nacionales; y en el arte de sumergir a un adversario en un charco de lodo y aplastarle el cuello con sus enormes botas, tenía, si es que existía alguno, pocos rivales. Si hubiese necesitado a alguien para librarme de la acometida de un toro enfurecido, él hubiera sido mi primera elección. Si por alguna desventura me hubiese encontrado encerrado en el antro subterráneo de una sociedad secreta, nadie más que el reverendo Harold Pinker hubiera podido bajar por la chimenea para salvarme.

Pero los músculos y los nervios no bastan para dar aptitud a un hombre para quitarles los cascos a la policía. Se necesita habilidad.

—¿Conque esas tenemos, eh? —dije—. Lo que va a hacer es armar un lío de todos los demonios si le pescan quitando cascos a miembros de su rebaño.

—No le pescarán.

—¡Claro que le pescarán! Cuando jugábamos en el Alma Máter lo pescaban siempre. Parecía que no supiese cómo había que hacer para tener un poco de sutileza. ¡Déjalo, Stiffy! ¡Abandona el proyecto!

—¡No!

—¡Stiffy!

—¡No! ¡Hay que seguir adelante el juego!

Renuncié. Comprendí que pretender argüir con ella y hacerla abandonar su femenina obstinación era perder el tiempo. Su mentalidad era del mismo tipo que la de Roberta Wickham, que una vez me persuadió a ir por la noche al dormitorio de un huésped, en una casa de campo, y pinchar su bolsa de agua caliente con un alfiler.

—¡En fin! —dije resignado—, lo que tenga que ser será. Pero por lo menos métele bien en la cabeza que para quitar cascos a los policías, lo esencial es dar un empujón hacia delante al casco antes de quitarlo, de lo contrario quedan sujetos a la barbilla por el barboquejo. Precisamente a causa de haber cometido la negligencia de olvidar esta precaución, fracasé en mi tentativa de Leicester Square. El barboquejo retuvo el casco, el policía tuvo tiempo de dar la vuelta y agarrarme, y, antes de que me diese cuenta de lo ocurrido, me encontraba ante el tribunal, diciendo: «Sí, Vuestro Honor», y «No, Vuestro Honor», a tu tío Watkyn.

Pensando en el sombrío porvenir que aguardaba a mi viejo amigo, me sumí en meditativo silencio. No me tengo por un hombre débil, pero me preguntaba si había obrado cuerdamente oponiéndome de modo tan rotundo a los esfuerzos de Jeeves para llevarme a hacer el crucero alrededor del mundo. Dígase lo que se quiera de estas excursiones —las malas condiciones de los barcos, la posibilidad de encontrarse rodeado de una caterva de pelmas, la molestia de tener que ir a ver el Taj Mahal—, por lo menos puede decirse una cosa en su favor, y es que se escapa a la mortal agonía de ver inocentes pastores, destrozando su carrera y perdiendo toda posibilidad de alcanzar las más altas dignidades de la Iglesia, por ser detenidos en el momento de

quitarles los cascos a sus feligreses.

Miré a Stiffy y reanudé la conversación.

—¿Así que Stinker y tú estáis prometidos? ¿Por qué no me lo dijiste el día que almorzaste conmigo?

—No había nada todavía entre nosotros. ¡Oh, Bertie! ¡Seré tan feliz si consigo lo que deseo! ¡Qué felicidad el día que oiga a tío Watkyn decir la frase: «¡Dios os bendiga, hijos míos!»

—Has dicho antes «hasta que esté bien dulcificado». ¿Qué entiendes por dulcificado?

—De esto precisamente quería hablarte. ¿Te acuerdas de que en mi telegrama te dije que quería pedirte una cosa?

La miré con inquietud. Había olvidado por completo su telegrama.

—Es una cosa muy fácil —añadió.

Lo dudé. Una muchacha que consideraba tarea fácil para un pastor arrebatarles los cascos a los policías, ¿qué misión no sería capaz de encomendarme? Me pareció que había llegado el momento de adoptar una actitud enérgica.

—¿Ah, sí? Pues permíteme que te diga desde un buen principio que no pienso hacerlo.

—¿Amarillo, eh? [5]

—Amarillo brillante. Como tía Ágata.

—¿Qué le pasa?

—Tiene ictericia.

—Tener un sobrino como tú es capaz de dar ictericia a cualquiera. ¡Si ni siquiera has podido saber de qué se trata!

—Prefiero ignorarlo.

—Pues te lo voy a decir.

—No quiero oírlo.

—¿Prefieres que suelte a *Bartholomew*? Me parece que te está mirando con malos ojos. No creo que te quiera. Algunas veces cobra antipatía a la gente.

Los Wooster son valientes, pero no temerarios. No tuve más remedio que permitir que me llevase hacia la pared que cercaba la terraza y nos sentamos allí. Recuerdo que la tarde era de tranquilidad perfecta, y se respiraba una serena paz.

—No te voy a retener mucho rato —empezó—. Es sencillo y elemental. En primer lugar, tengo que explicarte por qué hemos llevado nuestro noviazgo tan secreto. Es culpa de Gussie.

—¿Qué ha hecho?

—No más que ser Gussie. Tener ese aire de idiota, esos ojos saltones detrás de los lentes y criar lagartijas en su cuarto. ¡Ya puedes imaginar lo que piensa mi tío! Va su hija y le dice que se va a casar. «¿Ah, sí? —pregunta—. Vamos a echar un vistazo al

tipo». Y de repente le enseña a Gussie. ¿Comprenderás el espectáculo, para un padre?

—¡Horrible!

—Entonces comprenderás que el momento oportuno para decirle que quiero casarme con un cura no es precisamente cuando se encuentra bajo el golpe de tener que admitir a Gussie por yerno.

Comprendí el punto de vista. Recordé que Freddie Threepwood me había contado que había habido un enredo de mil diablos en Blandings, a causa de una prima suya que quería casarse con un pastor. En aquel caso, el asunto se había solucionado gracias al descubrimiento de que el pastor en cuestión era el heredero de un armador de Liverpool, millonario; pero, por regla general, a los padres no les gusta mucho que sus hijas se casen con curas, y lo propio les suele ocurrir a los tíos respecto a sus sobrinas.

—Tienes que comprenderlo. Los curas no son un buen papel. De manera que antes de que descorramos el velo del secreto es necesario que valoricemos el papel Harold ante tío Watkyn. Si manejamos bien las cartas, tengo la seguridad de que le dará un vicariato que hay en su propiedad. Por consiguiente tenemos que empezar por hacer algo.

No me gusta la forma cómo empleaba la expresión «tenemos», pero comprendía perfectamente dónde iba y lamentaba tener que defraudar sus sueños y esperanzas.

—¿Me pides que hable a tu tío en favor de Stinker? ¿Quieres que le diga que Stinker es un muchacho excelente? Nada me gustaría más que poderlo hacer, mi querida Stiffy; pero, desgraciadamente, los términos en que estamos tu tío y yo, no me lo permiten.

—No, no, nada de eso.

—Entonces, no veo qué más puedo hacer.

—Ya lo verás —dijo, haciéndome nuevamente experimentar una sensación de malestar. Pensé que debía ser fuerte. Pero no pude menos que recordar a Roberta Wickham y la bolsa de agua caliente. A veces un hombre se cree de acero, o de diamante, si preferís, y de repente, las brumas se desvanecen y se da cuenta de que ha permitido que una muchacha lo meta en un lío espantoso. A Sansón le ocurrió lo mismo con Dalila.

—¡Ah! —dije desconfiadamente.

Se detuvo para acariciar a *Bartholomew* detrás de la oreja izquierda, y después continuó:

—No basta con alabar a Harold delante de los Watkyn. Hay que hacer algo más eficaz. Hay que imaginar alguna combinación terrible que lo haga resaltar. Hace unos días que creo haberla encontrado. ¿Lees alguna vez el *Milady's Boudoir*?

—Una vez escribí un artículo para la sección: Lo que debe usar el hombre bien vestido, pero no soy lector asiduo. ¿Por qué?

—La semana pasada publicaba un cuento en el que salía un duque que no quería dejar casar a su hija con su joven secretario, y este secretario tenía un amigo que se llevó al duque a dar un paseo por el lago y entonces la barca volcó y el secretario se echó al agua y salvó la vida al duque y el duque dijo: «¡Adelante!»

Decidí que no valía la pena ni de pensar en aquel plan.

—Si se te ha ocurrido la idea de que voy a llevar a Sir W. Bassett en barca y a volcarla en medio del lago, puedes quitártelo de la cabeza inmediatamente. Para empezar, te diré que no querría venir al lago conmigo.

—No. Y, además, no tenemos aquí lago alguno. Y Harold dice que, si se me había ocurrido ir al estanque del pueblo, puedo abandonar el plan, porque hace demasiado frío para dar paseos en barca en esta época del año. Algunas veces Harold tiene gracia.

—Aplaudo su idea.

—Entonces he pensado en otra cosa. He pensado en un enamorado que tiene un amigo que se viste de vagabundo y ataca al padre de la muchacha, y entonces aparece él y lo salva.

Le di cariñosamente unos golpecitos en la mano.

—El fallo en todos estos proyectos —señalé— es que tu héroe tiene siempre a mano un amigo dispuesto a meterse en los más intrincados líos en favor suyo. En el caso de Stinker no es lo mismo. Quiero mucho a Stinker —puedes incluso tener la seguridad de que lo quiero como un hermano—, pero hay ciertos límites que no estoy dispuesto a traspasar, ni aun en interés tuyo.

—Bueno, no importa, porque también a este punto ha puesto su veto presidencial a causa de lo que diría el vicario si se descubriese. Pero le gusta mi nuevo plan.

—¡Ah! Pero ¿hay otro?

—Sí, y es terrible. La belleza del plan estriba en que el papel de Harold es irreprochable. No hay vicario en el mundo que pudiese censurarlo. El único inconveniente es que necesita a alguien que le ayude a llevar a cabo el proyecto y hasta que oí decir que venías, no se me ocurrió nadie. Pero ahora que estás aquí, todo irá bien.

—¿De veras…? Ya te he avisado una vez, jovencita Byng, y te lo repito por segunda vez, que nada en el mundo me inducirá a mezclarme en tus espantosos proyectos.

—¡Pero, Bertie, tienes que ayudarme! ¡Contamos contigo! ¡Si lo que tienes que hacer total no es nada! Se trata únicamente de robarle a tío Watkyn una jarrita.

No sé lo que hubierais hecho si una muchacha elegantemente enfundada en un traje de tweed os hubiese soltado este exabrupto escasas horas después de que una tía de rostro amoratado os hubiese hecho la misma proposición. Es posible que os hubieseis tambaleado. Mucha gente lo hubiera hecho. Personalmente lo encontré más

divertido que terrible. Creo sinceramente, si la memoria no me es infiel, que me eché a reír. Si es así, hice bien, porque fue la última vez que tuve la oportunidad de hacerlo.

—¿De veras? —dije—. Dime… dime… —añadí pensando que sería divertido oír a aquella alocada exponer su plan—. ¿Conque robar la jarrita para leche, eh?

—Sí. Es un objeto que trajo de Londres ayer para su colección. Una especie de vaca de plata con una mirada idiota. Se figura que vale un Potosí. Anoche la puso sobre la mesa enfrente de él y no le quitaba el ojo de encima. Entonces fue cuando se me ocurrió la idea. Pensé que si Harold podía robarla y después devolverla, tío Watkyn le estaría tan agradecido, que empezaría a darle vicariatos como nada. Pero entonces vi el fallo.

—¡Ah!, pero ¿había un fallo?

—¡Claro! ¿No lo ves? ¿Cómo quieres que se explique que Harold tenga el objeto? Si un día desaparece una vaca de plata de una colección y al día siguiente el pastor del pueblo se presenta con ella, es necesario que dé al hecho una explicación lógica. Es lógico que parezca un hecho anómalo.

—Ya comprendo. Tú lo que quieres es que me ponga un antifaz negro, penetre en el salón, robe el *objet d'art* y se lo entregue a Harold, ¿no? Ya comprendo… comprendo…

Pronuncié estas palabras con mordaz amargura y estaba convencido de que todo el mundo podía entender la mordacidad que contenían; pero ella se limitó a mirarme con aprobadora admiración.

—Eres muy inteligente, Bertie. Es exactamente lo que quiero. Pero no creo que tengas que usar antifaz.

—¿No crees que ayudaría a representar bien el papel? —añadí con la misma amarga mordacidad de antes.

—Como te parezca. En fin, esto es cosa tuya. Lo esencial es que entres por la ventana. ¡Ah! Y usa guantes, ¿eh? A causa de las impresiones digitales.

—Naturalmente.

—Harold estará fuera y tú le darás el objeto.

—Y entonces, ¿qué hago?

—Huyes durante la lucha.

—¿Qué lucha?

—Y Harold se precipita dentro de la casa, cubierto de sangre…

—¿Sangre de quién?

—¡Vuestra, naturalmente! Harold piensa como yo. Tiene que haber señales de lucha, para hacer la cosa más interesante, y mi idea era que Harold te diese un puñetazo en la nariz. Pero Harold dice que la cosa será más espectacular si llega cubierto de sangre; de manera que hemos convenido finalmente que os daréis un

puñetazo en la nariz uno a otro. Y entonces Harold entrará en la casa y le explicará a tío Watkyn lo que ha ocurrido y todo saldrá al pelo. Porque tío Watkyn no se va a limitar a decirle: «Está bien, déjela aquí, muchas gracias.» ¿Verdad? No tendrá más remedio que portarse decentemente con él y darle el vicariato ese. ¿No crees que es un plan maravilloso, Bertie?

Me levanté. Mi expresión era fría y dura.

—¡Excelente! Pero lo siento mucho…

—¡Bertie! ¿No irás a decirme que no quieres hacerlo, ahora que ves la poca dificultad que representa? ¡Es cuestión de diez minutos!

—Digo exactamente que no lo haré.

—¡Pues eres un cerdo!

—Un cerdo, quizá, sí. Pero un cerdo sagaz y equilibrado. No pondré un dedo en el asunto ese, ni atado. Te he dicho que conozco a Stinker. No sé cómo se las arreglará, pero ten la seguridad de que nos mete a todos en un lío. Y ahora, si me lo permites, quisiera la libretita esa…

—¿Qué libretita? ¡Ah! ¿La de Gussie?

—Sí.

—¿Para qué la quieres?

—La quiero, porque Gussie no es capaz de guardarla —dije gravemente—. Puede perderla de nuevo y puede caer en manos de tu tío, en cuyo caso le dará un puntapié al proyecto de enlace Gussie-Madeline, proyecto sobre el cual velo como jamás hombre veló sobre proyecto alguno.

—¿Tú?

—Nadie más que yo.

—¿Y a ti qué te importa?

—Te lo explicaré.

Y en pocas palabras le expliqué los acontecimientos que habían tenido lugar en Brinkley Court, la situación que éstos habían creado y el espantoso peligro en que me encontraría si el proyecto de matrimonio de Gussie se iba irremediablemente por los suelos.

—Comprenderás —añadí— que no creo que sea vejatorio para tu prima Madeline afirmarte que la perspectiva de verme unido a ella por los sagrados lazos del matrimonio es algo que me hiela la médula. El hecho, en nada implica un descrédito. Mi sensación sería la misma ante la idea de casarme con muchísimas de las más nobles damas. Hay ciertas mujeres que uno respeta, admira y reverencia, pero a distancia. En cuanto hacen el menor gesto por aproximarse hay que disponerse a la lucha con una jabalina. Tu prima Madeline pertenece a esta categoría. Una muchacha encantadora y la esposa soñada para Augustus Fink-Nottle, pero como una mosca en la sopa para Bertram.

—Ya comprendo. Así, Madeline es una de aquéllas de la categoría «Dios nos libre».

—No me hubiera atrevido a usar la expresión «Dios nos libre», porque creo que un caballero debe saber hasta dónde puede llegar. Pero puesto que tú la has pronunciado, admito que le conviene perfectamente.

—No me había dado cuenta de que realmente fuese así. Comprendo que quieras el librito.

—Exactamente.

—¡Bien! Esto ha abierto una nueva línea de conducta.

En su rostro había una expresión grave y pensativa. Con su pie le hacía masaje en la espina dorsal a *Bartholomew*.

—¡Venga! ¡Suelta el paquete! —dije, inquieto.

—Un momento. Estoy tratando de poner en orden las cosas. Me parece, Bertie, que, verdaderamente, tengo que dar esta agenda a tío Watkyn.

—¿Qué…?

—Esto es lo que mi conciencia me manda hacer. Después de todo, le debo mucho. Durante muchos años ha sido mi segundo padre y creo que debe saber la opinión que Gussie tiene de él, ¿no? Me parece un poco fuerte permitir que mi tío siga acariciando en su pecho la amistad de un hombre que cree leal, cuando éste se pasa la vida criticando la manera cómo come la sopa. No obstante, como vas a ser tan gentil ayudándonos a Harold y a mí, creo que puedo en este caso ceder un punto.

Los Wooster somos muy rápidos de comprensión. Antes de dos minutos, vi claramente lo que quería decir. Comprendí su propósito y me estremecí.

Había dicho el Precio de los Documentos. En una palabra: después de haber sido víctima de un chantaje por parte de una tía, durante el desayuno, era ahora víctima de otro, por parte de una camarada, poco antes de comer. Me pareció demasiado, aun para los tiempos de posguerra que vivíamos.

—¡Stiffy! —grité.

—¡Es inútil gritar «Stiffy»! O te pones al trabajo, o mañana por la mañana, con sus huevos y su té, tío Watkyn leerá una cosa que le hará pasar un buen rato. ¡Piénsalo, Bertie!

Levantó a *Bartholomew* y se dirigió hacia la casa. Lo último que vi de ella, fue una mirada significativa que me dirigió por encima del hombro, que me atravesó como un cuchillo.

Me acerqué nuevamente al muro y me senté, abatido. No sé cuánto tiempo estuve así, pero me parece que fue bastante rato. Unos seres alados revoloteaban alrededor mío en la noche, pero presté poca atención. Sólo cuando una voz habló súbitamente a un par de pies de altura sobre mi inclinada cabeza, salí de mi sopor.

—Buenas tardes, Wooster —dijo la voz.

Miré delante de mí. La enorme masa que como un acantilado me dominaba, era Roderick Spode.

Supongo que incluso los dictadores deben tener sus momentos joviales; por ejemplo, cuando se levantan o se encuentran con sus camaradas, pero si Roderick Spode tenía el alma soleada, no tenía ciertamente la menor intención de demostrarlo. Hablaba secamente y se notaba en él una total ausencia de afabilidad.

—Quisiera decirle una palabra, Wooster.

—¿Ah, sí?

—He estado hablando con Sir Watkyn Bassett, y me ha contado toda la historia de la jarrita para leche.

—¿Ah, sí?

—Y sabemos por qué está usted aquí.

—¿Ah, sí?

—¿Quiere usted no decir más «¿Ah, sí?», miserable gusano, y escucharme?

Hay muchos hombres que se ofenderían ante estos modales, y yo soy uno de ellos. Pero ya se sabe lo que pasa. Hay hombres a quienes se les da un puntapié con toda la fuerza, si nos llaman miserables gusanos, y otros a quienes no se les da.

—Pues sí —siguió diciendo—, está perfectamente claro el motivo que le ha traído a usted aquí. Ha sido mandado usted por su tío para robar la jarrita para leche. No se moleste en negarlo. Esta tarde le he pescado a usted con las manos en la masa. Y ahora nos enteramos de que llega su tía. ¡Una bandada de buitres! ¿Eh?

Hizo una pausa y repitió: «¡Una bandada de buitres!, ¿eh?», como si tuviese de esta frase una alta opinión. Yo no le veía ninguna gracia.

—Pues bien, lo que yo quería decirle, Wooster, es que va a ser usted estrechamente vigilado. Y como le pesquemos a usted robando la jarrita va a ir usted a la cárcel, se lo aseguro. No tenga usted la menor esperanza de que Sir Watkyn quiera evitar el escándalo. Cumplirá con su deber como ciudadano y como juez de paz.

Con esa frase puso su mano sobre mi hombro y no creo haber recibido en mi vida una impresión más desagradable.

Aparte de lo que Jeeves hubiera llamado el simbolismo del gesto, me agarró de una manera que parecía el mordisco de un caballo.

—Dice usted otra vez: «¿Ah, sí?» —preguntó.

—¡Oh, no! —le aseguré.

—Bien. Pero ahora debe de estar usted pensando que no le cogerán. Usted y su preciosa tía se imaginan que son lo suficientemente inteligentes para robar la jarrita sin ser descubiertos. No se lo aconsejo a usted, Wooster. Como el objeto desaparezca, por muy astutamente que usted y su cómplice hembra hayan borrado todas las huellas, sabré dónde ha ido usted y automáticamente le haré picadillo. Picadillo —

repitió saboreando las palabras como si fuesen un excelente oporto—. ¿Está esto claro?

—¡Oh, muy claro!

—¿Está usted seguro de haber comprendido?

—Muy bien.

Por la terraza se acercaba a nosotros una suave figura, y Roderick Spode cambió de tono adoptando otro más molesto todavía.

—Qué tarde más espléndida, ¿verdad? Extraordinariamente dulce para la época en que estamos. Bueno, no quiero detenerle a usted más tiempo. Debe usted tener que irse a vestir para la cena. Corbata negra, desde luego [6]. Aquí no gastamos etiquetas. ¿Dígame?

La pregunta iba dirigida a la suave figura recién llegada. Una tos familiar reveló su identidad.

—Quería hablar con Mr. Wooster, señor. Tengo que darle un recado de parte de Mrs. Travers. Mrs. Travers manda sus respetos y me ruega informe al señor de que está en el salón azul y celebraría saber que es de la conveniencia del señor poder reunirse con ella en cuanto le sea posible. Hay asuntos importantes sobre los que quisiera hablar.

En la oscuridad oí una especie de ronquido de Spode.

—Entonces, ¿ha llegado Mrs. Travers?

—Sí, señor.

—¿Y tiene asuntos importantes de que hablar con Mr. Wooster?

—Sí, señor.

—¡Ah! —dijo Spode, alejándose con una risa corta y aguda.

Me levanté de mi asiento.

—Jeeves —dije—, deténgase usted para oírme y aconsejarme. La intriga se complica…

Capítulo V

Me deslicé dentro de la camisa y los calzoncillos cortos, y dirigiéndome a Jeeves, le dije:

—Bueno, Jeeves. ¿Qué le parece a usted todo esto?

Durante nuestro regreso a casa le había puesto al corriente de los últimos acontecimientos, y le había dejado tratando de hallar una fórmula para salir del lío, mientras iba a tomar un rápido baño. Me detuve delante de él, mirándole esperanzado, con la actitud de una foca que espera que le lancen un pescado.

—¿Se le ocurre a usted algo, Jeeves?

—Por ahora, no, señor; siento decirlo.

—¿Cómo? ¿Ningún resultado, Jeeves?

—Ninguno, señor. Lo siento.

Solté una palabra malsonante y me consagré a mis pantalones. Estaba tan acostumbrado a ver aquel hombre inteligente tener siempre a punto ideas oportunas, en menos que canta un gallo, que la idea de un fracaso ni siquiera se me había ocurrido. El golpe era rudo, y con mano febril enfundé mis pies en los calcetines. Me había invadido una sensación de frío que había helado igualmente mi actividad física y mental. Parecía que mis miembros y mi cerebro hubiesen sido metidos en un refrigerador y los hubiesen olvidado durante algunos días.

—Acaso, Jeeves —dije ocurriéndoseme esta idea—, no se haya dado usted perfecta cuenta de todo el conjunto. No he tenido tiempo de exponerle más que las líneas generales del asunto antes de ir a restregarme el dorso. Quizá sería conveniente que hiciésemos lo que hacen en las novelas de aventuras. ¿No lee usted nunca novelas de aventuras, Jeeves?

—No muy a menudo, señor.

—Bueno. Pues hay siempre un pasaje en que un policía, a fin de dar más claridad a sus ideas, establece una lista en la que figuran los sospechosos, los móviles, las horas, las coartadas, los indicios y lo que no lo son. Probemos este plan. Tome papel y lápiz, Jeeves, y juntaremos los hechos. Ponga usted como título: «*Wooster B.*, Posición de».

—Sí, señor.

—Muy bien. Entonces… ¡Veamos! *Anotación uno*. Tía Dalia dice que si no robo la jarrita para leche me borrará de la lista de sus invitados, y, ¡adiós cocina de Anatole!

—Sí, señor.

—Vamos, pues, a la *Anotación dos*. Si robo la jarrita y se la doy, Spode me hará picadillo.

—Sí, señor.

—Adelante. *Anotación tres*. Si robo la jarrita y se la doy a mi tía en lugar de dársela a Harold Pinker, no solamente sufriré la conversión en picadillo antes mencionada, sino que Stiffy cogerá la agenda de Gussie y se la entregará a Sir Watkyn Bassett. Y usted sabe tan bien como yo cuál sería el espantoso resultado, ¿no ha comprendido?

—Sí, señor. Es sin duda alguna una situación de los asuntos relativamente desagradable.

—Jeeves —dije—, no me ponga usted a prueba. ¡Ni un solo instante! «¡Relativamente desagradable!» ¡Pardiez! ¿Quién era aquella persona de quien me hablaba usted el otro día, sobre quien habían caído todas las calamidades de la tierra?

—Mona Lisa, señor.

—Pues si en este momento encontrase a Mona Lisa le estrecharía la mano y le diría que comprendía perfectamente sus tribulaciones. Ya ve usted claramente que el sapo se oculta bajo la hierba.

—Sí, señor. Quizá podría subirse el señor un poco más los pantalones. Hay que procurar que caigan de una manera graciosa y como al desgaire sobre el empeine. Es cuestión de un poco de cuidado.

—¿Así?

—¡Admirable, señor!

Volví a mirarle.

—Hay momentos, Jeeves, en que uno se pregunta si los pantalones tienen alguna importancia.

—Las contrariedades pasarán, señor.

—No sé por qué. Como no encuentre usted solución al asunto, será el fin del mundo. Desde luego —añadí con tono algo más animado—, no ha tenido usted tiempo todavía de morder en la masa. Mientras esté comiendo analícelo usted bajo todos los aspectos. Es posible que brote la inspiración. Algunas veces, las inspiraciones salen así, de repente, ¿no? ¡Como un relámpago!

—Sí, señor. Se cuenta que el matemático Arquímedes descubrió el principio del desplazamiento de los cuerpos, de repente, una mañana, mientras estaba en el baño.

—¡Pues ahí lo tiene usted! ¡Y supongo que no debía ser nadie extraordinario! Comparado con usted, me refiero.

—Creo que era un hombre muy dotado, señor. Posteriormente, el hecho de que fuese asesinado por un vulgar soldado fue motivo de general y profundo sentimiento.

—¡Qué lástima! Pero, ¡en fin! La carne es mortal, ¿no?

—Exacto, señor.

Encendí pensativo un cigarrillo y, abandonando a Arquímedes por el nuncio, dejé que de nuevo mi mente divagase por el espantoso lío en que me veía metido a causa de la mal aconsejada conducta de la joven Stiffy.

—¿Se ha fijado usted, Jeeves? —dije—. Si se mira atentamente es sorprendente ver hasta qué punto el sexo opuesto se ha dedicado a fastidiarme. ¿Se acuerda del asunto de Miss Wickham y la bolsa de agua caliente?

—Sí, señor.

—¿Y aquella Gwladys «no sé cuántos», que se le ocurrió meter en cama en mi casa a su novio, con la pierna rota?

—Sí, señor.

—¿Y Paulina Stoker, que se presentó en mi casa de campo a la caída de la tarde en traje de baño?

—Sí, señor.

—¡Qué sexo, Jeeves! ¡Qué sexo! Pero nadie de este sexo, aun cuando mortal como el masculino, puede ocupar el mismo rango que esta Stiffy. ¿Quién era el individuo aquel que guiaba a todos los demás…? ¡El tipo aquel del ángel!

—Abu ben Adehm, señor.

—¡Pues ésta es Stiffy! ¡El no va más! ¿Qué hay, Jeeves?

—Quería preguntar al señor, si por casualidad Miss Byng, al proferir la amenaza de mandar la agenda de Mr. Fink-Nottle a Sir Watkyn, no pestañeó mientras hablaba.

—¿Como guiñándome el ojo? ¿Indicándome que me estaba gastando una broma? ¡Ni por asomo, Jeeves! No, Jeeves, he visto muchas veces ojos que no pestañeaban, docenas de ellas, pero ningunos que estuviesen tan desprovistos del parpadeo como aquéllos. No bromeaba. Hablaba en serio. Se daba perfecta cuenta de que hacía una cosa que, aun en el sexo débil, era perfectamente incorrecta; pero no le importaba. El resultado final de esta emancipación de la mujer, ha sido que van por el mundo con la nariz en alto y no les importa un comino cuanto hacen. En tiempo de la reina Victoria no era así. ¡Hay que ver lo que hubiera dicho el príncipe consorte de una muchacha como Stiffy! ¿Qué hay?

—Concibo perfectamente que Su Alteza Real no hubiera quizás aprobado la conducta de Miss Byng.

—La hubiera acostado sobre sus rodillas y le hubiera dado una zurra antes de que ella se hubiese dado cuenta. Y no me cabe duda de que habría tratado a tía Dalia de la misma manera. Hablando de lo cual, me parece que no tendré más remedio que efectuar una visita a mi venerable parienta.

—Parecía desear vivamente conferenciar con el señor.

—No es mutuo el deseo, Jeeves, no es mutuo… Confieso sinceramente que no espero gran cosa de esta *séance*.

—¿No, señor?

—No. Le mandé un telegrama un poco antes del té, diciéndole que me era imposible robar la jarrita, y ella debió salir de Londres bastante antes de que llegase.

En otras palabras, debe haber llegado aquí esperando encontrar un sobrino

sumergido en el celoso cumplimento de su deber, y las noticias de que ha sido abandonada la empresa serán para ella un rudo golpe. No le gustará, Jeeves, y no me importa decirle a usted con toda franqueza que cuanto más pienso en la próxima charla, más frialdad siento hacia ella.

—Si el señor me permite, indicaré, desde luego como mero paliativo, que a menudo se ha observado que, en casos de desaliento, el uso del traje de rigurosa etiqueta ha tenido sobre la parte moral un efecto estimulante.

—¿Quiere usted decir que debo ir de corbata blanca? Spode me ha dicho que negra.

—Considero que la urgencia del peligro justifica el cambio, señor.

—Quizá tenga usted razón.

Y desde luego la tenía. En estas cuestiones delicadas de psicología no se equivocaba nunca. Tomé rápidamente la decisión y me di cuenta en seguida de que experimentaba un sensible alivio. Mis pies se calentaron, mis ojos apagados recobraron cierto brillo y mi alma pareció ensancharse como si alguien la hubiese hinchado con una bomba de bicicleta. Y estaba examinando el efecto en el espejo, anudando cariñosamente mi corbata y examinando mentalmente unas cuantas cosas que pensaba decir a tía Dalia si empezaba poniéndose violenta, cuando se abrió la puerta y entró Gussie.

A la vista de aquel inesperado personaje, una ola de compasión invadió mi pecho, porque una mirada me bastó para darme cuenta de que no estaba en situación de afrontar los acontecimientos que se avecinaban. En su manera de comportarse no se percibía ningún síntoma de que Stiffy le hubiese confiado sus planes. Su aspecto era jovial y yo cambié con Jeeves una rápida mirada de comprensión. La mía decía: «¡No sabe nada!», y la suya me respondía en los mismos términos.

—¡Hola, hola! —dijo Gussie alegremente—. ¡Hola, Jeeves!

—Buenas noches, señor.

—Bueno, Bertie; ¿qué hay de nuevo? ¿Has visto a Stiffy?

El sentimiento de compasión se agudizó. Le dirigí una mirada silenciosa. Era para mí muy triste tener que administrar a un viejo amigo un directo a la mandíbula, y temblaba al pensar que tenía que hacerlo.

No obstante, no hay más remedio que enfrentarse con las situaciones. Es el bisturí del cirujano…

—Sí —dije—, la he visto, Jeeves, ¿hay un poco de coñac?

—No, señor.

—¿Puede usted procurarse un poco?

—Ciertamente, señor.

—Es mejor que traiga usted la botella.

—Muy bien, señor.

Se marchó y Gussie me miró sorprendido.

—¿Qué significa esto? ¡No vas a empezar a beber coñac un momento antes de cenar!

—No tengo el menor propósito. Lo pido para ti, ¡oh, pobre mártir en la hoguera!

—No tomo nunca coñac.

—Pues harás bien en beberlo y pedir más. ¡Siéntate, Gussie, y charlemos!

Y, acomodándole en una butaca, empecé con él una indiferente conversación referente al tiempo y las cosechas. No me atrevía a verter sobre él la verdad hasta que estuviese allí el cordial. Seguí charlando, tratando de infundir en mi conducta una sensación de desaliento que lo preparase para el más rudo golpe, y al poco tiempo me di cuenta de que me miraba de una manera singular.

—Bertie, me parece que has exagerado un poco.

—En absoluto.

—Entonces, ¿a qué viene todo este cuento?

—Es para pasar el rato hasta que Jeeves vuelva con el fluido. ¡Ah, gracias, Jeeves!

Tomé el frasco lleno a rebosar y lo puse en manos de Gussie.

—Creo que convendría que fuese usted a prevenir a tía Dalia de que no voy a poder hablar con ella ahora, Jeeves. Esta conversación va a durar algún tiempo.

—Muy bien, señor.

Me volví hacia Gussie, que me estaba mirando con un aire de bacalao sorprendido.

—Gussie —dije—, zámpate esto y escúchame. Temo tenerte que dar malas noticias respecto a la agenda.

—¿Acerca de la agenda?

—Sí.

—No me vas a decir que no la tiene…

—Éste es precisamente el quid. Que la tiene y se la va a dar a Pop Bassett.

Me esperaba que tomaría la cosa como se merecía y no me equivoqué. Sus ojos, dilatados, se salieron de sus órbitas y pegó un salto del sillón, vertiendo el contenido de su vaso y haciendo que la habitación se impregnase de una atmósfera que recordaba los bares públicos la noche de un sábado.

—¡Qué!

—Temo que ésta sea la situación.

—Pero, ¡ah, Dios mío!

—Exacto.

—Pero, ¿no me irás a decir que…?

—Eso es lo que te digo.

—Pero ¿por qué?

—Tiene sus razones.

—¡No debe darse cuenta de lo que esto significa!

—Se da perfecta cuenta.

—¡Pero eso significa mi ruina!

—Definitiva.

—¡Ah, Dios mío!

Se ha dicho muchas veces que el desastre pone de manifiesto las altas cualidades de los Wooster. Una extraña calma me invadió. Le golpeé el hombro.

—¡Ánimo, Gussie! ¡Piensa en Arquímedes!

—¿Por qué?

—Fue asesinado por un vulgar soldado.

—¿Y a mí, qué?

—Que no creo que le fuese muy agradable, pero seguramente lo aceptó con una sonrisa.

Mi intrepidez produjo efecto. Pareció calmarse. No diré que pareciésemos dos aristócratas franceses del 93 esperando la carreta, pero teníamos cierta semejanza.

—¿Cuándo te lo ha dicho?

—Hace poco rato, en la terraza.

—¿Y tiene realmente esta intención?

—Sí.

—No tuvo un…

—¿Pestañeo? No. No hubo pestañeo alguno.

—Bien. Pero ¿no hay algún sistema de evitarlo?

Esperaba que me hiciese esta pregunta, pero lamenté que la hubiese hecho. Preví un período de charla infructuosa.

—Sí —dije—. Hay uno. Dice que abandonará su horrible propósito si robo la jarrita de leche del viejo Bassett.

—¿Te refieres a aquella vaca de plata que nos mostró anoche durante la cena?

—¡Exacto!

—Pero ¿por qué?

Le expliqué el porqué del asunto y me escuchó con un rostro inexpresivo, empezando lentamente a comprender.

—¡Ya comprendo! ¡Ahora lo veo! No comprendía qué fin perseguía. Su comportamiento me parecía absolutamente injustificado. ¡En fin! ¡Esto lo aclara todo!

Detestaba tener que echar un jarro de agua fría sobre su feliz exuberancia, pero no había más remedio que hacerlo.

—No tanto, porque no tengo la más ligera intención de robarla.

—¿Cómo? ¿Por qué no?

—Porque Roderick Spode dice que si la robo me hace picadillo.

—¿Qué le importa todo esto a Roderick Spode?

—Parece haber abrazado la causa de la jarrita. Por razón de amistad con el viejo Bassett, supongo.

—¡Hem…! Pero, no vas a tener miedo a Roderick Spode…

—Sí, se lo tengo.

—¡Absurdo! ¡Te conozco demasiado!

—No me conoces en absoluto.

Dio una vuelta arriba y abajo de la habitación.

—Pero, Bertie, no hay por qué temer un hombre como Spode, que no es más que un montón de músculos y grasa. Es imposible que tenga rapidez. ¡No te alcanzará!

—No vas a pretender que lo entrene como si fuese un entrenador…

—Por otra parte, no es lo mismo que si tuvieses que quedarte aquí. En el momento en que te hayas llevado la cosa, puedes largarte. Le mandas una nota al curita diciéndole que esté en el sitio fijado a las doce de la noche, y ¡a la obra! Yo veo el horario así: robo de la jarrita, digamos, de las doce quince a las doce treinta, o pongamos las doce cuarenta, para prever cualquier contratiempo. Doce cuarenta y cinco, en las cuadras, saliendo en el coche. Doce cincuenta, en plena carretera, después de haber llevado a cabo una faena magnífica. No comprendo por qué te preocupas. Es muy sencillo…

—No obstante…

—¿No quieres hacerlo?

—No.

Se dirigió a la chimenea y empezó a juguetear con una figura que representaba una pastora.

—¿Es Bertie Wooster quien habla?

—El mismo.

—¿El Bertie Wooster que tanto admiraba yo en el colegio? ¿El muchacho a quien llamábamos el «Endiablado Bertie»?

—El mismo.

—En este caso creo que no tenemos nada más que decir.

—No.

—Nuestro único recurso es recobrar la agenda de Stiffy.

—¿Cómo propones hacerlo?

Reflexionó, frunciendo el ceño. Al poco rato sus diminutas células grises parecieron funcionar velozmente.

—¡Oye! Esa agenda tiene para ella mucha importancia, ¿no?

—Mucha…

—En este caso, debe llevarla constantemente encima, ¿no?

—Supongo que sí.

—En una media, probablemente. Entonces, ¡muy bien!

—¿Qué significa ese «muy bien»?

—¿No ves dónde voy?

—No.

—Pues escucha. Supongo que te la puedes llevar fácilmente a dar un paseo amistoso, ya comprendes, durante el cual puede ser muy fácil… pues… algo así como un abrazo en broma…

Le miré severamente. Todas las cosas tienen sus límites, y los Wooster sabemos respetarlos.

—¡Gussie! ¿Me estás proponiendo que le meta mano a las piernas a Stiffy?

—Sí.

—Pues no lo haré.

—¿Por qué no?

—No vale la pena de entrar en razones —dije secamente—; bástete saber que no son éstas mis costumbres.

Me lanzó una mirada, una mirada vacía, de reproche, como la que debería lanzarme una lagartija si hubiese olvidado cambiarle el agua regularmente. Respiró afanosamente.

—Has cambiado mucho desde los días de nuestro colegio —dijo—. No eres el mismo. No tienes empuje. Ni osadía. Ni espíritu de empresa. Culpa del alcohol, seguramente.

Lanzó un suspiro, rompió la pastora de porcelana y nos dirigimos a la puerta. Cuando la abrí, me lanzó otra mirada.

—¿Por qué te has puesto corbata blanca?

—Jeeves me lo ha recomendado. Parece que levanta el espíritu.

—Pues vas a hacer el ridículo. El viejo Bassett se viste con una especie de smoking de terciopelo lleno de manchas de sopa. Harás bien en cambiarte.

Había un poco de verdad en lo que decía. No se debe parecer presuntuoso. A riesgo de sufrir un bajón en la moral, fui a despojarme de mi frac. Y, mientras tal hacía, llegó a nosotros, desde el saloncillo de la planta baja, una voz fresca y joven, que cantaba, acompañada al piano, una melodía que me pareció ser una canción popular inglesa. El oído percibía perfectamente el clásico «Hey, nonny, nonny», y todo aquello acostumbrado.

Aquella algarabía tuvo por efecto hacer brillar los ojos de Gussie detrás de los lentes. Parecía como si aquello fuese precisamente la gota de agua capaz de desbordar el vaso de la resistencia humana.

—¡Stephanie Byng! —dijo amargamente—. ¡Cantar en un momento como éste!

Lanzó un rugido y salió de la habitación. Yo acababa de hacerme el nudo de la

corbata negra cuando Jeeves entró.

—Mrs. Travers —anunció ceremoniosamente.

Un «¡Repámpanos!» brotó de mis labios. Cuando oí que la anunciaban supe, naturalmente, que venía, pero mi situación fue la misma que la del cuitado que, dando un paseo, levanta la cabeza de repente y ve un aeroplano que suelta una bomba sobre su cabeza, y sabe que va a caer, pero que por el hecho de saberlo lo considera menos desagradable.

Pude fácilmente darme cuenta de que estaba bastante incomodada, contrariada daría mejor idea, y me apresuré a conducirla ceremoniosamente hasta un sillón y a excusarme.

—Profundamente contristado de no haber podido bajar a hablar contigo, anciana antepasada —dije—. Estaba encerrado con Gussie Fink-Nottle, tratando de un asunto que afecta profundamente nuestros mutuos intereses. Desde la última vez que nos vimos, han ocurrido muchos acontecimientos, y mis asuntos se han complicado sobremanera, lamento tener que decirlo. Puedes afirmar que los cimientos del infierno se tambalean. ¿Es esto demasiado decir, Jeeves?

—No, señor.

Mi tía rechazó de plano mis explicaciones con un gesto.

—Conque también tú tienes tus complicaciones, ¿eh? En fin, no sé cuáles serán las complicaciones que han sobrevenido en tu vida, pero en la mía ha habido una, y gorda. Por eso he venido aquí con estas prisas. Hay que tomar rápidamente una determinación o la casa se va a paseo.

Empecé a dudar de que incluso Mona Lisa pudiese ver los acontecimientos precipitándose de aquella manera. Me refiero a la forma en que las cosas se sucedían unas a otras.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté. Se estremeció y, por fin, pudo articular una sola palabra.

—¡Anatole!

—¿Anatole? —Tomé su mano y se la estreché con dulzura—. Dime, mi febril parienta —le dije—. ¿Qué es lo que quieres decir, si es que quieres decir algo? ¿Por qué hablas de Anatole?

—Si no nos damos prisa, lo perdemos. Una mano helada pareció estrujarme desgarradamente el corazón.

—¿Perderlo?

—Sí.

—¿Incluso después de haberle doblado el sueldo?

—Incluso después de haberle doblado el sueldo, ¡óyeme, Bertie! Un momento antes de salir yo de casa esta tarde, Tom recibió una carta de Sir Watkyn Bassett. Cuando digo «un momento antes de salir yo de casa» es porque ésta fue la razón que

me hizo salir de ella. Porque, ¿sabes qué contenía la carta?

—¿Qué?

—La proposición de trocar la jarrita por Anatole, y Tom ha tomado en cuenta la proposición.

—¿Cómo? ¡Increíble!

—¡Increíble, señor!

—Gracias, Jeeves. ¡Increíble! ¡No puedo creerlo! Es imposible que tío Tom piense ni un solo momento en aceptar proposición semejante.

—¿Eso crees? ¿Te acuerdas de Pomeroy, el mayordomo que teníamos antes que Seppings?

—¡Ya lo creo! ¡Un tipo estupendo!

—¡Un tesoro!

—¡Una joya! ¡Jamás he comprendido por qué lo dejasteis marchar!

—Tom lo cambió a los Bessington-Copes por una chocolatera oviforme de tres pies torneados. Luché contra mi creciente desesperación.

—¡Pero no creo que el muy imbécil, es decir, me refiero a tío Tom, vaya a dejar marchar a Anatole de esta manera!

—Es capaz.

Se levantó y se dirigió inquieta hacia la chimenea. Vi claramente que buscaba algún objeto que poder romper a fin de aliviar sus alborotadas emociones, lo que Jeeves hubiera llamado un paliativo, y cortésmente llamé su atención sobre una terracota que representaba *El infante Samuel en oración*. Me dio secamente las gracias y la arrojó violentamente contra la pared opuesta.

—Te digo, Bertie, que para un coleccionista chiflado no hay límites a los que no llegue por proporcionarse un ejemplar anhelado. Las palabras de Tom al tenderme la carta para que la leyese, fueron que su mayor placer sería desollar al viejo Bassett vivo y meterlo en una caldera de aceite hirviendo, pero que, en la actual situación, no veía más sistema que acceder a su demanda. La única cosa que lo ha detenido de telegrafiar inmediatamente aceptando ha sido que le he dicho que tú estabas precisamente en Totleigh Towers con la misión expresa de quitarle la jarrita, y que la tendría en sus manos casi inmediatamente. ¿Cómo va la cosa, Bertie? ¿Has elaborado tus planes? ¿Bien cortados y cosidos? No pierdas tiempo, Bertie. Cada instante es precioso.

Me sentí desfallecer. No había más remedio que romper el fuego con las noticias, y con la esperanza de que fuese esto lo único que se rompiese. Mi tía, cuando está nerviosa, es una mujer formidable, y yo no podía dejar de recordar lo que le había ocurrido al pobre infante Samuel.

—Iba precisamente a hablarte de esto —dije—. Jeeves, ¿tiene usted el documento que hemos preparado?

—Aquí está, señor.

—Gracias, Jeeves. Y creo que sería conveniente que fuese usted a procurarse un poco más de coñac.

—Muy bien, señor.

Jeeves se retiró y yo tendí el papel a mi tía, rogándole que lo leyese atentamente. Lo recorrió con la mirada.

—¿Qué es todo esto?

—En seguida lo verás. Fíjate primero en cómo está encabezado, *Wooster B., situación de…* Estas palabras te lo dirán todo. Son elocuentes —añadí, retrocediendo un paso y disponiéndome a escabullirme— y te explicarán por qué declino definitivamente el honor de robar la jarrita.

—¿Qué?

—Te he mandado esta tarde un telegrama en este sentido, pero, naturalmente, no ha llegado a tiempo de alcanzarte.

Me miró con mirada batalladora, como la amante madre al niño imbécil que acaba de cometer una idiotez excepcional.

—¡Pero, Bertie, hijo mío! ¿No me has oído? ¡Se trata de Anatole! ¿No comprendes la situación?

—Claro que sí.

—Entonces ¿te has vuelto idiota? Cuando digo «vuelto», naturalmente…

Levanté una mano en señal de protesta.

—Déjame que me explique, anciana parienta. Recordarás que te he dicho que habían ocurrido aquí recientes acontecimientos. Uno de ellos es que Sir Watkyn Bassett está perfectamente al corriente de mi plan de arrebatarle la jarrita y espía mis menores movimientos. El otro es que ha confiado sus sospechas a un camarada suyo, apellidado Spode. Acaso a tu llegada hayas conocido a ese Spode…

—¿El grandullón ése?

—Grandullón es la palabra, si bien acaso «supercolosal» sea el *mot juste*. Pues bueno, como te he dicho, Sir Watkyn le ha confiado sus sospechas, y el mencionado personaje me ha informado personalmente de que, si desaparece la jarrita, me hará picadillo. Por esta razón es imposible llevar a cabo ningún plan constructivo.

Un silencio de alguna duración siguió a estas observaciones. Pude darme cuenta de que reflexionaba seriamente sobre la situación, y que comprendía que, si no le podía prestar ayuda en un momento de necesidad, no era solamente debido a la falta de buena voluntad de su sobrino Bertram. Apareció enteramente el profundo abismo en que éste se hallaba y, a menos que ande muy equivocado, creo que se estremeció.

Mi parienta era una mujer que, allá en los años de mi niñez y adolescencia, solía arrearme algunos coscorrones cuando consideraba que mi conducta justificaba tal acción, y durante estos últimos días tuve varias veces la sensación de que estaba a

punto de volverlo a hacer. Pero en lo más íntimo de su ser, pese a su desagradable exterior, latía un corazón tierno, y un cariño a su sobrino Bertram profundamente arraigado. Era la última persona que hubiera deseado verle arrancar los ojos de las órbitas y su bien formada nariz fuera de su sitio.

—Ya comprendo —dijo finalmente—. Sí, esto dificulta las cosas, desde luego.

—Enormemente. Si admites la denominación de «callejón sin salida», serás de mi misma opinión.

—¿Ha dicho que te haría picadillo?

—Ésta es la expresión que empleó. La ha repetido, de manera que no puede haber error.

—Bien. Por nada del mundo quisiera verte en manos de ese monstruo. Contra un gorila de su especie no hay probabilidad ninguna. Te dejaría sin aliento antes de que hubieses tenido tiempo de decir «¡pío!». Te arrancaría los miembros uno tras otro y los lanzaría a los cuatro vientos.

Me estremecí ligeramente.

—¡No hay ni que pensar en ello, oh, anciana consanguínea!

—¿Estás seguro de que pensaba en lo que dijo?

—Completamente seguro.

—Acuérdate de aquello de «perro que ladra…»

Sonreí tristemente.

—Sé a lo que vas, tía Dalia —dije—. Dentro de un instante me preguntarás si pestañeó mientras hablaba. ¡No hubo parpadeo alguno! La política que Roderick me delineó durante nuestra última entrevista es exactamente la política que llevará a cabo.

—Entonces estamos fastidiados. A menos que a Jeeves se le ocurra algo. —Se dirigió a Jeeves, que entraba en aquel momento con el coñac, que ya era hora. No comprendía por qué había tardado tanto—. Hablamos de Mr. Spode, Jeeves.

—Sí, señora.

—Jeeves y yo hemos ya hablado de las amenazas de Spode —dije malhumorado —, y se confiesa impotente. Esta vez, su potente cerebro ha rehusado funcionar. Ha reflexionado profundamente, pero no ha dado con la fórmula.

Tía Dalia había saboreado el coñac con visible satisfacción y en su rostro se dibujó una expresión pensativa.

—¿Sabes lo que se me está ocurriendo? —dijo.

—Dímelo —contesté todavía malhumorado—, pero apuesto a que es una tontería.

—No es ninguna tontería. Podría solucionarlo todo. Estaba pensando en si ese Spode no tendría algún secreto vergonzoso. ¿Sabe usted algo de él, Jeeves?

—No, señora.

—¿Qué clase de secreto quieres decir?

—Me rondaba por la cabeza la idea de que, si tuviese alguna grieta en su armadura, podría sujetarlo por ella y limarle las uñas. Una vez, siendo pequeña, vi a tu tío George besar al ama de llaves, y hay que ver lo que esto me ayudó después, los días en que después del colegio quería que hiciese la lista de las principales exportaciones e importaciones del Reino Unido. ¿Comprendes qué quiero decir? ¡Suponte que supiésemos que Spode ha hecho alguna trastada o algo así! ¿No te parece buen plan? —dijo viendo que yo me mordía los labios con gesto de duda.

—Me parece bien como plan. Pero tiene un fallo. Es que no sabemos nada.

—Es verdad. —Se levantó—. En fin, era sólo una idea. Y quise decírtela. Y ahora me parece que me voy a mi cuarto a mojarme las sienes con agua de Colonia. Mi cabeza está a punto de estallar como una granada.

La puerta se cerró. Me dejé caer en el sillón que había dejado vacante y moví la cabeza.

—Bueno, ya estamos al cabo de la calle —dije satisfecho—. Ha tomado la cosa mejor de lo que esperaba, Jeeves. El *Quorn* entrena bien a sus hijas. Pero en el gesto de sus labios se veía que lo sentía profundamente, y este coñac le ha ido al pelo. ¡A propósito! Ha tardado usted dos horas en traerlo. Un perro de San Bernardo hubiera ido y vuelto en la mitad de tiempo.

—Sí, señor. Perdone el señor. Me ha demorado la conversación con Mr. Fink-Nottle.

Me senté, reflexionando.

—¿Sabe usted, Jeeves? —dije—. No era mala idea la de tía Dalia de saber algún secreto de Spode. Fundamentalmente era buena. Si Spode tuviese algún chanchullo y supiésemos cuál, indiscutiblemente esto le quitaría una fuerza enorme. Pero dice usted que no sabe nada de él.

—Nada, señor.

—Y dudo, además, que haya algo que saber. Hay gente que a simple vista se ve que son una especie de *sahibs*[7], incapaces de hacer nada que no deba hacerse, y temo que, prominente, entre ellos, se halle Roderick Spode. Dudo que la más minuciosa investigación a su respecto descubriese en su vida nada peor que ese bigote que usa, y no hay duda de que el escrutinio mundial no lo consideraría delictuoso, pues de lo contrario no lo usaría.

—Es cierto, señor. No obstante, acaso fuese útil proceder a ciertas indagaciones.

—Sí, pero ¿dónde?

—Estaba pensando en «Junior Ganymede», señor. Es un club para el personal distinguido de las personas distinguidas, situado en Curzon Street, al cual pertenezco desde hace algunos años. El ayuda de cámara de un caballero de la clase de Mr. Spode debe ser seguramente socio, y, por consiguiente, habrá confiado al secretario una buena cantidad de informes referentes a él, a fin de insertarlos en el Libro del

club.

—¿Cómo?

—De acuerdo con el artículo once del Reglamento, cada nuevo socio viene obligado a suministrar una información completa referente a su amo. Esto, no sólo procura distracción leyéndola, sino que sirve de aviso a los socios que eventualmente pensasen entrar al servicio de personas que están lejos de ser el ideal.

Tuve un sobresalto y le miré fijamente. Fue verdaderamente un sobresalto violento.

—¿Qué ocurrió cuando se hizo usted socio?

—¡Señor!

—¿Dijo usted todo lo que sabe de mí?

—¡Oh, sí, señor!

—¿Cómo? ¿Todo? ¿Incluso la vez que me perseguía el viejo Stoker y tuve que pintarme la cara con betún para disfrazarme?

—Sí, señor.

—¿Y la vez que después del cumpleaños del Pongo Twistleton, al venir a casa, confundí un farol con un bandido?

—Sí, señor. A los socios nos gusta tener algo que leer las tardes de lluvia.

—¿Conque esas tenemos, eh? Y suponga usted que una tarde de lluvia, tía Ágata lo lea. ¿No se le ha ocurrido a usted?

—La eventualidad de que Mrs. Spencer Gregson obtenga acceso al Libro del club me parece muy remota, señor.

—¡Así lo espero! Pero recientes acontecimientos ocurridos bajo este mismo techo le han probado cómo las mujeres tienen algunas veces fácil acceso a los libros.

Permanecí en silencio, reflexionando sobre la sorprendente circunstancia que me ponía al corriente de lo que ocurría en aquellas instituciones del género del «Junior Ganymede», de cuya existencia no había tenido hasta entonces la menor noticia. Sabía, desde luego, que, por las noches, después de servirme mi frugal cena, Jeeves se ponía el hongo y doblaba la esquina, pero siempre había supuesto que su destino era algún bar de los alrededores. Jamás había tenido la menor sospecha de la existencia de aquel club de Curzon Street.

Todavía había sospechado menos que algunas de las actuaciones de Bertram Wooster, acaso mal juzgadas, fuesen inscritas en un libro. La cosa, en conjunto, sabía desagradablemente a Abu Ben Adhem y sus ángeles y me hizo fruncir el ceño.

No obstante, no veía que se pudiese hacer nada, y volví a lo que el agente de policía Oates hubiera llamado la «trampa del tejido».

—¿Entonces, cuál es su proyecto? ¿Pedir al secretario informes sobre Spode?

—Sí, señor.

—¿Cree usted que se los dará?

—¡Oh, sí, señor!

—¿Quiere usted decir que esos informes, esos horribles informes, esos peligrosos informes que pueden ser causa de la ruina de cualquiera si caen en malas manos, son transmitidos a quien los solicita?

—Sólo a los socios, señor.

—¿Cuándo podría usted tenerlos?

—Puedo llamar inmediatamente por teléfono, señor.

—Entonces hágalo usted en seguida, Jeeves, y que carguen la conferencia a Sir Watkyn Bassett. Y no se ponga nervioso cuando oiga usted a la telefonista decir «tres minutos». Adelante, sin miedo. Cueste lo que cueste, su secretario tiene que comprender y comprender perfectamente, que ha llegado el momento en que toda la gente virtuosa tiene que ponerse de nuestro lado.

—Creo que podré convencerle de que se trata de un caso urgente, señor.

—Si no lo logra, pásemelo usted a mí.

—Muy bien, señor.

Se dirigió a la puerta con su mensaje de salvación.

—A propósito, Jeeves —dije en el momento en que iba a salir—, ¿me ha dicho usted que había estado hablando con Gussie?

—Sí, señor.

—¿Le ha dicho a usted algo importante?

—Sí, señor. Parece que ha habido algún incidente en sus relaciones con Miss Bassett. El compromiso se ha roto.

Desapareció y yo pegué un bote de tres pies. Es una cosa endiabladamente difícil de conseguir cuando se está sentado en un sillón, pero lo conseguí.

—¡Jeeves! —aullé.

Pero había desaparecido sin dejar rastro detrás de él.

De abajo llegó el súbito resonar del gong de la cena.

Capítulo VI

Ha sido siempre para mí un gran remordimiento pensar en aquella cena y recordar que el dolor de agonía que invadía mi mente me impidiese gozar de ella con el alma libre de preocupaciones, pues, de haber participado en más felices circunstancias, me hubiera refocilado. Fuese cual fuese el estado de ánimo de Sir Watkyn, hizo su papel de anfitrión a las mil maravillas, y, a pesar de mi desasosiego, a los cinco minutos me había dado cuenta de que su cocinera era una mujer en la que ardía la sagrada llama del arte culinario. De sopa, calidad A, pasamos a un suculento pescado, y del suculento pescado a un *salmi* de caza que incluso Anatole se hubiera sentido orgulloso de firmar. Añádase unos espárragos y una tortilla con confitura y se comprenderá que no exagero en mis alabanzas.

Pero toda aquélla fue para mí inútil suculencia. Como dijo no sé quién, es mejor un almuerzo de hierbas cuando el alma está en pleno goce, que un banquete cuando no lo está, y la contemplación de Gussie y Madeline Bassett, sentados lado a lado al otro extremo de la mesa, convertía en mortales cenizas la maravilla gastronómica. Verlos me apesadumbraba.

Ya se sabe lo que es una pareja de enamorados en estas ocasiones. Juntan sus cabezas y hablan en voz baja. Se sonríen mutuamente y se acarician. Se cogen de las manos. He visto incluso el miembro femenino de una de estas parejas alimentar a su compañero con su propio tenedor. Pero, en el caso de la pareja Gussie-Madeline Bassett, la cosa era diferente. Él tenía una palidez cadavérica y ella parecía fría y ausente. Se pasaban la mayor parte del tiempo haciendo bolitas de pan y, en lo que pude darme cuenta, no cambiaron una palabra desde el principio de la comida hasta el final. Es decir, sí; cuando él le pidió que le pasase la sal y ella le pasó la pimienta, y él dijo: «Te he pedido la sal» y ella contestó: «¡Ah, sí!», y le pasó la mostaza.

No cabía la menor duda de que Jeeves había dicho verdad. La joven pareja había roto las hostilidades y, aparte del mágico aspecto que ofrecían, sobre mi ánimo pesaba el misterio que aquella ruptura encerraba. No veía salida ninguna a la situación y suspiraba por el momento en que terminara la comida y, al marcharse las señoras, podría aproximarme a Gussie, a la hora del oporto, y penetrar en las profundidades del asunto.

No obstante, con gran sorpresa mía, apenas la última señora había salido por la puerta, cuando Gussie, que la había mantenido abierta, salió disparado detrás de ellas como pato que se zambulle, y no regresó, como yo esperaba, dejándome solo con mi anfitrión y Roderick Spode. Y, en vista de que ambos permanecían uno al lado del otro, en el extremo opuesto de la mesa, cuchicheando y dirigiéndome de cuando en cuando miradas furtivas como si fuese un hombre que hubiese penetrado fracturando una puerta, y de quien podía esperarse que robase un par de cucharas si no se le

vigilaba estrechamente, al poco rato, me marché yo también. Murmurando algo relativo a que iba a buscar cigarrillos, salí del comedor y me dirigí a mi habitación. Tenía la esperanza de que, o Jeeves o Gussie, vendrían a verme más o menos tarde.

Un alegre fuego chisporroteaba en el hogar y, acercando a él un sillón, me sumergí en la lectura de una novela policíaca que había traído de Londres. El punto al que había llegado me había permitido convencerme de que era realmente una buena novela, llena de complicadas pistas y sanguinarios asesinos, de manera que pronto me absorbí en ella. No obstante, poco tiempo había tenido de absorberme cuando oí el ruido del pomo de la puerta y, abriéndose ésta, entró en mi cuarto Roderick Spode.

Le contemplé con mal disimulada sorpresa. Era la última persona a quien esperaba ver invadir mi estancia. Y, además, una sola mirada me bastó para convencerme de que no venía a pedirme perdón por su ofensiva actitud cuando la escena de la terraza donde, además de proferir amenazas, me había llamado miserable gusano. La primera cosa que hace un hombre que va a pedir excusas a otro es insinuar en su rostro una sonrisa afectuosa, y en su expresión no había el menor indicio de ella.

En realidad, su aspecto me pareció más siniestro que nunca, y era tal la sensación amenazadora que daba, que esbocé a mi vez una ligera sonrisa, no con grandes esperanzas de que conciliase con el repelente individuo, pero por si servía de algo.

—¡Oh, hola, Spode! —dije afablemente—. Entre usted. ¿Puedo servirle en algo?

Sin responder, se dirigió al armario, lo abrió bruscamente y miró dentro. Hecho esto se volvió hacia mí y me miró, siempre con su mirada aniquiladora.

—Creí que Fink-Nottle estaría aquí.

—No está.

—Eso veo.

—¿Esperaba usted encontrarlo en el armario?

—Sí.

—¡Ah!

Hubo una pausa.

—¿Quiere usted que le dé algún recado si viene?

—Sí. Puede usted decirle que voy a retorcerle el pescuezo.

—¿A retorcerle el pescuezo?

—¡Sí! ¡A retorcerle el pescuezo! ¿Está usted sordo?

Asentí pacíficamente.

—¡Ya! Ya comprendo. A retorcerle el pescuezo. ¿Y si pregunta por qué?

—Ya lo sabe. Porque es una mariposa que juega con los corazones femeninos, y después los arroja al arroyo como si fuesen guantes sucios.

—Entendido —dije—, si bien no había sabido nunca que las mariposas hiciesen eso. Interesantísimo. Si me tropiezo con él, se lo diré.

—Muchas gracias.

Se marchó cerrando violentamente la puerta, y yo me senté reflexionando sobre cómo se repite la historia. La situación era casi la misma que hacía algunos meses, en Brinkley, cuando el joven Tuppy Glossop había venido a mi habitación con el mismo propósito.

Verdad es que Tuppy, si bien recuerdo, venía con la intención de sacarle las entrañas a Gussie y hacérselas tragar otra vez, y Spode había hecho referencia a retorcerle el pescuezo; pero el principio era el mismo.

En seguida comprendí lo sucedido. No ocurría más que lo que había previsto. Recordaba que Gussie me dijo que Spode le había comunicado que no le dejaría una vértebra cervical sana el día que se portase mal con Madeline Bassett. Sin duda durante el café ella le había referido lo ocurrido, y ahora le estaba buscando para poner en práctica meticulosamente la operación.

Pero seguía sin tener la más remota idea de lo ocurrido. Lo evidente, a juzgar por la actitud de Spode, era que no aprobaba la conducta de Gussie. Me daba cuenta de que una vez más debía haberse portado como un asno.

La situación era terrible, sin duda alguna, y si hubiese estado en mi mano hacer algo por arreglarla, lo hubiera hecho sin la menor vacilación. Pero tenía la sensación de que yo era impotente y que sólo la Naturaleza podía arreglar las cosas. Con un ligero suspiro me sumergí nuevamente en los estragos de mi sanguinario asesino y seguía avanzando en la lectura cuando oí una voz cavernosa que decía: «¡Oh, Bertie!», y me levanté temblando. Fue como si hubiese aparecido ante mí un espectro familiar y me hubiese agarrado por el cuello.

Dando la vuelta vi a Augustus Fink-Nottle aparecer por debajo de la cama.

Debido al hecho de que mi lengua se había quedado pegada a la campanilla, a causa de la impresión, me encontré momentáneamente incapaz de pronunciar palabra. Sólo fui capaz de mirar fijamente a Gussie y, al hacerlo, vi en seguida que evidentemente había escuchado nuestra reciente conversación. Su aspecto general era el de un hombre plenamente convencido de que sólo está a dos pasos de Roderick Spode. Tenía el cabello erizado, los ojos expresaban terror y las aletas de su nariz palpitaban. Un conejo perseguido por una comadreja hubiese ofrecido el mismo aspecto, excepción hecha, naturalmente, de que no usaría lentes de concha.

—He escapado de poco, Bertie —dijo en voz baja y temblorosa. Atravesó la habitación flaqueándole las rodillas. Su rostro era de un verde pálido—. Creo que será mejor cerrar la puerta, no sea que vuelva. No comprendo cómo no ha mirado debajo de la cama. Creía que los dictadores eran gente meticulosa.

Logré soltar mi lengua.

—¡Déjate de camas y de dictadores! ¿Qué ha ocurrido entre tú y Madeline Bassett?

Dio un respingo.

—¿Te sería igual no hablar de eso?

—No, no me es igual no hablar de eso. Es la única cosa de que quiero hablar. ¿Por qué diablos has roto el noviazgo? ¿Qué le has hecho?

Respingó nuevamente. Comprendí que estaba poniendo a prueba sus nervios agotados.

—No se trata de lo que le he hecho, sino de lo que he hecho a Stephanie Byng.

—¿A Stiffy?

—Sí.

—¿Y qué le has hecho a Stiffy?

Delató cierto embarazo.

—Pues… Mira, en el fondo… Claro, ahora veo que fue un error, pero de momento me pareció una buena idea… Mira, lo que ocurrió fue que…

—¡Sigue!

Hizo un visible esfuerzo.

—Pues… verás. No sé si recuerdas lo que hablamos antes de la cena… sobre la posibilidad de que llevase la agenda encima… Insinué incluso la posibilidad de que la llevase en la media… y sugerí, si recuerdas, que uno podría cerciorarse…

Vacilé. Había comprendido lo ocurrido.

—Sí.

—¿Cuándo?

De nuevo se dibujó en su cara una expresión de sufrimiento.

—Un poco antes de cenar. Recordarás que la oímos cantar canciones populares en el saloncito. Bajé y la vi allí, sentada al piano, sola… O por lo menos creí que estaba sola… Y de pronto se me ocurrió la idea de que era una oportunidad excelente para… Lo que yo ignoraba, ¿comprendes?, era que Madeline, aunque invisible, estaba presente. Oculta por el biombo de la esquina, donde había ido a buscar más canciones populares en el musiquero donde las guardan, y… pues… en fin… abreviando…, ¿cómo te lo diré…? En fin…, mientras… pues salió, y… ¡ya comprendes! Tan poco tiempo después del asunto aquel de «quitar un mosquito del ojo en el patio de las cuadras», la cosa no era fácil de arreglar. Y en realidad no lo arreglé. Ésta es la verdadera historia, Bertie. ¿Qué tal sabes anudar las sábanas?

No entendí aquel cambio de ideas.

—¿Anudar sábanas?

—Pensé en ello mientras estaba debajo de la cama, mientras tú y Spode teníais la conversación, y llegué a la conclusión de que lo único que cabe es anudar las sábanas de la cama y que con ellas me bajes por la ventana. En los libros ocurre muchas veces, y tengo idea de haberlo visto en el cine. Una vez fuera, puedo coger tu coche e irme a Londres. Después de esto, mis planes son inciertos. Quizá me vaya a

California.

—¿A California?

—Está a siete mil millas. Spode difícilmente irá a California.

Le miré horrorizado.

—¿No te irás a expatriar…?

—¡Claro que me expatriaré! Inmediatamente. ¿No has oído lo que ha dicho Spode?

—¡No me vas a decir que tienes miedo de Spode!

—Sí, se lo tengo.

—¡Pero si tú mismo has dicho que era sólo un montón de músculos y grasa sin rapidez ninguna!

—Es verdad. Lo recuerdo. Pero esto fue cuando creí que te perseguiría a ti. Uno cambia de opinión.

—¡Pero, Gussie, ten un poco de serenidad! ¡No puedes huir de esa manera!

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Pues quedarte aquí e intentar una reconciliación. Todavía no has probado de defender tu causa.

—Sí, lo he intentado durante la cena. Mientras comíamos el pescado. Ha sido inútil. Se ha limitado a lanzarme una mirada y a hacer bolitas de pan.

Moví la cabeza. Estaba seguro de que existía un camino virgen, esperando el explorador, y al medio minuto di con él.

—Lo que tú debes hacer es obtener esa agenda —dije—. Si logras tenerla, se la enseñas a Madeline, y si ve su contenido, comprenderá que tus motivos para obrar con Stiffy como lo hiciste no eran los que ella suponía, sino puramente para obtener el librito. Comprenderá que tu conducta fue hija de… lo tengo en la punta de la lengua… de un arranque de desesperación. Comprenderá y perdonará.

Durante un instante, un ligero destello de esperanza pareció iluminar brillantemente sus descompuestas facciones.

—Es una idea… —asintió—. Creo que has dado con el buen sistema, Bertie. No es mala idea.

—No puede fallar. *Tout comprendre, c'est, tout pardonner*, dice el proverbio.

El destello se apagó.

—Pero ¿cómo obtener la agenda? ¿Dónde está?

—¿No la llevaba encima?

—No lo creo. Si bien, debido a las circunstancias, mis investigaciones fueron muy superficiales.

—Entonces estará en su habitación.

—Quizá sí. Pero no puedo meterme a investigar en la habitación de una muchacha.

—¿Por qué no? ¿Ves este libro que estaba leyendo cuando saliste de debajo de la cama? Por una curiosa coincidencia (llama a esto coincidencia, pero quizás el destino ha puesto este libro en mis manos a propósito) había precisamente llegado a un capítulo en que una banda hacía exactamente lo mismo. ¡Hazlo, Gussie! Seguramente no se moverá del salón durante una hora o dos.

—Precisamente ha ido al pueblo. El pastor da una conferencia sobre Tierra Santa con proyecciones en colores en el *Working Men's Institute* y ella acompaña en el piano. Pero aun así… No, Bertie, no puedo hacer eso… Quizás es lo único que cabe hacer… Estoy convencido de que es lo único que se puede hacer…, pero no me veo con fuerzas. Suponte que llega Spode y me pesca allí…

—Spode no se atreverá nunca a entrar en la habitación de una muchacha.

—¡No lo sé! No puedes formar planes así, tan a la ligera. Lo tengo por un hombre capaz de meterse en todas partes. ¡No! Mi corazón está destrozado, mi porvenir es un abismo, y aquí lo único que hay que hacer es aceptar los hechos consumados y empezar a anudar las sábanas. ¡Manos a la obra!

—¡Tú no anudas ninguna de mis sábanas!

—¡Pero, hombre! ¡Mi vida está en una hoguera!

—No me importa. Me niego a ser cómplice de esta cobarde huida.

—¿Es Bertie Wooster quien habla?

—Eso has dicho antes.

—Y lo repito. Por última vez, Bertie, ¿quieres prestarme un par de sábanas y ayudarme a anudarlas?

—No.

—Entonces no tengo más remedio que esconderme en algún sitio hasta la aurora, y tomar el primer tren. ¡Adiós, Bertie! Me has decepcionado.

—Tú me has decepcionado a mí. Creía que tenías riñones.

—Los tengo, y no quiero que Roderick Spode juegue con ellos.

Me lanzó otra de aquellas miradas de lagartija moribunda y abrió cautelosamente la puerta. Una mirada arriba y abajo del corredor pareció convencerle de que éste estaba momentáneamente libre de Spode, y saliendo, desapareció. Y volví a mi librito. Era lo único que podría librarme de la tortura de dolorosas meditaciones.

De repente me di cuenta de que Jeeves estaba delante de mí. No le había oído entrar, pero esto ocurre con él muy a menudo. Se desplaza del rincón A al rincón B, silencioso como un escape de gas.

Capítulo VII

No me atrevería a decir que Jeeves estuviese sonriéndose, pero en su rostro se dibujaba una expresión de íntima satisfacción, y repentinamente recordé aquella lamentable escena que Gussie me había hecho olvidar; a saber: que la última vez que le había visto le había dejado dirigiéndose al teléfono, a fin de ponerse en comunicación con el secretario del «Junior Ganymede Club». Me puse en pie rápidamente. A menos que hubiese interpretado mal su mirada, tenía algo que comunicarme.

—¿Ha hablado usted con el secretario, Jeeves?

—Sí, señor. Acabo de hablar en este momento.

—¿Y le ha servido a usted bien?

—Ha sido muy instructivo, señor.

—¿Tiene Spode algún secreto?

—Sí, señor.

Me arreglé el pliegue del pantalón, emocionado.

—No hubiera debido dudar de tía Dalia. Las tías lo saben todo. Tienen una especie de intuición. Dígame cuanto haya.

—Temo que no sea posible, señor. Las reglas del club referentes a la propalación de las informaciones contenidas en el Libro son muy estrictas.

—¿Quiere usted decir que sus labios están sellados?

—Sí, señor.

—¿Entonces de qué sirve haber telefoneado?

—Son sólo los detalles del asunto los que me veo imposibilitado de relatar, señor. Pero tengo perfecta libertad de decir al señor que la potencia maligna de Mr. Spode será considerablemente disminuida si el señor le informa de que está al corriente de cuanto hace referencia a Eulalia.

—¿Eulalia?

—Eulalia, señor.

—¿Cree usted que esto lo detendrá verdaderamente?

—Sí, señor.

Reflexioné. La cosa no me parecía muy eficaz.

—¿No cree usted poder ampliar un poco sus informaciones?

—Imposible, señor. No dudo de que, de hacerlo, me sería pedida mi dimisión.

—Lo sentiría, Jeeves, lo sentiría… —No podía soportar la idea de pensar en un escuadrón de mayordomos formando el cuadro mientras el Comité lo degradaba—. No obstante, ¿está usted seguro de que si miro a Spode cara a cara y le suelto la píldora, quedará confuso? Vamos a poner las cosas en claro. Supongamos que usted es Spode y yo me planto delante de usted y le suelto: «¡Sé todo lo que hace referencia

a Eulalia!» ¿Le haría a usted tambalearse esto?

—Sí, señor. El asunto de Eulalia es uno de los que una persona que ocupase la posición de Mr. Spode ante el mundo, temería más ver divulgado.

Hice un poco de práctica. Me dirigí a la mesa de escribir con las manos en los bolsillos y dije: «¡Sé todo lo que hace referencia a Eulalia!» Probé de nuevo amenazando esta vez con el dedo. Después probé otra vez con los brazos cruzados; pero debo confesar que no me parecía muy convincente.

No obstante, me dije que Jeeves sabía siempre lo que hacía.

—¡En fin!, si usted lo dice, Jeeves… Entonces lo primero que tengo que hacer es buscar a Gussie y darle esta información salvavidas.

—¿Señor…?

—¡Ah! Es verdad que no está usted enterado. Tengo que decirle, Jeeves, que desde que no nos hemos visto, la situación es más tenebrosa todavía. ¿Estaba usted enterado de que Spode hace tiempo que está enamorado de Miss Bassett?

—No, señor.

—Pues éste es el caso. La felicidad de Miss Bassett es una cosa preciosa para Spode, y ahora que su noviazgo se ha ido a paseo, por causas que dicen mucho en descrédito de la parte masculina de los contratantes, quiere retorcerle el cuello.

—¿De veras, señor?

—¡Exacto! Hace un rato estaba aquí diciéndolo, y Gussie, que por casualidad estaba debajo de la cama, lo ha oído. Y el resultado es que ahora habla de descolgarse por la ventana y huir a California. Lo cual, naturalmente, sería fatal. Es indispensable que no se mueva de aquí e intente una reconciliación.

—Indudable, señor.

—Y si está en California no podrá reconciliarse.

—No, señor.

—De manera que tengo que tratar de encontrarlo. Aunque le diré que no sé si va a ser muy fácil dar con él en estos momentos. Debe estar seguramente en el tejado preguntándose cómo escapar.

Mis temores quedaron confirmados. Busqué por toda la casa sin lograr dar con él. No hay duda de que algún rincón de Totleigh Towers ocultaba a Augustus Fink-Nottle, pero guardaba celosamente su secreto. Abandoné momentáneamente la empresa y regresé a mi habitación; al cerrar, mi corazón se detuvo al verlo allí en persona. Estaba al lado de la cama, anudando dos sábanas.

El hecho de que estuviese de espaldas a la puerta y de que la mullida alfombra apagase el ruido de mis pasos hizo que no se diese cuenta de mi presencia hasta que hablé. Mi «¡hey!», dicho un poco violentamente, pues me indigné al ver mi cama en aquel estado, le hizo dar una vuelta con los labios lívidos.

—¡Uff! —exclamó—. ¡Creí que era Spode!

La indignación sucedió al pánico. Me lanzó una mirada dura. Bajo los cristales de sus lentes, los ojos estaban fríos. Parecía un rodaballo aburrido.

—¿Qué significa esto, malvado Wooster —preguntó—, de deslizarse silenciosamente hasta un amigo y decirle: «¡Hey!» en esa forma? Hubiera podido darme un ataque al corazón.

—¿Y qué significa eso, granuja de Fink-Nottle —pregunté a mi vez—, de apoderarse de esta manera de mi ropa de cama, después de habértelo prohibido terminantemente? Tienes sábanas en la tuya. ¡Anúdalas!

—¿Cómo quieres que las anude? Spode está sentado en ella.

—¿En tu cama?

—¡Claro! Me está esperando. Cuando te dejé fui a mi cuarto y allí estaba él. Si no llega a carraspear, doy de narices con él.

Comprendí que era hora de apaciguar su inquietado espíritu.

—No tienes nada que temer de Spode, Gussie.

—¡Cómo que no tengo nada que temer? ¡No digas tonterías!

—No digo tonterías. La esencia amenazadora de Spode, si me es permitido hablar así, es una cosa que pertenece al pasado. Debido a la perfecta organización del servicio secreto de Jeeves, he sabido algo a su respecto que le interesará no ver divulgado.

—¿Qué?

—¡Ah!, en esto me has cogido. Cuando he dicho que he sabido algo a su respecto, hubiera debido decir que Jeeves ha sabido algo, y desgraciadamente sus labios están sellados. No obstante, estoy en situación de poderle decir algo de una manera velada. Si intenta alguna maldad, sabré cómo detenerlo. —Callé, escuchando. Del pasillo llegaba ruido de pasos—. ¡Ah! —dije—. Alguien viene. Acaso sea el granuja en persona.

De la garganta de Gussie salió un grito de animal herido.

—¡Cierra esa puerta! —Levanté una mano tranquilizadora.

—No será necesario —dije—. Déjale que entre. Deseo sinceramente su visita. Fíjate en cómo lo trato, Gussie. ¡Te divertirás!

Había supuesto bien. Era Spode, en efecto; sin duda se había cansado de esperar en el cuarto de Gussie y había pensado que un rato de charla con Bertram cambiaría la monotonía. Entró como la vez precedente, sin llamar, y, al ver a Gussie, lanzó una exclamación gutural de triunfo y satisfacción. Se detuvo un momento, respirando jadeante, palpitándole las aletas de la nariz.

Parecía haber crecido un poco desde nuestra última entrevista, teniendo ahora ocho pies y seis pulgadas, y, si la información que debía darme el dominio sobre él hubiese venido de fuente menos fidedigna, su aspecto me habría seriamente inquietado. Pero estaba tan acostumbrado a confiar durante años en la más leve

palabra de Jeeves, que le contemplé sin el menor temblor.

Lamenté ver que Gussie no compartía mi resplandeciente confianza. Quizá no le hubiese dado una explicación suficiente, o acaso, al enfrentarse con Spode en carne y hueso, sus nervios fallaron. En todo caso, se retiraba hacia la pared y al parecer, por cuanto pude colegir, intentaba desaparecer a través de ella. Habiendo fracasado en su propósito, se detuvo inmóvil como si hubiese sido víctima de un buen taxidermista, mientras yo dirigía al intruso una mirada de igual a igual, en la cual la sorpresa y la altivez se mezclaban por partes iguales.

—Bien, Spode —dije—. ¿Qué hay de nuevo?

Puse en mis palabras una entonación dirigida a demostrar desagrado, pero él no pareció darse cuenta. Despreciando mi pregunta como si fuese la malvada serpiente de la Escritura, concentró su mirada en Gussie. Observé que los músculos de su mandíbula trabajaban de la misma manera que habían trabajado el día que cayó sobre mí al encontrarme jugando con la colección de plata antigua de Sir Watkyn Bassett; y tuve la sensación de que de un momento a otro empezaría a golpearse el pecho con los puños, produciendo un cavernoso sonido de tambor, como suelen hacer los gorilas en los momentos de emoción.

—¡Ah! —exclamó.

Era hora de terminar con aquello. Esta costumbre de andar de un lugar para otro diciendo: «¡Ah!», era una costumbre que debía ser atajada, y atajada rápidamente.

—¡Spode! —dije severamente, tropezando, creo, con la mesa.

Me pareció que por primera vez se daba cuenta de mi presencia. Se detuvo un instante y me dirigió una mirada desagradable.

—¿Qué quiere usted?

—¿Qué quiero? Me gusta la pregunta. Puesto que me lo pregunta usted, Spode, le diré que lo que quiero es saber qué diablos significa esto de invadir mis habitaciones particulares, ocupando espacio que necesito para otros propósitos e interrumpiéndome mientras estoy en amable charla con mis amigos personales. Verdaderamente, en esta casa hay tanta libertad como en un café concierto. Supongo que tiene usted su habitación, ¿no? ¡Pues tenga usted la bondad de retirarse a ella, tío gordo, y de quedarse allí!

No pude resistir la tentación de dirigir una rápida mirada a Gussie, para ver qué efecto le hacía aquello y vi con placer que en su rostro se dibujaba una mirada de profunda admiración, como la que las angustiadas doncellas medievales dirigían al caballero viéndole luchar cuerpo a cuerpo con el dragón. Pude darme cuenta de que de nuevo era para él el «Endiablado Bertie» de nuestra infancia, y no me cabía la menor duda de que le devoraba el remordimiento de los epítetos que me había lanzado.

También Spode parecía muy impresionado, si bien no tan favorablemente. Miraba

incrédulamente, como alguien mordido por un conejo. Parecía preguntarse si aquel hombre que hablaba era realmente la temblorosa violeta que había conferenciado con él en la terraza.

Me preguntó si le había llamado «tío» y le dije que sí.

—¿Tío gordo?

—Tío gordo. Ya era hora —proseguí— de que alguien tuviese el valor de decirle a usted lo que piensa. Lo molesto de usted, Spode, es que, precisamente porque ha conseguido inducir a un puñado de idiotas a deformar a Londres paseándose con shorts negros se figura usted que es alguien. Les oye usted gritar «*Heil*, Spode!» y se imagina usted que es la voz del pueblo. Por eso está usted tan infatuado. Lo que la voz del pueblo dice, es: «¡Mirad al idiota ese de Spode, con calzones cortos! ¿Han visto ustedes en su vida un tipo más ridículo?»

Hizo el gesto conocido por «tratar de hablar».

—¿Eh? —dijo—. ¡Ah!, bien, me ocuparé de usted más tarde.

—Y yo —contesté— me ocuparé de usted ahora mismo. —Encendí un cigarrillo —. Spode —dije, descubriendo mis baterías—, ¡sé su secreto!

—¿Eh?

—Sé todo lo que hace referencia a…

—¿A qué?

Precisamente me había detenido para hacerme esta misma pregunta. Porque, créame o no, en aquellos momentos de tensión, cuando tan urgentemente lo necesitaba, el nombre que Jeeves había mencionado como mágica fórmula para dominar aquel monstruo, había desaparecido de mi mente. No podía recordar ni la letra con que empezaba.

Con los nombres ocurren cosas extraordinarias. Probablemente se habrán dado cuenta ustedes mismos. Uno cree saberlos y, de repente, se borran. Quisiera tener un real por cada vez que me he encontrado delante de una cara conocida que ha venido a mí con un «¡Hola, Wooster!» y me he roto la cabeza por poder etiquetarlo. Esto es en todas ocasiones una cosa molesta, pero jamás me había dado cuenta de que lo fuese tanto como en aquélla.

—Todo lo referente ¿a qué? —dijo Spode.

—Pues… en realidad —tuve que confesar— lo he olvidado.

El ruido de alguien que se atragantaba llamó nuevamente mi atención hacia Gussie, y vi claramente que la importancia de mis palabras no se le había escapado. De nuevo intentó retroceder y, cuando se dio cuenta de que había llegado al límite, en sus ojos brilló un destello de desesperación. Y entonces, súbitamente, mientras Spode avanzaba hacia él, se convirtió en un hombre poseído de una resuelta y dura determinación.

Me gusta recordar al Augustus Fink-Nottle de aquel momento. ¡Estaba

imponente! Hasta entonces jamás le había considerado un hombre de acción, sino más bien un soñador. Pero en aquel instante no hubiera podido encontrarse más a gusto en aquella situación, si hubiese sido uno de los tipos más rudos y camorristas de los muelles de San Francisco.

Encima de él, mientras estaba pegado a la pared, colgaba de ésta un cuadro al óleo de considerables proporciones que representaba a un tipo con tricornio y pantalones de montar, contemplando una mujer que parecía estar haciendo carantoñas a una especie de pájaro, una paloma si no me equivoco o un pichón. Ya había reparado yo en él una o dos veces, desde que estaba en aquella habitación, y había pensado incluso en dárselo a tía Dalia para que lo rompiese en lugar de *El infante Samuel en oración*. Afortunadamente no lo había hecho, pues, de lo contrario, Gussie no hubiese tenido ocasión de arrancarlo de sus amarras y con un hábil movimiento de muñeca darle con él en la cabeza a Spode.

Digo «afortunadamente», porque si había alguien que mereciese que le diesen en la cabeza con cuadros al óleo era Roderick Spode. Desde nuestro primer encuentro, todas sus palabras y acciones habían demostrado claramente que era esto lo que merecía. Pero siempre hay una grieta, incluso en las cosas mejor hechas, y me bastó un instante para ver que el esfuerzo de Gussie, pese a ser bien intencionado, había tenido escasa eficacia constructiva. Lo que hubiera debido hacer era sostener el cuadro verticalmente a fin de darle con el marco de canto, y, en lugar de esto le dio con el arma de plano, y Spode apareció a través del arco de papel. En otras palabras: lo que parecía prometer ser el golpe decisivo, se había convertido meramente en lo que Jeeves hubiera llamado una imitación.

No obstante, fue suficiente para detener a Spode en su propósito durante unos segundos. Permaneció un momento parpadeando, con el cuadro alrededor de su cuello como una guirnalda, y la pausa fue más que suficiente para que yo pudiese obrar.

Dadnos una pauta, mostradnos claramente que el ambiente está caldeado y que todo va bien, y nosotros, los Wooster, jamás retrocederemos. Sobre la cama había una sábana que Gussie había soltado cuando fue interrumpido en su tarea de anudarlas, y agarrarla y envolver con ella a Spode, fue para mí cosa de un momento. Hace ya mucho tiempo que estudié este tema y antes de pronunciarme definitivamente tendría que consultar con Jeeves, pero tengo idea de que los gladiadores romanos solían usar este mismo sistema en la arena.

Creo difícil que un hombre que acaba de recibir un porrazo en la cabeza con un cuadro representando una muchacha arrullando a una paloma y que a continuación ha sido envuelto en una sábana, conserve su fría e inteligente serenidad. Cualquier amigo de Spode, al verle en aquella situación, le hubiera aconsejado que se mantuviese tranquilo hasta que pudiese liberarse del cascarón. En un terreno

sobrecargado de sillas y demás objetos, sólo esta conducta hubiera podido evitar el desastre.

Pero él no obró así. Oyendo el ruido producido por la salida de Gussie, dio un salto y se pegó el inevitable porrazo. En el momento en que Gussie franqueaba el umbral, Spode yacía en el suelo, más inextricablemente enmarañado en su sábana que nunca.

No hay duda de que mis amigos me hubieran aconsejado un inmediato alejamiento de aquel lugar, y pensando en ello, comprendo que mi error fue detenerme para golpear un bulto, que a juzgar de las observaciones que de él emanaban debía ser la cabeza de Spode, con un jarrón de porcelana que había sobre la chimenea, no lejos del lugar que había ocupado el infante Samuel. Fue un error de estrategia. Conseguí mi propósito y el jarrón se rompió en doce pedazos, lo cual estaba bien, porque cuanto más se destruya de los bienes pertenecientes a un hombre como Sir Watkyn Bassett, mejor, pero la acción de arrearle el trompazo me hizo perder el equilibrio. Un instante después, una mano saliendo de debajo de la sábana me había agarrado la chaqueta.

Era un desastre serio, desde luego, y a un hombre de menores facultades que yo le hubiera hecho quizá creer que no valía la pena continuar la lucha. Pero precisamente el caso de los Wooster, como he tenido ocasión de decir otras veces, es cabalmente que no son hombres de inferiores facultades. No pierden nunca la cabeza. Piensan rápidamente y obran rápidamente. Napoleón era igual. He dicho que en el momento en que me disponía a decir a Spode que estaba en posesión de su secreto, había encendido un cigarrillo. Este cigarrillo, con su boquilla, estaba todavía en mis labios. Cogiéndolo en el acto con la mano, apreté el extremo candente sobre la ajamonada mano que impedía mi retirada.

Los resultados fueron altamente satisfactorios. Podría creerse que los recientes acontecimientos habían puesto a Roderick Spode en un estado de ánimo del que podía esperar cualquier cosa y estar dispuesto a todo, pero aquello le cogió desprevenido. Con un grito de dolor, soltó mi chaqueta y no me detuvo ya. Bertram Wooster es un hombre que sabe cuándo hay que demorarse y cuándo no. Cuando Bertram Wooster ve un león en el sendero, se escabulle por el primer camino lateral. Salí a una velocidad impresionante, y hubiera sin duda alguna franqueado el umbral batiendo el tiempo de Gussie en dos o tres segundos, si en aquel momento mi cabeza no hubiese entrado en colisión con un sólido cuerpo que en aquel momento entraba.

Supongo que debió ser el olor de agua de Colonia que emanaba todavía de sus sienes lo que me hizo identificar aquel sólido cuerpo como el de tía Dalia, si bien, aun sin él, el explosivo grito de cacería que salió de sus labios me hubiera puesto sobre la pista. Rodamos ambos por el suelo, y debimos rodar alguna distancia, porque recuerdo que mi primera impresión fue ver el rostro de Roderick Spode envuelto en

su sábana, frente a nosotros, el cual, la última vez que le había visto estaba en el rincón opuesto de la habitación. No hay duda de que la explicación era que nosotros habíamos rodado Nornordeste, y él había rodado Sursudoeste, con el resultado de habernos reunido en el centro de la habitación.

Cuando la razón se entronizó nuevamente en mi mente, vi que Spode sujetaba a tía Dalia por la pierna izquierda y que a ella la cosa no parecía gustarle mucho. El choque con su sobrino la había dejado un momento sin aliento, pero le quedaba bastante todavía para soltar imprecaciones y lo estaba haciendo con aquel viejo fuego que la animaba.

—¿Pero qué diablos pasa? —preguntaba acaloradamente—. ¿Es esto un manicomio? ¿Es que todo el mundo se ha vuelto loco? Primero, encuentro a Fink-Nottle corriendo como un gamo por el pasillo. Después, tratas de pasar a través de mi cuerpo como si fuese borra. Y ahora este caballero con albornoz me hace cosquillas en el tobillo, lo cual no me había ocurrido desde el baile de la cacería York y Ainsty, el año mil novecientos veintiuno.

Estas protestas debieron sin duda ejercer saludable influencia sobre Spode y despertar sus buenos sentimientos, porque la soltó y ella se puso en pie, sacudiéndose el polvo de su vestido.

—Y ahora, una explicación, vamos a ver —dijo algo calmada—. Una explicación categórica. ¿Qué ocurre? ¿Qué es todo esto? ¿Quién está dentro de este sudario?

Hice las presentaciones.

—¿Conoces a Spode, no? Mr. Roderick Spode, Mrs. Travers.

Spode se había quitado ya la sábana, pero el cuadro seguía en su sitio y mi tía le miraba con curiosidad.

—¿Por qué diablos se ha puesto usted eso alrededor del cuello? —preguntó. Y con tono más tolerante añadió—: En fin, si quiere usted llevarlo llévelo, pero no le va nada bien.

Spode no contestó. Respiraba afanosamente. No es que le censure; yo, en su sitio, quizá hubiera hecho lo mismo; pero era un ruido desagradable, y hubiera querido que no lo hiciese. Me miraba además fijamente, y también aquello me molestaba. Su rostro estaba congestionado, sus ojos salían de las órbitas, y daba la curiosa impresión de que su cabello estaba erizado como las púas de un puercoespín encolerizado, para usar la frase empleada por Jeeves para describirme las reacciones de Barmy Fotheringay-Phipps al ver un penco, por el que había hecho una considerable apuesta, llegar sexto en la Reunión de Newmarket Spring. Recuerdo que una vez, durante un enfado temporal con Jeeves, contraté otro mayordomo en una agencia de colocaciones, y no hacía una semana que estaba a mi servicio, cuando se volvió loco una noche y prendió fuego a la casa y me persiguió con un cuchillo de trinchar, diciendo que quería ver el color de mis entrañas, y no sé qué otras ideas

estrambóticas. Hasta el momento en que me encontraba, siempre había considerado aquel episodio como el más terrible de mi vida; pero ahora me daba cuenta de que debía pasar a segundo lugar.

El pájaro a que me refiero era un hombre simple, de alma inculta, y Spode era educado y poseía cultura; pero había un punto en el cual sus dos almas coincidían. No creo que sobre cualquier otro punto de vista hubiesen estado de acuerdo, pero era evidente que en su deseo de saber cuál era el color de mis entrañas, seguían líneas paralelas. La única diferencia estaba en que, así como mi asalariado había planeado el uso del cuchillo de trinchar para sus excavaciones, Spode parecía estar convencido de que el trabajo podía perfectamente hacerse con las manos.

—Tendré que rogarle a usted que nos deje solos, señora —dijo.

—¡Pero si acabo de llegar! —explicó tía Dalia.

—Voy a hacer papilla a este hombre.

No era este el tono indicado para ser usado con mi anciana parienta. Tenía un arraigado espíritu de clan, y, como he dicho, quería mucho a su sobrino. Frunció el entrecejo.

—Usted no pone la mano sobre un sobrino mío.

—No le voy a dejar hueso sano.

—¡Usted no hace nada de eso! ¡Valiente idea! ¡Alto aquí! ¡Eu…!

Elevó la voz al lanzar esta última orden imperativa, por haber visto que Spode daba un paso en dirección mía.

Teniendo en cuenta la forma cómo brillaban sus ojos y que su bigote se erizaba, sin hablar del rechinar de dientes y del siniestro crisparse de sus dedos, el paso que dio hubiera sido capaz de hacerme salir arreando como un virtuoso de la danza. Y de haber ocurrido un poco antes, hubiera producido este efecto. Pero, en aquella circunstancia, no. Permanecí donde estaba, sereno y tranquilo. No recuerdo si crucé los brazos o no, pero sí que en mis labios se dibujaba una sonrisa de desdén.

Porque aquella sola sílaba onomatopéyica de mi tía, «¡Eu!», había bastado para realizar lo que un cuarto de hora de rebusca no había producido, es decir, llenar un hueco en mi memoria. La palabra mágica de Jeeves acudió súbitamente a mi mente. Un momento antes, mi mente estaba vacía; un momento después, el manantial de mi memoria brotaba a borbotones. Muchas veces ocurre así.

—Un momento, Spode —dije con calma—. Sólo un momento. Antes de que se meta usted en un lío, quizá le interese saber que «sé todo lo referente a Eulalia».

Fue estupendo. Tuve la sensación de ser uno de esos tipos que aprietan un botón para hacer saltar una mina. Si no hubiese sido mi implícita fe en Jeeves, que me permitía esperar resultados positivos, hubiera quedado atónito de ver el efecto de mis palabras sobre aquel hombre. Se veía claramente que había penetrado en lo más profundo de su ser y que lo había dejado más agitado que un par de huevos revueltos.

Retrocedió como si hubiese puesto el pie sobre unas ascuas y una mirada de horror y de espanto se dibujó en su rostro.

La situación me recordó algo que me había ocurrido una vez en Oxford, cuando joven. Paseaba yo un día por la ribera del río en compañía de una muchacha cuyo nombre ha huido de mi memoria, cuando oí un ladrido y vi un enorme perro furioso, que avanzaba galopando hacia nosotros con evidente propósito de mutilación. Y estaba encomendando mi alma a Dios y pensando que de aquel hecho mis pantalones de franela perderían treinta chelines de valor a causa del mordisco, cuando la muchacha, esperando con sorprendente presencia de ánimo llegar a ver el blanco de sus ojos, abrió repentinamente una sombrilla japonesa de colores en las fauces mismas del animal. Ante lo cual, el bicho dio tres saltos mortales hacia atrás y se retiró a la vida privada.

Excepto que no dio ningún salto mortal, la reacción de Spode fue la misma que la de aquel furibundo animal. Durante un momento permaneció inmóvil. Después dijo «¡oh!». Más tarde sus labios iniciaron un gesto que yo interpreté como un intento de sonrisa conciliadora. Después de esto tragó saliva siete u ocho veces, como si tuviese una espina de pescado en el gaznate, y finalmente, habló. Y cuando habló, lo hizo en un tono que parecía el arrullo de una paloma; incluso de una paloma suavemente amansada.

—¡Oh! ¿De veras? —dijo.

—¡Todo! —repliqué.

Si me llega a preguntar qué era lo que sabía, me fastidiaba; pero no me lo preguntó.

—¡En…! ¿Y cómo lo ha sabido usted?

—Tengo mis métodos.

—¿Oh?

—¡Ah! —contesté. Y el silencio se hizo nuevamente.

Jamás hubiera creído que un tipo como aquél pudiese mostrarse tan obsequioso conmigo, pero lo cierto es que tal fue su actitud. En sus ojos había una mirada de súplica.

—Espero que callará usted, Wooster. ¿Verdad que callará, Wooster?

—Callaré…

—¡Gracias, Wooster…!

—… con tal de que —continué— no se entregue usted más a estas extraordinarias exhibiciones…

—¡Desde luego! ¡Desde luego! Temo haber obrado verdaderamente mal. —Levantó una mano y me acarició la manga—. ¿Le he estropeado la chaqueta, Wooster? Lo siento mucho. Es que me dejo llevar… No ocurrirá más.

—Así lo espero. ¡Pardiez! ¿Qué es eso de agarrar a la gente por la chaqueta y

hablar de romper los huesos a los amigos? ¡Jamás oí nada parecido!

—Lo sé… lo sé… Estuve mal.

—Puede usted asegurarlo. En lo sucesivo seré muy exigente, Spode…

—Sí, sí. Lo comprendo.

—He estado muy descontento de su comportamiento desde que llegué a esta casa. La manera como me miraba usted durante la cena… Quizá cree usted que la gente no se da cuenta de esas cosas, pero se dan.

—Desde luego… desde luego…

—¡Y llamarme miserable gusano…!

—Siento mucho haberle llamado miserable gusano, Wooster. He hablado sin saber lo que decía.

—Hay que pensar siempre, Spode, hay que pensar siempre… En fin. ¡Dejémoslo! Puede retirarse, Spode.

Se marchó con la cabeza baja y me volví hacia tía Dalia que hacía un ruido como una motocicleta. Me miró con la mirada de quien ha visto visiones. Y comprendo que para el espectador casual, la escena debía ser sorprendente.

—Pero… —empezó.

Aquí, afortunadamente, se detuvo, porque es una mujer que, cuando está profundamente emocionada, tiene una marcada tendencia a olvidar que no está ya en los cotos de caza, y su tono, de haber continuado, hubiera sido excesivo, dada la concurrencia.

—¡Bertie! ¿Qué ha sido todo esto…?

Levanté una mano con indiferencia.

—¡Bah! Sólo he querido poner al tipo ese en su lugar. Con gente como Spode hay que adoptar actitudes enérgicas.

—¿Quién es Eulalia?

—¡Ah!, me has cogido. Para informaciones a este respecto, tendrás que acudir a Jeeves. Y, además, será inútil, porque las reglas del club son severísimas y no permiten pasar de aquí. Jeeves —continué, mostrando confianza donde confianza debe ser mostrada, según es mi costumbre— me dijo que me bastaría decir a Spode que estaba enterado de todo «lo de Eulalia», para que se retorciese como una pluma en el fuego. Y, como habrás visto, se retorció en efecto como una pluma en el fuego. Pero no tengo ni la más ligera idea de lo que puede ser. Todo lo que podemos afirmar es que es una mancha en el pasado de Spode y una mancha temible y vergonzosa. Suspiré, porque no dejaba de estar íntimamente conmovido.

—Podríamos describir el cuadro, ¿no tía? La muchacha confiada que se entera demasiado tarde de la traición del hombre… la huida… el último melancólico paseo por el borde del río… la zambullida… el último grito… Lo imagino, ¿tú no? No es de extrañar que este hombre palidezca ante la idea de que la gente vaya a enterarse de

todo…

Tía Dalia suspiró profundamente. En su rostro parecía dibujarse la expresión del Despertar del Alma.

—¡Buen chantaje! ¡Insuperable! Siempre he creído que, en casos de urgencia, no hay otra arma. ¡Bertie! —gritó—, ¿te das cuenta de lo que esto significa?

—¿Qué significa, anciana tía?

—Significa que, puesto que tienes el pie en el cuello de Spode, ha desaparecido el único obstáculo que había para robar la jarrita. Esta misma noche puedes apoderarte de ella.

Moví la cabeza. Ya había temido que tomaría esta actitud. Me veía obligado a quitarle de los labios la copa del placer, tarea siempre desagradable de llevar a cabo con una tía que nos ha mecido en sus rodillas cuando niños.

—No —dije—, en esto te equivocas. En esto, si me permites, te diré que hablas como una atolondrada. Spode puede haber dejado de ser un peligro para el tráfico, pero esto no altera el hecho de que Stiffy tiene todavía la agenda. Antes de tomar determinación alguna respecto a la jarrita necesito tener la libretita en mi poder.

—Pero ¿por qué? ¡Ah!, no sé si estás enterado. Madeline Bassett ha roto sus relaciones con «Botellín». Acaba de decírmelo en la más estricta confianza. El peligro era que la joven Stephanie podía romper las relaciones mostrando el librito al viejo Bassett, pero ahora que están ya rotas…

Moví nuevamente la cabeza.

—Mi querida e irrazonable tía —dije—, olvidas el punto capital. Mientras el librito esté en poder de Stiffy, no puede ser enseñado a Madeline Bassett. Y mientras no se pueda enseñar el librito a Madeline, Gussie no puede probar que los motivos que le llevaron a tocarle las piernas a Stiffy no son los que ella supone. Y sólo demostrando que los motivos no son los que ella supone puede llegarse a una reconciliación. Y sólo llegando a esta reconciliación puedo yo eludir la desagradable perspectiva de tener que casarme con la pálida Bassett. ¡No! Lo repito. Antes de nada, necesito tener en mis manos la agenda.

Mi implacable análisis de la situación surtió su efecto. Su actitud demostró claramente que había comprendido su fuerza. Durante unos instantes permaneció sentada en silencio, chupándose el labio inferior, frunciendo el ceño como una tía que ha apurado el cáliz de la amargura.

—¿Y cómo vas a apoderarte de él?

—Me propongo buscarlo en su habitación.

—Y ¿qué utilidad tiene eso?

—Mi anciana parienta, las investigaciones de Gussie han casi demostrado que el objeto no se encuentra sobre su persona. Razonando más ampliamente, hemos llegado a la conclusión de que debe de estar en su cuarto.

—Sí, pero no seas asno. ¿Dónde, de su cuarto? Puede estar en mil sitios. Y si está en alguno de ellos, puedes tener la seguridad de que está bien escondido. Supongo que no habrás pensado en eso.

Efectivamente, no había pensado en ello, y creo que el amargo «¡Ah, oh!» que lancé lo demostró claramente, porque soltó un resoplido como un bisonte en el abrevadero.

—¡Quizá creas que estará tranquilamente sobre el tocador! Muy bien, búscalo en su cuarto, si quieres. No creo que haya inconveniente ninguno. Así tendrás algo que hacer y te apartarás de los bares. Yo, entre tanto, trataré de encontrar algo razonable. Ya es hora de que uno de nosotros lo haga.

Deteniéndose para coger un caballo de porcelana que había encima de la chimenea y arrojarlo violentamente contra el suelo, salió, después de haber pasado por encima de sus restos. Y yo, un poco desalentado, porque había creído encontrar un plan y ahora veía que había una grieta en él, me senté tratando de reflexionar.

Cuanto más reflexionaba, más claramente veía que la voz de la sangre de mis antepasados había tenido razón. Mirando alrededor de mi habitación, pude ver por lo menos una docena de sitios donde, si tuviese que esconder un objeto del tamaño de una agenda con cubiertas de piel lleno de juicios críticos sobre la manera de tomar la sopa el viejo Bassett, hubiera podido esconderlo. Era de presumir que los lares de Stiffy reuniesen las mismas condiciones. Me encontraba en una situación digna de hacer perder la pista al sabueso de mejor olfato, y tenía que llevarla a cabo un hombre que, desde su más tierna infancia, había mostrado una absoluta incapacidad en el arte de seguir un rastro.

A fin de dejar descansar el cerebro antes de someterlo a una nueva ruda prueba, cogí nuevamente mi novela policíaca. Y ¡vive Dios!, no había leído ni media página cuando lancé un grito. Había llegado a un pasaje significativo.

—Jeeves —dije dirigiéndome a él al verlo entrar un momento después— he llegado a un pasaje muy instructivo.

—¿Señor?

Comprendí que había sido demasiado hermético y que eran necesarias notas marginales.

—Me refiero a esta emocionante novela que estoy leyendo —expliqué—. Pero, espere. Antes de leérselo, deseo rendir profundo tributo a la exactitud y eficacia de su información referente a Spode. ¡Gracias de corazón, Jeeves! Dijo usted que el nombre de Eulalia le haría tambalearse y lo ha hecho, Spode, *qua* amenaza… ¿Es esto *qua*?

—Sí, señor. Completamente correcto.

—Así lo creo, Jeeves. ¡Bien! Spode *qua* amenaza, es un huevo aplastado. Ha desaparecido y dejado de funcionar.

—Es muy satisfactorio, señor.

—¡Mucho! Pero nos encontramos todavía ante la brecha de que Stiffy está todavía en posesión de la agenda. Antes de que podamos movernos y obrar libremente, este librito tiene que ser localizado y recuperado. Tía Dalia acaba de salir de aquí de una manera desalentada, porque, si bien admite que el maldito libro se encuentra probablemente oculto en algún rincón del cuartel general nocturno del pimpollo, no ve esperanza alguna de que nuestra mano llegue a posarse sobre él. Dice que puede estar en mil sitios, y probablemente bien escondido.

—Ésa es la dificultad, señor.

—Exacto. Pero aquí es donde este pasaje es elocuente, Jeeves. Establece los hechos y nos muestra el verdadero sendero. Se lo leeré. El policía está hablando con su compañero, y cuando dice «ellos» se refiere a algunos bandidos hasta ahora no identificados, que han registrado la habitación de la muchacha con la esperanza de dar con las joyas robadas. Escuche usted atentamente, Jeeves. «Parece que "ellos" han registrado ya todos los rincones, querido Postlethwaite, excepto un sitio donde hubieran podido esperar encontrar algo. ¡Aficionados, Postlethwaite, aficionados! Jamás se les ocurre pensar en lo alto del armario, el lugar en que un granuja experimentado piensa primero, porque —fíjese usted bien en lo que sigue— sabe que es el lugar favorito de las mujeres como escondite.»

Le miré fijamente.

—¿Ve usted el profundo significado de estas palabras, Jeeves?

—Si interpreto exactamente las palabras del señor, el señor sugiere que la agenda de Mr. Fink-Nottle puede estar oculta encima del armario del dormitorio de Miss Byng.

—No «puede», Jeeves, «debe». Ni veo que pueda estar oculta en otra parte. Este detective no es ningún necio. Si dice una cosa es que es así. Tengo plena confianza en él y estoy dispuesto a seguir el camino que me traza, sin discutir.

—Pero el señor seguramente no se propondrá…

—Sí, Jeeves. Voy a hacerlo inmediatamente. Stiffy ha ido al pueblo al *Working Men's Institute* y tardará siglos en regresar. No es de suponer que la gente se sacie pronto de una conferencia sobre Tierra Santa con ilustraciones en colores y acompañamiento de piano antes de un par de horas. Hay, pues, que obrar inmediatamente mientras no hay moros en la costa. ¡Apriétese la cintura, Jeeves, y acompáñeme!

—Realmente, señor…

—Y no me diga «Realmente, señor» Ya le he dicho varias veces que me molesta su costumbre de decirme «Realmente, señor», con voz plañidera, cada vez que le indico a usted una línea de acción estratégica. Lo que le pido es menos «Realmente, señor» y más espíritu de acometividad. ¡Espíritu feudal, Jeeves! ¿Sabe usted cuál es

el cuarto de Stiffy?

—Sí, señor.

—Pues entonces, ¡adelante!

A pesar del inquebrantable valor de que había dado pruebas durante la anterior conversación, no puedo decir que me dirigí al sitio de destino con ánimo esforzado. En realidad, cuanto más se acercaba, menos esforzado me sentía. Era exactamente lo mismo que me había ocurrido cuando me dejé convencer por Roberta Wickham de que debía ir a pinchar la bolsa de agua caliente. Me molestan estos paseos subrepticios. Bertram Wooster es un hombre a quien le gusta andar por el mundo con la cara bien alta y los dos pies firmes sobre el suelo y no reptar silenciosamente con el espinazo retorciéndose como una cuerda en manos de un aprendiz de marino entrenándose en hacer nudos.

Precisamente porque había previsto estas reacciones había deseado profundamente que Jeeves me acompañase y me prestase apoyo moral, y ahora deseaba también que me lo prestase un poco más de lo que lo hacía. Había contado con su ayuda decidida y su cooperación y no me la daba. Desde nuestra salida, sus maneras demostraron una neta reprobación. Parecía desentenderse de aquel procedimiento, y yo me daba cuenta de ello.

Debido a su alejamiento y a mi disgusto, hicimos el camino en silencio, y en silencio entramos en la habitación de la muchacha y dimos vuelta al conmutador de la luz.

La primera impresión que recibí al ver el dormitorio iluminado, fue que para una muchacha de su apariencia moralmente insignificante, había instalado bastante bien sus lares nocturnos. Totleigh Towers era una de aquellas casas de campo construidas en los tiempos en que la gente, al hacer los planos de un nido, teman la idea de que un dormitorio no merecía tal nombre a menos que se pudiese dar en él una fiesta de cincuenta parejas, y este santuario podía haber albergado a doce Stiffy. Bajo los rayos de la luz eléctrica que caían del techo, la habitación parecía extenderse varias millas a la redonda, y la idea de que si aquel detective no hubiese mostrado el infalible camino, la agenda de Gussie podría estar oculta en cualquier parte de aquel enorme espacio, helaba la sangre.

Me detuve en la puerta, esperando que todo iría bien, cuando mis meditaciones fueron interrumpidas por una especie de ruido extraño, algo como estático y parecido al retumbar de un lejano trueno; y para abreviar diré que quedó demostrado que procedía de la laringe del perro *Bartholomew*.

Estaba encima de la cama, afilándose las patas delanteras sobre la colcha, y era tan clara la expresión de su mirada, que Jeeves y yo obramos como dos cerebros, pero con un solo pensamiento. En el preciso momento en que me remontaba como un águila sobre la cómoda, Jeeves volaba como una golondrina hacia lo alto del armario.

El animal saltó de la cama y, avanzando hasta el centro de la habitación, se sentó, humeando curiosamente con un pequeño silbido de la nariz, y mirándonos ceñudo, como un clérigo escocés reprochando los pecados desde lo alto de un pulpito.

Y durante cierto tiempo las cosas siguieron así.

Capítulo VIII

Jeeves fue el primero en romper el angustioso silencio.

—No parece que el librito se encuentre aquí, señor.

—¿Eh?

—He buscado encima del armario, pero no he encontrado el librito, señor.

Es posible que mi respuesta pecase de acerba. Haber escapado de poco a aquellas amenazadoras mandíbulas me había excitado un tanto.

—¡Déjese de libritos, Jeeves! Y del perro, ¿qué?

—Sí, señor.

—¿Qué quiere usted decir con «sí, señor»?

—Trataba de poner de manifiesto al señor que aprecio en su valor la objeción levantada por el señor. La inesperada aparición del animal presenta indiscutiblemente un problema. Mientras continúe manteniendo su amenazadora actitud no nos será fácil proseguir la búsqueda de la agenda de Mr. Fink-Nottle. Nuestra libertad de acción quedará forzosamente circunscrita.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Es difícil de decir, señor.

—¿No se le ocurre a usted nada?

—No, señor.

A estas palabras hubiera podido contestar algo amargo, no sé qué, pero me contuve. Pensé que era demasiado pedir a un hombre, por eficaz que fuese su ingenio, exigirle que cada vez diese en el blanco, sin fallar jamás. No había duda de que su brillante inspiración, que me había llevado a la victoria final contra las fuerzas de las tinieblas representadas por R. Spode, habían dejado su cerebro ligeramente fláccido. No había más que aguardar con la esperanza de que en breve la maquinaria funcionaría nuevamente, permitiéndole ver una salida a la situación.

Y mientras aquel estado de cosas me daba vueltas por la cabeza, comprendí claramente que nada desplazaría aquella canina excrecencia, sino una ofensiva en mayor escala, brillantemente concebida y enérgicamente llevada a cabo. Creo que jamás he listo un perro que diese más la impresión de haber echado raíces en la tierra y estar dispuesto a permanecer allí hasta que las vacas, o en este caso su dueña, regresase. Y lo peor era que no tenía ni la más ligera idea de lo que diría a Stiffy cuando llegase y me encontrase encaramado encima de la cómoda de su habitación.

Contemplando aquel animal inmóvil en el suelo como si fuese una excrecencia en un tronco de árbol, me sentí humillado. Recuerdo que Freddie Widgeon, que una vez pasó también un rato sobre un armario, vigilado por un dogo alsaciano, me dijo que lo que más le había desagradado era lo poco digno de la situación, el golpe que representaba para un espíritu orgulloso; en fin, la sensación de que él, el Heredero del

Pasado, como podríamos decir, estaba en lo alto de un armario a la merced de un perro.

Lo mismo me ocurría a mí. No es que uno quiera ahora presumir de linaje ni sentirse orgulloso, pero, después de todo, los Wooster vinieron con el Conquistador y estaban con él en plan de camaradería; y todo el orgullo adquirido con la compañía de los conquistadores se rebela al verse vigilado por la amenazadora mirada de un *fox-terrier* «Aberdeen».

Estas reflexiones tuvieron por efecto exasperarme, y miré amargamente al animal.

—Es monstruoso, Jeeves —dije expresando mis pensamientos— que este animal estuviese alojado en esta habitación. Es de lo más antihigiénico.

—Exacto.

—Los scotties huelen, incluso el mejor de ellos. Se acordará de cómo husmeaba el aire mi tía Ágata *McIntosh* cuando le di hospitalidad. Frecuentemente se lo he recordado.

—Exacto, señor.

—Y éste huele todavía peor. Es indudable que hubiera tenido que dormir en las cuadras. ¡Pardiez, que entre los scotties del cuarto de Stiffy y las lagartijas de Gussie, poco le falta a Totleigh Towers para parecer un arca de Noé!

—Poco, señor.

—Y considere usted la cosa bajo otro aspecto —dije acalorándome con el tema —. Me refiero al peligro que representa dejar encerrado en un dormitorio un perro, que puede saltar sobre el primero que entre. Usted y yo hemos podido escapar rápidamente al peligro que su presencia representa, pero suponga usted que hubiese sido cualquier doncella nerviosa…

—Exacto, señor.

—La imagino entrando en la habitación, para preparar la cama. Es una muchacha frágil, con ojos grandes y expresión tímida. Franquea el umbral. Se acerca a la cama. Y de repente sale el feroz animal. Prefiero no pensar en lo que sigue.

—Es mejor, señor.

Fruncí el ceño.

—Preferiría —dije— que, en lugar de estar aquí diciendo, «Exacto, señor», «Sí, señor» y «No, señor», hiciese usted algo.

—Pero ¿qué puedo hacer, señor?

—Hay que actuar, Jeeves. Aquí lo que se requiere es eso, actuar, y de una manera decisiva. Me pregunto si recuerda usted una visita que hicimos a la residencia de mi tía Ágata en Woollan Chersey en el condado de Herts. Para refrescarle la memoria, le diré que fue la vez aquella en que en compañía del honorable A. B. Filmer, ministro del Gabinete, tuve que refugiarme en el techo del pabellón de la isla del lago, para escapar a las iras de un cisne enfurecido.

—Recuerdo exactamente el incidente, señor.

—Yo también. Y el cuadro más vivamente impreso en mi retina mental… ¿es ésta la expresión correcta, Jeeves…?

—Sí, señor.

—… lo forma usted afrontando el cisne con aspecto de decirle «no puedes hacer esto aquí» y arrojándole un impermeable a la cabeza a fin de contrarrestar sus planes y forzarlo a cambiar su estrategia. ¡Fue una acción magnífica! No recuerdo haber visto nada más bello.

—Gracias, señor. Celebro mucho haber dado satisfacción al señor.

—Me la dio usted, Jeeves, me la dio usted. Y precisamente pensaba que una operación análoga podría dar razón de este perro.

—Es indudable, señor, pero no tengo impermeable.

—Entonces le aconsejaría pensase en qué se podría hacer con una sábana. Y en el caso de que dudase usted de que puede también ser eficaz, le diré que antes de que viniese usted a mi habitación dio excelentes resultados con Mr. Spode. Parecía serle imposible librarse de ella.

—¿De veras, señor?

—Se lo aseguro, Jeeves. No puede usted soñar arma mejor que una sábana. En la cama hay algunas.

—Exacto, señor. En la cama.

Hubo una pausa. La falta de entusiasmo reflejada en su rostro me demostró que estábamos en una situación de *nolle proseguí*, e intenté picar su amor propio, como Gussie había picado el mío durante nuestros *pourparlers*.

—¿Le da a usted miedo un perrito diminuto, Jeeves?

Me hizo observar respetuosamente que el animal aludido, no era precisamente un perrito diminuto, sino un animal en plena forma de desarrollo muscular. Llamó muy particularmente mi atención sobre sus colmillos.

Le tranquilicé.

—Supongo que si pudiese dar usted un salto, los colmillos no entrarían en acción. Puede usted saltar de aquí a la cama, quitar una sábana, envolverlo en ella antes de que se dé cuenta de lo que ocurre y ya es nuestro.

—Exacto, señor.

—Entonces ¿va usted a dar el salto?

—No, señor.

Siguió un silencio embarazoso durante el cual *Bartholomew* continuó mirándome sin pestañear, y de nuevo me di cuenta, con resentimiento, de la devota expresión de su fisonomía. Es imposible explicar la sensación de tenerse que encaramar en lo alto de una cómoda por culpa de un *terrier* «Aberdeen», pero lo menos que puede esperarse en estas ocasiones es que el animal abandone su presa y que no siga allí

contemplándola, como si le preguntase si estaba a salvo.

Hice un gesto con la esperanza de apartar su mirada. Cerca de mí había un trozo de vela en un candelabro y lo arrojé contra el infecto animal. Se lo tragó, saboreándolo transcurrió algún tiempo antes de que diese síntomas de que le había sentado mal, y volvió a adoptar su estática vigilancia. Y en aquel propio instante, la puerta se abrió y entró Stiffy muchas horas antes de lo que la esperaba.

La primera cosa que me impresionó al verla, fue observar que no llegaba con su habitual buen humor, con aquella elasticidad juvenil, si se me permite la expresión, sino que entraba con un paso lento y acompasado que hacía pensar en un remero del Volga. Nos dirigió una mirada melancólica, y después de decirnos «¡Hola, Bertie! ¡Hola, Jeeves!», pareció olvidar nuestra presencia. Se dirigió al tocador y, quitándose el sombrero, se sentó, mirándose en el espejo con sombría mirada. Era evidente que su alma tenía un neumático deshinchado y, viendo que a menos que iniciase yo la conversación habría uno de aquellos angustiosos silencios, me decidí a hacerlo.

—¿Qué hay, Stiffy?

—¡Hola!

—¡Qué nochecita! Tu perrito ha vomitado sobre la alfombra.

Todo esto iba, naturalmente, encaminado a abordar el tema principal, que ataqué con inmediata resolución.

—Stiffy, debes estar sorprendida de vernos aquí.

—No, no lo estoy. Supongo que habéis venido a buscar la agenda.

—Sí, exacto. A eso hemos venido. Si bien, en realidad, no hemos ni siquiera empezado. Nos lo ha impedido la monada del perrito. (Como se ve, tomaba la cosa a broma, que es siempre lo mejor en estas ocasiones.) Interpretó mal nuestra llegada.

—¿Ah?

—¿Sería mucho pedirte que lo atases con la correa a fin de liberar de él al mundo?

—Sí, lo sería.

—Supongo que querrás salvar las vidas de dos seres humanos amigos tuyos…

—Si son hombres, no. Odio a los hombres. Espero que *Bartholomew* te pegue un mordisco hasta el hueso.

Comprendí que desde aquel punto de vista, poco había que ganar. Busqué otro *point d'appui*.

—No te esperaba tan pronto. Creí que habías ido al *Working Men's Institute* a juguetear con los carfilitos acompañando la iluminada conferencia del gran Stinker.

—Sí, he ido.

—Has vuelto temprano, ¿no?

—Sí. Se suspendió la conferencia. Harold rompió las vistas.

—¿Eh? —pregunté, sabiendo que era el tipo exacto de hombre capaz de romper

las vistas—. ¿Y cómo ha ocurrido esto?

Pasó una mano indiferente por el lomo del perro, que se había acercado a ella con aire fraterno.

—Las ha dejado caer.

—¿Y cómo fue?

—Sufrió una gran impresión cuando rompí nuestro noviazgo.

—¿Qué…?

—Sí. —En sus ojos brilló un destello de tristeza como si estuviese reviviendo desagradables escenas y su voz tomó el tono de agudeza metálica que tantas veces había observado en la de mi tía Ágata durante nuestras conversaciones. Su indiferencia desapareció y, por primera vez, habló con una vehemencia femenina—. Fui a casa de Harold —continuó— y, después que hubimos hablado de esto, de lo otro y de lo de más allá, le dije: «¿Cuándo vas a quitarle el casco a Eustace Oates, querido mío?» Y quizá no me creerás, pero me miró con una mirada de cordero y dijo que había estado consultando su conciencia con la esperanza de obtener su O. K. pero que ésta no había querido ni oír hablar de quitarle el casco a Eustace Oates, y que, por consiguiente, se había terminado el asunto. «¿Oh?», dije yo disponiéndome a la lucha. «Conque se ha terminado el asunto, ¿eh? Pues también se han terminado nuestras relaciones.» Y entonces dejó caer dos paquetes de vistas en colores de Tierra Santa y me vine a casa.

—No me vas a decir que…

—Sí, te lo digo, y creo que he tenido suerte. Si es hombre capaz de rehusarme una bagatela como ésta, más vale que lo haya sabido a tiempo. Estoy encantada con lo que ha ocurrido.

Y entonces, como un sollozo, como si desgarrasen un trozo de lustrina, puso su cabeza entre sus manos y empezó a sollozar desesperadamente.

Era verdaderamente penoso verla, y estaría en lo cierto que dijese que compartí con afecto su dolor. No creo que haya en toda la demarcación postal de Londres, un hombre más dispuesto a emocionarse por el dolor de una mujer que yo. Por dos reales, si hubiese estado más cerca, le hubiera dado unas palmadas en la cabeza. Pero si hay una parte de gentileza en los Wooster, hay también un lado práctico, y tardé en darme cuenta del lado útil de todo aquello.

—Es terrible, Jeeves, el corazón sangra, ¿verdad? —dije.

—Evidentemente, señor.

—Sí, Jeeves; sangra profusamente y creo que todo lo que podemos esperar es que el Tiempo, el gran sanador, cerrará la herida. Pero —añadí, dirigiéndome a Stiffy— puesto que, en vista de los acontecimientos, la agenda de Gussie no te es ya de utilidad alguna, ¿qué te parece si me la devolvieras?

—¿Eh?

—Digo que si tu proyectada unión con Stinker ha sido abandonada, no tendrás ya por qué conservar la agenda de Gussie entre tus efectos personales…

—¡Oh! ¡No me fastidies más con la agenda!

—¡No, no! De ninguna manera. Digo sólo, qué… cuando te venga bien… a tu comodidad, puedes escoger el momento para deslizarme el…

—¡Bueno! ¡Pero no te lo puedo dar ahora! No está aquí.

—¿No está aquí?

—No… lo puse en… ¿Qué es eso?

La causa de la suspensión de sus informaciones en el preciso momento en que estaban preñadas de interés, fue una especie de «tap, tap, tap» que parecía venir de la ventana.

Hubiera debido explicar que la habitación de Stiffy, además de estar equipada con una cama capaz para cuatro personas, cuadros de valor, sillones ricamente tapizados y toda suerte de cosas, de mucho demasiado lujosas para una muchacha suficientemente perversa para morder la mano que le dio un día almuerzo en su casa, causándole alarma y preocupaciones, tenía un balcón sobre el que se abría la ventana. El sonido venía de este balcón, de lo cual podía inferirse que en él había alguien.

En el acto quedó claramente demostrado que *Bartholomew* había llegado a la misma conclusión, a juzgar por el ágil salto que pegó hasta la ventana, tratando de morder a través de ella. Hasta entonces se había portado como un perro reservado que se limitaba a sentarse y a mirar, pero en aquel momento lanzaba terribles juramentos. Y tengo que confesar, que al oír sus imprecaciones me felicité por la prontitud con que me había encaramado encima de la cómoda. Si jamás había existido en el mundo un quebrantahuesos, era *Bartholomew* Byng. Aun cuando detesto criticar las acciones de la omnisciente Providencia, no podía comprender que un perro de aquel tamaño estuviese provisto de la dentadura de un cocodrilo. Pero era ya demasiado tarde para hacer nada.

Stiffy, después de aquel momento de sorprendida inactividad que es de esperar en una muchacha que oye que le dan golpecitos en su ventana, se había levantado para investigar. Desde donde yo estaba, no podía ver bien lo que ocurría, pero ella estaba sin duda mejor situada. Cuando abrió las cortinas, la vi llevarse una mano a la garganta, como sucede en las comedias, y lanzó un grito, audible incluso por encima del furioso ladrar que procedía de la garganta del *terrier*.

—¡Harold! —aulló. Y, calculando las cosas bien, deduje que el sujeto que se encontraba en el balcón era Stinker Pinker, mi pastor favorito.

Había pronunciado este nombre con un grito de franca alegría, como el que lanza una mujer al oír la voz del ser amado; pero, evidentemente, la reflexión le dijo que, después de lo que acababa de ocurrir entre ella y aquel varón de Dios, no era el tono indicado. Logré oírlos, porque había cogido a *Bartholomew* y le había agarrado el

hocico con una mano para acallar sus ladridos, cosa que jamás hubiera hecho yo por todo el oro del mundo.

—¿Qué quieres?

Gracias al silencio de *Bartholomew*, la voz llegaba ahora clara y distinta. La voz de Stinker quedaba algo apagada a causa de la barrera de cristal, pero se oía lo suficiente.

—¡Stiffy!

—¿Qué hay?

—¿Puedo entrar?

—No.

—¡Es que te he traído una cosa!

Un súbito grito de júbilo brotó de la joven doncella.

—¡Harold! ¡Eres un ángel! ¿Se lo has quitado, finalmente?

—Sí.

—¡Oh, Harold! ¡Mi sueño dorado!

Abrió apresuradamente la ventana y noté una corriente de aire frío en mis tobillos. Ésta no fue seguida, como yo esperaba, de la presencia de mi buen Stinker. Seguía fuera de los límites y sus palabras delataron claramente la razón de ello.

—¡Oye, Stiffy, querida! ¿Tienes al perrito bajo tu dominio?

Llevó al animalito al armario y lo encerró en él. Y en vista de que no tuvimos más noticias suyas supongo que debió de echarse a dormir. Estos scotties son filósofos y capaces de adaptarse a lo efímero de las situaciones. Saben tomarse las cosas como vienen.

—Vía libre, ángel mío —dijo, dirigiéndose a la ventana y llegando a tiempo para caer en brazos del recién llegado Harold.

Durante algunos momentos no fue fácil distinguir en aquel lío los ingredientes masculinos de los femeninos, pero al desagregarse él pude verlo, e incluso detenidamente. Comprendí que era más él de lo que había sido nunca. La mantequilla del campo y la vida fácil que llevan esta gente de iglesia habían añadido una o dos libras más a su ya impresionante volumen. Para encontrarse el Stinker de rasgos finos y agudos, habría que verlo en Cuaresma.

Pero pronto vi que el cambio era sólo superficial. La manera como tropezó con una alfombrilla y cayendo sobre una mesa la volcó con todo lo que sobre ella había, me hizo ver que en el fondo seguía siendo el mismo hombre torpe, que tenía dos pies zurdos y era constitucionalmente incapaz de atravesar el gran desierto de Gobi sin tropezar con algo. Stinker tenía un rostro que en los lejanos días del colegio respiraba siempre salud y cordialidad. La salud se dibujaba todavía en él —parecía una zanahoria—, pero la cordialidad había cedido el paso a una especie de inquietud. Sus facciones eran sombrías, como si la conciencia le estuviese devorando las entrañas. Y

no había duda de que así era, porque en una mano traía el casco que la última vez había visto en la cúspide de la cabeza del guardia Eustace Oates. Con un rápido movimiento impulsivo, como el de un hombre que quiere librarse de un peso muerto, lo tendió a Stiffy, que lo recibió con suave y tierno grito de éxtasis.

—Te lo he traído —dijo.

—¡Oh, Harold!

—Te he traído también los guantes. Te los habías olvidado. O por lo menos te he traído uno, porque no he podido dar con el otro.

—¡Gracias, amor mío! Pero, déjate de guantes, querido. ¡Explícame qué ha ocurrido!

Se disponía a hacerlo, cuando se detuvo, y vi que su mirada febril se posaba sobre mí. Después volvió la vista a Jeeves. Era fácil leer lo que pasaba por su cerebro. Se estaba preguntando si éramos de carne y hueso o la agitación de los momentos anteriores le había hecho ver visiones.

—Stiffy —dijo bajando la voz—, no te vuelvas ahora, pero me parece que hay algo sobre tu cómoda.

—¿Eh? ¡Ah, sí! Es Bertie Wooster.

—¿Ah, sí? —dijo Stinker animándose visiblemente—. No estaba seguro. ¿No hay algo también sobre el armario?

—Es Jeeves, el mayordomo de Bertie.

—¿Cómo está el señor? —preguntó Jeeves.

—¿Cómo está usted? —preguntó Stinker.

Bajamos de nuestros pedestales y avancé tendiendo la mano, deseoso de renovar nuestra amistad.

—¿Qué hay, Stinker?

—¡Hola, Bertie!

—Hace tiempo que no nos vemos…

—¡Mucho!, ¿verdad?

—Me he enterado de que eres cura.

—Sí, es verdad.

—¿Cómo van estas almas?

—¡Oh, muy bien! ¡Gracias!

Hubo una pausa, y supongo que hubiera empezado a preguntarle si sabía qué había sido de Fulano o de Mengano, o si hacía mucho tiempo que había visto a aquel cómo se llama, como ocurre siempre en las conversaciones de dos antiguos compañeros que se encuentran después de muchos años; pero, antes de que pudiese hacerlo, Stiffy, que estaba contemplando el casco de Oates como una madre contempla la cuna de su durmiente hijo, se lo metió hasta las orejas con un grito de alegría, y el espectáculo pareció hacer ver a Stinker la importancia de lo que había

hecho. Habrán oído ustedes la expresión: «El hombre, destrozado, parecía darse cuenta de su situación.» Éste era el aspecto de Harold en aquel momento. Echó a correr como un caballo desbocado, tropezó con otra mesa, volcó un sillón, lo volvió a levantar y se dejó caer en él, ocultando su rostro entre las manos.

—¡Si los niños de la clase de Religión viesen esto! —dijo estremeciéndose convulsivamente.

Comprendí lo que pensaba. Un hombre, en su posición, tiene que vigilar lo que hace. La gente espera de un cura el celoso cumplimiento de sus deberes parroquiales. Les gusta tenerlo por un hombre que predica sobre los hedeos y los jebuseos, que sabe encontrar la palabra oportuna para el descreído y el ateo, que procura mantas y comida a los necesitados, y toda esta clase de cosas. Cuando lo ven quitando cascos a los policías, la gente se mira frunciendo el ceño y se pregunta si es verdaderamente el hombre adecuado para su misión. Esto es lo que embarazaba a Stinker y le impedía ser el hombre efervescente cuya risa sonora había dado tanta animación a la última fiesta del colegio.

Stiffy trató de calmarlo.

—Perdona, querido. Si te molesta, me lo quito. —Fue hasta la cómoda y se despojó de él—. Pero no sé por qué —dijo regresando—. No lo comprendo. Creí que te hubieras sentido orgulloso. Y ahora, dime cómo ha sucedido la cosa.

—Sí —dije yo—, nos gustará saber la historia.

—¿Has saltado sobre él como un leopardo? —preguntó Stiffy.

—¡Claro que ha saltado! —dije yo amonestando a la necia criatura—. No vas a suponer que se lo ha llevado a la vista del pobre hombre. Apostaría a que has seguido su pista, implacable como una culebra, y se lo has quitado mientras estaba echado contra una empalizada fumando una pipa, ¿verdad, Stinky?

Stinker permanecía sentado con la vista perdida en el vacío, conservando todavía aquella mirada sombría.

—No estaba echado. Estaba inclinado sobre la empalizada. Cuando me dejaste, Stiffy, salí a dar un paseo y reflexionar, y acababa de cruzar el prado de Plunkett, cuando, al ir a subir por encima de la empanzada para pasar al otro, vi algo oscuro delante de mí y vi que allí estaba. Asentí. Hubiera podido describir la escena.

—Espero —dije— que no habrás olvidado darle el empujón hacia delante, antes de quitárselo.

—No fue necesario. El casco no estaba sobre su cabeza. Se lo había quitado y lo había dejado en el suelo. No tuve más que agacharme y cogerlo.

Callé, mordiéndome los labios.

—Eso no es jugar limpio, Stinker.

—¡Sí lo es! —dijo Stiffy fogosamente—. Y creo que es de una gran habilidad.

Yo no quería abandonar mi posición. En el «Club de los Zánganos» somos muy

puntillosos.

—Hay una manera correcta y una manera incorrecta de quitar cascos a los policías —dije firmemente.

—Estás diciendo tonterías —dijo Stiffy—. Has estado maravilloso, querido.

Me encogí de hombros.

—¿Qué le parece a usted, Jeeves?

—Dudo estar en condiciones de dar mi opinión, señor.

—¡No! —dijo Stiffy—. ¡Y tampoco estás tú en condiciones de darla, pelmazo de Bertie! ¿Quién crees que eres? —preguntó con renovado ardor—. ¿Qué es eso de meterse en los cuartos de las muchachas y venir aquí a perorar sobre la manera correcta y manera incorrecta de quitar los cascos a los policías? ¡Cualquiera diría que eres un as, y, no obstante, te agarraron a la mañana siguiente y te llevaron a Bosher Street, y tuviste que arrastrarte delante de tío Watkyn, para salirte con una multa!

Ante aquello me rebelé.

—¡Yo no me arrastré delante de la calamidad de tu tío! ¡Mi actitud fue durante todo el rato calma y digna como la del piel roja en la hoguera. Y, cuando dices que esperaba salirme con una multa… te diré que la sentencia me asombró. Estaba convencido de que era un caso merecedor solo de una mera reprimenda. No obstante, esto no tiene nada que ver con el caso, es decir, con que Stinker, en su reciente encuentro, no ha jugado limpio. Considero su conducta moralmente análoga a disparar sobre un ave parada. No me haréis cambiar de opinión.

—Y yo no cambiaré de opinión sobre que no tienes nada que hacer en mi habitación. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Sí, eso es lo que me preguntaba —dijo Stinker por primera vez. Y comprendí perfectamente cuál debió ser su sorpresa al encontrar aquella muchedumbre en lo que él podía suponer ser el exclusivo dormitorio de su amada.

Miré a Stiffy severamente.

—Sabes perfectamente lo que hacía aquí. Te lo he dicho. He venido…

—¡Ah, sí! Bertie ha venido a buscar un libro, querido. Pero… —sus ojos se posaron sobre mí de una manera fría y siniestra— temo no podérselo dar todavía. Todavía no he acabado. A propósito —dijo sin dejar de mirarme de una manera amenazadora—, Bertie dice que estará encantado de ayudarnos y de llevar a cabo el plan de la jarrita.

—¿De veras, Bertie? —dijo ansiosamente.

—¡Claro que sí! —repuso Stiffy—. ¡Estaba precisamente diciéndome con cuánto gusto lo haría!

—¿No te importará que te dé un puñetazo en la nariz?

—¡Claro que no! —dijo Stiffy— ¿Comprendes? Necesitamos sangre. La sangre es lo esencial.

—¡Claro… claro… claro…! —dijo Stiffy. Parecía impaciente, como si desease que terminase la escena—. Lo comprende perfectamente, sí.

—¿Cuándo te vendrá bien hacerlo, Bertie?

—Pensaba hacerlo esta noche —dijo Stiffy—. Es tonto demorar las cosas. A las doce, espérale fuera. A aquella hora todo el mundo estará en la cama. ¿Te va bien a medianoche, Bertie? Sí, Bertie dice que le va espléndidamente. Así, todo está arreglado. Y ahora tienes que marcharte, precioso. Si viene alguien y te encuentra aquí, podrá parecer extraño. Buenas noches, querido.

—Buenas noches, querida.

—Buenas noches, querido.

—Buenas noches, querida.

—¡Esperad! —grité, cortando aquellas indignantes efusiones, con el deseo de lanzar la última llama a los buenos sentimientos de Stinker.

—No puede esperar más. Tiene que marcharse. Acuérdate, ángel mío. En el rincón, todo dispuesto, a las doce.

—Buenas noches, querida.

—Buenas noches, querido.

—Buenas noches, querida.

Salieron al balcón llegando hasta mí sus nauseabundas efusiones y me volví hacia Jeeves, con el rostro severo y duro.

—Ufff… ¡Jeeves!

—¿Señor?

—He dicho «Ufff…» Tengo las ideas muy anchas, Jeeves, pero esto me ha indignado, puedo decir hasta el alma. No es exactamente la conducta de Stiffy lo que encuentro indignante. Ella es mujer, y la tendencia de las mujeres a no saber distinguir entre lo bueno y lo malo es notoria. Pero la forma de conducirse de Harold Pinker, un hombre que tiene las Ordenes Sagradas, un hombre que se abrocha el cuello por detrás, me deja atónito. Sabe que ella tiene la agenda. Sabe que me tiene dominado con ella. ¿Y cree que insiste en que me lo devuelva? ¡No! Ayuda incluso la obra con manifiesto entusiasmo. ¡Bonito porvenir para los feligreses de Totleigh-in-the Wold, si tratan de hallar el sendero recto con un pastor como éste! ¡Bonito ejemplo para los niños de la clase de Religión de que habla! ¡Unos años de sentarse a los pies de Harold Pinker y empaparse de sus extraños puntos de vista éticos y morales, y cada niño se inscribirá en la lista de una sociedad de chantajistas!

Me callé emocionado. Respiraba con dificultad.

—Creo que el señor es injusto con su amigo.

—¿Eh?

—Creo que se halla bajo la impresión de que la aquiescencia del señor al plan es debida únicamente a la bondad de corazón y al deseo del señor de ayudar a un viejo

amigo.

—¿Cree que ella no le ha hablado de la agenda?

—Estoy convencido de ello, señor. Lo he deducido de la forma de portarse de la señorita.

—No he notado cómo se portaba.

—Cuando el señor estuvo a punto de hablar de la agenda, la señorita mostró cierto embarazo. Temía que Mr. Pinker hiciese indagaciones sobre el asunto y, enterado de los hechos, la obligase a su restitución.

—¡Pardiez, Jeeves! ¡Creo que tiene usted razón!

Analicé nuevamente la reciente escena. ¡Sí! Tenía toda la razón. Stiffy, a pesar de ser una de esas muchachas que lo mismo se divierte con una cosa que con otra, había sin duda alguna mostrado vehementes deseos de pasar por alto el asunto de la agenda, cuando yo traté de explicar a Stinker los motivos de mi presencia en su habitación. Recordé el ansia febril con que le había echado de allí, como un fanfarrón echa de un bar a un cliente habitual.

—¡Pardiez, Jeeves! —dije impresionado.

Se oyó un crujido procedente del balcón y, pocos momentos después, volvió Stiffy.

—Harold se ha caído de la escalera —explicó riendo—. Bueno, Bertie, ¿has entendido bien el programa? ¡Hoy es la noche!

Saqué un cigarrillo y lo encendí.

—¡Espera! —dije—. ¡No tan aprisa! ¡Un momento, joven Stiffy!

Lo autoritario de mi tono pareció sorprenderla. Parpadeó dos veces y me miró interrogativamente, mientras yo, absorbiendo una gran bocanada de humo, lo expelía indiferente por la nariz.

—¡Un momento! —repetí.

Al narrar mis anteriores aventuras con Augustus Fink-Nottle, con las que el lector puede o no estar familiarizado, mencioné que una vez leí una novela histórica sobre un tal Buck o Beau, o un nombre así, quien, cuando se trataba de poner a alguien en el lugar que le correspondía, tenía la costumbre de reírse muy fuerte dirigiendo una mirada con los párpados entornados y sacudiendo una mota de rapé de sus puños de encaje. Y creo haber dicho también que había obtenido excelentes resultados amoldándome a la costumbre de dicho tipo.

—Stiffy —dije, riéndome alto y mirando con los párpados medio entornados, mientras sacudía una mota de ceniza de mis irreprochables puños—, siento tener que causarte la molestia de hacerte devolver ese librito.

La mirada interrogadora se exacerbó. Estaba visiblemente perpleja. Había supuesto que tenía a Bertram bajo su telón de acero y ahora lo veía frente a ella, dispuesto a la lucha.

—¿Qué quieres decir? Volví a reírme un poco.

—Supongo —dije quitándome más ceniza del puño— que lo que quiero decir está bastante claro. Quiero la agenda de Gussie y la quiero inmediatamente y sin más demora.

Sus labios se crisparon.

—La tendrás mañana, si Harold me trae un relato satisfactorio de lo ocurrido.

—La tendré ahora.

—¡Ah, ah, ah!

—Eso digo yo, joven Stiffy: ¡Ah, ah, ah! —repliqué con tranquila dignidad—. Si no me la das, iré a encontrar a Stinker y se lo contaré todo.

—¿Todo qué?

—¡Todo! En este momento está bajo la impresión de que mi aquiescencia al plan es debida únicamente a la bondad de mi corazón y al deseo de ayudar a un viejo amigo. No le has dicho nada de la agenda. Estoy convencido. Lo he deducido de tu manera de portarte. Cuando he estado a punto de hablar de la agenda has mostrado cierto embarazo. Temías que Harold hiciese indagaciones sobre el asunto y, enterado de los hechos, te obligase a su restitución.

Sus ojos parpadearon. Vi que Jeeves había hecho un diagnóstico exacto.

—Estás diciendo tonterías —dijo con voz en la que noté un cierto temblor.

—Muy bien. Entonces, ¡adiós! Me voy a ver a Stinker.

Giré sobre los talones y, como yo esperaba, me detuvo con un aullido de súplica.

—¡No, Bertie, no! ¡No debes hacer eso! Retrocedí.

—¡Ah! ¡Entonces lo admites! Stinker no sabe una palabra de tu… —recordé la elocuente frase empleada por tía Dalia cuando habló a Sir Watkyn Bassett— de tu clandestina maquinación.

—No sé por qué llamas a eso clandestina maquinación.

—Lo llamo clandestina maquinación porque lo creo tal. Y así es cómo lo considerará Stinker, embebido como está de honrados principios, en cuanto se le expongan claramente los hechos. —Giré nuevamente sobre los talones—. ¡Bueno… abur, otra vez!

—¡Bertie, espera!

—¿Qué hay?

—¡Bertie… querido…!

Hice un gesto indiferente con la boquilla.

—¡Déjate de «Bertie, querido», «Bertie, querido»! ¡No es hora ya de empezar con «Berties queridos»!

—Pero, Bertie, querido, déjame que te explique, ¡Claro que no me atrevo a hablar a Harold de la agenda! Se hubiera enfadado. Hubiera dicho que estaba muy mal, y, desde luego, lo estaba. Pero no había otra cosa que hacer. Me parecía que no había

otro remedio de que nos ayudases.

—Pues no lo era.

—Pero nos ayudarás, ¿no?

—No.

—¡Pero yo creo que podrías ayudarnos!

—Puedes asegurarlo. Pero no quiero.

Durante las primeras frases de este diálogo, había observado que sus ojos empezaban a humedecerse y sus labios a temblar, mientras una perla rodaba por sus mejillas. El estallido de la inundación de la que esta perla había sido precursora, se manifestaba ahora intensamente. Con una frase relativa a su deseo de morir y a cuál sería mi remordimiento al ver su féretro, sabiendo que era mi inhumanidad la que la había llevado a él, se desplomó sobre la cama sollozando.

Eran los mismos sollozos incontenibles que había usado anteriormente y de nuevo me encontré indeciso. Permanecí de pie, irresoluto, jugando nerviosamente con mi corbata. He mencionado ya el terrible efecto del dolor femenino sobre los Wooster.

—¡Uuuuuuh! —decía.

—Pero, Stiffy…! —dije yo.

—¡Uuuuuuh… uuuuuh…!

—¡Pero, Stiffy, muchacha, sé razonable! ¡No puedes pedirme en serio que robe esa jarrita!

—¡Para nosotros es todo!

—Es muy posible, pero ¡escúchame! No has tenido en cuenta la verdadera situación. Tu maldito tío vigila todos mis movimientos, esperando que haga el menor gesto. Y, aun cuando no fuese así, el hecho de que tenga que cooperar con Stinker, hace la cosa imposible. Ya sabes mis puntos de vista sobre la colaboración de Stinker en materia de crimen. De una manera u otra acabaría estropeándolo todo. ¡Fíjate en lo que ha ocurrido ahora! No es capaz ni de subir por una escalera sin pegarse un batacazo.

—¡Uuuuuuh…!

—Y, además, analiza un poco tu plan fríamente. Me dices que lo importante para Stinker es poder llegar cubierto de sangre y decir que le ha pegado un puñetazo en la nariz al ladrón. Supongamos que lo hace. ¿Qué ocurre? Que tu tío dice: ¡Ah! —porque es capaz como cualquiera de ver el valor de un indicio—, ¿un puñetazo en la nariz, no? Hay que fijarse en todo el mundo hasta ver un tipo con las narices hinchadas—. Y lo primero que ve es a mí con unas narices de doble tamaño natural. No me vas a decir que no va a sacar conclusiones.

Me detuve. Creí haber expuesto mi caso claramente y esperaba de un momento a otro el «Está bien. Sí. Comprendo lo que quieres decir. Me parece que tienes razón», pero ella se limitaba a sollozar; entonces me dirigí a Jeeves, que había permanecido

en silencio.

—¿Comprende usted mi razonamiento, Jeeves?

—Perfectamente, señor.

—¿Está usted conforme conmigo en que el plan, tal como se había proyectado, acabaría en un desastre?

—Sí, señor. Es indudable que presenta ciertas dificultades. ¿Me sería permitido proponer una fórmula?

—¿Dice usted que ha encontrado una fórmula?

—Así lo creo, señor.

Estas palabras cortaron los sollozos de Stiffy. Creo que era la única cosa capaz de hacerla dejar de sollozar. Se levantó mirándole con desconfianza.

—¡Jeeves! ¿Dice usted que…?

—Sí, señorita.

—¡Jeeves! Es usted el hombre más extraordinario que he conocido.

—Muchas gracias, señorita.

—Bien, en este caso, oigámoslo, Jeeves —dije encendiendo otro cigarrillo y arrellanándome en el sillón—. Espero, desde luego, que tendrá usted razón, pero personalmente hubiera creído que no había salida.

—Creo que puedo hallar una, si examinamos el asunto desde el punto de vista psicológico.

—¡Oh! ¿Psicológico?

—Sí, señor.

—¿La psicología del individuo?

—Precisamente, señor.

—Ya comprendo, Jeeves —expliqué a Stiffy, para quien Jeeves no era más que una figura silenciosa que le había servido patatas hervidas el día que había almorzado en mi casa— es y ha sido siempre muy fuerte en la cuestión de la psicología del individuo. Se la traga viva. ¿De qué individuo habla, Jeeves?

—De Sir Watkyn Bassett, señor.

Fruncí el ceño, dudando.

—¿Se propone usted amansar ese enemigo público? No creo que sea posible más que con una llave inglesa.

—No, señor. No sería fácil dominar a Sir Watkyn Bassett, quien, como el señor dice, es un hombre de fuerte carácter, no fácilmente dominable. La idea, que tengo es tratar de sacar ventaja de su actitud respecto al señor. El señor no le gusta a Sir Watkyn Bassett.

—Tampoco me gusta él a mí.

—Tampoco, señor. Pero lo esencial es que él siente un profundo asco por el señor y, por consiguiente, sufriría un golpe muy duro si el señor le informase de que el

señor y Miss Byng se habían prometido y anhelaban unirse en matrimonio.

—¿Cómo? ¿Quiere usted que vaya a decirle que Miss Byng y yo tenemos este proyecto?

—Exactamente, señor.

Moví la cabeza.

—No veo porcentaje de probabilidades, Jeeves. Como broma no está mal, para ver la cara que pone el viejo granuja; pero ningún resultado práctico.

Stiffy parecía defraudada. Era evidente que había confiado en algo mejor.

—Esto me parece una tontería, Jeeves —dijo—. ¿Qué cree usted que sacaríamos con esto?

—Si me puedo explicar, señorita… como dice Mr. Wooster, las reacciones de Sir Watkyn serían las de un carácter fuertemente definido.

—Pegaría un salto hasta el techo.

—Exacto, señorita. Una imagen llena de vida. Y si la señorita estuviese allí, en aquel momento, para afirmar que la declaración de Mr. Wooster era falsa, añadiendo que precisamente acababa de prometerse con Mr. Pinker, creo que el gran alivio que experimentaría ante esta noticia, sería suficiente para que viese con ojos favorables la proyectada unión con dicho caballero.

Personalmente, tengo que confesar que no había oído nada tan idiota en mi vida, y mi actitud lo demostraba claramente. Pero, por otro lado, Stiffy estaba atenta. Hizo los primeros pasos de la *Danza de la Primavera*.

—¡Pero, Jeeves, es maravilloso!

—Creo que podría resultar efectivo, señorita.

—¡Claro que sí! ¡No puede fallar! ¡Piensa nada más, Bertie, en cómo se pondría en cuanto le dijeras que me quería casar contigo! Y si después yo decía: «No, no, tío Watkyn. El hombre con quien me quiero casar es el limpiabotas», me cogería en sus brazos y me prometería bailar el día de la boda. Y cuando sepa que se trata, no de un limpiabotas, sino del maravilloso y espléndido Harold, el proyecto le entusiasmará. ¡Jeeves, es usted realmente extraordinario!

—Muchas gracias, señorita. Estoy encantado de haber complacido a la señorita.

Me levanté. Estaba decidido a acabar con todo aquello. No me importa que se digan necedades en mi presencia, pero estas necedades tienen que tener un límite. Me volví hacia Stiffy, que estaba terminando los últimos pasos de la *Danza de la Primavera*, y me dirigí a ella con severidad escueta.

—Haz el favor de darme la agenda, Stiffy.

Estaba en pie, al lado del armario, deshojando rosas. Se detuvo un momento.

—¡Ah, la agenda! ¿La quieres?

—Sí; inmediatamente.

—Te la daré en cuanto hayas hablado con tío Watkyn.

—¿Eh?

—Sí. No es que no tenga confianza en ti, Bertie querido, pero seré más feliz si sé que tú sabes que sigo teniendo el librito, y estoy segura de que quieres que sea feliz, ¿verdad? Conque sales y le espetas la píldora, y después hablaremos.

—Saldré —dije frunciendo el ceño—, pero espetarle la píldora, no. ¡Parece que me vea, espetándosela!

Stiffy me miró.

—Pero, Bertie, parece que no quieras hacerlo…

—Es exactamente lo que quiero que parezca.

—No me vas a fallar, ¿verdad?

—Te fallaré. Te fallaré como la pólvora mojada.

—¿No te gusta el plan?

—No. Jeeves ha hablado hace un momento de su satisfacción por habernos complacido. A mí no me ha complacido en absoluto. Considero que la idea que ha expuesto marca el cero absoluto en la escala del cretinismo humano, y me extraña que haya podido ocurrírsele. Dame la agenda, Stiffy, por favor… y no perdamos tiempo.

Hubo un instante de silencio.

—Suponía —dijo— que tomarías esta actitud.

—Pues ya lo sabes —contesté—. La he tomado. La agenda, por favor.

—No pienso darte agenda alguna.

—Muy bien. Entonces voy al encuentro de Stinker y se lo digo todo.

—Perfectamente. ¡Ve! Y, antes de que estés a una milla de su casa, yo habré subido a la biblioteca y se lo habré dicho todo a tío Watkyn.

Avanzó su barbilla con el gesto de la muchacha que cree haber ganado un punto; y, examinando detenidamente lo que había dicho, tenía que reconocer que, efectivamente, lo había ganado. Había olvidado completamente esta contingencia. Sus palabras me hicieron detenerme. Lo único que pude hacer a modo de vacilación fue lanzar un «¡hem!». Es inútil disfrazar los hechos. Bertram estaba aplanado.

—Ya lo oyes. Y ahora, ¿qué?

No es nunca agradable para un hombre que acaba de hacer el papel de macho dominador, tener que cambiar de canción y zozobrar en la más baja súplica, pero no veía otro camino. Mi voz, que hasta entonces había sido firme y sonora, se convirtió en un vacilante trémolo.

—¡Pero, Stiffy, por Dios! ¡No vas a hacer eso!

—Lo haré si no vas a charlar un ratito con tío Watkyn.

—Pero ¿cómo quieres que hable con él, Stiffy? ¡No me puedes imponer esa horrible tortura!

—Sí, puedo. ¿Y qué hay de horrible en eso? ¡No se te va a comer!

Tuve que admitirlo.

—Es cierto. Pero es lo único que puedes decir.

—No es más molesto que ir a casa del dentista.

—Será peor que ir seis veces a casa de seis dentistas.

—Piensa en lo contento que estarás cuando todo haya terminado.

La idea me fue de poco consuelo. La miré fijamente tratando de descubrir algún signo de flaqueza. ¡Ni uno! Había sido dura como un bistec de restaurante, y seguía siendo dura como un bistec de restaurante. Kipling tenía razón. La mujer es imbatible. No había que darle vueltas.

Hice una última súplica.

—¿No piensas abandonar tu posición?

—Ni un milímetro.

—¿A pesar del hecho —perdóname que lo mencione— de que te di en mi casa un excelente almuerzo, sin reparar en gastos?

—¡No!

Me encogí de hombros, como hubiera podido hacerlo un gladiador romano —uno de aquellos que arrojaban sábanas anudadas sobre la gente, por ejemplo—, al oír al traspunte pronunciar su nombre entre bastidores.

—Entonces, adelante —dije.

Me contempló maternalmente.

—Así me gusta. ¡Éste es mi valiente hombrecito!

En momentos de menor preocupación, hubiera podido ofenderme de oírme llamar «valiente hombrecito», pero en aquella hora amarga me dejó indiferente.

—¿Dónde está tu espantoso tío?

—Seguramente en la biblioteca.

—Muy bien. Entonces voy a su encuentro.

No sé si de niños les han contado a ustedes aquella historia de aquel hombre cuyo perro se pasó el rato mascando un inapreciable manuscrito del libro que estaba escribiendo. El truco estaba, si recuerdan, en que el hombre aquel dirigió a su perro una mirada de dolor y le dijo: «¡Oh, *Diamante*, *Diamante*! ¿Qué has…?, o quizá, ¿qué habéis?, no creo que nadie lo sepa. ¿Qué has o habéis hecho?» Me lo contaron de niño en la *nursery* y se me quedó grabado en mi mente. Y ahora lo menciono porque es exactamente la misma mirada que dirigí a Jeeves cuando salí de la estancia. En aquel momento no le conté el cuento, pero aseguraría que comprendió lo que estaba pensando.

Me molestó que, cuando pasé el umbral, Jeeves tuviese aquel aspecto de gritarme «¡Tally-Ho!» como en las cacerías. En aquellas circunstancias me pareció de dudoso gusto.

Capítulo IX

Quienes mejor conocen a Bertram Wooster han dicho de él que su naturaleza tiene cierta serenidad que lo faculta, por regla general, para subir los peldaños de su propia agonía, aun en las circunstancias más desfavorables. Pocas veces me siento incapaz de mantener alta mi frente y altanera mi mirada. Pero mientras me dirigía hacia la biblioteca a fin de cumplir con mi espantosa misión, tuve que admitir francamente que la vida me había singularmente debilitado. Al *avanzar* lo hice con paso vacilante.

Stiffy había comparado la misión que se me había encomendado a una visita a casa del dentista, pero mientras me acercaba a la mesa, sentía más bien la misma sensación de mis lejanos días escolares, cuando me dirigía a tener una entrevista con el director del colegio, en su despacho. Recordarán ustedes la escena, ya referida, del día en que, vestido con un pijama inencogible a rayas, me deslicé por la noche en los lares del reverendo Aubrey Upjohn en busca de galletas y me topé de manos a boca con el pájaro en persona, con un traje de tweed, y mirándome severamente. En aquella ocasión, antes de separarnos, nos habíamos dado cita para el día siguiente a las cuatro y media de la tarde, en el mismo lugar, y en aquel momento mi emoción era exactamente la misma que aquella remota tarde, cuando golpeé la puerta con los nudillos y oí una voz, escasamente humana, decirme que entrase.

La única diferencia era que así como el reverendo Aubrey estaba solo, Sir Watkyn Bassett parecía estar acompañado. Cuando golpeé la puerta con los nudillos me pareció oír voces y, cuando entré en la habitación, pude ver que mis oídos no me habían engañado. Pop Bassett estaba sentado a su mesa, y a su lado, de pie, estaba el agente de policía Eustace Oates.

Era un espectáculo que llevó al colmo la sensación de temblor que me dominaba. No sé si han comparecido ustedes nunca ante un tribunal de Justicia, pero, en el caso afirmativo, me creerán ustedes si les afirmo que aquella sensación forma, con el acto de encontrarse más tarde súbitamente enfrentado con un magistrado sentado y un agente de policía en pie, una asociación de ideas impresionante que atiende a lo inhumano.

La aguda mirada del viejo Bassett no tuvo por efecto calmar mi agitado pulso.

—¿Mr. Wooster?

—¡Oh… ah…! ¿Podría hablar con usted un momento?

—¿Hablar conmigo?

Comprendí en el acto que en el pecho de Sir Watkyn la repugnancia a tener que ver su santuario profanado por Wooster luchaba con sus deberes de anfitrión. Después de lo que pareció ser match nulo, estos últimos se llevaron la victoria.

—¡Ah, sí…! ¿Eh? Si quiere… ¡Sí, claro, desde luego! ¡Siéntese, por favor!

Así lo hice y me sentí muy mejorado. En los tribunales se permanece en pie. El

viejo Bassett, después de una rápida mirada en mi dirección para cerciorarse de que no estaba robando la alfombra, se volvió nuevamente hacia el policía.

—¡Bueno! Me parece que eso es todo, Oates.

—Muy bien, Sir Watkyn.

—¿Entiende usted bien lo que quiero que haga?

—Sí, señor.

—Y respecto al otro asunto, lo estudiaré detenidamente, sin olvidar lo que me ha dicho usted referente a sus sospechas. Hay que hacer una investigación rigurosísima.

El celoso guardián del orden salió. El viejo Bassett jugueteó durante un momento con los papeles de encima de la mesa. Después se fijó en mí.

—Era el policía Eustace Oates, Mr. Wooster.

—Sí.

—¿Lo conoce usted?

—Lo he visto una vez.

—¿Cuándo?

—Esta tarde.

—¿Y desde entonces, no?

—No.

—¿Está usted completamente seguro?

—¡Completamente!

—¡Hem…!

Jugueteó nuevamente con los papeles y tocó otro punto.

—Lamentamos mucho todos que no estuviese usted con nosotros en el salón después de la cena, Mr. Wooster.

La situación era, naturalmente, embarazosa. A un hombre sensible no le gusta revelar que ha estado huyendo de él como de un leproso.

—Le hemos echado a usted mucho de menos.

—¿De veras? ¡Cuánto lo siento! Tenía un poco de jaqueca y me he encerrado en mi habitación.

—¡Ya! ¿Y no se ha movido usted de allá?

—No.

—¿No habría ido usted por casualidad, a dar un paseo a fin de aliviar su jaqueca?

—¡Oh, no! No me he movido de allá.

—¡Ya! Es extraño. Mi hija Madeline me ha dicho que ha ido dos veces a su habitación, después de comer, y que estaba vacía.

—¿De veras? ¿No estaba yo allí?

—No estaba usted allí.

—Entonces es que estaría en otra parte.

—Se me había ocurrido la misma idea.

—¡Ahora me acuerdo! He salido en una o dos ocasiones.

—¡Ya!

Cogió una pluma y se inclinó hacia delante, golpeándose con ella el índice.

—Esta noche alguien le ha quitado el casco a Eustace Oates —dijo, cambiando de tema.

—¿Ah, sí?

—Sí. Desgraciadamente no pudo ver al malvado.

—¿No?

—No. En el momento en que se cometió el delito, estaba vuelto de espaldas.

—Verdaderamente es difícil ver a los malvados cuando se está de espaldas.

—Sí. —Sí.

Hubo un silencio y, a pesar de que continuaba reinando la misma atmósfera de tragedia, traté de alegrarla un poco con un chiste que recordé de mis tiempos de *in statu pupillari*.

—Esto le hace a uno pensar en aquello de *quis custodiet ipsos custodes*.

—¿Cómo dice usted?

—Es un chiste latino —le expliqué—. *Quis*, quienes. *Custodiet*, deben guardar; *ipsos*, a sí mismos;*custodes*, se guarden. Es gracioso, ¿verdad? Es curioso ver —añadí tratando de hacer comprensiva la situación aun para la más rudimentaria inteligencia—, que a un sujeto que tiene por oficio impedir que los sujetos les quiten cosas a los demás sujetos, venga un sujeto y le quite el casco a él.

—¡Ah, sí! Ya comprendo. Sí, comprendo que haya ciertas mentalidades capaces de ver un lado humorístico en el asunto. Pero le aseguro, Mr. Wooster, que no es bajo ese aspecto que se presenta ante mí como juez de paz. Tengo del asunto un concepto de suma gravedad, y en su consecuencia, una vez el culpable sea detenido y encarcelado haré cuanto esté en mi mano por castigarlo severamente.

No me gustó el tono con que pronunció estas palabras. Sentí una profunda inquietud por el pobre Stinker.

—¿Cuánto cree usted que le puede costar?

—Aprecio su celo en aprender, Mr. Wooster, pero, de momento, no puedo hacerle confidencias. Usando las palabras del difunto Lord Asquith, únicamente puedo decirle: «Espere y verá.» Creo que es posible que su curiosidad quede satisfecha antes de poco.

No me gusta volver a abrir viejas heridas, porque siempre he sido hombre al que ha gustado dejar que el pasado muerto siga enterrado, pero pensé que sería oportuno lanzarle una pulla.

—A mí me puso usted una multa de cinco libras, una vez —le recordé.

—De eso me ha informado usted esta tarde —dijo mirándome fríamente por encima de los lentes—. Pero si he comprendido correctamente lo que me dijo, el

delito por el cual compareció usted ante mí en Bosher Street, fue perpetrado la noche de las regatas nocturnas entre las Universidades de Oxford y Cambridge, durante la cual las autoridades tienen tradicionalmente cierta indulgencia. En este caso, no concurren estas circunstancias atenuantes. No castigaré, ciertamente, el escandaloso robo de un objeto propiedad del Estado, usado por el agente de policía Oates, con una mera multa.

—¿No me va usted a decir que lo va a meter en chirona?

—Ya le he dicho a usted que no podía hacerle confidencias, pero, puesto que hemos ido tan lejos, lo haré. La respuesta a su pregunta, Mr. Wooster, es afirmativa.

Hubo un silencio. Seguía golpeándose los dedos con la pluma. Yo, si la memoria no me es infiel, me arreglé la corbata. Estaba profundamente consternado. La idea de ver al pobre Stinker encerrado en la Bastilla era suficiente para perturbar la mente de cualquiera que se interesase por su carrera y sus proyectos. No hay nada que retrase tanto el avance de un eclesiástico en la carrera elegida corno una temporadita de cárcel.

Bajó la pluma.

—Bien, Mr. Wooster. ¿Quiere usted decirme qué es lo que le ha traído a usted aquí?

Tuve un ligero sobresalto. No es que hubiese olvidado por completo mi misión, desde luego, pero con aquel siniestro asunto se me había ido de la cabeza, y su súbita evocación me dio un escalofrío.

Me pareció que valía la pena que hubiesen algunos *pourparlers* antes de entrar en el fondo del asunto. Cuando las relaciones entre un tipo y otro tipo son de una índole poco cordial, al segundo tipo le es difícil entrar directamente en materia para explicar que quiere casarse con la sobrina del primero. Es decir, si este segundo tipo tiene sentido de lo factible, como es el caso con los Wooster.

—¡Ah, sí! ¡Gracias por recordármelo!

—No hay de qué.

—Pues he pensado: ¡vamos allá a charlar un rato!

—¡Ya!

Tuve la sensación de que me aproximaba al fondo del asunto. Y en aquel momento me sentí invadido de una corriente de confianza.

—¿Ha pensado usted alguna vez en el amor, Sir Watkyn?

—¿Cómo dice usted?

—En el amor. ¿No ha pensado usted nunca en él profundamente?

—¿Ha venido usted aquí a hablarme de amor?

—¡Sí! ¡A eso he venido! ¡Exactamente! No sé si se ha dado usted cuenta de que el amor está en todas partes. Es imposible librarse de él. Doquiera que vaya, allí está acechándole. ¡Es una cosa notable! Fíjese usted en las lagartijas por ejemplo.

—¿Se encuentra usted del todo bien, Mr. Wooster?

—¡Oh, perfectamente, gracias! Tome usted las lagartijas, como iba diciendo. No lo creerá usted, pero Gussie Fink-Nottle me ha dicho que durante la época del celo se vuelven locas. Se pasan horas enteras meneando la cola y contemplando las bellezas del lugar. Y las estrellas de mar, lo mismo. Y los gusanos de agua, igual.

—Mr. Wooster…

—Y, según Gussie, incluso las algas marinas. Esto le sorprende, ¿no? A mí me sorprendió profundamente. Pero me aseguró que era verdad. No le puedo decir qué es lo que siente un alga acuática, pero lo cierto es que cada vez que hay luna llena siente la fuerza del amor y se porta lo mejor que puede. Supongo que lo debe hacer para quedar bien delante de las otras algas, que naturalmente sienten también la influencia de la luna llena. En fin, sea como sea, lo que quiero decir es que la luna es llena estos días, y si es capaz de afectar a las algas, ¿puede usted censurar que un hombre como yo sienta su impulso…?

—Temo que…

—¿Verdad que no puede usted…? —insistí. Y añadí un «¿Qué le parece?», para remachar el clavo.

Pero en su mirada no había el más ligero destello de comprensión. Había estado mirándome con el aspecto del hombre a quien escapan los mejores detalles de una cosa y seguía haciéndolo.

—Temo, Mr. Wooster, que me juzgue usted tardo en comprensión, pero no tengo la más remota idea de lo que me está diciendo usted.

Ahora que había llegado la hora de soltar la bomba, veía con alegría que aquella angustiosa sensación que me atenazaba la garganta se había desvanecido. No diré que hubiese llegado a sentirme plenamente complacido, ni que estuviese dispuesto a sacudir una motita de ceniza de mis irreprochables puños, pero sí sentía una sensación de perfecta calma.

La causa de aquella beatitud era la certeza de que, en otro abrir y cerrar de ojos, le largaría una carga de dinamita al viejo carcamal aquél, y le enseñaría que en la vida no todo es placer. Cuando un magistrado le ha quitado a uno cinco blancas palomas por una falta que, examinada profundamente, no era más que un pecadillo de muchacho que hubiera sido suficientemente castigado con levantar un índice amenazador y decir: «¡Chist, chist!», siempre es agradable hacerle saltar como los granos de maíz en la sartén.

—Hablaba de Stiffy y de mí.

—¿Stiffy?

—Stephanie.

—¿Stephanie? ¿Mi sobrina?

—La misma. Su sobrina. Sir Watkyn —dije recordando la frase oportuna—,

tengo el honor de pedir a usted la mano de su sobrina.

—¿Qué… cómo…?

—Que tengo el honor de pedir a usted la mano de su sobrina.

—No le entiendo.

—Es muy sencillo. Quiero casarme con la joven Stephanie. Ella quiere casarse conmigo. Creo que ahora me habrá entendido. Aprenda usted de las algas marinas.

El efecto no tuvo precio. Al oír la expresión «la mano de su sobrina» pegó un bote en su sillón como un faisán acosado. Después se desplomó suavemente, abanicándose con la pluma. Parecía haber envejecido en un instante.

—¿Que ella quiere casarse con usted?

—Exacto.

—¡Pero si yo no sabía que conociese usted a mi sobrina!

—¡Mucho! Si quiere usted saber detalles, le diré que estamos cansados de pelar la pava. ¡Claro que conozco a Stiffy! ¡En fin! Si no la conociese, no pretendería casarme con ella, ¿verdad?

Pareció comprender la justeza del razonamiento. Permaneció silencioso, salvo un ligero gruñido que lanzaba. Recordé otra frase de gran éxito.

—¡No va usted a perder una sobrina! ¡Va usted a tener un sobrino más!

—¡Pero si no quiero ningún sobrino más, caray!

La cosa iba bien.

Se levantó, y murmurando algo que sonaba como «¡Caramba, caramba!», se acercó a la chimenea y apretó débilmente el botón del timbre. Volviendo a su sitio permaneció con la cabeza entre las manos hasta que entró el mayordomo.

—Butterfield —dijo en voz baja y sombría—, dígale a Miss Stephanie que deseo hablar con ella.

Hubo entonces una espera espectacular, pero no tan larga como podría creerse. Había transcurrido apenas un minuto, cuando apareció Stiffy. Supongo que debía de estar por los alrededores, esperando que fuesen a buscarla. Entró, con aspecto alegre y jovial.

—¿Quieres verme, tío Watkyn? ¡Hola Bertie!

—Hola.

—¡No sabía que estuvieses aquí! ¿Habéis charlado a gusto?

El viejo Bassett, que parecía estar otra vez en la agonía, salió de ella y soltó un alarido semejante al graznido de un pato al que degüellan.

—«A gusto» no es la expresión que hubiera yo empleado —dijo humedeciendo sus labios lívidos—. Mr. Wooster acaba de informarme de que desea casarse contigo.

Tengo que confesar que Stiffy hizo una representación impresionante. Le miró fijamente. Me miró fijamente. Juntó sus manos. Creo incluso que se sonrojó.

—¡Pero, Bertie!

El viejo Bassett rompió la pluma. Hacía ya rato que lo esperaba.

—¡Oh, Bertie, estoy muy orgullosa de ello!

—¿Orgullosa? —preguntó el viejo Bassett, con una voz en la que creí ver una nota de incredulidad—. ¿Has dicho orgullosa?

—¿Qué quieres? Es el mayor halago que un hombre puede hacer a una mujer. Todo el mundo está de acuerdo en ello. Estoy profundamente halagada y agradecida… y… en fin… todo lo que se dice. Pero, Bertie, querido, lo siento en el alma, pero temo que no sea posible…

No creía que hubiese en el mundo nada capaz de reanimar tan eficazmente a un hombre como una de aquellas pócimas matinales de Jeeves; pero estas palabras actuaron sobre el viejo Bassett todavía con mayor prontitud y vigor.

—¿Imposible? ¿No quieres casarte con él?

—No.

—Pues él ha dicho que querías.

—Debió pensar en otra pareja. No, Bertie, querido, no puede ser. ¿Comprendes? ¡Amo a otro hombre!

El viejo Bassett se sobresaltó.

—¿Eh? Cómo?

—¡El hombre más maravilloso del mundo!

—¡Supongo que tendrá un nombre!

—Harold Pinker.

—¿Harold Pinker…? ¿Pinker…? El único Pinker que conozco es el…

—¡El mismo! ¡Exacto!

—¿Estás enamorada del pastor?

—¡Ah…! —dijo Stiffy, poniendo los ojos en blanco como había hecho tía Dalia al hablar de los méritos del chantaje—. Hace ya semanas que estamos prometidos secretamente.

Era evidente que la noticia no contaba, para el viejo Bassett, entre las susceptibles de causarle gran alegría. Su entrecejo se frunció como el del cliente del restaurante que, al atacar su docena de ostras, se da cuenta de que la primera está pasada. Comprendí que cuando Stiffy me había dicho que había que preparar a su tío antes de espetarle la noticia, había demostrado tener un profundo conocimiento de la naturaleza humana, si es que puedo expresarme así. Se vio claramente que el viejo Bassett compartía la casi universal opinión de que la gente de iglesia, en cuanto a presuntos maridos, no son precisamente motivo para coronarlos de rosas.

—¿Sabes aquel vicariato que tienes en tus tierras, tío? Pues Harold y yo hemos pensado que podías dárselo y nos podríamos casar en seguida. ¿Comprendes? Aparte del aumento de ingresos que esto representa, le abre camino para más altos designios. Hasta ahora ha permanecido en la sombra. Mientras sea sólo pastor, no tendrá

porvenir. Pero lárgale un vicariato y lo verás medrar. ¡Te aseguro que, en cuanto se escupa en las manos y diga «¡Manos a la obra!», no hay eminencia a la que este hombre no sea capaz de trepar.

Se estremeció con juvenil entusiasmo desde la base hasta la cúspide, pero el viejo Bassett no demostró el menor entusiasmo juvenil. Desde luego, era lógico que no lo hiciese, pero lo que afirmo es que no lo hizo.

—¡Completamente ridículo!

—¿Por qué?

—¡Jamás hubiera soñado…!

—¿Por qué no?

—En primer lugar eres demasiado joven…

—¡Qué tontería! Tres de mis amigas de colegio se casaron el año pasado. Comparada con la mayoría de las muchachas que hoy se llevan al altar, soy una anciana.

El viejo Bassett dio un puñetazo sobre la mesa, cayendo su puño con gran satisfacción mío sobre un papel delator. La profunda angustia infiltró cierta vehemencia en su tono.

—¡Todo esto es absurdo y completamente fuera de lugar! ¡Rehúso terminantemente tomar en consideración tu proyecto!

—Pero ¿qué tienes que objetar contra Harold?

—Tal como lo preguntas, nada. Parece celoso de sus deberes y es querido en la parroquia…

—¡Es un cordero inocente!

—No lo dudo.

—Defendió a Inglaterra en el fútbol.

—Es muy posible.

—Juega maravillosamente al tenis.

—Lo sé. Pero todo esto no son razones para que se case con mi sobrina. ¿Qué ingresos tiene, si es que tiene alguno, además de su estipendio?

—Unas quinientas libras al año.

—¡Bah…!

—¡Pues yo creo que no está mal! Me parece que quinientas libras al año está bastante bien. Además el dinero no importa.

—¡Importa muchísimo!

—¿Eso crees?

—¡Claro! ¡Hay que ser práctico!

—¡Está bien! ¡Seré práctica! Si crees que debo casarme por dinero me casaré por dinero. Bertie tiene mucho. ¡Puedes encargarte los pantalones para la boda!

Sus palabras crearon lo que se conoce por «extraña sensación». El «¿Qué?» del

viejo Basset y el «¡Eh, eh!, ¿qué es eso…?» mío, salieron a la vez de nuestras gargantas y se mezclaron en el aire, teniendo quizá mi exclamación más fuerza explosiva. Estaba francamente consternado. La experiencia me había demostrado que con las muchachas no se sabe nunca lo que puede pasar, y que era perfectamente posible que se le ocurriese convertir el proyecto en realidad. No hay nadie que pueda darme lecciones en materia de actitudes. Brinkley Court, durante el verano precedente, me había enseñado bastante.

—Bertie ha salido a escena, y, como aconsejas, creo que no estará mal darle un pellizco a los millones de Wooster. Desde luego, querido Bertie, me caso contigo únicamente para hacerte feliz. Jamás podré amarte como a Harold. Pero, en vista del declarado prejuicio de tío Watkyn contra él…

Bassett golpeó otra vez la mesa violentamente, pero esta vez no pareció darse cuenta.

—Hija mía, no digas tonterías. Estás completamente equivocada. Tienes que haberme entendido mal. No tengo prejuicio alguno contra el joven Pinker; lo aprecio y lo respeto. Si verdaderamente crees que tu felicidad está en ser su mujer seré la última persona del mundo en apartarte de su camino. ¡Cásate con él si quieres! Ante esta alternativa…

No dijo más, pero me dirigió una prolongada mirada que me hizo estremecer. Después, como si la sola vista de mi persona fuese más de lo que su frágil constitución le permitiese soportar, apartó la vista de mí, para dirigirme de nuevo una breve y penetrante mirada. Había entornado sus ojos y se había arrellanado en el sillón, respirando en un estertor. Y como me pareció que nada me retenía ya allí, me escabullí silenciosamente. Lo único que vi fue que se sometía, sin demostrar placer alguno, a un abrazo de su sobrina.

Supongo que cuando se tiene un tío como Sir Watkyn Bassett, el abrazo de una sobrina debe ser cosa a despachar rápidamente. No había transcurrido un minuto cuando Stiffy salió de la habitación y empezó unos pasos de danza.

—¡Qué hombre! ¡Qué hombre! ¡Qué hombre! ¡Qué hombre! —dijo levantando los brazos y haciendo otros gestos de bien-être—. Me refiero a Jeeves —explicó, como si temiese que yo pudiese pensar que aludía al viejo Bassett—. ¿No dijo que todo iría bien? ¡Claro que lo dijo! ¿Y no tenía razón? ¡La tenía! ¡Bertie! ¿Se le puede dar un beso a Jeeves?

—De ninguna manera.

—¿Puedo besarte a ti?

—No, gracias. Todo lo que te pido, Byng, es la agenda.

—Pues yo tengo que besar a alguien, y ¡que me condene si voy a besar a Eustace Oates! Se calló y tomó una expresión sombría. —Eustace Oates —repitió meditativa —. Esto me recuerda… Con la precipitación de los recientes acontecimientos lo había

completamente olvidado. Acabo de cambiar unas cuantas palabras con Eustace Oates, mientras esperaba en la escalera, y estuvo francamente siniestro.

—¿Dónde está la agenda?

—¡Déjate de agendas! El tema que discutimos es Eustace Oates y su aspecto siniestro. Está sobre mi pista en el asunto del casco.

—¿Qué…?

—Lo que oyes. Soy la Sospechosa Número Uno. Me ha dicho que ha leído muchas novelas policíacas, y que lo primero que un policía hace es buscar el móvil del crimen. Después de esto, la posibilidad. Y finalmente los indicios. Como ha señalado, el rencor que llevo en el pecho por su enérgica conducta con *Bartholomew* es móvil suficiente; y sabiendo que había salido a la hora aproximada en que se cometió el delito, pude también tener oportunidad de cometerlo. En cuanto a indicios, ¿qué creerías que tenía en la mano? ¡Uno de mis guantes! Lo había encontrado en el lugar del crimen, mientras medía las huellas de pasos y buscaba ceniza de cigarro. Recordarás que cuando Harold me trajo los guantes, sólo había uno de ellos. Probablemente dejó caer el otro al suelo al coger el casco.

Mientras reflexionaba sobre esta nueva prueba de la torpeza de Harold, invadió mi alma una sensación de tristeza é inquietud. En sus nuevos métodos para provocar catástrofes había una especie de repugnante ingenuidad.

—¡Probablemente! —exclamé.

—¿Qué quieres decir con «probablemente»?

—Lo dejó caer, ¿no?

—¿Y qué significa decir si lo dejó caer o no con ese tono de mofa y desprecio, como si estuviese terriblemente asustado? No te comprendo, Bertie, te pasas el día censurando a Harold. Creía que le querías mucho.

—Le quiero como a un animal. Pero esto no altera mi opinión de que de todas las calabazas que han predicado sobre los heveos y los jebuseos, es el número uno.

—No es tan calabaza como tú.

—Lo es, haciendo una estimación optimista, veintisiete veces más que yo. Él empieza donde yo acabo. Es triste, muy triste, decirlo, pero es más calabaza que Gussie.

Con visible esfuerzo, disimuló su creciente cólera.

—¡Bueno!, dejemos eso. El punto es que Eustace Oates está sobre mi pista, y tengo que encontrar rápidamente un escondite para el casco más seguro que mi cómoda. Antes de que me dé cuenta, este Sherlock estará inspeccionando mi habitación. ¿Dónde crees que sería un buen escondite?

Hice un gesto de indiferencia.

—¡Oh, déjame! Haz uso de tus sesos. Para volver al asunto principal, ¿dónde está la agenda?

—¡Oh, Bertie, qué pesado estás con la agenda! ¿No podrías hablar de otra cosa?

—¡No, no puedo! ¿Dónde está?

—Cuando te lo diga te reirás.

Le dirigí una severa mirada.

—Es posible que un día pueda volverme a reír, cuando haya abandonado esta mansión del terror; pero hay pocas probabilidades de que ocurra en el momento actual. ¿Dónde está la agenda?

—Pues, si quieres saberlo, la escondí en la jarrita para la leche.

Todos hemos leído historias en las que las cosas se oscurecen y desaparecen a los ojos de la gente. Al oír estas palabras, Stiffy se oscureció y desapareció de mi vista. Me pareció una negra temblorosa.

—¿Qué…? ¿Cómo dices?

—La escondí en la jarrita.

—Pero ¿por qué diablos has hecho esto?

—Se me ocurrió…

—¿Y cómo voy a cogerla yo…?

Una ligera sonrisa curvó los labios del joven pimpollo.

—¡Haz uso de tus sesos! —dijo—. Bueno, Bertie, hasta pronto.

Desapareció y yo permanecí apoyado a la barandilla de la escalera, tratando de orientarme en aquel terrible laberinto. El mundo entero vacilaba ante mis ojos, cuando un momento después me di cuenta de que un mayordomo, también vacilante, se dirigía a mí.

—Perdone el señor. Miss Madeline me ha pedido que dijese al señor que celebraría que el señor pudiese dedicarle un momento.

Contemplé tristemente aquel mayordomo, como el prisionero que ve llegar a su carcelero al alba, para anunciarle que el pelotón de ejecución está a punto. Desde luego, sabía lo que aquello representaba. Había reconocido la voz del mayordomo como lo que era: la voz del destino. No había más que una cosa de que Madeline Bassett se alegrase de poderme hablar, si podía dedicarle un momento.

—¡Ah!, ¿sí? —dije.

—Sí, señor.

—¿Dónde está Miss Bassett?

—En el salón, señor.

—Muy bien.

Me fortifiqué con el viejo temple de los Wooster. Alcé la frente y eché atrás mis espaldas.

—Guíeme usted —dije al mayordomo. Y el mayordomo me guió.

Capítulo X

El sonido de una suave música procedente del salón, percibida mientras me acercaba a él, no contribuyó a mejorar el aspecto general de mi situación, y, cuando al entrar vi a Madeline, medio desfallecida, sentada al piano, casi me decidí a dar media vuelta y marcharme. No obstante, rechacé el impulso y ataqué violentamente con una tentativa verbal:

—¿Qué hay?

Mi exclamación no trajo inmediata respuesta. Se había levantado y, durante quizá medio minuto, permaneció mirando inmóvil, con una mirada como la que debía tener Mona Lisa en aquellas mañanas en que todas las contrariedades de la tierra le eran servidas en bandeja. Finalmente, en el momento en que yo empezaba a creer oportuno llenar el vacío con alguna observación sobre el tiempo, dijo:

—Bertie…

Pero no fue más que un destello en la oscuridad. De nuevo reinó el silencio.

—Bertie…

¡Nada! Otra pausa.

Empecé a sentir la emoción del momento. Habíamos ya tenido una de esas conversaciones semisordomudas en Brinkley Court durante el verano, pero en aquella ocasión había podido facilitar las cosas hablando de asuntos teatrales, durante los espantosos huecos de las conversaciones. Nuestra charla anterior, como puede acaso recordarse, había tenido lugar en el comedor de Brinkley durante una comida fría, y fue notablemente facilitada por el hecho de separarnos a intervalos una fuente de huevos al *curry*, o de hojaldres de queso. En ausencia de aquellos manjares nos lanzábamos una serie de miradas fijas, y esto crea siempre una situación embarazosa.

Sus labios se abrieron. Comprendí que iba a decir algo. Se tragó un par de veces la saliva y empezó:

—Bertie…, quería verte…, te he pedido que vinieses, porque… quería decirte que… ¡Bertie…! Mis relaciones con Gussie han terminado.

—Ya lo sé.

—¿Lo sabías?

—Sí. Me lo ha dicho él.

—Entonces sabrás por qué te he pedido que vinieras. Quería decirte…

—Sí…

—Que deseo…

—Sí.

—Hacerte feliz.

Durante un momento pareció sufrir nuevamente el retorno de aquella especie de ahogo, pero tragó un par de veces más la saliva y continuó:

—Quiero ser tu esposa, Bertie.

Supongo que, después de esto, la mayor parte de los hombres hubieran considerado perfectamente inútil intentar luchar contra lo inevitable, pero yo no. Ante la perspectiva de la hoguera, hubiera sido una idiotez no echar mano del último recurso.

—Es muy gentil de tu parte —dije cortésmente—. Profundamente sensible al honor que me haces; pero ¿has reflexionado bien? ¿Lo has pensado bien? ¿No crees que te portas un poco mal con Gussie?

—Cómo! ¿Después de lo que ha ocurrido esta tarde?

—Precisamente quería hablarte de ello. Yo siempre he creído que en estas ocasiones, antes de tomar alguna determinación, es conveniente tener un rato de conversación con un hombre maduro, y poner las cosas en claro. Supongo que no te gustaría más tarde tener que mesarte el pelo y retorcerte las manos, gritando: «¡Ah, Dios mío! ¡Si lo hubiese sabido antes!» En mi opinión, el asunto debe ser nuevamente analizado con ánimo conciliador. Si quieres saber mi opinión, creo que acusas injustamente a Gussie.

—¿Injustamente? ¿Cuando con mis propios ojos le he visto…?

—Sí, pero has interpretado la cosa mal. Déjame que te explique.

—No hay explicación posible. No quiero que me hables más de eso, Bertie. He borrado a Augustus de mi vida. Hasta esta noche, le he visto a través de la dorada neblina del amor, y le he creído un hombre perfecto. Esta tarde se ha revelado como lo que realmente es: un sátiro.

—Pero si voy precisamente a eso. Aquí es donde te armas un lío. Escucha…

—No quiero hablar más de él.

—Pero…

—¡Basta!

—Muy bien. Entonces, muy bien.

Me callé. Es imposible manejar el *tout comprendre c'est tout pardonner*, si la muchacha no quiere escuchar. Volvió la cabeza, sin duda para ocultar una lágrima furtiva, y siguió un intervalo durante el cual se secó los ojos con un pañuelo, y viendo mi mirada, hundió el pico en una jarra de *pot-pourri*.

Después habló nuevamente.

—Es inútil, Bertie. Sé, naturalmente, por qué hablas así. Es a causa de tu bondad y gentileza innatas. Sé que nada en el mundo te impedirá ayudar a un amigo, aun cuando sea a costa de tu propia felicidad. Pero nada de lo que digas me hará cambiar de parecer. He terminado con Augustus. A partir de esta noche no será para mí más que un recuerdo que irá palideciendo a través de los años, mientras tu vida y la mía se ligan más y más íntimamente. Tú me ayudarás a olvidar. Contigo a mi lado, seré capaz de vencer el hechizo de Augustus… Y ahora creo que debería ir a decírselo a

papá.

Quedé inmóvil. Recordaba todavía la expresión de Pop Bassett cuando creyó que me iba a tener por sobrino. Creí que sería verdaderamente un poco duro ir a decirle, mientras temblaba todavía hasta lo más profundo de su alma al recordar la milagrosa salvación, que me iba a tener por yerno. No me gustaba nada Pop Bassett; pero, en el fondo, uno tiene instintos humanitarios.

—¡Ay, mi tía! —exclamé—. ¡No hagas eso!

—Es necesario. Tiene que saber que voy a ser tu esposa. Se figura que me voy a casar con Augustus dentro de tres semanas.

Reflexioné sobre todo esto. Comprendí que, efectivamente, un padre tiene que estar enterado de estas cosas. No se puede dejar que las cosas sigan así y que el pobre hombre, un día, se presente en la iglesia de chistera, con una flor en el ojal, y se entere de que la boda se ha suspendido sin que nadie le haya dicho una palabra.

—Bueno, pero no le digas nada esta noche —supliqué—. Déjale reaccionar. Acaba de pasar por una prueba muy dura.

—¿Una prueba?

—Sí, no se ha tranquilizado todavía.

Una mirada de inquietud apareció en sus ojos, y su cuerpo sufrió una ligera sacudida.

—Entonces no me equivocaba. Me pareció que le pasaba algo cuando hace un momento le encontré que salía de la biblioteca. Iba enjugándose la frente y pareció como si gimiese. Y cuando le pregunté si le ocurría algo, me contestó que todos teníamos que llevar nuestra cruz en la vida, pero que él no podía quejarse, porque las cosas no estaban tan mal como hubieran podido estar. No entendí lo que había querido decir. Entonces dijo que iba a tomar un baño caliente y tres aspirinas y a meterse en cama. ¿Qué ha ocurrido?

Comprendí que revelar toda la verdad era complicar más una situación ya de por sí complicada. Dije, pues, únicamente un aspecto de ella.

—Stiffy acaba de decirle que quiere casarse con el pastor.

—¿Stephanie? ¿Con el pastor? ¿Con Mr. Pinker?

—El mismo. Con mi viejo Stinker Pinker. Y todo esto lo ha alterado un poco. No parece tener gran afición al clero.

Respiraba afanosamente, emocionada, como el perro *Bartholomew* cuando terminó de comerse la bujía.

—Pero…, pero…

—¿Qué?

—¿Pero es que Stephanie está enamorada de Mr. Pinker?

—Mucho. De eso no hay duda.

—Pero, entonces…

Vi en el acto lo que pensaba y me agarré a ello rápidamente.

—Ibas a decir que en este caso no puede haber nada entre ella y Gussie, ¿no? ¡Exacto! ¡Me parece que es una prueba! ¡Éste es el punto que había tratado de demostrarte desde el principio de nuestra conversación!

—Pero, Gussie…

—Sí, ya sé lo que hizo. Pero los motivos que tuvo para hacerlo son tan puros como la blanca nieve. Más puros, si es posible. Estoy dispuesto a contártelo todo y apuesto cien a ocho a que, cuando termine, admitirás que era más digno de lástima que de censura.

Dad a Bertram Wooster una buena historia que contar, y veréis cómo sabe narrarla. Empezando por el principio, con el terror de Gussie ante la perspectiva de tener que hacer un discurso durante el banquete de boda, la llevé paso a paso a través del subsiguiente desarrollo de los acontecimientos, y puedo asegurar que fui claro y preciso como un diamante. Cuando llegué al capítulo final, vi todavía en su mirada una pizca de sospecha, pero inclinada hacia la convicción.

—¿Y dices que Stephanie ha escondido la agenda en la jarrita de papá?

—En el profundo abismo de la jarrita.

—¡En mi vida he oído historia más extraordinaria!

—¡Extraña!, sin duda. Pero digna de ser tragada, ¿no crees? Lo que hay que tomar en consideración es la psicología del individuo. Dirás que ni que te pagasen llegarías a tener una psicología como la de Stiffy, pero es la suya y no hay más que hacer.

—¿Estás seguro de que no te estás inventando todo eso, Bertie?

—¿Para qué quieres que lo invente?

—Ya sé lo altruista que eres.

—¡Ah!, ya comprendo. No; ten la seguridad de que no. Ésta es la auténtica versión oficial. ¿No me crees?

—Te creeré si encuentro la agenda donde dices que la puso Stephanie. Creo que debo ir a buscarla.

—Iré yo.

—¡No, yo!

—Muy bien.

Salió precipitadamente y yo me senté al piano y empecé a tocar *Los días felices han vuelto de nuevo*, con un dedo. Era el único medio de expresión de que disponía. Hubiera preferido poder disponer de un par de huevos al *curry*, porque tantas emociones me habían debilitado un poco; pero, como he dicho, no había huevos al *curry* de que disponer.

Estaba profundamente satisfecho. Me sentía como el corredor del Marathon, que, después de haberse agotado hasta quedar exhausto, al final llega a la cinta de la meta.

La única cosa que impedía que mi satisfacción fuese completa, era la angustiosa idea de que en aquella mansión de mal agüero había siempre el peligro de que ocurriese algo que viniese a echar por los suelos el feliz desenlace de la aventura. En cierto modo me era difícil ver a Totleigh Towers arrojar la esponja tan fácilmente como parecía hacerlo. Temía que hubiera gato encerrado.

Y no me equivocaba. Cuando pocos minutos después regresó Madeline Bassett, no llevaba agenda alguna en sus manos. Había sido incapaz de descubrir el menor indicio de ella en el lugar indicado. Y de ello deduje, a juzgar por sus palabras, que había cesado totalmente de creer en la existencia de la agenda.

No sé si alguna vez en vuestra existencia habéis recibido un cubo de agua fría en la cabeza. Yo recibí uno una vez, cuando muchacho, por mediación de un compañero mío, a causa de ciertas divergencias de opinión. En aquel momento experimenté exactamente idéntica sensación.

Estaba desconcertado. Como había dicho el agente de policía Oates, lo primero que hace el astuto investigador cuando empieza a estudiar un asunto es averiguar cuáles pudieron ser los móviles; pero me era imposible comprender qué móvil pudo inducir a Stiffy a decirme que la agenda estaba en la jarrita cuando no estaba. Con mano firme, aquella muchacha se había burlado de mí, y éste era el punto que me preocupaba. ¿Por qué se había burlado de mí? Hice cuanto pude.

—¿Estás segura de haber buscado bien?

—Completamente segura.

—Quiero decir minuciosamente.

—Minuciosamente.

—Stiffy me juró que estaba allí.

—¿De veras?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no creo que exista tal agenda.

—¿Entonces no das crédito a mis palabras?

—No.

Me parece que, después de esto, poco había que decir. Hubiera podido decir «¡Oh!» o algo parecido, pero no recuerdo haberlo dicho. Abrí la puerta y salí como deslumbrado, reflexionando.

Ya sabéis lo que ocurre cuando se reflexiona. Se queda uno absorbido, concentrado. Es imposible darse cuenta de los fenómenos exteriores. Creo que debía estar a la mitad del pasillo que conducía a mi cuarto, cuando el ruido de una lucha penetró en mi conciencia y me obligó a detenerme, a mirar y a escuchar.

La lucha a que me refiero era una especie de lucha a puñetazos, como si alguien estuviese golpeando a otro. Y apenas me había dicho: «¿Qué es eso? ¿Una pelea?», cuando vi quién era el luchador. Era Roderick Spode y los puñetazos iban dirigidos a

la puerta de la habitación de Gussie Fink-Nottle. En el momento en que llegué estaba asestando otro puñetazo a la madera.

El espectáculo apaciguó inmediatamente mi batallador sistema nervioso. Me sentí otro hombre. Y diré por qué.

Todo el mundo ha experimentado la sensación de alivio que se siente cuando, después de haber sido traído y llevado por fuerzas que escapan a nuestro dominio, se encuentra de repente en frente de alguien a quien puede dominar a su antojo. El príncipe del comercio, cuando las cosas van mal, la toma con el jefe de personal. El jefe de personal con el último subalterno. Ése con el botones y el botones le da un puntapié al gato. El gato sale arreando a la calle, encuentra un gato más pequeño que él, y éste, una vez terminado el encuentro, se pone en afanosa búsqueda de un ratón.

Esto fue lo que me ocurrió. Exasperado hasta el punto de estallar, por los Pops Bassetts y las Madelines Bassetts y las Stiffys Byngs, y perseguido como un malvado por el implacable destino, hallé una sensación de solaz alivio en la idea de que podía descargar toda mi pesadumbre sobre Roderick Spode.

—¡Spode! —grité enérgicamente. Se detuvo con el puño levantado y volvió hacia mí un rostro congestionado. Entonces, al ver con quién hablaba, el resplandor de fuego desapareció de su mirada. Se inclinó respetuosamente.

—¿Qué es eso, Spode? ¿Qué pasa?

—¡Oh! ¡Hola, Wooster! ¡Qué noche más bella!

Empecé a volcar sobre él todos mis agravios.

—No se trata de si hace o no buena noche, Spode —dije—. Palabra, Spode, ¡esto es ya demasiado! Esto es la gota de agua que hace desbordar el vaso y obliga a un hombre a tomar medidas enérgicas.

—Pero, Wooster…

—¿Qué significa esto de molestar a todo el mundo con este escándalo? ¿Ha olvidado usted ya lo que le dije respecto a refrenar esta tendencia suya a meter más bullicio que un hipopótamo rabioso? Después de lo que le dije, tenía motivos para esperar que pasase usted el resto de la velada consagrado a la lectura de un buen libro. ¡Pero, no! Le encuentro a usted intentando nuevamente atacar a mis amigos. Tengo que prevenirle, Spode, que mi paciencia no es inagotable.

—Pero, Wooster, usted no comprende…

—¿Qué es lo que no comprendo?

—No sabe usted la provocación que he recibido por parte del espantapájaros ese de Fink-Nottle. Tengo que retorcerle el pescuezo —añadió con mirada sombría.

—Usted no le retuerce el pescuezo.

—Pues lo aplastaré como una rata.

—No lo aplastará usted como una rata.

—¡Pero si va diciendo que soy un asno engreído!

—¿Cuándo le ha dicho a usted eso Gussie?

—No es exactamente que me lo haya dicho. Pero lo ha escrito. ¡Mire! ¡Aquí está!

Y puso ante mis ojos una agenda, pequeñita, marrón, con cubierta de piel.

Pensando nuevamente en Arquímedes, la descripción que Jeeves me había hecho de la escena del descubrimiento de la ley del desplazamiento de los cuerpos, aun cuando breve, me había producido profunda impresión, creando ante mí una viva imagen de lo que debió haber sido aquel momento. Vi claramente al sabio probando la temperatura del agua con los dedos del pie…, entrando…, sumergiéndose. Había seguido en espíritu todos sus movimientos: el enjabonamiento de la cara, el champú en el pelo, una cancioncita alegre…

Y de pronto, al llegar al agudo, un silencio. Su voz se ha apagado. A través de sus párpados entornados se pueden ver sus ojos brillando con un extraño resplandor. El jabón cae de su mano, desatendido. Y lanza un grito de triunfo: «¡Ya lo tengo! ¡Qué bien! ¡El principio del desplazamiento de los cuerpos!» Y salta de la bañera más contento que si hubiese ganado un millón de dólares.

La aparición de la agenda me afectó exactamente de la misma manera. Hubo el mismo momento de angustioso silencio seguido de un grito triunfal. Y no me cabe la menor duda de que mientras tendía una mano autoritaria, mis ojos brillaban con una extraña luz.

—¡Déme usted ese librito, Spode!

—Sí. Quisiera que le echase usted una mirada, Wooster. Entonces comprenderá usted mi actitud. Lo he encontrado de una manera muy extraña. Tuve la idea de que Sir Watkyn estaría contento de que tomase la jarrita bajo mi custodia, porque estos últimos tiempos ha habido una serie de robos por los alrededores; una serie de robos —añadió apresuradamente— y estos ventanales no son nunca seguros. Entonces fui al saloncito donde está la colección y saqué la jarrita de su vitrina. Quedé sorprendido al oír algo que sonaba dentro. La abrí y hallé este librito. Mire usted —dijo apoyando sobre mi hombro un dedo como una banana— lo que dice sobre la manera cómo como los espárragos.

Supongo que la idea de Spode era que íbamos a recorrer juntos aquellas páginas. Cuando me vio meterme la agenda en el bolsillo, tuvo la sensación de que le despojaba de una cosa suya.

—¿Se va usted a quedar con la agenda, Wooster?

—Sí.

—Pero, es que yo quisiera enseñársela a Sir Watkyn. Dice también muchas cosas sobre él.

—No debemos causar a Sir Watkyn una pena innecesaria.

—Quizá tenga usted razón. Entonces ¿sigo adelante con mi proyecto de derribar esta puerta?

—De ninguna manera —dije suavemente—. Y, además, va usted a largarse de aquí.

—¿Largarme?

—¡Largarse! ¡Déjeme usted, Spode! Necesito estar solo.

Le vi desaparecer por la esquina del pasillo y golpeé violentamente la puerta.

—¡Gussie!

No hubo respuesta.

—¡Gussie, sal!

—¡Que me condenen si salgo!

—¡Sal en seguida, idiota! ¡Soy Wooster!

Pero ni aun esto produjo inmediato resultado. Luego me explicó que había creído que era Spode haciendo una hábil imitación de mi voz. Pero al cabo de un rato logré convencerle de que se trataba, efectivamente, del compañero de su infancia y entonces se oyó un ruido de muebles que eran arrastrados, la puerta se abrió y su cabeza emergió cautelosamente como el caracol que se asoma por debajo de su concha después de una tormenta.

Sería superfluo entrar en detalles sobre la escena que siguió. Todos lo hemos visto en el cine, cuando llega finalmente la infantería de marina a liberar la guarnición sitiada. Bastará que diga que no escatimó los elogios. Parecía estar bajo la impresión de que yo había vencido a Roderick Spode en singular combate, y no valía la pena hacerle cambiar de opinión. Estrechando la agenda entre sus manos, le mandé al encuentro de Madeline Bassett para que se la enseñase y me dirigí a mi habitación.

Allí estaba Jeeves, meditando sobre algún deber profesional.

Mi intención había sido amonestarle severamente al verle de nuevo, por haber sometido mis nervios a una intolerable tensión, obligándome a celebrar aquella entrevista con Pop Bassett. Pero en aquel momento le saludé con una sonrisa cordial en lugar de dirigirle una acerba mirada de censura. En todo caso, su plan nos había hecho reconquistar el botín, y no era momento de censuras. Wellington no fue con recriminaciones a nadie después de la batalla de Waterloo. Por el contrario les dio unos golpecitos en la espalda y les invitó a unas copas.

—¡Ah, Jeeves! ¿Conque está usted aquí?

—Sí, señor.

—¡Bien, Jeeves! Puede usted empezar a hacer los equipajes.

—¿Los equipajes, señor?

—Para regresar a casa. Nos vamos mañana.

—¿Entonces no entra en los propósitos del señor prolongar su estancia en Totleigh Towers?

—¡No pregunte usted tonterías, Jeeves! ¿Es acaso Totleigh Towers un lugar donde los invitados prolongan sus estancias sin estar obligados a ello? Y yo ya no

tengo necesidad de permanecer entre sus muros. Mi trabajo está hecho. Nos vamos mañana por la mañana, cuanto antes. Haga usted, pues, los equipajes, de manera que podamos largarnos en cuanto sea posible, sin la menor demora. ¿Necesitará usted mucho tiempo?

—No, señor. No hay más que las dos maletas.

Las sacó de debajo de la cama y abriendo la mayor se dispuso a colocar en ella mi ropa y mis efectos, mientras yo, sentándome en un sillón, empecé a ponerle al corriente de los recientes acontecimientos.

—Bien, Jeeves, su plan ha tenido excelente éxito.

—Estoy encantado de saberlo, señor.

—No le voy a decir a usted que la escena no pueble mis sueños durante algún tiempo, ni quiero comentar su conducta obligándome a soportar aquel suplicio. Sólo quiero hacer constar que ha quedado demostrada su eficiencia. La bendición de un tío ha brotado como el tapón de una botella de champaña, y Stiffy y Stinker se dirigirán al altar sin tener que allanar más barreras.

—Es altamente satisfactorio, señor. ¿Entonces las reacciones de Sir Watkyn fueron las que anticipé?

—¡Quizá más todavía! No sé si ha visto usted alguna vez un barco al garete agotado por las furiosas olas.

—No, señor. Mis visitas a las costas han tenido siempre lugar con tiempo clemente.

—Pues éste era su aspecto cuando me oyó anunciarle que tenía intención de llegar a ser su sobrino por alianza. Su aspecto y su conducta fueron los del *El naufragio del Hesperus*. ¿Se acuerda usted? Zarparon con viento fuerte y el capitán había llevado a su hijita para que le hiciese compañía.

—Sí, señor. Azules eran sus ojos, como el lino que hilan las hadas, sus mejillas semejaban la aurora, y su pecho era blanco como los capullos de las azucenas al abrirse en pleno mes de mayo.

—¡Exacto! Pues, como iba diciendo, las olas lo azotaban furiosamente y embarcaba agua a cada bandazo. Y cuando apareció Stiffy, y le dijo que había un error, y que el *promesso sposi* era en realidad mi viejo Stinker Pinker, su satisfacción no tuvo límites. Dio inmediatamente su venia a la proyectada unión. No pudo hablar más aprisa. Pero ¿Por qué perderé yo tiempo contándole a usted esto, Jeeves? Todo ello es meramente incidental. La noticia importante transmitida por las cancillerías es la siguiente: he recuperado la agenda.

—¿De veras, señor?

—Exactamente, Jeeves. La tenía Spode y se la quité. Y Gussie está ahora enseñándosela a Miss Bassett y lavando su nombre del estigma que sobre él había caído. No me extrañaría que en estos momentos estuviesen fundidos en un estrecho

abrazo.

—Cosa que devotamente debemos desear, señor.

—Usted lo ha dicho, Jeeves.

—Entonces no hay nada que pueda preocupar al señor.

—Nada. ¡Me encuentro estupendamente! Me siento como si me hubieran quitado un gran peso de encima. ¡Tengo ganas de cantar y de bailar! No me cabe la menor duda de que la exhibición de la agenda bastará para dar solución a todo.

—Ninguna duda, señor.

—Oye Bertie —dijo Gussie asomándose en aquel momento, con el aspecto de un hombre que ha sido pasado por entre los cilindros de un laminador—, ha ocurrido una cosa horrible. Se ha deshecho la boda.

Capítulo XI

Me quedé mirándole, frunciendo el ceño, inmóvil.

—¿Deshecho…?

—Deshecho.

—¿Tu boda?

—Mi boda.

—¿Que se ha deshecho?

—¡Sííí!

No sé lo que hubiera hecho Mona Lisa en mi lugar. Probablemente lo que hice yo.

—¡Jeeves —dije—, coñac!

—Muy bien, señor.

Salió en demanda de auxilio, y yo me volví hacia Gussie, que andaba de un lado a otro de la habitación, de una manera agitada, como esperando el momento de empezar a arrancarse los cabellos.

—¡Es insoportable! —le oí murmurar—. La vida sin Madeline no vale la pena ser vivida.

Era una actitud verdaderamente estupefaciente, desde luego, pero es imposible discutir los gustos de los amigos. Lo que para uno es un melocotón, para otro es un veneno y viceversa. Incluso mi tía Ágata, recuerdo, había producido la candente chispa de la pasión en el difunto Spenser Gregson…

Su caminata le había llevado hasta la cama y vi que contemplaba la sábana anudada que estaba allí.

—Supongo —dijo en un soliloquio, como ausente—, que uno debe poderse ahorcar con esto.

Resolví poner un inmediato freno a esta manera de pensar. Hasta entonces me había molestado más o menos ver mi dormitorio tratado como si fuese el Palacio de las Naciones, pero me molestaba pensar que pudiese convertirse en un lugar marcado con una cruz. Era un punto sobre el que me mostré intransigente.

—¡Tú no te ahorcas aquí!

—¡Tengo que ahorcarme en algún sitio!

—Bien. Pero no en mi dormitorio.

Levantó las cejas.

—¿Tienes inconveniente en que me siente en tu sillón?

—Ninguno.

—Gracias.

Se sentó y permaneció inmóvil, con la mirada extraviada.

—Ahora, Gussie —le dije—, quiero oír tu declaración. ¿Qué es eso de que se ha deshecho tu boda?

—Se ha deshecho.

—¿Pero no le has mostrado la agenda?

—Sí. Le he mostrado la agenda.

—¿Ha leído su contenido?

—Sí.

—¿Y ha visto *que tout comprendre*…?

—Sí.

—¿Y *tout pardonner*…?

—Sí.

—Pues entonces no puede haberse deshecho la boda.

—Pues lo está, te lo digo yo. ¿Crees que no sé cuándo una boda está deshecha y cuándo no? Sir Watkyn la ha prohibido.

Aquél era un punto que no había previsto.

—¿Por qué? ¿Habéis tenido alguna discusión?

—Sí. Acerca de las lagartijas. No quiere que las ponga en la bañera.

—¿Pero pones lagartijas en la bañera?

—Sí.

Profundicé el asunto como un concienzudo consejo técnico.

—¿Por qué?

Sus manos acusaron un ligero temblor.

—Se me ha roto el tanque en que las tenía en mi habitación. Un tanque de cristal. Y al romperse el tanque de cristal, no tenía otro sitio donde ponerlas que en la bañera. La jofaina no era bastante grande. Las lagartijas necesitan mucho espacio. Y entonces las puse en la bañera, porque había roto el tanque… El tanque de cristal que tenía en mi cuarto. El tanque…

Vi que, si le dejaba continuar, aquello podía seguir indefinidamente, de manera que le llamé al orden con un fuerte golpe de un jarrón de porcelana sobre la chimenea.

—¡Ya lo he entendido! —dije arrojando los fragmentos del jarrón al hogar—. Sigue. ¿Cómo se ha enterado Pop Bassett?

—Fue a tomar un baño. Nunca se me hubiera ocurrido que nadie quisiera bañarse a aquella hora tardía. Y estaba en el salón cuando entró chillando: «Madeline, este maldito Fink-Nottle ha llenado mi bañera de renacuajos!» Y temo que perdí un poco la cabeza, porque chillé: «¡A ver si se anda usted con cuidado con lo que hace con mis lagartijas, asno solemne! ¡No las toque usted! ¡Estoy haciendo un experimento de la más alta importancia!»

—Ya comprendo…

—Seguí explicándole que quería cerciorarme de si la luna llena afectaba realmente la vida amorosa de las lagartijas. En su rostro se dibujó una extraña

expresión, tembló un poco y me dijo que había destapado la bañera y que todas las lagartijas se habían ido por la cañería de desagüe.

Creo que en aquel momento hubiera deseado echarse sobre la cama y volverse de cara a la pared, pero le obligué a seguir. Estaba decidido a profundizar el asunto.

—Y entonces ¿qué hiciste?

—Le insulté de lo lindo. Le llamé todos los nombres imaginables. A decir verdad, le dije nombres que yo mismo ignoraba. Parecían serme dictados por el subconsciente. Al principio, me refrenó un poco el hecho de que Madeline estuviese allí; pero, al poco rato, él le dijo que se fuese a la cama, y entonces pude expresarme libremente. Y cuando al final me detuve para respirar, dijo que prohibiría las amonestaciones y salió. Y entonces toqué el timbre y le pedí a Butterfield que me trajese un vaso de jugo de naranja.

Me estremecí.

—¿Jugo de naranja?

—Necesitaba reanimarme.

—Pero ¿jugo de naranja? ¿A estas horas?

—Es lo que me apetecía.

Me encogí de hombros.

—¡En fin…!

Otra prueba, naturalmente, de lo que he dicho muchas veces; que todo lo complica.

—De veras que ahora me tomaría un buen trago.

—Tienes la botella de agua a mano.

—¡Gracias! ¡Ah… Esto es bueno!

—¡Pues arréale!

—No, gracias. Sé cuando debo detenerme. Pues ésta es la situación, Bertie. No va a dejar que Madeline se case conmigo y me pregunto si hay algún sistema de hacerle cambiar de opinión. Temo que no lo haya. ¡Ves! Si no fuese porque le he llamado todo aquello…

—Como, ¿por ejemplo?

—Pues… «piojo» creo que fue uno de ellos. Y «mamarracho» creo que fue otro. Sí, estoy seguro de haberle llamado «mamarracho solemne». Pero esto podría perdonarlo. Lo grave es que me burlé de su jarrita.

—¡La jarrita! —dije con voz aguda.

Había despertado en mí una idea. Y la idea había empezado a florecer. Durante algún tiempo había estado pidiendo ayuda a todos los recursos de los Wooster, para resolver aquel problema, y cuando hago esto es siempre a costa de gran fatiga. A la sola mención de la jarrita, mi cerebro pareció sentir súbitamente una sacudida y salió a campo traviesa con la nariz pegada al suelo.

—Sí. Sabiendo el cariño que le tenía y cuanto la admiraba, al buscar las palabras que más podían herirle, le dije que era holandés moderno. De sus palabras durante la cena de anoche, deduje que era lo último que no hubiera debido ser. «¡Valiente jarrita del dieciocho! —exclamé—. ¡Puah! ¡Si es holandés moderno!» La flecha dio en el blanco. Se puso escarlata y rompió la boda.

—Oye, Gussie —dije—, me parece que tenemos el camino.

Su rostro se iluminó. Vi que renacía el optimismo y movía una pierna. Este Fink-Nottle ha sido siempre un optimista. Los que recuerden su discurso durante la distribución de premios de Market Snodsbury no habrán olvidado su exhortación a los oyentes a no mirar el lado malo de las cosas.

—Sí, creo que he dado en el camino. Lo que tienes que hacer, Gussie, es robar la jarrita.

Su boca se abrió y yo esperé un «¿Eh, cómo?», pero no pronunció una palabra. Sólo el silencio y un ruido de burbujas.

—Éste es el primer paso y el más esencial. Teniéndola en tu poder, vas y le dices: «¿Y ahora que?» Estoy convencido de que, por recuperarla, aceptará cualquier condición que quieras imponerle. Sé lo que son los coleccionistas. ¡Todos chiflados! Mi tío Tom tiene tanto empeño en poseerla, que está incluso dispuesto a privarse de su cocinero supremo. Anatole, a cambio de ella.

—¿No será el que trabajaba en Brinkley cuando yo estuve?

—El mismo.

—¿El hombre que guisó aquellas *nonettes de poulet Agnès Sorel*?

—¡Aquel gran artista!

—¿Dices que tu tío consideraría útil la pérdida de Anatole si pudiese adquirir la jarrita?

—Lo he oído de boca de tía Dalia.

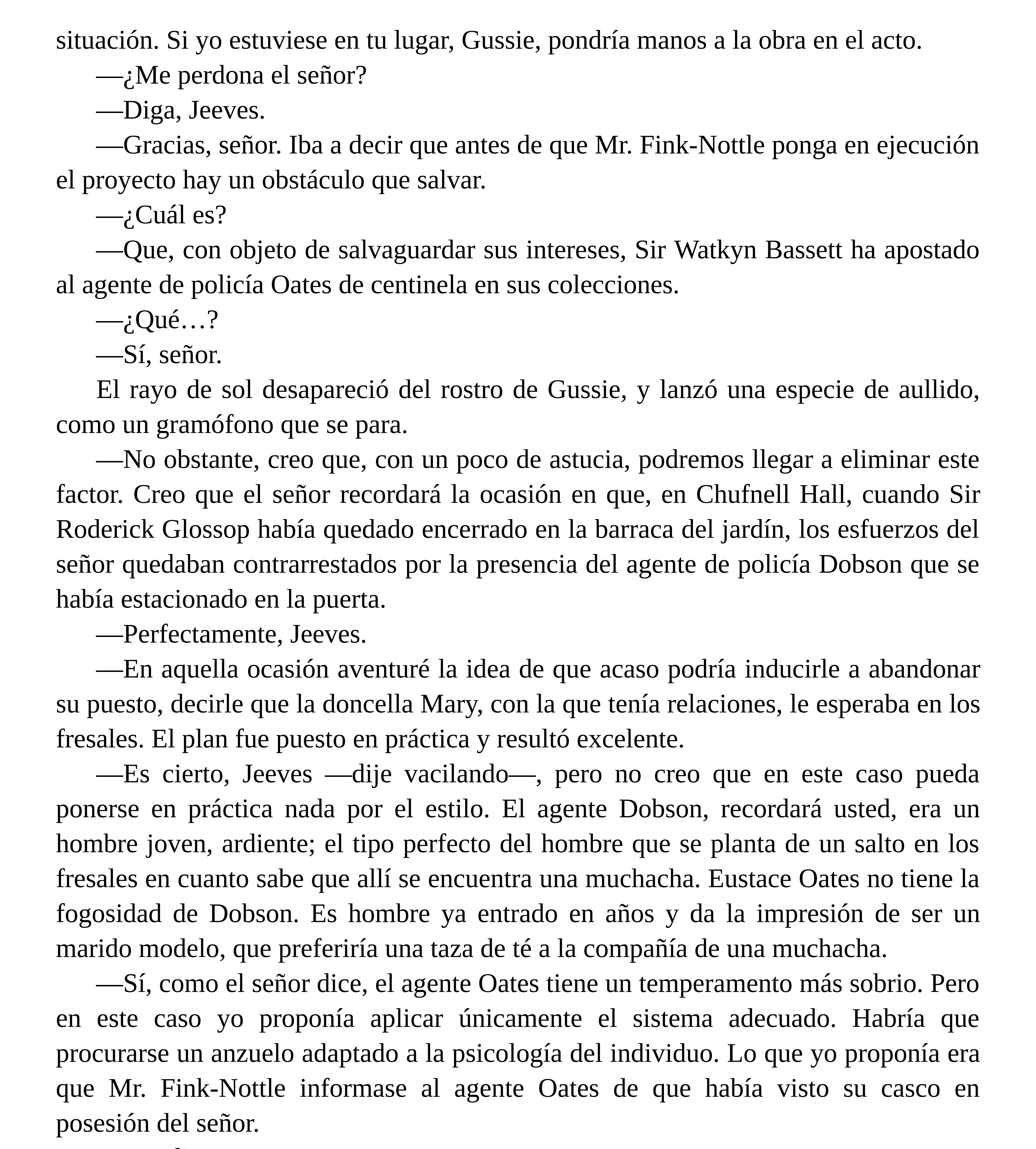
Lanzó un profundo suspiro.

—Entonces tienes razón. Tu plan podría triunfar. Suponiendo, desde luego, que Sir Watkyn dé al objeto el mismo valor.

—Se lo da. ¿Verdad, Jeeves? —le pregunté mientras regresaba con el coñac—. Sir Watkyn ha prohibido el casamiento de Gussie —le expliqué— y yo le estaba diciendo que lo que tiene que hacer para obligarle a cambiar de decisión es quitarle la vaca lechera esa y negarse a devolvérsela hasta que les largue la bendición paterna. ¿Está usted de acuerdo?

—Indiscutiblemente, señor. Si Mr. Fink-Nottle está en posesión del mencionado *objet d'art*, se hallará en situación de dictar sus condiciones. Es un plan muy hábil, señor.

—Gracias, Jeeves. ¡Sí, no está mal! Sobre todo, teniendo en cuenta que he tenido que establecer mi estrategia en el momento preciso en que me he enterado de la



situación. Si yo estuviese en tu lugar, Gussie, pondría manos a la obra en el acto.

—¿Me perdona el señor?

—Diga, Jeeves.

—Gracias, señor. Iba a decir que antes de que Mr. Fink-Nottle ponga en ejecución el proyecto hay un obstáculo que salvar.

—¿Cuál es?

—Que, con objeto de salvaguardar sus intereses, Sir Watkyn Bassett ha apostado al agente de policía Oates de centinela en sus colecciones.

—¿Qué…?

—Sí, señor.

El rayo de sol desapareció del rostro de Gussie, y lanzó una especie de aullido, como un gramófono que se para.

—No obstante, creo que, con un poco de astucia, podremos llegar a eliminar este factor. Creo que el señor recordará la ocasión en que, en Chufnell Hall, cuando Sir Roderick Glossop había quedado encerrado en la barraca del jardín, los esfuerzos del señor quedaban contrarrestados por la presencia del agente de policía Dobson que se había estacionado en la puerta.

—Perfectamente, Jeeves.

—En aquella ocasión aventuré la idea de que acaso podría inducirle a abandonar su puesto, decirle que la doncella Mary, con la que tenía relaciones, le esperaba en los fresales. El plan fue puesto en práctica y resultó excelente.

—Es cierto, Jeeves —dije vacilando—, pero no creo que en este caso pueda ponerse en práctica nada por el estilo. El agente Dobson, recordará usted, era un hombre joven, ardiente; el tipo perfecto del hombre que se planta de un salto en los fresales en cuanto sabe que allí se encuentra una muchacha. Eustace Oates no tiene la fogosidad de Dobson. Es hombre ya entrado en años y da la impresión de ser un marido modelo, que preferiría una taza de té a la compañía de una muchacha.

—Sí, como el señor dice, el agente Oates tiene un temperamento más sobrio. Pero en este caso yo proponía aplicar únicamente el sistema adecuado. Habría que procurarse un anzuelo adaptado a la psicología del individuo. Lo que yo proponía era que Mr. Fink-Nottle informase al agente Oates de que había visto su casco en posesión del señor.

—¡Pardiez, Jeeves!

—Sí, señor.

—¡Comprendo la idea! ¡Sí, muy buena! Es posible que sirviese.

Viendo por la mirada de Gussie que no entendía una palabra de todo aquello, se lo expliqué.

—A primeras horas de esta noche, Gussie, una mano desconocida le ha birlado el casco a Oates. Lo que Jeeves sugiere, es que una palabra tuya diciéndole que has

visto su casco en mi cuarto lo haría subir de un salto, como una tigresa que busca a su extraviado cachorro, dejando así el campo libre para que puedas operar. ¿Es ésta la esencia de su idea, Jeeves?

—Exactamente, señor.

—Gussie se animó visiblemente.

—¡Ya comprendo! ¡Es un ardid!

—Esto es. Un ardid. Y no de los peores, Jeeves.

—Gracias, señor.

—Esto puede señor, Gussie. Le dices que tengo su casco, esperas a que se precipite hacia arriba, abres la vitrina y te largas con la vaca de plata. ¡Un programa sencillísimo! Lo único que lamento, Jeeves, es que esto aleja la última probabilidad de que tía Dalia pueda obtener el objeto. Es una lástima que haya tanta demanda.

—Sí, señor. Pero acaso Mrs. Travers, viendo que la necesidad en que se encuentra Mr. Fink-Nottle es mayor que la suya, acepte el desengaño filosóficamente.

—Es posible. Y, por otra parte, también es probable que no ocurra así. Pero ¡en fin!, en estas ocasiones, alguien tiene que sacar la paja más corta.

—Es cierto, señor.

—Es imposible querer que todo acabe bien para todo el mundo, ¿no?

—No, señor.

—Lo esencial es colocar a Gussie. De manera que, a la obra, Gussie, y que el Cielo proteja tus esfuerzos.

Encendí un cigarrillo.

—Excelente idea, Jeeves. ¿Cómo se le ocurrió a usted?

—Fue el mismo agente Oates quien me hizo pensar en ello, señor, mientras charlaba con él hace un momento. De sus palabras deduje que sospechaba que el señor era quien le había sustraído el casco.

—¿Yo? ¿Y por qué yo? ¡Pardiez! ¡Si casi no le conozco! ¡Creí que sospechaba de Stiffy!

—En principio, sí, señor. Y su punto de vista sigue siendo que Miss Byng es quien tiene motivo para haber cometido el delito. Pero ahora cree que debe tener un cómplice del sexo masculino, que realizó la parte material del hecho. Según he oído decir, Sir Watkyn comparte su teoría.

Súbitamente recordé las primeras frases de mi reciente entrevista en la biblioteca con Pop Bassett, y por fin comprendí lo que había querido decir. Aquellas observaciones, que me habían parecido una mera charla sin importancia, tenían, ahora me daba cuenta, un siniestro y oculto significado. Yo había creído que éramos dos compañeros charlando tranquilamente de los últimos acontecimientos sensacionales y por lo visto, cada palabra había sido un lazo y una añagaza.

—¿Pero qué les hace suponer que yo haya podido ser el cómplice masculino?

—He creído comprender que el agente Oates quedó muy impresionado al ver la cordialidad que existía entre el señor y Miss Byng, cuando esta tarde se encontraron en la carretera, y sus sospechas se confirmaron cuando encontró un guante de la señorita en el lugar del suceso.

—No le entiendo, Jeeves.

—Cree al señor enamorado de Miss Byng, y ha pensado que el señor llevaba el guante de la señorita junto a su corazón.

—Pero si hubiese llevado el guante junto a mi corazón, ¿cómo iba a dejarlo caer?

—Su opinión es que el señor lo llevaría a sus labios para besarlo.

—¡Vamos, vamos, Jeeves! ¿Cree usted que me voy a entretener en besar guantes en el momento en que voy a robar cascos a los policías?

—Al parecer, así lo hizo Mr. Pinker, señor.

Me disponía a explicarle que lo que Stinker era capaz de hacer en una situación dada, y lo que haría una persona normal que tuviese un par de onzas más de cerebro que un chorlito, eran dos cosas completamente diferentes, cuando fui interrumpido por el regreso de Gussie. Por su jovial aspecto pude darme cuenta de que las cosas estaban avanzando por buen camino.

—Jeeves ha tenido razón, Bertie —dijo—. Ha leído en Oates como en un libro.

—¿La información le impresionó?

—Creo que jamás vi un policía más impresionado. Su primer impulso fue echar a correr y venir aquí en el acto.

—¿Y por qué no lo ha hecho?

—Le era imposible, porque Sir Watkyn le había dicho que no se moviese de allí.

Comprendí su psicología. Era la del marino que permanece sobre cubierta mientras todos menos él se han salvado.

—Entonces, el camino que piensa seguir, ¿es mandar recado a Sir Watkyn, notificándole los hechos y pidiéndole autorización para abandonar su puesto?

—Sí. Creo que estará aquí dentro de unos momentos.

—Entonces tú no debes quedarte aquí. Debes estar vigilando en el vestíbulo.

—Voy en seguida. He venido únicamente a informarte de lo que ocurre.

—Debes estar dispuesto a operar en el momento en que se marche.

—Lo estaré. Ten confianza en mí. No fallará. ¡Maravillosa idea, Jeeves!

—Gracias, señor.

—No sabe usted mi alegría al pensar que, dentro de cinco minutos, todo estará solucionado. Lo único que siento ahora —dijo Gussie pensativo— es haberle dado la agenda.

Hizo esta desconcertante declaración de manera tan despreocupada que estuve un segundo o dos sin darme cuenta de su alcance. Cuando lo comprendí, tuve un choque que sacudió todo mi sistema nervioso. Fue como si estuviese sentado en la silla

eléctrica y las autoridades hubiesen abierto el grifo.

—¿Que le has dado la agenda?

—Sí. En el momento en que salía. Pensé que en ella habría quizás algunos epítetos que había olvidado lanzarle.

Me apoyé con mano temblorosa en la repisa de la chimenea.

—¡Jeeves!

—Señor.

—¡Más coñac!

—Sí, señor.

—Y no lo sirva usted más en estos dedalitos como si fuese radium. ¡Déme el frasco!

Gussie seguía mirándome con estupor.

—¿Qué te ocurre, Bertie?

—¿Que qué me ocurre? —contesté soltando un taco—. ¡Pardiez! ¡Que todo ha terminado!

—Pero ¿por qué?

—¿Pero no comprendes lo que has hecho, mi pobre amigo? Ya no vale la pena de robar la jarrita. Si el viejo Bassett ha leído el contenido del librito, nada puede hacerle cambiar de opinión.

—¿Por qué no?

—Ya has visto el efecto que hizo sobre Spode. No creo que Pop Bassett sea más aficionado a leer verdades sobre él que Spode.

—Sí, pero ya se las había oído decir. Te he explicado todo lo que le había soltado.

—Sí, pero hubieras podido limitarte a esto. ¡Fíjate! podías haber hablado en un momento de cólera… haber perdido el freno…, una serie de argumentos. Pero unas opiniones fríamente anotadas cotidianamente en una agenda es cosa diferente.

Me pareció que, al fin, lo había entendido. El matiz de frescura había desaparecido de su rostro. Su boca se abrió y adquirió la expresión de un pez colorado que ve a otro pez colorado avanzar hacia él y se escabulle con la larva de hormiga que acaba de descubrir.

—¡Oh, Dios mío!

—¡Exacto!

—¿Qué puedo hacer?

—¡No lo sé!

—¡Piensa, Bertie, piensa!

Así lo hice, y fui recompensado con una idea.

—Dime —dije—, ¿cómo terminó exactamente la disputa? ¿Le diste la agenda? ¿La leyó en el acto?

—No. Se la metió en el bolsillo.

—¿Te enteraste de que quería tomar un baño?

—Sí.

—Entonces contéstame esto. ¿En qué bolsillo? Quiero decir, ¿en qué bolsillo de qué prenda? ¿Qué ropa llevaba?

—Un batín.

—¿Sobre… piensa atentamente, Fink-Nottle, porque todo depende de eso… sobre la camisa, y los pantalones, y la demás ropa?

—Sí. Sé que llevaba pantalones, porque me fijé.

—Entonces todavía hay esperanzas. Al dejarte a ti, debió dirigirse a su habitación y despojarse de su gualdrapa. Me dijiste que estaba muy excitado, ¿no?

—Mucho.

—¡Bien! Mi conocimiento de la naturaleza humana, Gussie, me dice que un hombre excitado no se entretiene buscando agendas en los bolsillos, ni leyéndolas. Se despoja de sus ropas y se mete en el cuarto de baño. La agenda debe de encontrarse todavía en el bolsillo del batín, que colgó probablemente de los pies de la cama o del respaldo de una silla, y todo lo que tienes que hacer es meterte en su habitación y quitársela.

Yo había previsto que esta genial idea produciría en él una expresión de júbilo y una cordial explosión de agradecimiento. En lugar de esto, se limitó a mover el pie como si dudase.

—Sí.

—Pero ¡diablos!

—¿Qué ocurre?

—¿Estás seguro de que no hay otro camino…?

—¡Claro que no hay ninguno más!

—Ya… ¿Te importaría hacerlo por mí, Bertie?

—No, no quiero hacerlo.

—Muchos lo harían, para ayudar a un viejo compañero de colegio.

—Muchos son un hatajo de imbéciles.

—¿Has olvidado ya nuestros pasados días del colegio?

—Sí.

—¿No recuerdas aquella vez que partí contigo mi última pastilla de chocolate?

—No.

—¡Pues así fue! Y tú me dijiste que si en alguna ocasión podías hacer por mí alguna cosa… No obstante, puesto que estas obligaciones contraídas, aun cuando para muchos sean sagradas, no tienen valor para ti, creo que no hay más que decir.

Reflexionó durante un rato, en la situación del gato del proverbio; después, sacando del bolsillo de su pecho un retrato de Madeline Bassett, lo contempló intensamente. Parecía ser el bálsamo que necesitaba. Su rostro se iluminó. Sus ojos

perdieron su mirada de pez. Salió, para regresar inmediatamente, batiendo la puerta tras él.

—Bertie, Spode está ahí.

—¿Y a mí, qué?

—Me ha agarrado.

—¿Qué te ha agarrado?

Fruncí el ceño. Soy un hombre paciente, pero no hay que llevarme demasiado lejos. Me parecía increíble que después de lo que había dicho a Spode, estuviese todavía en el ring. Fui a la puerta y la abrí. Lo que había dicho Gussie era cierto. Spode estaba allá, espiando.

Al verme se estremeció ligeramente. Me dirigí a él con fría serenidad.

—¿Puedo servirle en algo, Spode?

—No. No, nada, gracias.

—Sigue adelante, Gussie —dije mientras lo contemplaba atento, viéndolo deslizarse por el lado del gorila y desaparecer en el recodo del corredor.

Entonces me dirigí a Spode.

—Spode —dije con voz tranquila—, ¿le he dicho a usted o no, que deje a Gussie tranquilo?

Me miró suplicante.

—¿No podría usted permitirme que le hiciese algo, Wooster? ¿Y si no fuese más que hacer pasar su columna vertebral a través de su sombrero?

—De ninguna manera.

—En fin… claro, es como usted dice, desde luego —dijo rascándose la barbilla, contrariado—. ¿Ha leído usted las notas de la agenda, Wooster?

—No.

—Dice que mi bigote parece un escarabajo chafado al borde de un albañal.

—Siempre ha tenido alma de poeta.

—Y que cuando como espárragos, destruyo el concepto del «hombre como obra suprema de la Naturaleza».

—Sí, recuerdo que me lo dijo. Tiene también razón. Le observé durante la cena. Lo que tiene usted que hacer, Spode, es llevar el espárrago más lentamente hacia el abismo. ¡Despacio, despacio! ¡No hay que llevar prisa! Trate usted de recordar que es un ser humano, no un tiburón.

—¡Ja, ja! ¡Un ser humano y no un tiburón! ¡Bien dicho, Wooster! ¡Muy gracioso!

Se reía todavía, si bien me pareció que no muy a gusto, cuando llegó Jeeves con un frasco sobre una bandeja.

—El coñac, señor.

—¡Ya era hora, Jeeves!

—Es cierto, señor. Una vez más debo pedir perdón al señor por mi tardanza. He

sido entretenido por el agente Oates.

—¡Ya! Otra charla, ¿no?

—No tanto charlando como estancando el río de sangre, señor.

—¿Sangre?

—Sí, señor. El agente Oates ha sufrido un accidente.

Desapareció mi desazón, cediendo su lugar a una profunda alegría. La vida de Totleigh Towers me había endurecido, ahogando mis buenos sentimientos, y, ante la noticia de que el agente Oates había sufrido un accidente, sentí únicamente una profunda satisfacción. La única noticia que hubiera podido causarme más alegría hubiera sido saber que Sir Watkyn Bassett había resbalado con el jabón y se había roto la crisma con el canto de la bañera.

—¿Qué ha ocurrido?

—Fue atacado al intentar recuperar la jarrita de Sir Watkyn de manos de un salteador nocturno, señor.

Spode lanzó un grito.

—La jarrita, no ha sido robada, ¿verdad?

—Sí, señor.

Era evidente que Roderick Spode estaba profundamente impresionado por la noticia. Se recordará que su actitud acerca de la jarrita había sido, desde el principio, paternal. No queriendo oír más, salió corriendo y yo entré con Jeeves en la habitación, deseando oír más detalles.

—¿Qué ha ocurrido, Jeeves?

—Pues, señor… fue un poco difícil extraer detalles coherentes del agente de la autoridad, pero llegué a la conclusión de que llegó un momento en que se sintió desasosegado e inquieto…

—Sin duda alguna, debido a la imposibilidad de ponerse en contacto con Pop Bassett, quien, como sabemos, está en el baño, a fin de obtener el permiso para abandonar su puesto e ir en busca de su casco.

—Sin duda, señor. Y al encontrarse con aquel desasosiego, sintió deseos de fumar una pipa. No queriendo, no obstante, correr el riesgo de que se descubriera que había fracasado mientras estaba de servicio como hubiera ocurrido de haber fumado en un recinto cerrado, donde se hubiese notado el olor a humo, salió al jardín.

—Este Oates es un pensador rápido.

—Dejó el ventanal abierto, y al poco rato su atención fue atraída por un ligero ruido en la habitación.

—¿Qué clase de ruido?

—El de unos pasos furtivos, señor.

—Alguien que caminaba silenciosamente, entonces.

—Precisamente, señor. Seguido de una rotura de cristales. Inmediatamente se

precipitó dentro de la habitación, que estaba, desde luego, en la oscuridad.

—¿Por qué?

—Porque la luz estaba apagada, señor.

Asentí. Había comprendido la idea.

—Las instrucciones de Sir Watkyn habían sido de montar la guardia en la oscuridad a fin de dar la impresión al salteador de que no había nadie en la habitación.

De nuevo asentí. Era una cosa poco digna, pero que era lógico brotase espontáneamente de la mente de un ex magistrado.

—Se dirigió a la vitrina donde estaba encerrada la jarrita y encendió una cerilla. Ésta se apagó casi instantáneamente, pero no antes de haberse podido dar cuenta de que el *objet d'art* había desaparecido. Y estaba todavía tratando de darse cuenta del descubrimiento, cuando, al oír un ruido, dio la vuelta y vio una misteriosa figura salir al jardín por el ventanal. Le persiguió por el jardín, y poco le faltaba para proceder a su detención, cuando de la oscuridad salió una misteriosa figura…

—¿La misma misteriosa figura?

—No, señor. Otra.

—Era el día de las figuras misteriosas.

—Sí, señor.

—Llamémoslas Pat y Mike, o nos vamos a armar un lío.

—¿Quizás A y B, señor?

—Si usted lo prefiere, Jeeves. Estaba, pues, persiguiendo a la misteriosa figura A, cuando de la oscuridad salió la misteriosa figura B…

—… y le dio un puñetazo en la nariz.

Lancé una exclamación. La cosa había dejado de ser un misterio.

—¡Stinker!

—Si, señor. Sin duda Miss Byng había involuntariamente olvidado advertirle que había cambios en los proyectos nocturnos.

—Y estaba allí, acechando, esperándome.

—Esto es lo que debemos estar inclinados a creer, señor.

Hice una aspiración profunda, pensando en las hinchadas narices del policía.

—El ataque distrajo la atención del policía y el objeto de su persecución pudo escapar.

—¿Qué fue de Stinker?

—Al darse cuenta de la identidad del agredido se excusó. Después se retiró.

—No lo censuro. Fue una buena idea. En fin, Jeeves, no sé qué pensar de todo esto. ¿Quién puede ser la misteriosa figura? Me refiero a la misteriosa figura A. ¿Tiene Oates alguna opinión a este respecto?

—Muy definida, señor. Está convencido de que era el señor.

Abrí los ojos.

—¿Yo? Pero ¿por qué diantres todo cuanto ocurre en esta casa tiene que recaer sobre mí?

—Y tiene intención de proceder a un registro de la habitación del señor, en cuanto pueda disponer de la cooperación de Sir Watkyn.

—Sí, de todos modos lo hubiera hecho por el casco…

—Sí, señor.

No pude evitar una sonrisa. La cosa me divertía.

—Va a ser muy divertido, Jeeves. Voy a gozar viendo aquel par de solemnes idiotas buscando y buscando y no encontrando nada.

—Muy divertido, señor.

—Y cuando hayan terminado la búsqueda y tengan que presentarme excusas, llenos de vergüenza, tomaré mi venganza. Me cruzaré de brazos y con toda mi altivez les diré…

En aquel momento se oyeron fuera los precipitados pasos de mi parienta, y tía Dalia entró en la habitación.

—Aquí está, esconde esto en algún sitio, Bertie —murmuró jadeante. Y al decir esto, puso la vaca de plata en mis manos.

Capítulo XII

En mi reciente descripción de Sir Watkyn Bassett, sofocado bajo el golpe de mi declaración de que deseaba convertirme en su yerno, comparé, si recuerdan, sus sonidos guturales al graznido de un pato agonizante. En este momento debí ser el hermano gemelo del pato, igualmente afligido. Durante algunos instantes permanecí allí graznando débilmente; después, con un poderoso esfuerzo de voluntad, reaccioné y cesé de hacer la imitación del ave. Miré a Jeeves. Jeeves me miró. No hablé más que con la mirada, pero sus agudos sentidos le permitieron leer claramente mis pensamientos.

—Gracias, Jeeves.

Cogí el frasco de la bandeja y disminuí una buena parte de su espirituoso contenido. Entonces, apaciguado el vértigo, trasladé mi mirada a mi anciana parienta, que se había sentado tranquilamente en un sillón.

Es universalmente admitido en el «Club de los Zánganos» como en otras partes, que Bertram Wooster, en sus relaciones con el sexo opuesto, se muestra invariablemente un hombre de la más perfecta caballerosidad; en una palabra, es lo que suele conocerse por *un parfait gentilhomme*. Verdad es que teniendo seis años, cuando la sangre es ardiente, rompí mi escudilla sobre la cabeza de mi *nurse*, pero fue un error meramente incidental. Desde aquel día, a pesar de que pocos hombres han sido más cruelmente tratados por el bello sexo, jamás he vuelto a levantar la mano contra una mujer. Y no podía dar mejor idea de mi emoción en aquel momento, que diciendo que, con todo lo *preux chevalier* que soy, sentí la neta tentación de dejarme llevar del impulso de arrearle a mi venerable tía un porrazo con un elefante de *papier maché*, único objeto existente sobre la chimenea, que la turbulenta vida de Totleigh Towers había dejado milagrosamente intacto.

Mientras se desarrollaba en mi pecho esta lucha, ella estaba en la gloria. Recobrando su aliento, empezó una charla alegre y despreocupada que me cortaba como un cuchillo. Era evidente, a juzgar por su manera de hablar, que al escaparse con el preciado tesoro no se dio cuenta de lo que había hecho.

—Buena carrera —decía—; como no la había hecho desde la última vez que corrimos con los Berk y los Buck. Ni un obstáculo desde la salida a la llegada. Y, no obstante, me vino de poco, Bertie. Sentí el aliento del policía en mi cogote. Si no llegan a salir de la trampa una legión de curas a darme una mano en el instante preciso, me hubiera pescado. En fin, Dios bendiga al clero. Son buena gente. ¿Pero qué diablo hacía un policía en casa? Nadie me había hablado de policías.

—Era el agente Oates, el celoso guardián del orden de Totleigh-the-Wold —dije, tratando de dominarme para no aullar como un duende y pegar un bote hasta el techo —. Sir Watkyn lo había apostado en el salón a fin de que velase por sus bienes.

Estaba de guardia. Me esperaba a mí.

—Me alegro de que no hayas sido tú quien entrase. Hubieras sido incapaz de afrontar la situación, pobre hijo mío. Hubieras perdido la cabeza, y te hubieras quedado allí con la boca abierta, convertido en fácil presa. No tengo inconveniente en decirte que, cuando vi aquel hombre entrar por el ventanal, me quedé un momento paralizada. Pero, en fin, bien está lo que bien acaba.

Moví sombríamente la cabeza.

—Estás equivocada, mi descarriada antepasada. Esto no es un final, sino un principio. Pop Bassett se dispone a echar la redada.

—¡Déjalo!

—¿Y cuándo él y Oates vengan a hacer la búsqueda en esta habitación?

—¡No harán eso!

—¡Lo harán! En primer lugar, creen que el casco de Oates está aquí. En segundo, por referencia de Jeeves, que lo sabe de buena fuente, de boca misma de Oates mientras estaba estancando la sangre, sé que el policía cree que soy yo el culpable.

Su gorjeo cesó, como me esperaba. Había estado radiante, pero no radiaba ya. Contemplándola atentamente, vi que su innato impulso de resolución había sido debilitado por el pálido manto de la reflexión.

—¡Heeem! Esto es desagradable.

—Mucho.

—Si encuentra la jarrita aquí, la cosa va a ser difícil de explicar.

Se levantó, y cogiendo pensativa el elefante lo hizo añicos.

—Lo esencial —dijo— es no perder la cabeza. Tenemos que decirnos: ¿Qué hubiera hecho Napoleón? Era un hombre que sabía salir del paso. Hay que hacer algo muy inteligente, muy sagaz, que desconcierte por completo a nuestros perseguidores. ¡Venga!, espero tus proposiciones.

—¡La mía es que te largues inmediatamente de aquí llevándote el maldito animal ése!

—Y que caiga en manos de la comisión investigadora, ¿eh? ¡Jamás, en mi vida! ¿Se le ocurre a usted algo, Jeeves?

—De momento, no, señora.

—¿No puede usted sacar de su sombrero un culpable secreto de Sir Watkyn, como hizo usted con Spode?

—No, señora.

—Ya comprendo que es mucho pedir. Entonces hay que esconder la cosa en algún sitio. Pero ¿dónde? Es el eterno problema, desde luego, lo que hace la vida tan dura a los asesinos, ¿qué hacer con el cadáver? Supongo que el viejo truco aquel de «La Carta Robada» no serviría…

—Mrs. Travers hace referencia a la conocida historia de Edgar Allan Poe, señor

—dijo Jeeves, viendo que no me enteraba—. Se trata del ladrón de un importante documento, que despista a la policía colocándolo en plena vista, delante de los ojos, sosteniendo la teoría de que su misma evidencia impediría que lo viesen. No hay duda de que Mrs. Travers quiere proponer que coloquemos el objeto sobre la chimenea.

Solté la carcajada.

—¡Fíjense ustedes en la chimenea! Está desierta como un prado azotado por el viento. Cualquier cosa puesta ahí llamaría la atención inmediatamente.

—Sí, es cierto —tuvo que admitir tía Dalia.

—Ponga usted esta maldita jarrita en la maleta, Jeeves.

—Imposible. Pueden registrarla.

—Como mero paliativo, Jeeves —expliqué—. No puedo soportar más tiempo su vista. ¡Llévesela, Jeeves!

—Muy bien, señor.

Siguió un silencio, y apenas lo había roto tía Dalia para preguntarnos qué nos parecía la idea de levantar una barricada y aguantar el sitio, cuando llegó a nosotros el ruido de pasos que avanzaban por el pasillo.

—Aquí están —dije.

—Parecen traer prisa —dijo tía Dalia.

Era verdad. Eran pasos precipitados. Jeeves sé acercó a la puerta y miró hacia el pasillo.

—Es Mr. Fink-Nottle, señor.

—Y en el mismo instante, Gussie entró acaloradamente.

Una sola mirada bastaba para delatar al ojo avizor que no había corrido únicamente por el placer de hacer ejercicio. Sus anteojos temblaban y su cuello parecía erizarse.

—¿Te importa que me esconda aquí hasta el primer tren de mañana, Bertie? —dijo—. Me meteré debajo de la cama. No te estorbaré.

—¿Qué te ocurre?

—O, mejor todavía, las sábanas anudadas. Es lo mejor que se puede hacer.

Una especie de gruñido parecido a una ametralladora demostró que tía Dalia no estaba de ánimo acogedor.

—¡Lárgate de aquí, imbécil «Botellín»! —dijo secamente—. Estamos en plena conferencia, Bertie, y si los deseos de una tía tienen algún valor para ti, vas a echar a este hombre de aquí a puntapiés.

Levanté una mano.

—¡Espera! Quiero saber qué pasa. ¡Deja esas sábanas tranquilas, Gussie, y explica lo que pasa! ¿Es que te persigue Spode otra vez? Porque, si es eso…

—No es Spode. Es Sir Watkyn.

Tía Dalia lanzó otro resoplido, como si accediese a un «bis» a petición del público.

Levanté otra mano…

—Un segundo, anciana antepasada. ¿Qué es eso de Sir Watkyn? ¿Por qué Sir Watkyn? ¿Por qué diablos te persigue?

—Ha leído la agenda.

—¡Qué…!

—Sí.

—Bertie, no soy más que una débil mujer…

Levanté una tercera mano… No era el momento de dar oídos a las tías.

—Sigue, Gussie —dije gravemente.

Se quitó los lentes y los secó con mano temblorosa. Tenía claramente el aspecto de un hombre que ha pasado por un horno.

—Cuando te dejé, fui a su habitación. La puerta estaba entornada y entré. Y cuando estuve dentro vi que, finalmente, no había ido a tomar el baño. Estaba sentado sobre la cama, en paños menores, leyendo la agenda. Levantó la vista y nuestras miradas se encontraron. No tienes idea del terrible choque que sentí.

—Sí, lo sé. Una vez experimenté la misma sensación con el reverendo Aubrey Upjohn.

—Entonces hubo un largo y penoso silencio. Después lanzó una especie de alarido y se levantó con el rostro congestionado. Dio un salto hacia mí. Salí corriendo y me siguió. Bajamos las escaleras pisándome él los talones y en el vestíbulo se detuvo para coger un látigo de montería, lo cual me permitió ganar terreno, y…

—Bertie —dijo tía Dalia—, no soy más que una débil mujer, pero, si no aplastas a este insecto y arrojas los restos de aquí, tendré que tomar cartas en el asunto. Sobre nosotros se cierne la más terrible amenaza… Es necesario decidir nuestro plan de batalla… Cada segundo es de la más alta importancia… y este pelma viene aquí a contarnos la historia de su vida. «Botellín», mira usted con unos ojos que parecen un trozo de Gruyere. ¿Quiere usted largarse de aquí, sí o no?

Cuando mi antepasada está excitada tiene una fuerza conminatoria que generalmente surte efecto. He oído decir que en los tiempos de sus cacerías, era capaz de imponer su voluntad a través de dos campos labrados y un par de setos. Su última palabra, «no», había salido de sus labios con la fuerza de la explosión de un proyectil, y Gussie, recibiéndola entre los dos ojos, pegó un salto de seis pulgadas. Cuando regresó a tierra firme su aspecto era conciliador y sumiso.

—Sí, Mrs. Travers. Me voy a marchar, Mrs. Travers. En cuanto tenga las sábanas a punto, Mrs. Travers. Si Jeeves y usted me hacen el favor de sostener este extremo, Bertie…

—¿Pretende usted descolgarse por la ventana?

—Sí, Mrs. Travers. Después puedo tomar el coche de Bertie e irme a Londres.

—Pero esto está muy alto.

—No mucho, Mrs. Travers.

—Se puede usted romper la crisma.

—No lo creo, Mrs. Travers.

—¡Pero puede! —arguyó tía Dalia—. Vamos, Bertie —dijo hablando con verdadero entusiasmo— date prisa. Vamos a bajarlo con la sábana. ¿Qué esperas?

Me volví a Jeeves.

—¿Listos, Jeeves?

—Sí, señor —dijo tosiendo levemente—. Y quizá si Mr. Fink-Nottle va a Londres en el coche del señor podría llevarse la maleta y dejarla en casa.

Mi respiración se detuvo. La de tía Dalia también. Le miré fijamente. Tía Dalia también. Nuestras miradas se encontraron y vi en la de tía Dalia la misma expresión de reverente respeto que ella debió ver en la mía.

Quedé atónito. Un momento antes sabía que nada podía salvarme del apuro. Casi me había parecido oír el batir de sus alas. Y de pronto…

Tía Dalia, al hablar de Napoleón, había dicho que en casos de peligro sabía tomar determinaciones rápidas, pero yo estaba dispuesto a apostar que ni Napoleón hubiera podido sobrepasar aquel soberbio esfuerzo. Una vez más, como tantas durante el pasado, aquel hombre había dado en el blanco y se había llevado el premio.

—Sí, Jeeves —dije hablando con dificultad—, creo que puede llevársela, ¿verdad? ¿Por qué no?

—Sí, señor.

—¿Te importará llevarte la maleta, Gussie? Puesto que te llevas el coche yo tendré que regresar en tren. Pienso salir por la mañana, y es molesto viajar con mucho equipaje.

—Naturalmente.

—Pues te vamos a bajar y después bajaremos la maleta. ¿Está todo listo, Jeeves?

—Sí, señor.

—¡Entonces, adelante!

No creo haber asistido nunca a una ceremonia que produjese mayor satisfacción a cuantos afectaba. Las sábanas no se rompieron, lo cual complació a Gussie. Nadie vino a interrumpirnos, lo cual me complació a mí. Y cuando dejé caer la maleta sobre la cabeza de Gussie, quedó complacida tía Dalia. En cuanto a Jeeves, el fiel servidor, estaba colorado de contento de haber sido capaz de encontrar la manera de salvar a su joven amo en un momento de peligro. Su lema era «servicio».

Las tempestuosas emociones a través de las cuales había pasado me habían, naturalmente, agotado, y así tuve una gran satisfacción cuando tía Dalia, después de un discurso en el que expresó su agradecimiento en escogidos términos, dijo que se

iba a largar a ver qué ocurría en el campo enemigo. Su partida me permitió desplomarme en el sillón en el que había estado sentada y en el que un momento temí que permaneciese indefinidamente. Me arrellané en el mullido almohadón y lancé un grito que salió directamente de mi corazón.

—¡Muy bien, Jeeves, muy bien!

—Sí, señor.

—Una vez más su agudo ingenio nos ha salvado del desastre.

—El señor es muy amable al reconocerlo…

—No es amabilidad, Jeeves. No digo más que lo que todo hombre justo diría. No dije nada mientras hablaba tía Dalia, porque comprendí que quería llevarse la palma, pero tenga usted la seguridad de que estaba completamente de acuerdo con cuanto decía. Es usted el único, Jeeves. ¿Qué número de sombrero usa usted?

—El ocho, señor.

—Hubiera creído más. Me figuraba que debía ser el once o el doce.

Me serví un trago de coñac y lo bebí saboreándolo glotonamente. Después de las angustias e inquietudes pasadas, aquel descanso era delicioso.

—Jeeves, la cosa se había puesto muy fea…

—Mucho, señor.

—Empiezo a darme cuenta de cuáles debieron ser las sensaciones del capitán del *Hesperus* y de su hijita. No obstante, creo que estas pruebas son buenas para formar el carácter.

—No hay duda, señor.

—Lo refuerzan.

—Pero, en fin, no puedo negar que estoy contento de que todo haya terminado. Cuando basta, basta. Y me parece que todo ha terminado. Ni aun esta siniestra mansión puede proporcionarnos nuevas emociones.

—Creo que no, señor.

—Todo ha terminado. Totleigh Towers ha pasado el cerrojo y, al fin, estamos tranquilos. Es agradable, Jeeves.

—Muy agradable, señor.

—Puede usted decirlo. Empiece a hacer el equipaje. En cuanto esté listo me acostaré.

Abrió la maleta pequeña, y yo encendí un cigarro disponiéndome a desarrollar la lección moral que podíamos sacar de todo aquel galimatías.

—Sí, Jeeves, muy agradable. Es la palabra justa. Un momento antes, el aire estaba saturado de deletéreas emanaciones, pero ahora miramos al Norte, al Sur, al Este y al Oeste, y en el horizonte no hay una sola nube, excepto que el matrimonio de Gussie se ha ido a paseo, y que no se puede remediar. En fin, esto debe enseñarnos que nunca hay que desesperar, que nunca hay que afligirse, sino recordar siempre

que, por muy negro que esté el cielo, el sol brilla en alguna parte y que puede en cualquier momento atravesar las nubes y brillar para nosotros.

Me callé. Me di cuenta de que no prestaba atención a mis palabras. Miraba algo atentamente, con expresión meditabunda.

—¿Ocurre algo, Jeeves?

—¿Señor?

—Parece usted preocupado.

—Sí, señor. Acabo de descubrir que en esta maleta hay un casco de policía.

Capítulo XIII

No me había equivocado al hablar del efecto fortificante que sobre mi carácter ejercieron las vicisitudes a que me había visto sometido desde mi aparición en la casa de campo de Sir Watkyn Bassett. Lentamente, paso a paso, habían ido moldeándome y convirtiéndome, de un *clubman* impresionable y *boutevardier*, en un hombre de acero templado. A un neófito de las condiciones en que se vivía en aquella casa maldita, al encontrarse frente a frente con la situación en que yo me hallaba, se le hubieran salido los ojos de las órbitas y se hubiera desvanecido en el sillón donde estaba sentado. Pero fortalecido y aguerrido por la rutina de los acontecimientos que constituían la vida de Totleigh Towers, me sentí capaz de conservar mi cabeza y buscar la solución.

No diré que no salté de mi asiento como un conejo que se acaba de sentar sobre un cacto, pero, habiéndome levantado, no perdí el tiempo en inútiles divagaciones. Fui a la puerta y la cerré. Después, con los labios prietos y pálidos, me acerqué a Jeeves, que había sacado el casco de la maleta y lo estaba balanceando pensativamente sosteniéndolo por el barboquejo.

Sus primeras palabras me probaron que había interpretado mal la situación.

—Creo, señor —dijo, con un matiz de reproche en su voz—, que el señor hubiera obrado prudentemente eligiendo un lugar más adecuado, como escondrijo.

Moví la cabeza. Incluso creo que sonreí, ligeramente, desde luego. Mi aguda inteligencia me había permitido profundizar hasta el fondo de lo ocurrido.

—Yo no, Jeeves. Stiffy.

—¿Señor?

—La mano que colocó este casco no fue la mía, sino la de Miss Byng. Lo tenía en su cuarto. Temía que procediesen finalmente a un registro, y la última vez que la vi estaba tratando de encontrar un escondrijo mejor. Esta es una de sus ideas.

Suspiré.

—¿Cómo concibe usted que una muchacha tenga una mentalidad como la de Stiffy, Jeeves? —suspiré.

—Es indudable que la señorita es algo extravagante en sus acciones, señor.

—¿Extravagante? No sabe usted hasta dónde es capaz de llegar, Jeeves. Cuanto más piensa la mente en esa joven, más enferma de terror se siente el alma. Si se atisba en el futuro, se estremece uno ante lo que se adivina. Hay que mirarlo frente a frente, Jeeves… Stiffy, que tiene la cabeza llena de serrín, está a punto de casarse con el reverendo H. P. Pinker, que es a su vez el mayor mentecato que ha comido pan sobre la tierra, y no hay razón para suponer (hay que tener en cuenta eso también) que su unión no será bendecida por el Cielo. Es decir, que en breve habrá unos piececitos que pisarán estos suelos. Y lo que hay que preguntarse es qué será la existencia en la

vecindad de estos piececitos, suponiendo (como no podemos menos de suponer) que hereden la idiotez combinada de sus padres. Pienso con profunda piedad, Jeeves, en sus *nurses*, sus institutrices, sus maestros particulares y en los colegios, que acepten a la ligera la responsabilidad de educar un producto de Stephanie Byng y Harold Pinker, ignorando que se encuentran delante de algo más irritante que un tarro de mostaza. No obstante —proseguí, abandonando estas especulaciones—, a pesar del profundo interés de este tema, no es en realidad lo que nos encamina a una salida. Contemplando ese casco y metiéndonos en la cabeza que el *duetto* cómico Oates-Bassett puede llegar de un momento a otro a fin de empezar sus pesquisas, ¿qué recomienda usted?

—Es un poco difícil decirlo, señor. Un verdadero escondite para un objeto tan voluminoso no es fácil de encontrar.

—Es verdad. El maldito casco ese parece ocupar toda la habitación.

—Es indiscutible que atrae la mirada.

—Sí. Las autoridades obraron cuerdamente cuando fabricaron este casco para el agente Oates. Quisieron dotarlo de algo impresionante, no de algo que se balancease sobre su cabeza como un cacahuete, y lo consiguieron. Es imposible ocultar una tapadera como esa ni en una selva impenetrable. En fin —dije—, veremos qué efecto producen el tacto y suavidad. Me pregunto cuándo van a llegar estos pájaros. No creo que tarden. ¡Ah! He aquí la voz de la sentencia, si no me equivoco, Jeeves.

Pero, al suponer que era la mano de Sir Watkyn la que había golpeado la puerta, había errado. La voz que habló fue la de Stiffy.

—Bertie, déjame entrar.

A nadie ansiaba ver más que a ella, pero no abrí inmediatamente las puertas de par en par. La prudencia dictaba una investigación preliminar.

—¿Llevas contigo tu maldito perro?

—No, el mayordomo lo ha llevado a paseo.

—En este caso puedes pasar.

Cuando lo hizo, fue para encontrarse frente a frente con un Bertram cruzado de brazos y de mirada altiva. No obstante, no pareció darse cuenta de mi reprobador aspecto.

—Bertie, querido…

Se calló, impresionada por un salvaje gruñido salido de la boca de un Wooster.

—Nada de «Berties, queridos». No tengo más que una cosa que preguntarte y es: ¿Fuiste tú quien puso ese casco en mi maleta?

—¡Claro que fui yo! Y de eso venía precisamente a hablarte. Recordarás que estaba tratando de encontrar un buen escondrijo. Me exprimí un poco el cerebro y por fin lo encontré.

—Y se te ha ocurrido aquí.

La actitud de mi tono pareció sorprenderla. Me miró con una extrañeza completamente femenina, con una expresión gentil.

—Pero ¿no te importará, verdad, Bertie, querido?

—¡Ah!

—Pero ¿por qué? Yo creí que estarías contento de ayudarme.

—¿De veras? —dije con verdadera intención de mortificarla.

—No podía arriesgarme a que tío Watkyn lo encontrase en mi cuarto.

—Y has preferido que lo encontrase en el mío.

—Pero ¿cómo quieres que lo encuentre? ¡No va a venir a registrar tu habitación…!

—¿Conque no, eh?

—¡Claro que no! ¡Eres su huésped!

—¿Y crees que esto va a detenerle? —Le dirigí una de aquellas sonrisas sardónicas mías—. Creo que atribuyes a este germen venenoso una nobleza de sentimiento y un respeto a las leyes de la hospitalidad que nada demuestra que posea. Ten la seguridad de que vendrá a registrar mi habitación, y la única cosa que le ha impedido hacerlo ya, es que sigue dando caza a Gussie.

—¿Gussie?

—En este momento está dando caza a Gussie con un látigo de montería. Pero un hombre no puede seguir así indefinidamente. Tarde o temprano lo veremos llegar aquí con sus sabuesos.

Por fin se dio cuenta de la gravedad de la situación. Lanzó un gemido de desfallecimiento y sus ojos alcanzaron la dimensión de un plato sopero.

—¡Oh, Bertie! ¡Entonces temo haberte puesto en un aprieto!

—Es tan claro como la luz.

—Ahora siento haberle pedido a Harold que robase el casco. Fue un error. Tengo que admitirlo. No obstante, aun cuando tío Watkyn venga aquí y lo encuentre, la cosa no tiene gran importancia, ¿verdad?

—¿Ha oído usted eso, Jeeves?

—Sí, señor.

—Yo también. Conque crees que no importa, ¿verdad?

—En fin… quiero decir que no creo que tu reputación sufra por eso, ¿verdad? Todo el mundo sabe que eres incapaz de dejar los cascos de los policías tranquilos. ¡Total, será uno más!

—¡Aaaah…! ¿Y qué te hace suponer, joven Stiffy, que cuando llegue el asirio aquí como un lobo enfurecido, me limitaré a aceptar humildemente la culpa y no cantaré toda la verdad…? ¿Cómo es, Jeeves?

—La verdad pura y llana.

—¡Gracias, Jeeves! ¿Qué te hace suponer que me limitaré a aceptar

humildemente la culpa y no cantaré la verdad pura y llana?

No hubiera creído nunca que sus ojos pudiesen crecer todavía más, y, no obstante, aumentaron el tamaño perceptiblemente. Otro gemido de desfallecimiento se le escapó. Dada su intensidad, podríamos casi llamarlo un chillido.

—¡Pero, Bertie!

—¿Qué?

—¡Óyeme, Bertie!

—Te oigo.

—¡Tienes que aceptar la responsabilidad! ¡No puedes permitir ver a Harold mezclado en este asunto! Esta misma tarde me decías que le quitarían los hábitos. ¡No quiero que le quiten los hábitos! ¿Qué va a ser de él si le quitan los hábitos? Estas cosas son la ruina de un pastor. ¿Por qué no quieres decir que fuiste tú? Todo lo que te pasaría sería que te echaran de la casa, y no creo que tengas gran interés en quedarte, ¿no?

—Acaso no estés enterada de que la calamidad de tu tío tiene la intención de meter al autor del delito en chirona.

—¡Oh, no! ¡En el caso peor, una multa!

—Nada de eso. Me lo ha dicho claramente. ¡En chirona!

—Pero no lo pensaba. A lo mejor en sus…

—No, no había guiño ni parpadeo alguno en sus ojos.

—Entonces, razón de más. Es imposible que Harold, mi adorado ángel, vaya a cumplir la condena.

—¿Y tu adorado ángel Bertram?

—¡Pero Harold es un hombre muy impresionable!

—¡También soy impresionable yo!

—¡Ni la mitad de lo de Harold! ¡Bertie! ¿No irás a poner ahora dificultades…? ¡Eres demasiado bueno! ¿No me dijiste un día que el código de los Wooster era: «Jamás abandones a un camarada en un apuro»?

Había encontrado el punto flaco. Cuando se lanza una llamada al código de los Wooster, raras veces deja de vibrar la cuerda sensible de Bertram. Mi frente acorazada empezó a desmoronarse.

—Todo esto está muy bien…

—¡Bertie, querido!

—¡Sí, ya lo sé, maldita sea!

—¿Bertie?

—¿Qué?

—¿Cargarás con el pato?

—Así lo temo…

Me contempló extasiada y creo que, si no me hubiese apartado a un lado, me

habría echado los brazos al cuello. No había duda que se acercaba a mí saltando, con algún propósito parecido. Defraudada por mi agilidad, empezó a marcar algunos de aquellos pasos de baile a los que era tan adicta.

—¡Gracias, Bertie, querido! ¡Ya sabía yo que te portarías bien! No puedo decirte cuánto te lo agradezco y te admiro. Me recuerdas a Carter Patterson… no, no es esto… a Nick Carter… no, tampoco a Nick Carter… ¿A quién me recuerda Mr. Wooster, Jeeves?

—A Sidney Carton, señorita.

—¡Eso es! Sidney Carton. ¡Pero, comparado contigo era una porquería, Bertie! Y además, creo que nos alarmamos innecesariamente. ¿Por qué damos por descontado que tío Watkyn encontrará el casco si viene a hacer una investigación? ¡Hay mil sitios donde esconderlo!

Y antes de que yo dijese: «¡Dime tres!», había hecho una pirueta y desaparecido. La oí alejarse cantando alegremente.

Cuando me volví hacia Jeeves, mis labios dibujaban una amarga sonrisa.

—¡Mujeres, Jeeves!

—¡Sí, señor!

—¡En fin, Jeeves! —dije tendiendo mi mano hacia el frasco de coñac—, ¡esto es el final!

—No, señor.

Salté con una violencia que casi me hizo derribar la mesa.

—¿No es el final?

—No, señor.

—¿Quiere usted decir que tiene una idea?

—Sí, señor.

—¡Pero hace un momento me dijo usted que no tenía ninguna!

—Sí, señor. Pero desde entonces he estado analizando el asunto con detención y ahora me hallo en situación de exclamar: ¡Eureka!

—¿De exclamar, qué?

—¡Eureka!, señor. Como Arquímedes.

—¿Fue él quien dijo ¡eureka!? Creí que había sido Shakespeare.

—No, señor, Arquímedes. Lo que quería recomendar al señor es que arrojase el casco por la ventana. Es muy poco probable que a Sir Watkyn se le ocurra buscar fuera de la casa, y podremos recuperarlo cuando queramos. —Se detuvo, escuchando —. Y si este plan mereciese la aprobación del señor, propondría llevarlo a cabo con cierta premura. Creo oír ruido de pasos que se acercan.

Tenía razón. Él aire vibraba bajo las pisadas. Partiendo de la base de que no era probable que una manada de bisontes avanzase por el pasillo del segundo piso de Totleigh Towers, el enemigo se aproximaba. Con el sobresalto de un cordero en el

redil al observar la aproximación de los asirios, salté sobre el casco, me acerqué a la ventana y lo dejé caer en las sombras de la noche. Y apenas acababa de ejecutar esta acción cuando se abrió la puerta y entraron en el orden que se nombran: tía Dalia, con una expresión divertida e indulgente, como si tomase parte en algún juego para divertir a los chiquillos; Pop Basset, en batín color púrpura, y el agente de policía Oates, que se enjugaba las narices con un pañuelo de bolsillo.

—Sentimos molestarte, Bertie —dijo mi anciana parienta cortésmente.

—¡De nada! —dije con la misma suavidad—. ¿Puedo hacer algo por la multitud?

—A Sir Watkyn se le ha ocurrido la extraña idea de hacer una investigación en tu cuarto.

—¿Una investigación en mi cuarto?

—Pienso registrarlo de arriba abajo —dijo el viejo Bassett, con una mirada muy Bosher Street.

Miré a tía Dalia, levantando las cejas.

—No comprendo. ¿Qué significa todo esto?

Se rió indulgentemente.

—No lo creerás, Bertie, pero cree que la jarrita para leche está aquí.

—Pero, ¿es que ha desaparecido?

—Ha sido robada.

—¡No me digas!

—Sí.

—¡Caramba, caramba, caramba!

—Está desesperado.

—No me extraña…

—¡Pero de lo más apenado!

—¡Pobre tipo!

Puse una mano suave sobre el hombro de Pop Bassett. Probablemente era la última cosa que hubiera debido hacer, porque ni siquiera lo suavizó lo más mínimo.

—Puedo perfectamente prescindir de su conmiseración, Mr. Wooster, y le agradeceré que, cuando se refiera usted a mí, no me llame «tipo». Tengo serias razones para suponer que en su habitación se halla, no solamente mi jarrita para leche, sino también el casco del agente Oates.

Me pareció indicada una risita sarcástica.

Tía Dalia me apoyó con otra.

—¡Ja, ja, ja!

—¡Pero qué absurdo!

—¡Qué ridículo!

—¿Qué diantres quiere usted que haga yo con una jarrita?

—¿O con cascos de policía?

—Exacto.

—¿Has oído nunca una idea más estrafalaria?

—¡Nunca! Mi querido anfitrión —dije—, vamos a conservar la calma y la serenidad y a poner las cosas en orden. Con la mejor intención y benevolencia tengo que manifestarle a usted que está al borde, si es que no lo ha pasado usted, de portarse como un perfecto asno. Estas cosas no pueden hacerse, ya lo sabe usted. No tiene usted derecho a acusar a la gente de innumerables crímenes sin la menor sombra de prueba.

—Tengo todas las pruebas que necesito, Mr. Wooster.

—Eso creerá usted. Y en esto, lo mantengo, es donde hace usted la plancha mayor de su vida. ¿Cuándo le han sustraído a usted aquel objeto holandés moderno?

Se tambaleó bajo el golpe, sonrojándosele la punta de la nariz.

—¡No es holandés moderno!

—¡En fin! Esto podremos aclararlo más tarde. ¿Cuándo ha abandonado la casa?

—No ha abandonado la casa.

—Esto será lo que usted cree. Se lo digo otra vez. En fin, ¿cuándo ha sido robado?

—Hace unos veinte minutos.

—Pues ahí lo tiene usted. Hace veinte minutos yo estaba aquí, en mi cuarto.

Esto le contrarió, tal como había pensado.

—¿Estaba usted en su cuarto?

—En mi cuarto.

—¿Solo?

—Al contrario. Jeeves estaba conmigo.

—¿Quién es Jeeves?

—¿No conoce usted a Jeeves? Aquí tiene usted a Jeeves. ¡Jeeves, Sir Watkyn Bassett!

—¿Y quién es usted, mi buen hombre?

—Esto es precisamente lo que es, mi buen hombre. ¿Puedo decir mi brazo derecho?

—Gracias, señor.

—De nada, Jeeves. Un elogio merecido.

—El rostro de Pop Bassett estaba desfigurado, si es que podía desfigurarse un rostro como el suyo, por una horrible mueca.

—Siento mucho, Mr. Wooster, no estar dispuesto a admitir como prueba concluyente de su inocencia la palabra no corroborada de su servidor.

—¿No corroborada, eh? Jeeves, vaya usted y tráigase a Mr. Spode. Dígale que venga en seguida a aportar la prueba de mi coartada.

—Muy bien, señor.

Salió de la habitación, y Pop Bassett pareció tragarse algo duro y áspero.

—¿Estaba con usted Roderick Spode?

—¡Claro que estaba! ¿Quizá va usted a creer su palabra?

—Sí, creeré lo que diga Roderick Spode.

—Entonces muy bien. Estará aquí dentro de un momento.

Pareció reflexionar.

—Bien. Entonces, al parecer, me equivocaba al suponer que ocultaba aquí la jarrita. Debe de haber sido robada por otro.

—Eso viene de fuera, si quiere usted mi opinión —dijo tía Dalia.

—A lo mejor es obra de una banda internacional —aventuré.

—Muy probablemente.

—Es indudable que se sabía por todo el mercado que Sir Watkyn había adquirido la jarrita. Recordarás que tío Tom contaba poder adquirirla y es indudable que ha contado a todo el mundo dónde había ido a parar. Y no tardaría en llegar la noticia a las bandas internacionales. Ya sabes que escuchan con el oído pegado al suelo.

—¡Son terribles esos bandidos! —asintió mi parienta.

Me pareció que al nombre de tío Tom, Pop Bassett se había estremecido un poco. Era indudable que su conciencia culpable le atormentaba, como hacen siempre las conciencias culpables.

—Bien, no hay necesidad de continuar la discusión —dijo—. En cuanto concierne a la jarrita, admito que ha demostrado usted su inocencia. Hablemos ahora del casco del agente Oates. Respecto a esto, Mr. Wooster, sé positivamente que está en su poder.

—¿Ah, sí?

—Sí. A este respecto, el agente Oates ha recibido información categórica por parte de un testigo presencial. Voy a proceder, por consiguiente, al registro de su cuarto sin más demora.

—¿Desea usted verdaderamente hacerlo?

—Sí.

Me encogí de hombros.

—Muy bien —dije—. Si es así como interpreta usted los deberes de la hospitalidad, siga usted adelante. Le invito a que haga la inspección. Sólo le diré que parece usted tener unas ideas un poco estrafalarias sobre el bienestar de sus huéspedes durante el *week end*. No cuente usted más conmigo.

Le había dicho a Jeeves que sería seguramente muy divertido ver al granuja de Bassett y a su colega manos a la obra, y así quedo demostrado. No recuerdo haberme divertido nunca tanto. Pero todo en el mundo tiene un final. Diez minutos después, era evidente que los dos sabuesos estaban dispuestos a abandonar la pista y largarse.

Decir que cuando Pop Bassett desistió de su tarea estaba deshecho, sería decir

poco.

—Parece que tengo que pedirle a usted perdón, Mr. Wooster —dijo.

—Sir W. Bassett —contesté—, jamás ha dicho usted una verdad más grande.

Y, cruzándome de brazos, e irguiéndome con toda mi estatura, le espeté mi discurso.

Siento tener que confesar que los términos precisos de mi arenga han huido de mi memoria. Fue una lástima que no hubiese allí ningún taquígrafo, porque debo decir, sin exageración, que me superé a mi mismo. Una vez o dos, estando un poco alumbrado en juergas y parrandas, había tomado la palabra en el «Club de los Zánganos», mereciendo justa o injustamente los aplausos de mis consocios, pero no creo haber alcanzado nunca el nivel a que llegué en aquella ocasión. Se veía claramente brotar a borbotones la emoción del viejo Bassett.

Pero, mientras seguía mi peroración, me di cuenta de pronto que ya no hacía presa en mi auditorio. Bassett había cesado de escucharme y tenía la vista fija en algo que escapaba a mi campo visual Y, a juzgar por su expresión, el espectáculo era tan digno de ser contemplado que di vuelta para gozar yo también de él.

Quien había llamado la atención de Sir Watkyn Bassett, era Butterfield el mayordomo. Estaba de pie en la puerta sosteniendo una bandeja de plata en sus manos. Y sobre la bandeja había un casco de policía.

Capítulo XIV

Recuerdo el día en que Stinker Pinker, que hacia el final de su carrera en Oxford solía ir a los barrios bajos de Londres a ejercer su ministerio, me refirió sus sensaciones la tarde en que, mientras radiaba su luz en Bethnal Green, había recibido un inesperado puñetazo en la boca del estómago, procedente de un vendedor ambulante de frutas. Me dijo que había tenido una sensación sumamente extraña, como de sueño, mezclada con la impresión de penetrar en una espesa niebla. Y menciono este detalle porque mis sensaciones en aquel momento fueron extraordinariamente parecidas.

La última vez que había visto aquel mayordomo fue en el momento en que vino a decirme que Madeline Bassett me pedía que le consagrase unos instantes, y se recordará que dije que me pareció que vacilaba. Ahora no me parecía ver un mayordomo rutilante, sino una especie de masa nebulosa con algo «mayordómico» vibrando dentro de ella. Entonces cayó la venda de mis ojos y pude darme cuenta de las reacciones del resto del auditorio.

Todos parecían tomar la cosa en serio. Pop Basset, como el tipo aquel del poema que tuve que escribir cincuenta veces en el colegio, por haber introducido un ratón en la clase durante la hora de Literatura inglesa, tenía claramente el aspecto del astrónomo que contempla el cielo en el momento en que un nuevo planeta entra dentro de su campo visual, mientras tía Dalia y el agente Oates semejaban respectivamente a Hernán Cortés contemplando el Pacífico y a sus hombres mirándose unos a otros detrás de él profundamente intrigados, sentados silenciosamente sobre una loma del istmo de Darien.

Pasó un largo rato antes de que nadie se moviese. Después, con un grito ahogado, como la madre que descubre a su perdido hijo en alta mar, el agente Oates se lanzó sobre el casco, y se lo puso en la cabeza con verdadero éxtasis.

La acción pareció romper el hechizo. El viejo Bassett volvió a la vida, como si alguien hubiese apretado un botón.

—¿Dónde… dónde ha encontrado usted este casco, Butterfield?

—En un macizo de flores, Sir Watkyn.

—¿En un macizo de flores?

—Es extraño —dije—, muy extraño.

—Sí, señor. Estaba paseando el perro de Miss Byng, y al pasar casualmente por este lado de la casa, vi que Mr. Wooster dejaba caer algo por la ventana. Penetré inmediatamente en el macizo de flores y una inspección me demostró que se trataba de este casco.

El viejo Bassett respiró profundamente.

—Gracias, Butterfield.

El mayordomo se marchó, y el viejo Bassett, dando media vuelta sobre su eje, me

miró a través de sus resplandecientes anteojos.

—¡Conque esas tenemos! —dijo.

No es fácil hallar respuesta a un hombre que dice: «¡conque esas tenemos!» de aquella manera, y guardé un prudente silencio.

—Habrá algún error —dijo tía Dalia, avanzando en el terreno con una intrepidez que le sentaba bien—. Probablemente caería de otra ventana. Con la oscuridad es fácil confundirse.

—¡Tchah!

—O a lo mejor este hombre miente. ¡Sí, esa es la explicación lógica! Este Butterfield es el culpable. Ha robado el casco y viendo que su descubrimiento y la detención del culpable eran inminentes, decide usar de una estratagema y cargarle las culpas a Bertie. ¿No es eso, Bertie?

—No me extrañaría, tía. No me extrañaría en absoluto…

—Es indudable que esto es lo ocurrido. Cada vez lo veo más claro. No hay que fiarse ni pizca de estos mayordomos con cara de santo.

—Ni pizca.

—Ahora recuerdo que este hombre tenía una mirada como furtiva.

—Yo también.

—Te has dado cuenta también, ¿no?

—¡Claramente!

—Me recuerda a Murgatroyd. ¿Te acuerdas de Murgatroyd, de Brinkley, Bertie?

—¿El de antes de Pomeroy? ¿Aquel tipo raro?

—El mismo. Con un rostro más respetable que un arzobispo. Con esto nos engañó, por su aspecto. Pusimos nuestra confianza en él. Y ¿cuál fue el resultado? Que nos robó una pala de pescado, la empeñó y se jugó el dinero en las carreras de galgos. Este Butterfield es otro Murgatroyd.

—A lo mejor son amigos.

—No me extrañaría. En fin, ahora que todo está arreglado y Bertie absuelto y sin mancha, ¿qué les parece a ustedes si nos fuésemos a dormir? Es tarde, y si no duermo ocho horas, estoy hecha un guiñapo.

Había infiltrado en la atmósfera tal ambiente de camaradería y de «vamos a dejar todo esto», que cuando nos dimos cuenta de que el viejo Bassett no estaba en absoluto de acuerdo con todo aquello, quedamos profundamente sorprendidos. En seguida dio la nota desagradable.

—Estoy completamente de acuerdo con usted, Mrs. Travers, sobre la teoría de que alguien miente. Pero cuando afirma usted que es mi mayordomo, tengo que discrepar de su opinión. Mr. Wooster ha sido sumamente hábil… sumamente ingenioso…

—¡Oh, gracias…!

—Pero temo verme imposibilitado de absolverlo, como dice usted, sin una mancha. Si quiere usted que le sea franco, no tengo la menor intención de absolverlo.

Me hizo un gesto frío de amenaza con sus lentes. No recuerdo haber visto nunca un hombre de aspecto más desagradable.

—Creo recordará usted, Mr. Wooster, que en el transcurso de nuestra conversación en la biblioteca, le dije a usted que consideraba este asunto sumamente grave. Añadí que me veía imposibilitado de aceptar su proposición de castigar al culpable con una multa de cinco libras, tal como ocurrió cuando compareció usted ante mí en Bosher Street. Le di a usted la seguridad de que cuando el culpable de la ofensa perpetrada en la persona del agente Oates fuese detenido, cumpliría la sentencia en la cárcel. No veo motivo para modificar mi decisión.

Ante esta declaración, las opiniones se dividieron. Eustace Oates aprobó calurosamente. Miraba desde debajo de su casco con una sonrisa viva y alentadora, y, de no ser por la férrea disciplina, estoy seguro de que hubiera gritado: «¡Eso, eso!» En el otro bando, tía Dalia y yo discrepábamos.

—¡Óigame, Sir Watkyn, francamente, no puede hacer usted eso! —amonestó mi tía, siempre a la defensiva cuando los intereses de clan estaban en juego—. ¡No se pueden hacer estas cosas!

—Señora, puedo y quiero. —Tendió una mano en dirección de Eustace Oates—. ¡Guardia!

No añadió: «¡Detenga usted a este hombre!» o «¡Cumpla usted con su deber!», pero el policía comprendió la orden. Avanzó lleno de celo. Esperaba verle poner una mano sobre mi hombro y sacar las esposas pidiéndome que avanzase las muñecas, pero no hizo nada parecido. Se limitó a ponerse a mi lado como si fuésemos a cantar un *duetto*, y permaneció así mirándome con su cara mofletuda.

Tía Dalia continuó intercediendo y razonando.

—¡Pero no se puede invitar una persona a su casa y mandarle detener en el momento en que está tranquilamente en su cuarto! Si esta es la hospitalidad del Gloucestershire, entonces, ¡que Dios proteja al Gloucestershire!

—Mr. Wooster no es aquí mi invitado, sino el de mi hija.

—No veo la diferencia. No puede usted tratarle así. Es su huésped. Ha comido su pan y probado su sal. Y puesto que hablamos de ésta, permítame que le diga que la sopa de la cena estaba salada.

—¡Oh! ¿Cómo puedes decir esto? —dije yo—. A mí me pareció que estaba a punto.

—No, estaba salada.

Pop Bassett intervino.

—Tengo que pedir a ustedes perdón por la insuficiencia de mi cocinero. Es posible que lo cambie en breve. Entretanto, volviendo al asunto que nos ocupa, Mr.

Wooster está detenido y mañana tomaré las disposiciones para…

—¿Y qué va a ser de él esta noche?

—En el pueblo hay una delegación de policía pequeña, pero servicial, bajo la jefatura del agente Oates. Es indudable que el agente Oates le encontrará en ella acomodo.

—No va usted a proponer llevarse este pobre muchacho a una delegación de policía a estas horas de la noche… Por lo menos déjele usted dormir en una cama decente.

—Sí, no tengo inconveniente. No hay que ser innecesariamente severo. Puede usted permanecer en su habitación hasta mañana por la mañana, Mr. Wooster.

—¡Oh!, gracias.

—Cerraré la puerta.

—¡Oh, perfectamente.

—Y me llevaré la llave.

—¡Oh!, naturalmente.

—Y el agente Oates vigilará debajo de sus ventanas durante el resto de la noche.

—¿Señor?

—Esto refrenará la conocida propensión de Mr. Wooster a echar objetos por las ventanas. Creo que haría usted bien en ocupar su sitio en seguida, Oates.

—Muy bien, señor.

En la voz del agente de policía se notaba una nota de angustia, y era evidente que toda la atenta satisfacción con que había ido siguiendo el proceso de los acontecimientos se había desvanecido. Por lo visto, su punto de vista respecto a lo de las ocho horas de sueño, era el mismo que el de tía Dalia. Saludando tristemente, abandonó la estancia como deprimido. Tenía de nuevo su casco, pero era evidente que pensaba que los cascos no lo son todo en este mundo.

—Y ahora, Mrs. Travers, si fuese posible, desearía decirle dos palabras en particular.

Se marcharon y quedé solo.

No tengo inconveniente en confesar que cuando oí la llave dar la vuelta, mis emociones eran un poco angustiosas. Por una parte resultaba agradable pensar que, por lo menos, podía disponer de mi cama durante algún tiempo, pero contra eso había el hecho de que estaba en lo que suele entenderse por «cárcel vil», y que no veía probabilidades de salir de ella.

Desde luego aquello no era nuevo para mí, porque había yo oído los cerrojos correrse detrás de la puerta de mi prisión de Bosher Street. Pero en aquella ocasión, había podido acariciar la esperanza de que todo lo que podía pasarme era recibir una reprimenda del tribunal o, en último caso, como quedó subsiguientemente demostrado, sufrir un pellizco en la bolsa. Pero no me encontraba como en aquel

momento delante de la perspectiva de ir a la mañana siguiente a empezar a cumplir una sentencia de treinta días, en una prisión, donde era muy poco probable que pudiese procurarme cada día mi taza de té matinal.

La idea de mi inocencia no me fue ningún alivio. El hecho de que Stiffy Byng me comparase con Sidney Carton no me consolaba. No sabía quién era, pero suponía que se trataba de un tipo que había hecho alguna proeza por complacer a una muchacha, y en mi mente esto bastaba para calificarlo de asno solamente. Sidney Carton y Bertram Wooster; era bastante difícil elegir entre ellos. Sidney, un idiota; Bertram, otro.

Me acerqué a la ventana y miré a través de ella. Recordando el desagrado que el agente Oates había mostrado ante la proposición de permanecer toda la noche de guardia, tenía la leve esperanza de que, una vez desaparecido el ojo de la autoridad, abandonase su consigna y fuese a entregarse a su ansiado sueño. Pero no. Allí estaba. Andando arriba y abajo por el césped, viva imagen de la Vigilancia. Y en aquel momento me había apenas dirigido al lavabo para coger la pastilla de jabón y arrojársela, creyendo que esto aliviaría un poco mi ánimo, cuando oí girar el pestillo de la puerta.

Atravesé la habitación y acerqué mis labios a la madera.

—¡Hola!

—Soy yo, señor, Jeeves.

—¡Ah, hola, Jeeves!

—La puerta parece estar cerrada, señor.

—Y tenga usted la seguridad de que las apariencias no engañan, Jeeves. Pop Bassett la ha cerrado y se ha metido la llave en el bolsillo.

—¿Cómo, señor?

—¡Me han pescado!

—¿De veras, señor?

—¿Qué dice usted?

—He dicho, ¿de veras, señor?

—¡Ah, ya! ¡Pues, sí! Y le diré a usted por qué.

Le di cuenta detallada de cuanto había ocurrido. No era cosa fácil, habiendo una puerta entre nosotros, pero creo que la narración dio por resultado unos ruiditos de respetuoso desagrado.

—Es muy desagradable, señor. He intentado dar con Mr. Spode, señor, pero parece que ha ido a dar un paseo. No hay duda de que no puede tardar.

—¡En fin! Ahora ya no lo necesitamos. El rápido desarrollo de los acontecimientos nos ha llevado lejos del punto en que podía sernos de alguna utilidad. ¿No ha ocurrido nada más, Jeeves?

—He tenido una conversación con Miss Byng, señor.

—Me gustaría tenerla yo también. ¿Qué le ha dicho a usted?

—La joven señorita estaba en un estado de ánimo considerablemente deprimido, señor, en vista de que su unión con el reverendo Mr. Pinker ha sido prohibida por Sir Watkyn.

—Parece que Sir Watkyn guarda cierto rencor al reverendo Mr. Pinker por la parte tornada al favorecer claramente la huida del ladrón de su jarrita de plata.

—¿Por qué dice usted «su»?

—Por razones de prudencia, señor. Las paredes oyen.

—¡Ya comprendo! Tiene usted razón, Jeeves.

—Gracias, señor.

Reflexioné un momento sobre este último acontecimiento. Era indudable que aquella noche en el Gloucestershire había muchos corazones acongojados. Experimentaba un sentimiento de piedad. A pesar de que debía enteramente a Stiffy encontrarme en la situación en que me encontraba, sentía cierto cariño por la muchacha y me entristecía con ella a la hora del dolor.

—Así que la romanza de Stiffy se ha ido a paseo lo mismo que la de Madeline… ¡Hay que ver la de cosas que ha estropeado el viejo pájaro ese, esta noche, Jeeves!

—Sí, señor.

—Y yo no veo que haya nada que hacer. ¿Ve usted que se pueda hacer algo, Jeeves?

—No, señor.

—Y hablando de otra cosa, ¿tiene usted algún plan inmediato para sacarme de aquí?

—Todavía no está debidamente estructurado, señor. Le estoy dando vueltas a una idea…

—Dele vueltas, Jeeves, dele vueltas. No ahorre usted esfuerzo alguno.

—De momento es una mera nebulosa.

—Requerirá habilidad, ¿no?

—Sí, señor.

Hice un gesto con la cabeza. Desde luego era perder el tiempo, porque no podía verme, pero, aun así, lo hice.

—Creo que en este momento es inútil usar de finuras y subterfugios, Jeeves. Lo que se requiere es rápida acción. Y se me ocurre una idea. No hace mucho tiempo que hablamos de aquella vez en que Sir Roderick Glossop estaba encerrado en la barraca del jardín con el agente Dobson guardando todas las salidas. ¿Recuerda usted la estratagema del viejo Pop Stoker para afrontar la situación?

—Si no me falla la memoria, señor, Mr. Stoker aconsejó un ataque personal contra el agente de la autoridad «¡Arréale en la cabeza con una pala!», fue, si recuerdo bien, la expresión…

—¡Exacto, Jeeves! Estas fueron las palabras exactas. Y aun cuando reprobamos estas palabras en aquel momento, ahora me parece que estaban saturadas de sentido común. Estos hombres autodidactas y prácticos, tienen una manera especial de ir directos al punto especial y evitar dilaciones. El agente Oates está paseándose por el sendero debajo de mi ventana. Tengo todavía las sábanas anudadas y puedo fácilmente atarlas a la pata de la cama o a algún otro sitio. De manera que si pudiese usted proporcionarse una pala en algún sitio y dirigirse a…

—Temo, señor…

—¡Vamos, Jeeves! No es la hora de *nolle prosequis*. Ya sé que es usted el hombre de la astucia, pero tiene usted que comprender que en esta ocasión no nos serviría de nada. Ha llegado el momento en que lo único que sirve son las palas. Puede usted ir a darle conversación, manteniendo el instrumento debidamente oculto a su espalda, esperando el momento psicológico en que…

—Perdone el señor, creo que viene alguien.

—¡Bien! Reflexione sobre lo que le he dicho. ¿Quién viene?

—Son Sir Watkyn y Mrs. Travers, señor. Me parece que vienen a ver al señor.

—Creo que tardaré en poder disponer de esta habitación para mí solo. Pero no importa, Jeeves, ¡que vengan! Los Wooster tenemos siempre nuestras puertas abiertas.

Cuando un momento después la puerta se abrió, sólo entró mi parienta. Se dirigió al sillón y se dejó caer pesadamente en él. Su aspecto era sombrío, y no sugería la menor esperanza de que hubiese venido allí a decirme que el viejo Pop Bassett, habiendo prevalecido mejores consejos, había decidido abandonar el asunto y ponerme en libertad. Y, no obstante, ¡que me condene si no era esto lo que había venido a anunciarme!

—Bueno, Bertie —dijo después de haber reflexionado en silencio durante un momento—, puedes seguir haciendo tu equipaje.

—¿Eh…?

—Ha abandonado el asunto.

—¿Qué ha abandonado el…?

—Sí. No va a perseguir el delito.

—¿Entonces, no estoy acusado de…?

—No.

—¿Soy libre como el aire, como dice la expresión?

—Sí.

Estaba tan embebido en mi propia alegría, que tardé un rato en darme cuenta de que los pasos de baile que estaba haciendo de un lado a otro de la habitación, no eran del agrado de la vieja copartícipe de mi sangre. Seguía sentada con su aspecto sombrío y yo le dirigí una mirada impregnada de una sombra de reproche.

—No pareces estar muy contenta.

—Oh, estoy encantada…

—Pues fracaso en tratar de ver los síntomas —dije fríamente—. Hubiera creído que el indulto de un sobrino al pie del cadalso, como podríamos decir, hubiera debido producir unos cuantos saltos de alegría.

Un profundo suspiro salió estrepitosamente de su pecho.

—Lo malo es, Bertie, que hay una cosa desagradable. El viejo granuja ha puesto una condición.

—¿Cuál es?

—Quiere a Anatole.

—¿Que quiere a Anatole? —dije mirándole fijamente.

—Sí. Este es el precio de tu libertad. Dice que está de acuerdo con no perseguir el delito si le cedo a Anatole. ¡Granuja de chantajista!

Un espasmo de angustia retorció sus facciones. No hacía mucho que había hablado del chantaje en términos altamente elogiosos, dándole su entera y abierta aprobación; pero, si se quiere sacar una verdadera satisfacción del chantaje, hay que estar del lado bueno. Al ser su víctima, en lugar de imponerlo, la pobre mujer sufría.

Tampoco yo estaba satisfecho. De cuando en cuando, durante el curso de este relato, he tenido ocasión de indicar mis sentimientos relativos a Anatole, este artista sin par, y se recordará que la narración de mi tía referente a cómo Sir Watkyn Bassett había bajamente tratado de sustraérselo durante su estancia en Brinkley Court, me había conmovido hasta los cimientos.

Es difícil, desde luego, convencer a quienes no han tenido ocasión de catar sus mágicos productos, de la importancia que para quienes los han catado tienen las salsas y asados de Anatole. Lo único que puedo decir es que, cuando uno ha probado uno de sus platos, se tiene la sensación de que, a menos de poder reincidir, la vida está desprovista de toda poesía y significado. La idea de que tía Dalia estaba dispuesta a sacrificar aquel hombre maravilloso únicamente por librar del refrigerador a un sobrino, me conmovía hasta lo más profundo de mi alma.

No recordaba haber estado nunca tan emocionado. La miré con ojos conmovidos. Me recordaba a Sidney Carton.

—Pero ¿estabas dispuesta a dar a Anatole por mi libertad? —murmuré.

—Naturalmente.

—¡Naturalmente, no! ¡No quiero ni oír hablar de eso!

—¡Pero no puedes ir a la cárcel!

—Desde luego, puedo, si esto implica que el divino maestro siga trabajando en tu vieja mansión. ¡Ni sueñes en acceder a la demanda del viejo Bassett!

—¡Bertie, no vas a decir que…!

—¡Claro que lo digo! ¿Qué importan cuatro malos días en la segunda división?

¡una bagatela! Lo hago a gusto. Deja que Bassett cometa esta infamia. Y —añadí, bajando la voz— cuando termine mi condena y de nuevo regrese al mundo de los hombres libres, deja que Anatole se porte como sabe. Un mes a pan y agua o cualquiera de las otras porquerías con que suelen alimentar en estos establecimientos me dará un extraordinario apetito. La noche de mi liberación, espero una cena que será un poema y una leyenda.

—Puedes contar con ella.

—Podríamos empezar ya a hablar de los detalles.

—Bien. ¿Empezamos por caviar o por Cantaloup?

—Caviar y Cantaloup. Seguido de una sopa reconfortante.

—¿Clara o espesa?

—¿No habrás olvidado el *velouté aux fleurs de courgette* de Anatole?

—¡Ni un momento! Pero ¿qué piensas de su *consommé aux pommes d'amour*?

—Quizá tengas razón.

—Creo que la tengo. Estoy convencido.

—Me parece que haré bien en dejarte encargar a ti.

—Acaso fuese prudente.

Tomé un papel y un lápiz, y, diez minutos después, estuve en disposición de enunciar el resultado.

—Independientemente de las adiciones en que pueda pensar en mi celda, la minuta que preveo es ésta:

Y leí lo que sigue:

Le dîner

Caviar frais
Cantaloup
Syphides à la crème d'écrevisses
Consommé aux pommes d'amour
Mignonnette de poulet petit duc.
Pointes d'asperges à la Mistinguette.
Suprême de foie gras au champagne.
Neige aux perles des Alpes.
Timbale de ris de veau toulousaine
Salade d'endives et de céleri
Le plum Pudding
L'étoile du berger
Bénédictins blancs
Friandises

Diablotins
Fruits

—¿Crees que esto bastará, tía?
—Sí. No creo que hayas omitido nada.
—Entonces, que entre el tío ese y desafiémosle. ¡Basset! —grité.
—¡Bassett! —gritó tía Dalia.
—¡Bassett! —vociferé, haciendo retumbar el cielo.
Retumbaba todavía, cuando entró en la habitación, con aspecto contrariado.
—¡Qué manera de gritarme es ésta?
—¡Ah, aquí está usted, Bassett! —No quise perder tiempo volviendo a la agenda —. Bassett, ¡le desafiamos a usted!
El hombre estaba evidentemente consternado. Dirigió una mirada interrogativa a tía Dalia. Parecía creer que yo estaba hablando con enigmas.
—Mi sobrino —explicó la parienta— se refiere a esta estúpida proposición suya de renunciar a perseguir el delito si le cedía a Anatole. Es la idiotez más grande que he oído jamás. Nos hemos reído mucho. ¿Verdad, Bertie, que nos hemos reído mucho?
—¡Es que nos tronchábamos!
Parecía atónito.
—¿Quiere usted decir que rehúsa?
—¡Naturalmente que rehusamos! Hubiera usted debido conocer mejor a mi sobrino y no suponerlo capaz de permitir que caiga la desventura y las privaciones sobre el hogar de una anciana tía, con tal de librarse de una pequeña molestia. Los Wooster no son así, ¿verdad, Bertie?
—Puedo afirmar que no.
—No se ponen ellos antes que todo.
—Puedes decirlo.
—No hubiera tenido ni que hacerle la ofensa de ofrecérselo. Te ruego que me perdones, Bertie.
—¡Perdonado, perdonado, querida parienta!
Estrechó mi mano.
—Adiós, Bertie, buenas noches. O, mejor dicho, *au revoir*. Nos volveremos a ver.
—¡Desde luego! Cuando los campos estén blancos de margaritas, si no antes.
—A propósito, ¿no has olvidado los *nonnettes de la Méditerranée au fenouil*?
—¡Es verdad! Y la *sèlle d'agneau aux laitues à la grecque*. Añádelos a la lista, ¿quieres?
Su salida, que fue acompañada de una mirada de estima y admiración al cruzar el umbral, fue seguida de un leve y por mi parte altivo silencio. Al cabo de un rato, Pop

Bassett habló con voz forzada y desagradable.

—En fin, Mr. Wooster; parece que finalmente tendrá usted que pagar el precio de su locura.

—Exactamente.

—Tengo que participarle que he cambiado de idea respecto a mi condescendencia permitiéndole pasar la noche bajo mi techo. Tiene usted que ir a la Delegación de Policía.

—Es usted vengativo, Bassett.

—En absoluto. Pero no veo el motivo por el cual el agente Oates deba privarse de su bien ganado sueño, meramente porque esta es su conveniencia. Voy a mandarlo a buscar —dijo abriendo la puerta—. ¡Oiga!

Era la forma menos indicada para dirigirse a Jeeves, pero el fiel muchacho no pareció resentirse por ello.

—¿Señor?

—En el jardín, fuera de la casa, encontrará usted al agente Oates. Tráigalo usted aquí.

—Muy bien, señor. Pero creo que Mr. Spode desea hablar con el señor.

—¿Eh?

—Mr. Spode, señor. Creo que viene por el corredor.

El viejo Bassett volvió a entrar en la habitación aparentemente contrariado.

—Quisiera que Roderick no me interrumpiese en un momento como éste —dijo como buscando querella—. Ignoro qué motivos debe de tener para querer hablarme.

Me reí alegremente. La ironía de la situación me divertía.

—Viene, un poco tarde, a decirle a usted que estaba conmigo cuando fue robada la jarrita, demostrando mi inocencia definitivamente.

—Ya veo. Sí, como dice usted, viene un poco tarde. Voy a tenerle que explicar… ¡Ah, Roderick!

La voluminosa masa de R. Spode apareció en el marco de la puerta.

—Entre usted, Roderick, entre usted. Pero no tenía usted que haberse molestado, querido amigo. Mr. Wooster ha probado de una manera evidente que no tiene nada que ver con el robo de mi jarrita. Era para esto que quería usted verme, ¿verdad?

—Pues… ¿eh…? no —dijo Roderick Spode.

En su rostro había una mirada de desaliento. Sus ojos estaban vidriosos y hasta allá de donde una cosa de aquel tamaño podía ser manoseada, se manoseaba el bigote. Parecía tener que desempeñar una desagradable misión.

—Pues… ¿eh…? no… —había dicho—. La cosa es que he oído decir que había habido complicaciones respecto al casco que le quité al agente Oates.

Hubo un silencio profundo. El viejo Bassett se atragantó. Yo me atraganté. Roderick Spode continuó manoseándose el bigote.

—Fue una tontería —dijo—, ahora lo veo. Obré bajo un impulso irresistible. Algunas veces ocurre, ¿no? ¿Recuerda usted que le dije que una vez le había quitado el casco a un policía, en Oxford? Creí que podía callarme, pero el mayordomo de Wooster me dijo que se le había ocurrido a usted la idea de que había sido él, y, claro, tuve que venir en seguida a decírselo. Nada más que esto. Me parece que me voy a la cama —añadió—. Buenas noches.

Salió y el profundo silencio volvió a funcionar.

Supongo que debe de haber hombres que han tenido un aspecto más idiotizado que Six Watkyn Bassett en aquel momento, pero yo no había visto nunca ninguno. La punta de su nariz era de un escarlata brillante y sus lentes se inclinaban marcando un ángulo de 45 grados. A pesar de lo duramente que me había tratado desde el comienzo de nuestras relaciones, sentí casi piedad de aquel pobre granuja.

—¡mmmph! —dijo finalmente.

Durante un instante luchó con sus cuerdas vocales como si se hubiesen enredado unas con otras.

—Parece que tengo que pedirle a usted perdón, Mr. Wooster.

—No hablemos más de esto, Bassett.

—Siento que haya ocurrido todo esto.

—No diga una palabra más. Mi inocencia está reconocida. Esto es lo importante. Supongo que ahora soy libre de marcharme…

—¡Oh, desde luego, desde luego! Buenas noches, Mr. Wooster.

—Buenas noches, Bassett. Creo que no vale la pena de que le diga que espero que esto le habrá servido de lección.

Le despedí con un altivo movimiento de cabeza, y permanecí sumido en mis reflexiones. No comprendía qué había ocurrido. Intenté seguir el viejo y eficaz sistema de Oates de buscar el móvil, pero me declaré vencido. Sólo podía suponer que era el espíritu de Sidney Carton que aleteaba nuevamente.

Y de repente, un rayo de luz deslumbradora me iluminó.

—¡Jeeves!

—¿Señor?

—¿Ha sido usted quien…?

—¿Señor?

—¡No diga usted más «¿Señor?»! Ya sabe usted de qué hablo. ¿Ha sido usted quien ha obligado a Spode a cargar con el muerto?

No diré que sonriese, porque no sonreía nunca, pero un músculo de la parte superior de la boca pareció contraerse un instante.

—Me atreví a sugerir a Mr. Spode que sería por su parte una acción meritoria asumir la responsabilidad, señor. Mi argumento fue que evitaría al señor un sinnúmero de molestias, mientras él no corría riesgo alguno. Le hice ver que Sir

Watkyn, habiendo decidido casarse con su tía, difícilmente le infligiría la sentencia que pensaba dictar contra el señor. Cuando uno está prometido con una tía, no se manda al sobrino a la cárcel.

—Profundamente exacto, Jeeves. Pero, a pesar de esto, no lo entiendo. ¿Quiere usted hacerme creer que aceptó en el acto? ¿Sin una protesta?

—Precisamente sin protesta, no, señor. Al principio, tengo que confesarlo, mostró cierta resistencia. Creo que acaso influyese su decisión, al informarle que estaba al corriente de cuanto se relaciona con el desagradable…

Lancé un grito.

—¡Eulalia!

—Precisamente, señor.

Un apasionado deseo de llegar hasta el fondo de esta Eulalia, me invadió.

—¡Jeeves, dígame! ¿Qué le hizo Spode a esta muchacha? ¿La asesinó?

—Temo no tener la libertad de decirlo, señor.

—¡Vamos, Jeeves!

—Temo que no, señor.

Renuncié.

—¡En fin!

Empecé a librarme de mis vestiduras y a deslizarme en el pijama. Me senté sobre la cama. En vista de que las sábanas estaban inextricablemente anudadas, comprendí que tendría necesidad de acurrucarme entre las mantas, pero, por una noche, estaba decidido a amoldarme a las circunstancias.

El rápido desarrollo de los acontecimientos me había dejado pensativo. Rodeé mis rodillas con mis brazos, pensando en lo caprichosa que es la fortuna.

—¡Qué curiosa es la vida, Jeeves!

—Muy curiosa, señor.

—No se sabe nunca dónde estamos, ¿verdad, Jeeves? Para tomar un ejemplo, poco podía pensar, hace apenas media hora, estar ahora aquí tan tranquilo y despreocupado y en pijama, contemplándole a usted.

Ante mí parecía abrirse un futuro muy diferente.

—Sí, señor.

—Parecía que una maldición hubiese caído sobre mí.

—Es cierto, señor.

—Y ahora todas mis preocupaciones, como diría usted, se han desvanecido como el rocío bajo los rayos del sol. Gracias a usted.

—Estoy encantado de haber sido útil al señor.

—Ha estado usted acertado como pocas veces había estado usted. Y, no obstante, Jeeves, siempre hay un «pero».

—¿Señor?

—Desearía que no se pasase usted el día diciendo «Señor». Lo que quiero decir, Jeeves, es que en este vecindario hay corazones que han sido separados y que siguen separados. Yo puedo ser feliz, Jeeves, en realidad lo soy, pero Gussie no lo es. Ni Stiffy tampoco. Ésta es la mosca en el vaso de la leche.

—Sí, señor.

—Si bien, siguiendo pensando en esto, no he comprendido nunca por qué las moscas no pueden estar en la leche. ¿Qué mal hacen?

—Pensaba, señor…

—¿Qué, Jeeves?

—Quería únicamente preguntar al señor, si el señor tiene intención de perseguir ante los tribunales a Sir Watkyn por detención arbitraria y difamación ante testigos.

—No había pensado en ello. ¿Cree usted que esta acción progresaría?

—No puede caber la menor duda, señor. Tanto Mrs. Travers como yo podemos ofrecer testimonio irrefutable. El señor está indiscutiblemente en situación de exigir a Sir Watkyn una fuerte indemnización por daños y perjuicios.

—Sí, creo que tiene usted razón. No hay duda de que es por eso por lo que, cuando Spode confesó su delito, salió de aquí con aquel aire cariacontecido.

—Indudablemente, señor. Su imaginación, adiestrada en los procedimientos legales, le hizo ver el peligro.

—Creo que jamás he visto un hombre con una nariz tan colorada. ¿Y usted?

—Tampoco, señor.

—No obstante, me parece mal apabullarlo más. Me parece que no voy a arrastrarlo más por el lodo.

—Pensaba únicamente, señor, que en el caso de que el señor le amenazase con esta acción, Sir Watkyn, a fin de evitarse disgustos, accedería a ratificar la proyectada unión de Miss Bassett con Mr. Fink-Nottle y de Miss Byng con el reverendo Air. Pinker.

—¡Magnífico, Jeeves! Ha dado usted en el clavo.

—Precisamente, señor.

—¡Hay que poner el plan en práctica inmediatamente! Salté de la cama y abrí la puerta.

—¡Bassett! —grité.

No hubo respuesta inmediata. Parecía que aquel hombre se hubiese metido en el centro de la tierra. Pero después de algunos minutos de perseverar en gritar «¡Bassett!» a intervalos regulares y con voz de creciente volumen, oí lejano el ruido de unos pasos, y llegó Pop Bassett en un estado de ánimo muy diferente del que había mostrado en anteriores ocasiones. Esta vez tenía más bien el aspecto de un camarero atento que responde a una llamada.

—Diga, Mr. Wooster.

Retrocedí hasta mi habitación y entrando en ella me senté nuevamente sobre la cama.

—¿Tenía usted algo que decirme, Mr. Wooster?

—Hay aproximadamente una docena de cosas que quisiera decirle a usted, Bassett, pero de la que hablaremos en este momento es ésta. Se ha dado usted cuenta de que su testaruda conducta y su manía de que los policías me detuviesen y de encerrarme en mi cuarto le ha hecho a usted caer bajo el peso de una acción por… ¿qué era, Jeeves?

—Detención arbitraria y difamación ante testigos, señor.

—¡El caso es éste! ¡Puedo exigirle a usted millones! ¿Qué piensa usted hacer?

Temblaba como un ventilador eléctrico.

—¡Yo le diré a usted lo que va a hacer! —continué—. Va usted a decir OK a la proyectada unión de su hija Madeline con Augustus Fink-Nottle, así como a la de su sobrina Stephanie Byng con el reverendo H. P. Pinker. Y va usted a decirlo inmediatamente.

Pareció sostener una lucha interna. Pero sus dudas se acabaron al sorprender mi mirada.

—Muy bien, Mr. Wooster.

—Y hablando de la jarrita. Es muy probable que la banda internacional que la ha robado se la venda a mi tío Tom. Su organización informativa secreta les habrá probablemente puesto al corriente de que existe mi tío en el mercado. Ni una palabra, Bassett, si un día se entera usted de que figura en su colección.

—Muy bien, Mr. Wooster.

—Y otra cosa. Me debe usted cinco «palomas».

—¿Perdone?

—Como devolución de las que me quitó usted en Bosher Street. Las quiero antes de marcharme. Espero encontrarlo en la bandeja del desayuno. Buenas noches, Bassett.

—Buenas noches, Mr. Wooster. ¿Es coñac aquello que hay allí? Tomaría a gusto una copa, si se puede.

—Jeeves, un trago para Sir Watkyn Bassett.

—Muy bien, señor.

Vació el frasco, agradecido, y salió. Probablemente era un buen hombre, conocido a fondo. Jeeves rompió el silencio.

—El equipaje está listo, señor.

—Bien. Me parece que me voy a enroscar un poco. Abra la ventana, ¿quiere?

—Muy bien, señor.

—¿Qué noche hace?

—Insegura. Ha empezado a llover con bastante violencia.

El sonido de un estornudo llegó a mis oídos.

—¿Eh? ¿Qué es eso? ¡Afuera hay alguien!

—El agente Oates, señor.

—Pero ¿está todavía de guardia?

—Por lo visto, señor. Imagino que con todas las preocupaciones de otra naturaleza, Sir Watkyn ha olvidado mandarle recado de que no era necesario montar la guardia por más tiempo.

Suspiré de contento. Era lo único que me faltaba para completar mi día. La idea del agente Oates paseándose bajo la lluvia como las tropas de los medos, cuando podría estar metido en cama tostándose los pies con la botella de agua caliente, me producía una suave sensación de felicidad.

—Éste es el final de un día feliz, Jeeves. ¿Cómo es aquello que recita usted sobre las alondras?

—¿Señor?

—Y los caracoles, creo.

—¡Ah, sí, señor! «El año está en su primavera; el día en la mañana; la mañana, son las siete; la colina de rocío está pelada…»

—Pero ¿y las alondras, Jeeves? ¿Y los caracoles? Estoy seguro de que se trataba de alondras y de caracoles.

—Ahora voy a ellos, señor. «La alondra está en el aire; el caracol en los espinos…»

—¡Ahora, ahora! ¿Y la apoteosis?

—«Dios está en el cielo; todo va bien en el mundo…»

—Muy bien dicho, Jeeves. No lo hubiera dicho mejor yo. Y ahora, Jeeves, no hay más que una cosa. Quisiera que me dijese usted toda la verdad exacta sobre Eulalia.

—Temo, señor…

—Ya me conoce usted, Jeeves, soy una tumba silenciosa.

—Las reglas del «Ganymede Junior» son exclusivamente estrictas, señor.

—Lo sé, pero puede usted infringirlas un poco.

—Lo siento, señor…

Tomé una gran decisión.

—Jeeves —dije—, vacíe el costal y voy con usted a hacer el crucero alrededor del mundo.

Vaciló.

—Pues… ¿estrictamente confidencial, señor…?

—Desde luego.

—Mr. Spode dibuja ropa interior para señoras. Tiene un talento reconocido en este ramo, y lo practica secretamente desde hace algunos años. Es el fundador y propietario del empórium conocido por «Eulalie Soeurs».

—¡No me diga que…!

—Exactamente, señor.

—¡Dios mío, Jeeves! ¡No me extraña que no quiera que se sepa una cosa así!

—No, señor. Pondría indudablemente en peligro su autoridad sobre sus adeptos.

—Es imposible ser un dictador triunfante y dibujar ropa interior para señora.

—Imposible, señor.

—Una cosa u otra. ¡Las dos, no!

—Precisamente, señor.

Reflexioné.

—Bien, valía la pena, Jeeves. No hubiera podido dormir pensando en esto. Quizás ese crucero no sea tan aburrido…

—Mucha gente lo encuentra muy agradable, señor.

—¿De veras?

—Sí, señor. Se ven caras nuevas.

—Es verdad. No había pensado en eso. Las caras serán todas nuevas, ¿no? Miles y miles de personas, y ninguna será Stiffy.

—Exacto, señor.

—Mañana irá usted a tomar los billetes.

—Los he adquirido ya, señor. Buenas noches, señor.

La puerta se cerró. Apagué la luz. Durante algunos momentos permanecí escuchando las acompasadas pisadas de Oates, y pensando en Madeline Bassett, y en Gussie, y en Stiffy Byng, y en mi viejo amigo Stinker Pinker, y en la gran felicidad que se cernía sobre sus vidas amorosas. Pensé también en tío Tom recibiendo en sus manos la jarrita, y en tía Dalia aprovechando el momento psicológico para sustraerle un importante cheque para el *Milady's Boudoir*. Comprendí que Jeeves tenía razón. «El caracol estaba en el aire y la alondra en los espinos», o, mejor dicho, al revés, y «Dios estaba en el cielo y todo iba bien en el mundo». Y después mis ojos se cerraron, se relajaron los músculos, la respiración se hizo suave y regular, y el sueño que contribuyó a alejar de mi mente la más leve sombra de temor me cubrió con su ala protectora.



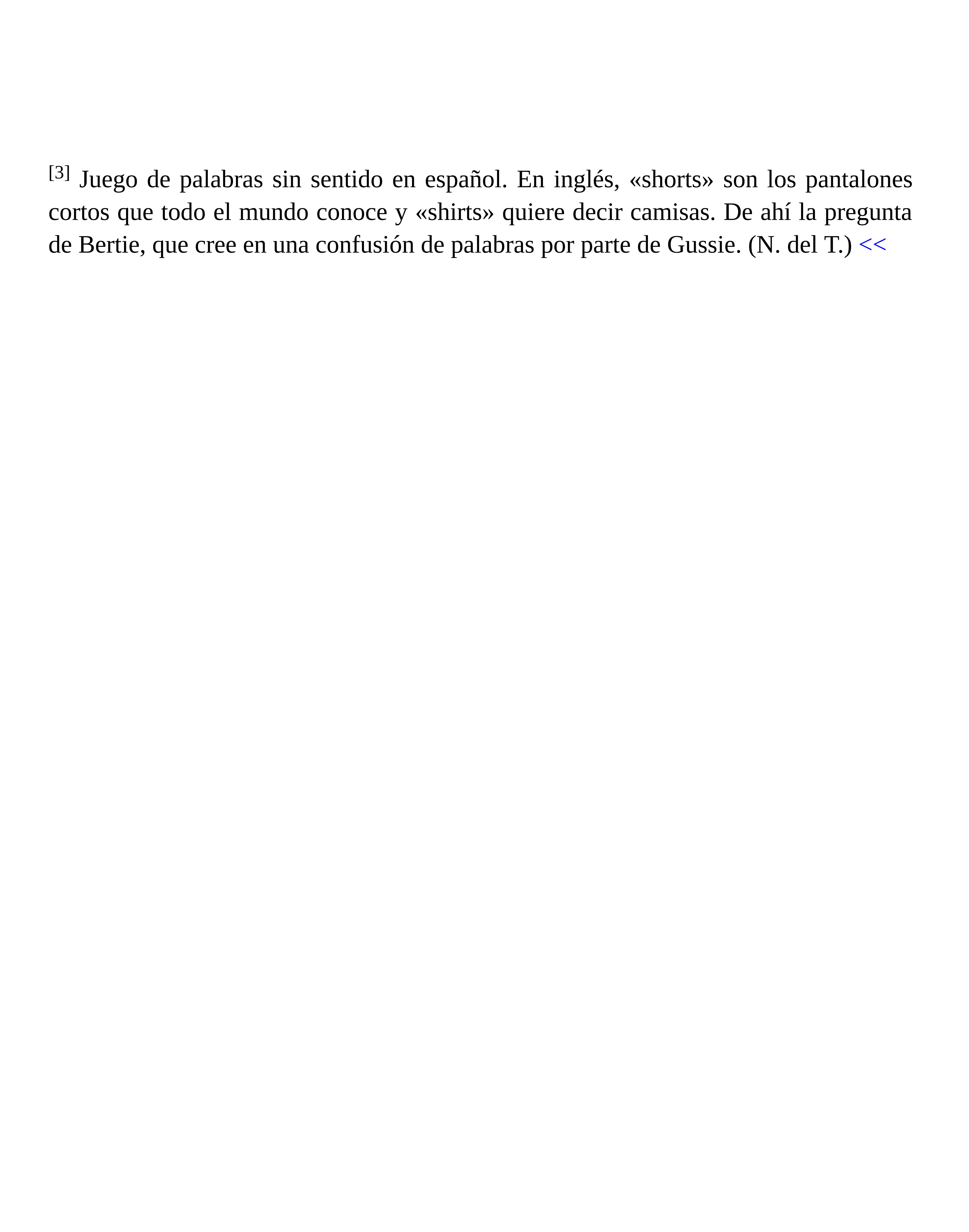
PELHAM GRENVILLE WODEHOUSE (1881-1975), nació en Surrey. Tras trabajar un tiempo como periodista en Inglaterra, se trasladó a los Estados Unidos. Escribió numerosas obras de teatro y comedias musicales, y más de noventa novelas. Creador de personajes inolvidables: Jeeves, Bertie Wooster, su tía Agatha, Ukridge, Psmith, Lord Emsworth, los lechuguinos del Club de los Zánganos, y tantos otros; sus obras se reeditan continuamente, como corresponde a uno de los grandes humoristas del siglo XX.

Notas

[1] Commander British Empire, la «Excelentísima Orden del Imperio» Británico es una Orden de Caballería británica, instituida el 4 de junio de 1917 por el rey Jorge V. La pertenencia a la orden es otorgada por el rey de Inglaterra a todos aquellos que hacen algo significativo en nombre del Reino Unido. (N. del Editor)<<



[2] «Towers» significa torres. El sentido de la frase es por consiguiente «… en aquellas temibles torres». (N. del T.) <<



[3] Juego de palabras sin sentido en español. En inglés, «shorts» son los pantalones cortos que todo el mundo conoce y «shirts» quiere decir camisas. De ahí la pregunta de Bertie, que cree en una confusión de palabras por parte de Gussie. (N. del T.) <<

[4] «Stinker» en inglés, nombre que usaremos en lo sucesivo. (N. del T.) <<



[5] «Yellow», en inglés, equivale a amarillo y cobarde. De aquí el juego de palabras. (N. del T.) <<



[6] Corbata negra es sinónimo de smoking en lugar de frac, o sea corbata blanca, lo cual indica una cierta intimidad. (N. del T.) <<



[7] En la India, denominación que se da a los europeos y a los señores del raís. (N. del T.) <<